GIORGIO ZEVINI y PIER GIORDANO CABRA (eds.)

LECTIO DIVINA
PARA LA VIDA DIARIA

14
El evangelio de Juan

VERSIÓN ESPAÑOLA:
M. M. LEONETTI

Introducción

1. Un evangelio espiritual

Un escritor cristiano de los primeros siglos, el gran Orígenes, decía: «Permítasenos afirmar que la flor de toda la Sagrada Escritura es el evangelio, y la flor del evangelio es el evangelio de Juan». Y Clemente de Alejandría escribió: «Por último, Juan, consciente de que en los otros evangelios ya se habían referido los acontecimientos materiales de la vida de Cristo, exhortado por los discípulos y divinamente inspirado por el Espíritu, compuso un evangelio espiritual (*pneumatikon... euanghelion*)» (Eusebio, *Hist. Eccl.*, VI, 14, 7). El evangelio de Juan es, por consiguiente, una relectura espiritual de los acontecimientos evangélicos, ligados al núcleo de la fe cristológica. En efecto, cuando pasamos de la lectura de los sinópticos a Juan, tenemos la impresión de entrar en una atmósfera nueva, de estar envueltos por una luz cegadora: es como observar el paisaje evangélico y el misterio de Cristo desde lo alto y desde dentro. Jesús mismo introduce al discípulo en la Palabra, que es, al mismo tiempo, de eternidad y de actualidad, de futuro y ya de presente; una Palabra que exige una fe robusta, como la de María, que estaba a los pies del Maestro para escucharle y contemplarle (cf. Lc 10,39).

Las diferencias entre los cuatro evangelios son precisas: en los sinópticos, el centro de la actividad de Jesús se

encuentra en Galilea y el interés se dirige a la venida del Reino de Dios; en Juan, en cambio, Jesús sube tres veces a la ciudad santa, desarrolla allí su ministerio, especialmente en el templo, y la atención se dirige a la autorrevelación de Jesús-Verdad a los hombres (cf. Jn 1,14.17) y a la respuesta de incredulidad o de fe de éstos. Al leer el cuarto evangelio quedamos impactados por la persona de Jesús: una persona descrita en el profundo misterio humano y divino que ella encierra. El retrato del Maestro es fruto de una experiencia madurada en la contemplación. El símbolo del cuarto evangelio es el águila, y un dicho rabínico explica que este animal es el único pájaro que puede mirar directamente al centro del sol sin parpadear ni quedar cegado. Los que poseen esta «vista» pueden contemplar, como Juan, este «evangelio espiritual», meditado y reconducido a lo esencial de la experiencia de un hombre que ha vivido aquello de lo que habla.

2. Un evangelio teológico

Entre los diferentes títulos atribuidos por la tradición antigua al apóstol Juan sobresale el de «el teólogo». Y esto no sólo por el texto del «prólogo», que es la reflexión más aguda de todo el Nuevo Testamento, sino porque los diferentes signos de la vida de Jesús *«han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios»* (Jn 20,31). El objetivo de este evangelio es la fe en Jesús, Mesías e Hijo de Dios, como salvación para el hombre. Nos ofrece la revelación de Dios y, al mismo tiempo, el camino que lleva a la comunión con él. Ahora bien, el centro de la visión teológica de Juan, a diferencia de Lucas, que presenta a Jesús como el Profeta; de Mateo, que nos lo presenta como el Maestro, y de Pablo, que nos lo señala como el Cristo crucificado y resucitado, se encuentra en el misterio de la encarnación: Jesús, el Hijo unigénito *«hecho carne»* (1,14), es la revelación de Dios, aunque de un modo escondido y humilde.

Penetrar en el mensaje teológico del cuarto evangelio significa tener presente el acontecimiento-Jesús, único revelador del Padre: poner al ser humano en presencia de Jesús, hacerle encontrarse con la revelación y abrirle a la fe en Cristo. La vida del creyente, en efecto, nace de esta relación y se refuerza en la comunión vital y personal con el Hijo de Dios. Ahora bien, ¿cuál es esta revelación? ¿En qué consiste el núcleo de la «Buena Noticia»? El principio, el objeto y el verdadero fin de la revelación es la manifestación de un Dios lleno de amor a todos. Juan expresa esto con claridad y fuerza en el célebre versículo-síntesis de su evangelio: *«Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna»* (3,16). Esto significa que Dios mismo, a través de las palabras y las obras de Jesús, da a conocer a los hombres su amor y les abre su «corazón»

3. Un evangelio simbólico

Todos los exégetas se muestran hoy de acuerdo en reconocer al evangelio de Juan su carácter simbólico, sin ignorar su valor histórico. Por ejemplo, los milagros no son, en Juan, hechos sorprendentes aptos para suscitar la admiración de la gente, como en los sinópticos; son, más bien, acontecimientos históricos, «signos» que conducen a la fe y revelan un aspecto secreto de la persona de Jesús; son apocalipsis de su ser «revelador» del Padre y de su gloria de Hijo de Dios. O sea, que el simbolismo brota de los hechos históricos y explica su significado profundo.

Se ha dicho con toda justicia que el mensaje del símbolo se encuentra en su aspecto epifánico de presencia figurada, pero real, de lo trascendente. El evangelista, con esta luz, pretende encaminar al lector de su evangelio a reconocer la relación esencial que une al Jesús de la historia con el Cristo de la fe.

Así pues, los episodios del evangelio hemos de leerlos en un doble nivel: el histórico y el simbólico. El apóstol Juan es un judío y todos los acontecimientos le hablan de Dios. Ha vivido junto a su amigo Jesús y todas las acciones del profeta de Nazaret le revelan al Dios del que es portador. Pensemos, por ejemplo, en algunas palabras y expresiones joánicas usadas por él y que tienen un doble sentido, material y espiritual: *seguir* a Jesús significa caminar con él, pero todavía más creer en él y hacerse discípulo suyo (1,37s); el *agua* del pozo de Jacob se convierte en el símbolo del don de la Palabra de Dios que Jesús hace a la samaritana (4,13s); el *templo* de Jerusalén se convierte para Jesús en el templo de su cuerpo (2,19-21); el *nacimiento* físico del que habla Nicodemo le proporciona a Jesús la ocasión para revelar el misterio del nacimiento espiritual (3,5-8); la *luz* es el símbolo de la vida divina del Verbo, manifestación del misterio de Dios (1,3s), etc. La naturaleza del símbolo en Juan pone de manifiesto, por consiguiente, que el signo no es tal si no existe realmente e inicia un proceso constante que permite pasar del hecho a su significado, de la letra al Espíritu. El símbolo no es una simple imagen, sino un vínculo entre las cosas visibles y el cielo invisible de Dios.

4. Un evangelio de la fe y de los signos

El evangelio de Juan nos presenta, por otra parte, la clave hermenéutica del «signo» a fin de hacernos penetrar en la realidad más profunda y verdadera de la fe. Son siete los signos realizados por Jesús, y se presentan con el ropaje del milagro, pero revelan la función del que los lleva a cabo. Se realizan ante los discípulos, para conducirlos a la fe en Jesús.

La relación entre «fe» y «signos» queda bien dibujada cuando el evangelista nos describe las reacciones de los hombres ante los signos de Jesús. Esas reacciones esbozan las diversas categorías de personas, que corresponden, en un *crescendo*, a las cuatro etapas del camino de fe. La primera etapa es negativa: es la del *rechazo de los hombres*, que, al ver los signos realizados por Jesús, se impiden a sí mismos acceder a la luz; son las personas que viven en la incredulidad de manera voluntaria, como los fariseos (cf. 9,41). La segunda etapa es la de la *confianza humana en los signos:* se acoge a Jesús sólo como un profeta venido de Dios (cf. 2,23-25; 3,2s; 4,45-48); son también aquellos que tienen una fe incompleta basada en lo sensacional y que Jesús no aprueba. La tercera etapa es la de la *fe a través de los signos:* se cree en Jesús como enviado del Padre y manifestación de la gloria de Dios; se encuentran en este nivel las personas que llegan a comprender el sentido profundo expresado por los signos (milagros y obras) de Jesús (cf. 2,11; 4,53; 6,69). La última etapa es la de la *fe sobre la base de la Palabra:* se cree en Jesús prescindiendo de los signos (cf. 17,20; 20,29); así creen las personas cuya fe es la preferida del Señor, porque se apoya únicamente en la Palabra de Dios.

Así pues, los signos se encuentran, en Juan, en una estrecha relación con la persona de Jesús: son manifestación de su ser como revelador del Padre y de su gloria como Hijo de Dios, pero suscitan al mismo tiempo la fe y conducen a la contemplación del acontecimiento más alto, que es el Crucificado, expresión máxima de un amor que se entrega a los hombres sin condiciones.

5. Un evangelio del testimonio

Así firma Juan al final del evangelio: «*Este discípulo es el mismo que da testimonio de todas estas cosas y las ha escrito. Y nosotros sabemos que dice la verdad*» (21,24). Este texto especifica que el discípulo amado da testimonio no sólo de la muerte de Jesús en la cruz, sino también de otras cosas referidas en el evangelio y que

toda la comunidad joánica considera verdaderas. Ahora bien, ¿es Juan el autor de este evangelio tan profundo y comprometedor? Las noticias historiográficas verificables son en realidad pocas y mantienen abierta desde siempre la «cuestión joánica».

La exégesis científica prefiere hablar en nuestros días de «tradición joánica». La crítica sostenía en el pasado que el cuarto evangelio no podía haberlo escrito el apóstol Juan, porque su teología sacaba a la luz el influjo del misticismo helenístico y de las especulaciones gnósticas. Hoy los exégetas se muestran más cautos a la hora de emitir sus juicios. Los estudiosos reconocen varias cosas: la profunda unidad de pensamiento y de estilo que anima la totalidad de la obra, el ambiente palestinense, el verdadero marco correspondiente a las indicaciones topográficas y cronológicas del texto, el fondo cultural que se remonta al ambiente judío de la tradición sapiencial y apocalíptica, y, por último, la novedad y la presencia de Jesús, atestiguada por el apóstol como el discípulo amado del Señor. Todo esto replantea la autenticidad joánica del evangelio, que tiene en el apóstol al inspirador y al animador del escrito, aunque no podamos reconducir todo directamente a su pluma. El hecho de apelar a la «tradición joánica» subraya, en efecto, dos aspectos importantes. En primer lugar, el carisma de un hombre dotado de una fuerte personalidad, capaz de crear a su alrededor una continuidad y una escuela de pensamiento. Y, por otra parte, el estilo de vida de un hombre que cree profundamente en sus relaciones eclesiales, compuestas de auténtica espiritualidad, de rechazo de un estéril intimismo y de apertura a una Palabra que es orientación de vida.

Los estudios modernos han sacado a la luz –con toda justicia– que entre la vida de Jesús y la redacción final joánica (última década del siglo I) media un largo tiempo de reflexión en la comunidad fundada por el apóstol. Toda la vida de Jesús, incluidos sus hechos y sus palabras, fue interpretada por la Iglesia a la luz de la Pascua, a fin de ofrecer a la comunidad joánica –esto es, a la segunda generación cristiana– una comprensión más profunda del misterio del Hijo de Dios. Juan, evangelista y testigo, se revela, por consiguiente, como un hombre atento a la acción del Espíritu y a la realidad de la existencia, preocupado por mostrar las incidencias concretas que comporta la vida de Jesús. Remacha en todo el evangelio que el corazón del ser humano, insatisfecho con tantos sucedáneos, necesita el amor de Dios, algo que sólo Jesús comunica al hombre.

6. La estructura teológico-literaria del cuarto evangelio

El prospecto de estructura que hemos empleado como fondo de nuestra *lectio divina* es el que viene siendo aceptado mayoritariamente por los exégetas. Lo presentamos no sólo porque es el presupuesto en las páginas que siguen, sino también porque sirve para tener una visión de conjunto mientras el lector profundiza en la *lectio* de cada fragmento.

PRÓLOGO (1,1-18)

PRIMERA PARTE
LA VENIDA DE JESÚS ENTRE LOS HOMBRES:
LA DIALÉCTICA FE-INCREDULIDAD (1,19–12,50)

I. *La semana introductoria a la revelación de Jesús* (1,19-21)
- Primer testimonio de Juan el Bautista (1,19-34)
- Los discípulos siguen a Jesús (1,35-51)

II. *El comienzo de la revelación de Jesús: de Caná a Caná* (2,1–4,54)
- Los signos fundamentales de la revelación de Jesús (2,1-25)

Ya es algo común situar el esqueleto de este evangelio, por una parte, en la *progresiva revelación de Jesús* y, por otra, en la *reacción del hombre* frente a esta manifestación, una reacción que desemboca en la fe o en la incredulidad.

> Por eso el cuarto evangelio tiene un carácter dinámico y dramático. En cada episodio hay una revelación de Jesús que impone tomar postura: o la fe o la incredulidad. Y los episodios están dispuestos y concatenados de manera que formen un *crescendo:* Jesús revela cada vez más su misterio y los espectadores se ven obligados a madurar y a purificar su fe, o a cerrarse en una incredulidad cada vez más consciente y decidida (B. Maggioni).

Frente a este evangelio, el hombre debe escoger entre perecer o tener la vida. Para la humanidad, que está implicada en la lucha entre las tinieblas y la luz, no hay otra alternativa: aceptar las *tinieblas* (llamadas también «ceguera», «mal», «esclavitud», «odio», «mentira», «este mundo») es autodestrucción y muerte; confiarse a la *luz* (asociada a «vida», «libertad», «amor», «verdad», «espíritu») es adherirse a la salvación y a la vida revelada en Jesucristo. El retrato que nos ofrece el evangelista en su obra es fruto de una experiencia personal, madurada en la oración y en la liturgia: un evangelio espiritual, meditado. No es casual que Juan, a diferencia de los sinópticos, no use la palabra «evangelio», sino «testimonio». Y el testimonio no tiene que ver tanto con los hechos que ha visto como con la realidad invisible en la que él cree más allá de la contemplación de los hechos. A esta luz, el evangelio se convierte en un texto que el lector debe tomar entre las manos para desafiar la verdad y la fuerza de la Palabra de Dios y para empeñar la propia vida en la obediencia.

7. Breve bibliografía de referencia

Señalamos algunos comentarios para quien desee profundizar en el evangelio de Juan:

Blanck, J., *El evangelio según Juan*, 4 vols., Barcelona 1980-1983.

Bouyer, L., *El cuarto evangelio. Introducción al evangelio de Juan*, Barcelona 1979-1980.

Brown, R. R., *El evangelio según san Juan*, 2 vols., Madrid 1979.

Durand, A., *Evangelio según san Juan*, Madrid 1964.

Fabris, R., *Los amó hasta el extremo: lectio divina sobre el evangelio de Juan*, Madrid 2008.

García Moreno, A., *El evangelio según san Juan*, Badajoz-Pamplona 1996.

Leal, J., *El evangelio de san Juan*, Madrid [3]1972.

Léon Dufour, X., *Lectura del evangelio de Juan*, 4 vols., Salamanca 1990-1998.

Mateos, J. – J. Barreto, *El evangelio de Juan*, Madrid 1979.

Moloney, F., *El evangelio de Juan*, Estella 2005.

Schnackenburg, R., *El evangelio según san Juan*, 4 vols., Barcelona 1980-1987.

Simoens, Y., *Interpretación del evangelio de Juan*, Salamanca 1988.

Van der Bussche, V., *El evangelio según san Juan*, Madrid 1972.

Vawter, B., *Evangelio de san Juan*, Madrid 1972.

Vickenhauser, A., *El evangelio según san Juan*, Barcelona 1972.

Zevini, G., *Evangelio según san Juan*, Salamanca 1995.

Giorgio Zevini

El evangelio de Juan

Jesús-Palabra y su obra de revelación en Dios
(Jn 1,1-5)

1 Al principio ya existía la Palabra.
La Palabra estaba junto a Dios,
y la Palabra era Dios.
2 Ya al principio ella estaba junto a Dios.
3 Todo fue hecho por ella,
y sin ella no se hizo nada
de cuanto llegó a existir.
4 En ella estaba la vida,
y la vida era la luz de los hombres;
5 la luz resplandece en las tinieblas,
y las tinieblas no la sofocaron.

LA PALABRA SE ILUMINA

El prólogo de Juan es una síntesis meditativa de todo el misterio de la Navidad, porque el Niño de Belén es la revelación de Dios, la verdad de Dios y del hombre, y al reflexionar sobre este acontecimiento nos ponemos en condiciones de comprender quién es el que ha nacido y quiénes somos nosotros.

Si bien el centro del prólogo se encuentra en el v. 14 (*«Y la Palabra se hizo carne»*, que expresa el acontecimiento de la encarnación y, por consiguiente, el de la Navidad), no obstante, para comprender el misterio del Hijo de Dios que se ha hecho hombre en su fragilidad e

impotencia como toda criatura, Juan se remonta al misterio trinitario y, a continuación, vuelve a descender hacia el hombre. El comienzo es, en efecto, la afirmación que nos sitúa fuera del tiempo en el misterio de Dios: «*Al principio ya existía la Palabra*» (v. 1a), y nos habla de una existencia sin comienzo ni devenir. Después, en la frase «*la Palabra estaba junto a Dios*» (v. 1b), el evangelista sitúa la justa posición del *Logos* («la Palabra»), que existe desde siempre, respecto al Padre: la Palabra, en su ser más profundo, se encuentra en una actitud de escucha y obediencia, dirigida completamente hacia el Padre. Jesús, la Palabra encarnada, hace a Dios visible y cercano al hombre, por ser su reflejo. En efecto, toda la historia y la realidad humana tienen la vida de la Palabra: «*En ella estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres*» (v. 4), porque en Jesús todo encuentra consistencia, significado, fin y, especialmente, la salvación de todo ser humano. Todas estas afirmaciones joánicas son de gran importancia para comprender el papel de Jesús como revelador y verdadero testigo de Dios. Por eso dirá: «*De su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia*» (v. 16), es decir, de su vida filial todos podemos recibir con abundancia.

LA PALABRA ME ILUMINA

Este fragmento de la Palabra de Dios converge en la memoria de que el Hijo de Dios vino a nosotros, de es un Dios con nosotros y para nosotros. El Dios trascendente e invisible ha dejado su lejanía e invisibilidad y ha tomado un rostro humano, haciéndose visible, concreto y alcanzable: «Se hizo lo que somos nosotros, para hacernos partícipes de lo que es él» (Cirilo de Alejandría). Esta fe nuestra se basa en una explicación que el evangelista Juan encuentra al colocar la raíz de la existencia de Jesús en el seno del Padre (Jn 1,1-3). Sin embargo, la

reflexión bíblica va más allá y nos empuja a contemplar *quién es Jesús para nosotros:* es un Dios para todo ser humano y un Dios para su salvación.

El misterio de la Navidad –del que aquí se trata en definitiva– es también la memoria de las modalidades históricas en las que se llevó a cabo la encarnación. El Hijo escogió la vida del pobre y del vencido, para que nosotros pudiéramos vislumbrar el poder de Dios en la elección de su pobreza y de su *kenosis*. Aquí es donde quiere que le busquemos, que le reconozcamos y que le acojamos: como un hombre pobre, menesteroso y que sufre, porque no sólo se hizo hombre, sino que se quedó entre los hombres. Con su nacimiento nos ha hecho además el regalo de ser hijos: «*A cuantos la recibieron, a todos aquellos que creen en su nombre, les dio poder para ser hijos de Dios*» (1,12). El nacimiento de Jesús es también nuestro nacimiento, el de nuestro renacimiento a una vida nueva. En él también nosotros hemos sido «*predestinados a ser hijos adoptivos*» del Padre celeste (Ef 1,5; cf. 1 Jn 3,1). Si el mismo Dios se dirige a nosotros: «*¡Tú eres mi Hijo!*», a nosotros no nos queda más que agradecérselo y gozar de nuestra participación en la vida divina.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Dios, Padre grande y misericordioso, al principio, antes de la creación, la Palabra estaba contigo y era verdadero Dios, teniendo su origen en la eternidad, en una unión inefable contigo. Y esta Palabra, personal y trascendente, bajó entre los hombres en carne y hueso para enseñarnos a conocerte a ti, oh Padre, a quien sólo el Verbo ha contemplado. En tu Hijo están unidas la divinidad y la humanidad, pero nosotros vemos brillar en él también tu gloria. La identidad de tu Hijo contigo se expresa también con la dependencia obediente hasta la

entrega total de sí mismo. Ayúdanos, oh Padre bueno, a leer en la humildad de la carne de tu Hijo el gran amor que nos tienes a todos nosotros y a ver en nuestra vida el reflejo del misterio trinitario. Haz que el Verbo nos atraiga a ti para ser sus discípulos y verdaderos hijos tuyos.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

El águila espiritual, del rápido vuelo, de la mirada que ve a Dios –me refiero a Juan, el teólogo–, trasciende a toda criatura visible e invisible y lleva a cabo su entrada en Dios, que lo deifica. Como mirada indagadora de la verdad más íntima, ha oído al Verbo único y solo, por medio del cual se hicieron todas las cosas. A él se le permitió pronunciarlo y anunciarlo a los hombres: «*Al principio ya existía la Palabra*» (Jn 1,1). He aquí que el cielo se ha abierto, he aquí revelado al mundo el misterio de la suprema y Santa Trinidad en su unidad. Al Hijo de Dios que antes, oh santo teólogo, llamaste Palabra, ahora le das el nombre de Vida y de Luz. Y no sin razón has cambiado las denominaciones. Llamaste Palabra al Hijo de Dios porque el Padre ha expresado a través de él todas las cosas. Lo llamaste Luz y Vida porque este Hijo es luz y vida de todas las cosas que han sido creadas por medio de él.

La luz del divino conocimiento se retiró del mundo cuando el hombre se alejó de Dios. La luz se revela ella misma al mundo de dos maneras diferentes: a través de la Escritura y a través de la criatura. Aprende las expresiones del lenguaje divino y en ellas conocerás la Palabra. Capta con los sentidos del cuerpo la belleza de las cosas sensibles y tendrás en ellas la inteligencia del Verbo de Dios. «*La luz resplandece en las tinieblas*» (1,5). Por efecto del pecado original, todo el género humano se encontraba en las tinieblas; no en esas que oscurecen los ojos del cuerpo, sino en esas que oscurecen los ojos del espíritu. Tras su nacimiento de una virgen, la luz resplandece en las tinieblas, esto es, en los corazones de todos los que la conocen. Lo cual es como decir: la luz resplandece en las tinieblas de las almas de los fieles, y resplandece cada vez más, a partir de la fe para tender a la visión (Juan Duns Scoto, *Il prologo di Giovanni*, Florencia-Milán 1987, nn. 4-5.11-13, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*En ella estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres*» (v. 4).

CAMINAR CON LA PALABRA

«*Al principio ya existía la Palabra. La Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios*». Juan comienza su evangelio contemplando la vida en Dios. He traducido *pros ton Theón* por «hacia Dios». «Junto a» Dios es exacto, pero prefiero la otra posible traducción, que indica el movimiento de la Palabra hacia Dios, enamorada locamente de Dios, totalmente dirigida hacia Dios. El Hijo procede del Padre, es engendrado por el Padre y es todo amor por el Padre, ofrecido al Padre. El ser del Hijo, semejante en todo al Padre, es enteramente para el Padre. Están en comunión el uno con el otro, amándose el uno al otro. Este amor que les une es tan fuerte, tan absoluto, que constituye la tercera persona de la Santa Trinidad, el Espíritu Santo, el Paráclito. Toda la creación, la entera donación de cada una de las Personas a las otras, la comunión que las une, brota de este éxtasis eterno. Esta unidad de amor eterno es el origen y el fin de todas las cosas. Toda la creación lleva la impronta de este amor eterno de la Trinidad, este vaivén de amor entre el Padre y el Hijo. Todo el universo, en su inmensidad y su belleza, canta el amor; cada realidad creada da y recibe para que todo se conserve en unidad y armonía.

La Palabra se hizo carne para comunicarnos a los hombres que somos –aunque sumergidos en un mar de fango, de sufrimientos, de miedos y de fracturas de la existencia– la vida, la alegría, la comunión, el don embriagador del amor, que es la fuente de todo amor, de toda vida, de toda unidad en el universo, y que es la misma vida de Dios. La Palabra no se hizo carne como el que se pone un traje que se lo quita después. Es la carne la que se vuelve divina. Se convierte en el medio por el que esta vida de amor de Dios en Dios se comunica. Esta vida no es una idea enseñada por los libros o los profesores: es la presencia de una Persona a otra, el don, la entrega total de una a la otra, corazón a corazón, comunión en el amor. La Palabra se hizo carne para vivir esta comunión con cada uno de nosotros, abrazo de amor que comunica la vida, que nos introduce en la relación de amor que vive con el Padre y que constituye su mismo ser. En comunión con Jesús, formando una misma realidad con él, el Hijo del Padre, engendrado por el Padre, nosotros llegamos a ser plenamente hijos del Padre, formamos una sola realidad con el Padre, engendrados por el Padre. Jesús dice a sus discípulos: *«Como el Padre me ama a mí, así os amo yo a vosotros»* (Jn 15,9). El amor del Padre se difunde sobre el Hijo y, desde su corazón, este amor se difunde en el corazón del ser humano que cree en él. Gracias a este don, nosotros vivimos la misma vida de Dios. Pertenecemos a la misma naturaleza de la Trinidad (J. Vanier, *Gesù, il don dell'amore,* Bolonia, 162-165, *passim;* edición catalana: *Jesús, el do de l'amor,* Claret, Barcelona 1994).

Jesús-Palabra y su encarnación
(Jn 1,6-14)

6 Vino un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan.
7 Éste vino como testigo, para dar testimonio de la luz, a fin
de que todos creyeran por él. 8 No era él la luz, sino testigo de
la luz.

9 La Palabra era la luz verdadera,
que con su venida al mundo
ilumina a todo hombre.

10 Estaba en el mundo,
pero el mundo,
aunque fue hecho por ella,
no la reconoció.
11 Vino a los suyos,
pero los suyos no la recibieron.

12 A cuantos la recibieron,
a todos aquellos que creen en su nombre,
les dio poder para ser hijos de Dios.

13 Éstos son los que no nacen
por vía de generación humana,
ni porque el hombre lo desee,
sino que nacen de Dios.

14 Y la Palabra se hizo carne
y habitó entre nosotros;
y hemos visto su gloria,
la gloria propia del Hijo único del Padre,
lleno de gracia y de verdad.

LA PALABRA SE ILUMINA

El evangelista Juan contempla, en la segunda parte del prólogo, la venida histórica de Jesús-Palabra en la carne y muestra en concreto cómo brilló la luz en las tinieblas. La luz que viene al mundo fue precedida y anunciada por un testigo, Juan el Bautista, cuya misión era la de hablar en favor de la luz (Jn 1,6.8). Juan no fue sólo el precursor, sino el testigo de Jesús, que recibe, como mediador humano, el testimonio que el Padre da del Hijo en el bautismo, para que se transmita a los hombres. Él, después de haber escuchado la voz del Padre y de haber visto al Espíritu descender sobre Jesús y permanecer en él (1,32-34), es quien conduce al hombre a la fe en Jesús-luz. Él es quien hace de puente entre los testigos de la antigua alianza y los de la nueva; el que invita a creer en la Palabra, en la que reside la presencia de Dios.

En los versículos siguientes (1,9-11) se presenta a Jesús-Palabra a través de una reflexión sobre la presencia de la «luz verdadera» en el mundo y sobre su rechazo por parte de los hombres. No sólo la humanidad entera fue incapaz de hacer sitio a la Palabra, sino que el mismo pueblo elegido, tiernamente amado por Dios con gestos extraordinarios, la rechazó. Sin embargo, un «resto de Israel», personas temerosas de Dios, la acogió: éstos respondieron de una manera positiva a su mensaje y se convirtieron en «*hijos de Dios*», estableciendo así una nueva relación de alianza con el Padre. Esa filiación divina es don, pero requiere la colaboración del hombre. El pequeño fragmento se cierra con la afirmación solemne de la encarnación del Hijo de Dios, que mora entre los hombres de una manera no pasajera, sino permanente, y cuya gloria pudieron «contemplar» los primeros testigos oculares.

LA PALABRA ME ILUMINA

Juan llega a la cumbre de su contemplación al hablarnos de la venida del Verbo entre los suyos y de su encarnación, lugar ideal donde Cristo se manifiesta como perfecto revelador del Padre (1,14). Ahora bien, ¿qué nos dice los creyentes este acontecimiento central de la historia humana y de nuestra fe? A buen seguro, la afirmación de la encarnación del Hijo de Dios planteaba problemas en tiempos del evangelista. Para los judíos era absurdo pensar que la Palabra definitiva de Dios apareciera en la debilidad del hombre-Jesús. Para los paganos suponía un escándalo aceptar la plena humanidad del Hijo de Dios, lugar indigno de la divinidad.

El evangelio afirma que la Palabra se hizo carne, es decir, que la Palabra se hizo «hombre» en su fragilidad e impotencia como toda criatura, naciendo de una mujer, María. Éste es el anuncio de que debemos creer para ser salvados: «*En esto conoceréis que poseen el Espíritu de Dios: si reconocen que Jesucristo es verdaderamente hombre, son de Dios; pero si no lo reconocen, no son de Dios*» (1 Jn 4,2s).

La presencia de Dios se da ahora en la vida misma del hombre y en la carne visible de Jesús, y la comunidad cristiana puede contemplarla y conocerla. Ahora bien, ¿dónde podemos conocer los rasgos de la personalidad de Jesucristo? Naturalmente, todo el acontecimiento-Jesús es manifestación de Dios, pero, para el evangelista, el momento central en el que la gloria se manifiesta con toda su fuerza es la cruz. Puede parecer una paradoja sostener que la cruz es glorificación, pero todo se vuelve luminoso si pensamos que Dios es amor (1 Jn 4,8) y que su manifestación se produce allí donde aparece el amor. Entonces la historia del *Logos* se identifica con la historia de las continuas relaciones del Hijo de Dios con los seres humanos y el mundo.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Padre bueno, sólo tu Espíritu puede introducirnos en la contemplación del misterio de la encarnación del Verbo y hacernos descubrir sus bellezas recónditas: la preexistencia, la comunión íntima y la identidad divina de tu Hijo. En todo esto contemplamos la inmensidad de tu amor por los hombres y tu deseo de establecer una alianza definitiva con nosotros. A nosotros no nos queda más que contemplar, alabar y agradecer incesantemente el misterio trinitario que une al Padre, al Hijo y al Espíritu. Haz, Padre santo, que la humildad del Verbo, que *«no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios, sino, al contrario, se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres»* (Flp 2,6s), nos sirva de ejemplo en la vida para salir al encuentro de nuestros hermanos y hermanas.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

He aquí el águila descendiendo, con vuelo sereno, desde la cima más elevada de la montaña de la teología hasta el profundísimo valle de la historia, dejando el cielo por la tierra. De una manera coherente, Juan introduce a Juan en su teología. El mensajero prepara la venida del Señor. El precursor de la luz no era la luz. Era, en efecto, un candil encendido, pero que no ardía con su fuego propio. El evangelista llama luz verdadera al Hijo de Dios que subsiste por sí mismo. Llama luz verdadera al mismo Hijo que se ha hecho hombre entre los hombres y por los hombres. Y he aquí que se introduce una división: los que acogen al Verbo encarnado son separados de los que lo rechazan. A los que lo acogen les ha dado el poder de llegar a ser hijos de Dios (Jn 1,12); a los que no lo acogen les concede aún la ocasión de acogerle en el futuro.

Para que nadie pueda decir que es imposible que unos simples seres humanos puedan ser hijos de Dios, he aquí un argumento sobre cuya base se puede reparar con la fe aquello de lo que se duda: *«Y el Verbo se hizo carne»* (1,14). Si el Hijo de Dios se hizo hombre, ¿qué tiene de extraordinario que el hombre que cree en el Hijo de Dios esté destinado a convertirse en hijo de Dios? Para esto descendió el Verbo de Dios en la carne, a fin de que ésta, es decir, el hombre, pueda ascender hasta el Verbo, a fin de que, gracias al Hijo unigénito por naturaleza, muchos lleguen a ser hijos por adopción. El Verbo no se hizo carne para sí mismo, sino para ayudarnos a nosotros. Ha realizado por sí solo su descenso, pero vuelve a subir en compañía de muchos. Aquel que de Dios se hizo hombre, ese mismo hace de los hombres una progenie de dioses (Juan Duns Scoto, *Il prologo di Giovanni*, Florencia-Milán 1987, nn. 14-55.20-21, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Y la Palabra se hizo carne y puso su tienda entre nosotros» (cf. v. 14).

CAMINAR CON LA PALABRA

La vida de Dios contada por la vida de un hombre, Jesús. El espíritu se revela en la carne; la eternidad, por una historia de hombre; la divinidad, por la humanidad. Todo lo que Jesús dijo es simplemente verdad, porque su cuerpo brilla. Su cuerpo es la verdad, es el reino. Reino de luz y de ternura, porque su cuerpo es luz y ternura. Reino de belleza y de gracia, porque su cuerpo es belleza y gracia. Reino como levadura escondida y secreta, porque tal así la luz que fermenta, sepultada en cada uno.

«He comprendido», dice Heidewick de Amberes († 1260), «que en esto consiste el orgullo del amor: en no poder amar la divinidad de Cristo si no es amando su humanidad: amar la humanidad de Cristo redescubriendo todo fragmento, todo estremecimiento de humanidad en el Evangelio».

Buscando todas las moléculas de la humanidad de Jesús, todos los estremecimientos de su ser humano que afloran en el Evangelio: su relación con los niños, con las mujeres, con los amigos, con el sol y con el viento, con los pájaros y las flores, con los amigos y las amigas, con el pan, con el vino, con la luz. Y, a continuación, su manera de tener miedo y de tener valor. Y cómo lloraba y cómo gritaba. Y su carne niña y su carne cubierta de llagas. Y cómo le gustaba el perfume, y su estremecimiento por las caricias de los cabellos empapados de nardo de la mujer pecadora y amiga. Y su rostro revestido de sol en el Tabor. Era hasta tal punto tan estupendamente hombre que los discípulos dijeron: un hombre así no puede ser más que Dios. Su vida es una vida bella, lograda, plena. Y no sabemos qué hacer con un elemento divino que no haga florecer lo humano.

Porque no es rebajando al hombre como ensalzamos a Dios. No es verdad que menos humanidad equivale a más divinidad. Es verdad exactamente lo contrario. Si no buscas vida, nunca encontrarás a Dios. Y viceversa: sólo quien busca a Dios encontrará también la plenitud de la vida.

La vida se mueve por una pasión y no por coerciones, por actos de voluntad. Y la pasión nace de la belleza. La pasión por Dios nace del hecho de haber descubierto la belleza de Cristo: pastor de la última oveja, abrazado al hijo pródigo, que perdona a los que le crucifican, pobre al que sólo le queda aquel poco de madera y de hierro que basta para morir. Morir de amor. Abrir el libro de carne, consumar aquellas páginas, escuchar aquella voz, aquellos silencios, aquellos ojos.

Dios no nos seduce por su omnipotencia, eternidad u omnisciencia, sino con el rostro de Jesús, con su modo único de amar, encontrar, curar, alegrar y consolar la vida. Esta belleza hace nacer a los cristianos como buscadores de oro (E. M. Ronchi, «Il Volto di Cristo sulla cattedra del Tabor», en *Il Volto dei volti*, Bérgamo 2004, 84).

Jesús-Palabra y su nueva alianza
(Jn 1,15-18)

15 Juan dio testimonio de él proclamando:

–Éste es aquel de quien yo dije: «El que viene detrás de mí ha sido colocado por delante de mí, porque existía antes que yo». 16 En efecto, de su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia. 17 Porque la ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por Cristo Jesús. 18 A Dios nadie lo vio jamás; el Hijo único, que es Dios y que está en el seno del Padre, nos lo ha dado a conocer.

LA PALABRA SE ILUMINA

La tercera parte del prólogo, situada en el presente de la fe e introducida con el nuevo testimonio del Bautista (Jn 1,15), muestra la obra de la nueva alianza que Jesús, superior a Moisés, inaugura por medio de la encarnación.

Estamos en la cima del himno a la Palabra. Tras la proclamación de fe de la comunidad cristiana sobre el misterio de la encarnación de Dios en la humanidad de Jesús (1,14), Juan reemprende su reflexión teológica sobre la Palabra llena de la gracia de la verdad, afirmando que esa plenitud ha llegado a la humanidad a través de Jesucristo (v. 1,16). La parte final del versículo es, como mínimo, ardua, y su traducción la podemos expresar así: todos nosotros hemos recibido una

gracia *en lugar de* otra gracia (v. 16b). ¿Qué pretende decir el evangelista con esta frase? ¿Cuáles son las dos gracias de las que se habla? El v. 17 nos ayuda a comprender el sentido. Las dos gracias son la *ley mosaica y la de Cristo.* La gracia fundamental en la economía antigua era la ley de Moisés, pero en la economía mesiánica esta ley ha sido perfeccionada por la de Cristo, que es mayor, porque es la persona misma de Jesús, Palabra del Padre.

Esta nueva plenitud invita a todos los creyentes a convertirse en hijos de Dios y a participar en la misma filiación de Cristo. Así, la Palabra, como hijo unigénito de Dios, revela que los hombres han llegado a ser hijos en él y ven al Padre, hacia el que toda su vida está dirigida en actitud de docilidad filial (cf. 1,17s). Por consiguiente, él es el único que lo puede revelar.

El versículo final del prólogo nos ofrece, por último, una explicación ulterior de por qué Jesús es el cumplimiento de la ley mosaica. No se trata aquí del Hijo de Dios que vive en el seno del Padre, sino de Jesucristo, el Verbo encarnado: «*A Dios nadie lo vio jamás; el Hijo único, que es Dios y que está en el seno del Padre, nos lo ha dado a conocer*» (v. 18). Juan reafirma ante todo la invisibilidad radical de Dios (cf. Éx 33,18-23).

Sólo el Hijo de Dios, precisamente porque viene de Dios, está en condiciones de descubrir su secreto; sólo el Hijo unigénito ha podido revelar al Padre. Y la revelación mesiánica y definitiva del hombre-Jesús consiste en el hecho de que se ha mostrado a los suyos, viviendo siempre dirigido hacia el seno del Padre. El «*seno del Padre*» es, en el lenguaje bíblico, la imagen típica del amor y de la intimidad: toda la vida de Jesús se desarrolla como vida filial en una actitud de escucha y obediencia al Padre, en una relación de amor con el Padre y como manifestación del amor del Padre.

LA PALABRA ME ILUMINA

La hora del profeta del desierto de Judá ha pasado; su bautismo de penitencia ha dejado de tener razón de ser, porque ha llegado «*la luz*» y «*ése es quien bautizará con Espíritu Santo*». El Bautista debe dejar sitio a aquel que trasciende la historia y el tiempo, y existía ya «*al principio*» (1,1s). Ésta es la acogida que también nosotros, como comunidad cristiana, debemos dispensar a Cristo. Nosotros somos esos que han recibido de la plenitud (v. 16a) de Jesús-Palabra el don de la revelación, que sustituye ahora al de la ley antigua. Ahora bien, ¿de qué plenitud habla Juan en este versículo? La plenitud de la verdad, realizada por medio de Jesucristo, es el esplendor de su vida filial. Todos nosotros podemos tomar ahora a manos llenas de esta fuente de vida y ser partícipes del don de la verdad que está en Cristo. Esa vida filial entra en nosotros por la fe y, al crecer, nos transforma hasta el punto de unirnos a la vida del Hijo y convertirnos a su vez en hijos a nosotros mismos. En efecto, el Hijo de Dios se hizo hombre para hacer a todos los hombres partícipes de su filiación e introducirlos en la vida de Dios. Por último, la comunidad de los creyentes puede confesar con acción de gracias: «*De su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia*» (v. 16). O sea, que todos nosotros hemos sido hecho partícipes del don de la verdad que había en él; esa gracia nos ha sido comunicada a nosotros.

Jesús es *cumplimiento de la ley mosaica,* es la revelación personificada de Dios. Por eso, la vida de Jesús es para nosotros, los creyentes, la revelación completa, la plenitud de la verdad.

«El prólogo se termina de rodillas, en profunda adoración ante la faz invisible del Padre, cuya gloria ha brillado para nosotros en el rostro de un hombre, su Hijo Unigénito, Jesucristo. Este prólogo, como la obertura

de una sinfonía, reúne los principales temas de la obra a la que sirve de prefacio; en él se esboza un drama; más aún, en él se expresa, por adelantado, el alma profunda y nos pone, finalmente, en estado de gracia y en armonía para entrar en comunión con ella» (D. Mollat).

Juan, después de la resurrección de Jesús, ha llevado a término con el prólogo un proceso de excavación y de retorno a las fuentes del acontecimiento-Jesús, pero de un modo diferente al de los otros evangelistas. Él fue el único que comprendió que la verdadera respuesta a la pregunta «¿quién es Jesús de Nazaret?» se queda siempre limitada si tiene lugar dentro de los confines del tiempo. Por eso, impulsa al lector con un salto contemplativo hacia antes del tiempo y de la historia y encuentra la raíz verdadera de la existencia de Jesús en el seno del Padre, y sobre esta plenitud fundamenta nuestra fe.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor, el testimonio de Juan el Bautista ha dado a toda la Iglesia y a cada uno de nosotros una gran lección de humildad frente a la persona de Jesús.

Haz que en cada momento de nuestra vida podamos poner en el centro de nuestra existencia a tu Hijo, imitando el esplendor de su vida filial.

Concédenos tomar a manos llenas de esta fuente de vida y ser partícipes del don de la verdad que hay en Cristo. Concédenos que esta vida filial entre en nosotros por la fe y, al crecer, nos transforme hasta el punto de unirnos a la vida de tu Hijo, para convertirnos nosotros mismos en hijos tuyos, Dios bueno y atento con todos los hombres, y que de este modo contemplemos tu rostro de Padre y participemos en la vida de unidad de las Personas divinas.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Al ver Dios que el temor arruinaba el mundo, trató inmediatamente de volverlo a llamar con amor, de invitarlo con su gracia, de sostenerlo con su caridad, de vinculárselo con su afecto.

Por eso purificó la tierra, afincada en el mal, con un diluvio vengador y llamó a Noé padre de la nueva generación, persuadiéndole con suaves palabras, ofreciéndole una confianza familiar, al mismo tiempo que le instruía piadosamente sobre el presente y le consolaba con su gracia respecto al futuro. Y no le dio ya órdenes, sino que con el esfuerzo de su colaboración encerró en el arca las criaturas de todo el mundo, de manera que el amor que surgía de esta colaboración acabase con el temor de la servidumbre y se conservara con el amor común lo que se había salvado con el común esfuerzo.

Por eso también llamó a Abrahán de entre los gentiles, engrandeció su nombre, lo hizo padre de la fe, lo acompañó en el camino, lo protegió entre los extraños, le otorgó riquezas, lo honró con triunfos, le obligó con promesas, lo libró de injurias, se hizo su huésped bondadoso, lo glorificó con una descendencia de la que ya desesperaba. Y todo ello para que, rebosante de tantos bienes, seducido por tamaña dulzura de la caridad divina, aprendiera a amar a Dios y no a temerlo, a venerarlo con amor y no con temor.

Por eso también consoló en sueños a Jacob en su huida, y a su regreso le incitó a combatir y lo retuvo con el abrazo del luchador, para que amase al padre de aquel combate y no lo temiese.

Y, asimismo, interpeló a Moisés en su lengua vernácula, le habló con paterna caridad y le invitó a ser el liberador de su pueblo.

Pero así que la llama del amor divino prendió en los corazones humanos y toda la ebriedad del amor de Dios

se derramó sobre los humanos sentidos, satisfecho el espíritu por todo lo que hemos recordado, los hombres comenzaron a querer contemplar a Dios con sus ojos carnales.

Pero la angosta mirada humana ¿cómo iba a poder abarcar a Dios, al que no abarca todo el mundo creado? La exigencia del amor no atiende a lo que va a ser o a lo que debe o puede ser. El amor ignora el juicio, carece de razón, no conoce la medida. El amor no se aquieta ante lo imposible, no se remedia con la dificultad. El amor es capaz de matar al amante si no puede alcanzar lo deseado; va a donde se siente arrastrado, no a donde debe ir. El amor engendra el deseo, crece con el ardor y, por el ardor, tiende a lo inalcanzable. ¿Y qué más? El amor no puede quedarse sin ver lo que ama: por eso los santos tuvieron en poco todos sus merecimientos si no iban a poder ver a Dios.

Moisés se atreve por ello a decir: Si he obtenido tu favor, enséñame tu gloria. Y otro dice también: Déjame ver tu figura. Incluso los gentiles modelaron sus ídolos para poder contemplar con sus ojos lo que veneraban en medio errores (Pedro Crisólogo, *Sermón* 147, PL 52, 594-595).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*En efecto, de su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia*» (v. 16).

CAMINAR CON LA PALABRA

Juan presenta a Jesús como el Revelador, y su enseñanza es revelación en el sentido de que hace visible una realidad escondida, abre al misterio de una relación y de una persona. Él mismo es el contenido de la revelación. Él es el don que Dios hace de sí mismo a la humanidad. Las fórmulas «*Yo soy*», tan características del cuarto evangelio, explicitan todo lo que el amor de Dios es para el hombre: luz, verdad, vida, resurrección.

Juan quiere hablar de Jesús en su verdad profunda, en su relación con el Padre; quiere hablar de su divinidad. Reconocer el origen divino de Jesús es reconocerle en su plena realidad de Revelador de Dios, es percibir el vínculo que le une al Padre y que le define como Hijo. Pero es, sobre todo, comprender que esta realidad comunional de Dios se ha abierto precisamente a los hombres en el envío del Verbo encarnado. Para Juan, no se trata de nociones abstractas; al contrario, se trata de una cuestión de vida o de muerte, porque la vida sólo es vida en relación filial con el Padre. Ahora bien, esta misma relación sólo es posible en Cristo, puesto que sólo él revela y explica al Padre. En la contemplación del comportamiento de Jesús, en su actividad cotidiana, es donde Jesús se vuelve transparencia de la Verdad que habita en él, del misterio de su propia persona.

Pues bien, la manifestación de su realidad de Hijo está estrechamente ligada a la del Padre. Jesús reconoce su total dependencia del Padre, del que reciben sentido su ser y su vida. Y precisamente en esta actitud totalmente orientada hacia el Padre, en esta receptividad, es donde Jesús se convierte en la transparencia del Padre al que revela. Así manifiesta su unidad con él: mostrándose Hijo.

La revelación del Padre es inseparable de la de su Enviado. Es en su realidad de Hijo, que cobra visibilidad en el comportamiento humano de Jesús, donde puede verse el rostro del Padre. En el modo de ser de Jesús se hace visible el dinamismo de la unidad divina, del ser divino, que es diálogo de amor vital donde el Padre y el Hijo son uno, donde el Padre se revela dándolo todo y donde el Hijo es él mismo en la apertura total al Padre. He aquí, pues, la vida eterna que Jesús promete a los que le reciben: no una especie de regalo dado desde fuera, sino la participación en la vida de unidad de las Personas divinas (G. Rossé, en AA. VV., *Dios amore nella tradizione cristiana e nella domanda dell'uomo contemporaneo,* Roma 1992, 74-77, *passim*).

El testimonio de Juan el Bautista respecto a sí mismo
(Jn 1,19-28)

19 Los judíos de Jerusalén enviaron una comisión de sacerdotes y levitas para preguntar a Juan quién era.

20 Su testimonio fue éste:

–Yo no soy el Mesías.

21 Ellos le preguntaron:

–Entonces, ¿qué? ¿Eres tú, acaso, Elías?

Juan respondió:

–No soy Elías.

Volvieron a preguntarle:

–¿Eres el profeta que esperamos?

Él contestó:

–No.

22 De nuevo insistieron:

–Pues ¿quién eres? Tenemos que dar una respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo?

23 Entonces él, aplicándose las palabras del profeta Isaías, se presentó así:

Yo soy la voz
del que clama en el desierto:
Allanad el camino del Señor.

24 Algunos miembros de la comisión eran fariseos.
25 Éstos le preguntaron:

–Si no eres ni el Mesías, ni Elías, ni el profeta esperado, ¿por qué razón bautizas?

26 Juan afirmó:

–Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros hay uno a quien no conocéis. [27] Él viene detrás de mí, aunque yo no soy digno de desatar la correa de sus sandalias.

[28] Esto ocurrió en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando.

LA PALABRA SE ILUMINA

Se trata del testimonio del Bautista pronunciado ante la delegación enviada por las autoridades de Jerusalén a «*Betania, al otro lado del Jordán*» (v. 28). A la pregunta «*¿quién eres?*» (v. 19), el Bautista confiesa, evitando cualquier malentendido sobre su persona y su misión, que no es el Mesías, el Salvador escatológico esperado. Este testimonio negativo en boca del Bautista es una auténtica confesión de fe sobre la mesianidad de Jesús. Siguen otras preguntas de los enviados, a las que el Testigo responde diciendo que no es ni Elías (cf. Mal 3,1-3.23; Mc 9,11; Mt 7,10) ni el profeta (cf. Dt 18,15; 1 Mac 14,41), personajes esperados para el tiempo mesiánico. La desorientación de sus interlocutores es grande.

El Bautista explica después su propia identidad y se define a sí mismo con las palabras del Segundo Isaías: «*Yo soy la voz del que clama en el desierto*» (v. 23) y prepara el camino del Señor (cf. Is 40,3). Él no es la luz, sino sólo una lámpara que arde y da testimonio de la luz verdadera. Él no es la Palabra encarnada, sino sólo la voz que prepara el camino con la purificación de los pecados y la conversión del corazón. Y, ante la insistencia ulterior de los fariseos sobre el motivo de su bautismo, Juan replica: «*Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros hay uno a quien no conocéis*» (v. 26).

El bautismo de Juan no es el del tiempo de la salvación, sino un rito de iniciación para disponerse a recibir al Mesías, que se encuentra ya en medio de su pueblo. El Bautista aproxima su propia persona a la de Cristo a fin de poner de relieve la dignidad y la grandeza de Jesús, cuya vida tiene dimensiones de eternidad: Juan no es capaz de prestarle ni siquiera el más humilde los servicios, como el de desatarle la correa de las sandalias (v. 27). El testimonio del Bautista busca, por tanto, suscitar en cada hombre la fe en el gran desconocido, el portador de la salvación, que vive entre los hombres.

LA PALABRA ME ILUMINA

La fe del Bautista está orientada al anuncio de Jesús. En efecto, el Mesías, tanto en su aparición como en el curso posterior de la historia humana, por él atravesada y revolucionada, no revela de inmediato y por completo su origen y su misión. Es necesario que quien recibe de Dios el don de tocar el misterio de Cristo, reflexionando sobre los acontecimientos de su historia, lo anuncie con su vida y su palabra, como el Bautista en el Jordán. De hecho, el hombre templado en la soledad del desierto se esconde y casi desaparece a la sombra de aquel a quien presenta al mundo. Ésta fue precisamente su tarea: dar testimonio del Esperado, que vive en medio de su pueblo.

El cristiano de hoy también está llamado a ser el anunciador del evangelio y de la Palabra de Jesús, la voz que grita con su vida la verdad de Cristo, a pesar de la pobreza que experimenta y la debilidad de sus palabras humanas. El cristiano es *alguien que se define en función de Cristo,* del Maestro que viene siempre a su gente para comunicarle la salvación y la vida. El bautizado da testimonio de Cristo, es su vínculo y prepara su misión; es el heraldo que invita a volver al desierto para preparar espiritualmente el camino al Mesías; es alguien que llama la atención no sobre él mismo, sino sobre el que está a punto de llegar. Cada cristiano es un pregonero de la Palabra de Dios en medio de la aridez espiritual de nuestro mundo, alguien que allana el camino a sus her-

manos y a sus hermanas para que encuentren a Cristo, y da testimonio del Evangelio con su propia vida. ¿Y tú? ¿Te sientes anunciador de esta Palabra de vida?

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Le preguntaron a Juan el Bautista cuál era su identidad. Y él, con humildad y firmeza, respondió que no era el Mesías, sino una voz que grita a las muchedumbres en el desierto de la vida que preparara el camino al Señor.

También a mí, Señor, me han preguntado muchas veces quién soy, y con frecuencia no he tenido el coraje de decir mi verdadera identidad por vergüenza y temor a ser considerado incoherente.

Te pido, Señor, que me hagas capaz de dar testimonio por mí mismo y capaz de superar mi desorientación, como la de aquellos que no tienen fe y siguen desconcertados por el misterio de tu persona. Hazme lámpara que arde y propaga la luz verdadera; hazme voz que invita a los hermanos a volver al desierto para preparar espiritualmente el camino hacia tu Hijo Jesús.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Juan negó que fuera el profeta, porque había tenido la tarea no sólo de anunciar al Redentor, sino también de señalarlo. Sin embargo, se presentó de inmediato añadiendo: «*Yo soy la voz del que clama en el desierto*» (1,23). Juan afirma que es la voz porque precede al Verbo. Grita también en el desierto porque anuncia la alegría de la redención a los judíos perdidos y abandonados.

El camino del Señor llega al corazón cuando se escucha humildemente la Palabra de la verdad y se dispone la vida a la observancia de los preceptos de Dios. Por

eso, quien se exalta en el orgullo, quien cede a la codicia de la avaricia, cierra las puertas del corazón a la verdad y, con el obstáculo de los vicios, obstruye los caminos del alma para impedir su llegada al Señor.

Juan no bautiza en el Espíritu, sino con agua. Como el Señor había anunciado en la predicación, así, al administrar el bautismo, actuaba como precursor, imitando el futuro sacramento. Los hombres santos, para custodiar en sí mismos la virtud de la humildad, cuando saben de alguna cosa por la que nace en ellos la admiración, traen a su mente lo que no saben, para que su espíritu, al considerar aquello de lo que se encuentra desprovisto, no sea vencido por el orgullo a causa de aquello en lo que sobresale.

Por consiguiente, que cada uno busque distinguirse, pero en cierto modo como olvidándose, a fin de no verse privado de una grandeza injustamente pretendida. Considerad la humildad como el fundamento de las buenas obras y comparaos con aquellos a los que os sentís inferiores, para lograr alcanzar metas cada vez más altas en la humildad, imitando los ejemplos de los que han realizado progresos mayores (Gregorio Magno, *Homilías sobre los evangelios,* VII, 1-4).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Yo no soy digno de desatar la correa de sus sandalias*» (v. 27).

CAMINAR CON LA PALABRA

Lo que esperan los judíos es una respuesta grandiosa y clara; ellos esperan lo inesperado y, al mismo tiempo, algo unívo-

co que ya no pueda cambiarse, algo con lo que tranquilizarse y resolver la cuestión. Lo que no se esperan es una respuesta que va más allá de la pregunta. Están inquietos. Saben con precisión que el Mesías está en alguna parte, que alguno se hará ahora adelante para afirmar que lo es. Saben que lo encontrarán, lo que no significa en absoluto que lo reconocerán y lo amarán también. Sin embargo, sabrán que es él.

A su vez, la facultad de Juan para reconocerlo se encuentra en el hecho de que sabe que él no es. Esto basta para hacer su respuesta exhaustiva, y, de momento, no se muestra propenso a dar otra definición de sí mismo. De este modo, él es el verdadero hombre. Los otros están ciegos, están en las tinieblas, buscan en cierto modo a tientas a Cristo. Sienten que lo encontrarán, pero no están en el amor y, por consiguiente, se ven obligados a admitir su propia incapacidad y la necesidad de tener que plantear preguntas.

El amor de Juan es discreción; él discierne entre él y el Señor. Juan sabe que todo lo positivo que podría decir de sí mismo haría completamente vana su respuesta. Sabe que no puede comunicar ninguna descripción al amigo si aquel a quien se dirige la descripción no ama. De ahí que su propio amor habla del Señor con un tacto tan infinito que él, a pesar de su apertura, al mismo tiempo lo protege con sus palabras y no lo expone, no pone la intimidad del amor a merced de estos extraños. Revela al amigo al mismo tiempo que lo cubre. Por otra parte, lo revela manteniéndose a una distancia absoluta de él, no gloriándose en absoluto de su intimidad, sin buscar en modo alguno ganarse el amor del Señor.

Así será siempre de ahora en adelante el amor cristiano en el matrimonio, en la amistad, en la Iglesia, en la vida religiosa, en toda comunidad.

Lo no dicho no siempre es sinónimo de callado. Existe una revelación a través del silencio, del mismo modo que existe un silencio en torno a la revelación. La acción de la Iglesia revela también cosas sin usar palabras; toda revelación empieza con una palabra, pero, a continuación, uno se siente implicado, y la realidad más grande empieza a dejar sentir su efecto silencioso (A. von Speyr, *Il Verbo si fa carne*, Milán 1982, 127-133, *passim*).

El testimonio que Juan el Bautista da de Jesús

(Jn 1,29-34)

29 Al día siguiente, Juan vio a Jesús, que se acercaba a él, y dijo:

–Éste es el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. 30 A éste me refería yo cuando dije: «Detrás de mí viene uno que ha sido colocado delante de mí porque existía antes que yo». 31 Yo mismo no lo conocía, pero la razón de mi bautismo con agua era que él se manifestara a Israel.

32 Juan prosiguió:

–Yo he visto que el Espíritu bajaba desde el cielo como una paloma y permanecía sobre él. 33 Yo mismo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: «Aquél sobre quien veas que baja el Espíritu y permanece sobre él, ése es quien bautizará con Espíritu Santo». 34 Y como lo he visto, doy testimonio de que él es el Hijo de Dios.

LA PALABRA SE ILUMINA

La escena se caracteriza por el encuentro del Bautista con Jesús. La atención del pasaje se dirige al contenido de la solemne proclamación del Testigo, en un marco de revelación mesiánica. Es el hombre de Dios el primero que «ve» a Jesús. Éste «procede» del Padre y avanza desconocido entre la muchedumbre, a la que está ligado por su condición humana, y el Bautista exclama: *«Éste es el cordero de Dios, que quita el pecado del*

mundo» (v. 29b). El símbolo del cordero remite a varios textos: al cordero pascual (cf. Éx 12,1-28; 29,38-46), al Siervo de YHWH (cf. Is 42,1-4; 52,13–53,12). Jesús es el Cordero-Siervo obediente al Padre, el que quita la culpa de los hombres y les comunica la vida nueva con su sufrimiento y su muerte en la cruz. Por otra parte, el testimonio del Bautista tiene que ver con el modo con el que ha visto al Espíritu Santo descender sobre el Mesías. Es el testigo que ve al Espíritu bajando sobre Jesús *«desde el cielo como una paloma y permanecía sobre él»* (v. 32).

La imagen de la paloma representaba, en el ambiente judío antiguo, a Israel: el Espíritu que baja en forma de paloma es anuncio de la generación del nuevo Israel de Dios, que empieza con Jesús y constituye el fruto maduro de la venida del Espíritu. Ahora es el tiempo de la purificación y del verdadero conocimiento de Dios a través del Espíritu. El Espíritu desciende sobre Jesús y «permanece» en él de una manera plena y estable (v. 32b; cf. Is 11,2s). Se convierte en la nueva morada de Dios, en el templo del Espíritu, fuente perenne de salvación para todos. Fue durante la teofanía del bautismo de Jesús cuando el Bautista reconoció al Mesías. Ahora puede dar testimonio de que Jesús es el Hijo de Dios (v. 34), el que *«bautizará con Espíritu Santo»* (v. 33), es decir, el que da el Espíritu y llena de este don, prometido para el tiempo de la salvación, a todo discípulo.

LA PALABRA ME ILUMINA

El «segundo» testimonio dado por el Bautista no es un fin en sí mismo. Tiene la finalidad de hacer brotar la fe del discípulo en la persona de Jesús. El Bautista ha visto al Espíritu «permanecer» sobre Jesús. Esta certeza genera el anuncio de que Jesús es verdaderamente el Mesías, el elegido de Dios (cf. Is 42,1). El testimonio de Jesús

«Hijo de Dios» se convierte en el eco de las palabras dichas por el Padre en el bautismo narrado en los sinópticos: *«Éste es mi Hijo amado»* (cf. Mc 1,11; Mt 3,17; Lc 3,22).

El testimonio de Juan ha caracterizado dos épocas: el bautismo *«con agua»* (v. 31) y el bautismo *«con Espíritu Santo»* (v. 33). El descenso del Espíritu sobre Jesús en las aguas del Jordán es el comienzo de la salvación y de los tiempos nuevos: ha empezado el camino de la humanidad en su retorno al Padre, ha empezado la creación del nuevo Israel. Hasta el acontecimiento del Jordán, el espíritu estaba en Jesús, escondido en el silencio y desconocido; sólo ahora, con la confirmación del cielo, el Padre lo consagra en su misión profética y mesiánica. Cada creyente es el hijo esperado sobre el que se posa el Espíritu del Señor. Ha sido llamado a dar testimonio de que el único camino que salva al hombre es el recorrido por Cristo y no las fáciles ilusiones prometidas por otros liberadores de movimientos políticos, sociales y religiosos. El que nace del misterio de Cristo muerto y resucitado puede anunciar a los hermanos y a las hermanas el camino de la salvación y proponerlo de una manera eficaz a través del signo del amor y de la entrega de sí mismo.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Padre bueno, un día el Bautista fue capaz de reconocer a Jesús, que pasaba entre la gente junto al Jordán y dio testimonio de él: *«Éste es el cordero de Dios»*. A continuación, vio bajar del cielo al Espíritu y posarse sobre Jesús, hombre nuevo, y confesó su divinidad.

Altísimo Señor, concédeme también a mí reconocer que Jesús es el Cordero de Dios, el Mesías y el Hijo de Dios, que con su venida obediente y su obra reveladora, fruto del amor, quita todos nuestros pecados expiándolos

personalmente. Haz, también, que yo pueda alcanzar siempre el objetivo de mi vocación cristiana: revelar al mundo que Jesús es el Señor de la vida y de la historia con la coherencia de mi fe y el coraje de mi anuncio evangélico de liberación. Sólo de este modo este reconocimiento será estimado como auténtico.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Hasta que uno no se da cuenta de sus propios pecados, que debería, sin embargo, conocer y deplorar, concentra toda su atención en observar los ajenos. De hecho, si se preocupara de sí mismo y se fijara en su propia conducta no buscaría materia para reprochar preferentemente a los otros, sino qué debería deplorar en sí mismo. Por consiguiente, no debemos criticar a la ligera, sino más bien compadecer los vicios de nuestros hermanos, a fin de que, ayudándonos a llevar los unos a los otros nuestros fardos, podamos cumplir la ley de Cristo (cf. Gál 6,2), el cual no acusó en absoluto, sino que cargó con nuestros pecados, como dice el evangelista: «*Éste es el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*» (Jn 1,29). En consecuencia, si aquel que no tuvo pecado nos sostuvo incesantemente con inefable piedad a nosotros, pecadores, deseando no nuestra ruina, sino nuestro progreso; no la muerte, sino la salvación de los pecadores, ¿por qué nosotros, siguiendo el ejemplo de nuestro Salvador y Señor, no sostenemos a los enfermos, dado que también nosotros o bien estamos enfermos –y en ese caso deseamos apoyarnos en Dios– o bien, si estamos sanos, como somos frágiles, todavía podemos enfermar?

A esto se añade el hecho de que los mismos pecados están tan escondidos –tanto los de los ajenos a nosotros como los nuestros a los otros– que la mayoría de las veces hasta el santo se confunde entre los pecadores y el pecador alcanza fama de santo. El inocente, si no puede defenderse, resulta condenado por la incauta sospecha del que juzga, mientras que el culpable queda absuelto gracias a su inteligencia taimada y vivaz. Sin embargo, estas cosas no engañan al juicio divino, sino sólo al humano (Juliano Pomerio, *La vida contemplativa*, II, 6.7, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Éste es el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*» (v. 29).

CAMINAR CON LA PALABRA

«*Éste es el cordero de Dios*». La única realidad humana en el cielo son las llagas de Cristo, que se confía a los hombres porque el deseo y la voluntad del Padre es hacer sentir a los hombres que son amados por él. Y por eso Dios no puede servirse ya de ningún mediador, sino que él en persona debe confiarse al hombre, a fin de que el hombre experimente cuánto le ama Dios y se sorprenda.

Cristo sufre porque el Padre desea revelar a los hombres su verdadera imagen, la imagen de Padre de los hombres, que corresponde a su imagen de Padre del Unigénito. Para hacerle comprender al hombre cuán precioso es a sus ojos, Dios Padre ni siquiera dispensa a su Hijo, sino que lo entrega en manos de los hombres, a fin de que puedan descubrir cuán preciosos son para él, hasta el punto de considerarlos dignos de su propia confianza, mientras que el hombre aún no se fía de Dios. Más aún, cuando todavía éramos enemigos suyos, él se puso en nuestras manos. Nosotros, los hombres, nos levantamos contra él para poseer la herencia, es decir, la filiación que él mismo nos ha entregado en este sacrificio.

El hombre, para poder tener la vida, una vida tranquila, fuera de la amenaza continua, debe vivir en paz con los otros hombres. Por eso Dios confía a su Hijo en manos de la humanidad, a fin de que ésta desencadene contra él toda la violencia del mundo. Cristo viene ante alguien que tiene que vérselas con un hermano y le dice que la emprenda no con el hermano, sino con él, porque la culpa que éste reprocha al hermano la asume él. Y al hermano le dice lo mismo, a fin de que ambos vivan en paz. Éste es el cordero de Dios, el cordero de la venganza histórica y existencial de la humanidad. Por eso, Dios es siempre responsable y culpable de todo, para todos y ante todos para el hombre pecador. Dios, en su humildad, asume el mal del mundo. Y en el momento en el que la humanidad extiende la mano sobre Cristo y le golpea, en el momento en el que los esclavos se le echan encima, él revela la verdadera imagen de Dios, un Dios tan loco de amor que es capaz de ponerse en manos de una generación como ésa. Cuando tuvo lugar la sustitución con Barrabás, que representa a la descendencia de Caín que llamaba a la venganza, Cristo libera al pecador, verdadero Bar-abba, «hijo del padre», y es él quien padece la pena del bandido (M. I. Rupnik, en AA. VV., *Omelie di Pasqua,* Roma 1998, 45-47, *passim*).

Los discípulos siguen a Jesús, a fin de descubrir su misterio

(Jn 1,35-42)

35 Al día siguiente, Juan se encontraba en aquel mismo lugar con dos de sus discípulos. 36 De pronto vio a Jesús, que pasaba por allí, y dijo:

–Éste es el cordero de Dios.

37 Los dos discípulos le oyeron decir esto y siguieron a Jesús. 38 Jesús se volvió y, viendo que le seguían, les preguntó:

–¿Qué buscáis?

Ellos contestaron:

–*Rabí* (que quiere decir «Maestro»), ¿dónde vives?

39 Él les respondió:

–Venid y lo veréis.

Se fueron con él, vieron dónde vivía y pasaron aquel día con él. Eran como las cuatro de la tarde.

40 Uno de los dos que siguieron a Jesús por el testimonio de Juan era Andrés, el hermano de Simón Pedro. 41 Encontró Andrés en primer lugar a su propio hermano Simón y le dijo:

–Hemos encontrado al Mesías (que quiere decir Cristo).

42 Y lo llevó a Jesús. Jesús, al verlo, le dijo:

–Tú eres Simón, hijo de Juan; en adelante te llamarás Cefas (es decir, Pedro).

LA PALABRA SE ILUMINA

Se trata del segundo testimonio público del Bautista sobre Jesús, recogido aquí por el texto. Este testimonio

provoca que algunos discípulos de Juan sigan al Maestro (vv. 35-37).

Nuestro fragmento presenta, fundidos de una manera armónica, el hecho histórico de la llamada a los primeros discípulos, descrita como descubrimiento del misterio de Cristo, y el mensaje teológico sobre la fe y sobre el seguimiento de Jesús.

El evangelista nos ofrece en este fragmento los rasgos característicos del verdadero camino que permite llegar a ser discípulos de Cristo. Todo empieza con el anuncio hecho por un testigo cualificado, en este caso el del Bautista (*«Éste es el cordero de Dios»:* v. 36), al que sigue un camino de auténtico discipulado (*«siguieron a Jesús»:* v. 37). Este seguimiento florece después en un encuentro compuesto de experiencia personal y comunión con el Maestro (*«Se fueron con él, vieron dónde vivía y pasaron aquel día con él:* vv. 38s).

El diálogo entre Jesús y los discípulos versa sobre el sentido existencial de la identidad del Maestro, que les invita a realizar una experiencia de vida con él. Esta experiencia de intimidad concluye con una profesión de fe (*«Hemos encontrado al Mesías»:* v. 41) que posteriormente se convierte en apostolado y misión. De hecho, Andrés, después de haber vivido esta experiencia, lleva a su hermano a Jesús, que le cambia el nombre de Simón por el de Pedro, Cefas, a fin de indicar la misión que deberá desarrollar en la Iglesia.

El interés fundamental del fragmento se concentra, por consiguiente, en el origen de la fe y en su transmisión mediante el testimonio. Nos encontramos ante un itinerario de fe y ante un descubrimiento del misterio de Jesús a través del conocimiento y la adhesión gradual de los discípulos, después de la primera manifestación de Jesús como Mesías.

LA PALABRA ME ILUMINA

Al leer el evangelio nos quedamos sorprendidos por el misterio de la persona de Jesús y por su gran humanidad, que colma y satisface las aspiraciones fundamentales del ser humano.

Intentar saber quién es Jesús es descubrirle a través del comportamiento de las personas que se encuentran con él. Penetrar en el misterio de Jesús significa observar el mundo que le rodea y descubrir el modo como él se relaciona con los otros.

La llamada a los discípulos para que sigan al Maestro es un acontecimiento que se repite siempre en el tiempo de la Iglesia. Es importante que un testigo sea capaz de leer los acontecimientos de su vida y, penetrando por propia experiencia en la intimidad del corazón de Jesús, sea capaz de indicarlo a los otros. Cuando Jesús se presentó en el Jordán, la misión del Bautista también estaba a punto de acabar: el amigo del esposo debe saber retirarse cuando llega el esposo (cf. Jn 3,29s), a fin de dejarle el sitio a otro.

Jesús, que no es de este mundo, sino que viene del Padre, debe tomar la iniciativa en la vida de cada hombre. Él pasa siempre entre nosotros, esperando que alguien recoja el testimonio de quien le anuncia.

En la vida de cada uno de nosotros llega un día en el que se produce un encuentro que marca un cambio radical de vida: es la llamada personal e imprevisible de Dios en vistas a nuestra misión. Con frecuencia se sirve de otros *Bautistas* –que pueden ser nuestros padres, un amigo, un sacerdote, un libro, un retiro espiritual. etc.–, pero es él quien nos llama a seguirle para la construcción de un mundo nuevo. El peligro es que pase en vano para nosotros, por no haberle escuchado en serio.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

El evangelista nos presenta hoy un ejemplo de discípulo ideal, que oye la llamada del Señor para que le siga, que lo hace, que se encuentra con él personalmente y entra en su intimidad, hasta confesar su fe a otros amigos. Cada hombre, cada mujer, tiene necesidad de seguirte, de encontrarse contigo, Señor santo, porque siempre serán actuales las palabras de san Agustín: «Nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón no encuentra sosiego hasta que descansa en ti». Haz, Señor, que pueda encontrarte realmente en mi vida, para no separarme nunca más de ti, con un compromiso de discipulado que implique toda mi existencia, dando un sentido profundo a mi camino cristiano. Ahora bien, que mi encuentro contigo esté siempre abierto y entregado a los hermanos que te buscan con un corazón sincero, para que podamos compartir juntos la gloria y la fiesta de la comunión contigo y con el Padre.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

En cuanto los discípulos oyeron que Cristo «*quita el pecado del mundo*» (1,29), acudieron a él. Hicieron este razonamiento: ¿para qué dudamos, si se pueden cancelar nuestros pecados? Está aquí el que nos libera de ellos sin fatiga alguna por nuestra parte: ¿no sería una extrema locura dejar para otro momento ese don? Que me escuchen los que dejan su salvación hasta la hora en que deban exhalar el último suspiro.

«*Juan vio a Jesús, que pasaba por allí, y dijo: "Éste es el cordero de Dios"*» (1,36). Juan dijo esto para mostrar que le reconocía no sólo al oírle hablar, sino también simplemente al verle. Y no dijo «el que quitará» o «el que quitó», sino «*el que quita el pecado del mundo*», porque

Cristo hace esto incesantemente. No expió los pecados de todos sólo cuando sufrió la pasión, sino que los quita desde entonces hasta hoy.

«*Los dos discípulos le oyeron decir esto, y siguieron a Jesús*» (1,37). Le siguieron no porque despreciaran a su antiguo maestro, sino precisamente para obedecerle del todo.

«*Jesús se volvió y, viendo que lo seguían, les preguntó: "¿Qué buscáis?"*» (1,38). ¿Cuál es el significado de esta frase? El que conoce los corazones de los hombres, el que escruta nuestros pensamientos, ¿necesita preguntarnos? Pregunta no para saber (¿cómo podría suceder algo semejante?), sino para ganarse su amistad dirigiéndoles primero la palabra y otorgarles su confianza, demostrando que merecía escucha. Fijaos ahora, os ruego, en la prudencia de los discípulos. No dijeron: «Enséñanos las verdades de la fe u otras cosas importantes». Preguntaron: «*¿Dónde vives?*» (1,39), pues deseaban hablar con él, escucharle y aprender en la quietud. Y los llevó consigo y les indujo todavía más a seguirle, demostrando que les había acogido ya en su casa, entre los suyos (Juan Crisóstomo, *Comentario al evangelio de Juan*, XVIII, 1-3).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*¿Qué buscáis? Venid y lo veréis*» (vv. 38s).

CAMINAR CON LA PALABRA

¿Qué significa un encuentro que te cambia el nombre? Simón debió de intuir que si Jesús se arrogaba el derecho y se tomaba la libertad de llamarle con un nombre nuevo eso significaba que su relación con él era una llamada a que se volviera otro res-

pecto al que había sido a sus propios ojos y a los ojos de los otros. Fue, probablemente, la mirada misma de Jesús la que legitimó su misterioso derecho a destinar a Simón a convertirse en otro distinto al que pensaba ser. Jesús demostraba que sabía perfectamente quién era el hermano de Andrés: *«Tú eres Simón, hijo de Juan»* (Jn 1,42). Jesús le llamaba precisamente a él para que se convirtiera en otro, aunque permaneciendo él mismo.

Simón percibió en un instante que toda la distancia que mediaba entre lo que él era y este «Cefas, Pedro» en que debería convertirse, había sido colmada de una manera misteriosa por la profundidad de aquellos ojos, dulces y terribles, que estaban clavados en él. Dulces, porque Simón no se había sentido cautivado nunca de este modo, acogido y perdonado como por aquella mirada. Terribles, porque Simón nunca había medido, como ahora, la importancia de su vida y de su libertad. Jesús le tomaba totalmente; sin embargo, le bastaba con una nadería para decir que no, para sustraerse a él, para huir de él para siempre. Ni siquiera necesitaba decir «sí» o «no». Bastaba con seguirle o simplemente con dejarle partir y olvidarle.

¿De qué tarea y de qué misión se trataba? Jesús no le daba ninguna explicación, no le trazaba ningún programa. Jesús no le ofrecía otra perspectiva que su mirada, que, fijándose en él, parecía atravesarle hacia un futuro sin fin en el que el nombre nuevo, este sobrenombre, y Simón con él, habrían de encontrar todo su significado y su cumplimiento. Simón sentía que aquella mirada le acercaba a todo y le separaba de todo. Todo estaba suspendido de los ojos de Jesús. Y entonces comprendió Simón, turbado, que en ese momento no se jugaba sólo su destino, sino también el de su mujer, el de su familia, el de Andrés. El de su casa, el de su barca, el de sus mozos. Tuvo miedo, pero –¡milagro!– también su miedo, como a la luz de un relámpago, le sorprendió ya acogido en la mirada de Jesús. Entonces Simón lo dejó todo para que nada se perdiera (M. G. Lepori, *Simone chiamato Pietro,* Génova 2004, 31-33, *passim*).

La confesión de fe de los discípulos sobre Jesús
(Jn 1,43-51)

43 Al día siguiente, Jesús decidió partir para Galilea. Encontró a Felipe y le dijo:

–Sígueme.

44 Felipe era de Betsaida, el pueblo de Andrés y de Pedro.
45 Felipe se encontró con Natanael y le dijo:

–Hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés en el libro de la ley y de quien hablaron también los profetas: es Jesús, el hijo de José, el de Nazaret.

46 Exclamó Natanael:

–¿Nazaret? ¿Es que de Nazaret puede salir algo bueno?

Felipe le contestó:

–Ven y lo verás.

47 Cuando Jesús vio a Natanael, que venía hacia él, comentó:

–Éste es un verdadero israelita en quien no hay doblez alguna.

48 Natanael le preguntó:

–¿De qué me conoces?

Jesús respondió:

–Antes de que Felipe te llamara, te vi yo, cuando estabas debajo de la higuera.

49 Entonces Natanael exclamó:

–Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel.

50 Jesús prosiguió:

–¿Te basta para creer el haberte dicho que te vi debajo de la higuera? ¡Verás cosas mucho más grandes que ésa!

51 Y añadió Jesús:

–Os aseguro que veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre.

LA PALABRA SE ILUMINA

La escena describe la vocación de Felipe y de Natanael, modelo de discipulado y de seguimiento, y presenta analogías con los relatos de llamada narrados en los sinópticos (cf. Mc 2,14; Mt 8,22; 9,9; 19,21; Lc 9,59). Los hechos se desarrollan no junto al Jordán, sino mientras Jesús se encamina a Galilea. Ha empezado el tiempo del cumplimiento.

Se trata de una sucesión de cruces de miradas y de encuentros. Es Jesús el que empieza proponiéndose a Felipe en el marco de los acontecimientos cotidianos, para pedirle que le siga. Después Felipe invita a Natanael a que venga al encuentro de Jesús: *«Ven y lo verás»* (v. 46).

Felipe no intenta aclarar o resolver la duda inicial de su compañero, sino que intenta invitarle a una experiencia personal con el Maestro, la misma que había vivido él antes y había cambiado su vida. Sólo la fe es capaz de hacer superar los motivos de escándalo y de autosuficiencia humana. Y Jesús la suscita, en realidad, en Natanael, que dio su consentimiento para acoger el misterio del Hijo del hombre. Jesús revela al futuro discípulo su conocimiento personal, porque en él no hay ninguna doblez: es el verdadero israelita piadoso y recto exaltado por la Escritura, capaz de confesar su propia pobreza ante Dios (cf. Sal 22).

El hombre, tocado en lo íntimo de su ser por la alabanza del Maestro y por el profundo conocimiento que éste tiene de él, se rinde a la evidencia, reconoce en Jesús al Mesías y confiesa: *«Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel»* (Jn 1,49). Natanael, como los otros discípulos que le precedieron en el encuentro con Cristo, se encuentra en el nivel de la fe auténtica y abierta a la revelación ulterior que Jesús le hará inmediatamente (vv. 50s). Jesús es el Mesías prometido y esperado para el fin de los tiempos.

LA PALABRA ME ILUMINA

De nuevo, el evangelio se concentra en el misterio del Jesús terreno. Es el hijo de José, del pueblecito de Nazaret. Es de origen humilde, aunque cuenta con la fuerza y la autoridad necesarias para decir: *«Sígueme»* (Jn 1,43). Jesús invita al hombre a que le busque porque él se deja encontrar sólo por aquellos que le buscan. Una serie de experiencias de los discípulos (cf. 1,35-51) nos permiten penetrar en este misterio. Éste se abre con el «morar con» Jesús y se cierra con la alegría desbordante de la confesión de fe en el Mesías, sobre el que suben y bajan los ángeles de Dios (cf. 1,51).

En el testimonio de fe de los discípulos participa también el cielo: Jesús es verdaderamente el único revelador de Dios y el eslabón que une el hombre al cielo. También cada verdadero cristiano se encuentra ante la «casa de Dios» y ante la «puerta del cielo», prefiguradas por la persona histórica de Jesús, donde se contempla el misterio del «Hijo del hombre» (cf. Dn 7,13).

El hombre-Jesús es el Hijo del hombre, es el Verbo encarnado y el hombre glorificado por la resurrección, que el Padre revela con autoridad. Él es la gloria de Dios, es el punto de unión entre el cielo y la tierra, es el mediador entre Dios y los hombres, es la nueva escalera de Jacob, de la que se sirve Dios para dialogar con el hombre. El hombre encuentra en Jesús el espacio ideal para experimentar la acción salvífica de Dios, cuya aceptación o re-

chazo por parte de las personas emite un juicio de salvación o de condena (cf. Jn 3,14; 11,51; 12,32).

El progreso en la revelación del misterio tiene dos razones: una objetiva, que tiene que ver con el misterio mismo, que conserva su zona de sombra, y otra subjetiva, en cuanto que es necesario que cada persona conquiste su madurez a través de la experiencia, que es nuestro modo de crecer. A cada creyente le corresponde recorrer este itinerario experiencial.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor, tú viste al joven Natanael debajo del árbol, atento a la lectura de las Sagradas Escrituras y abierto a tu venida, y le previniste mientras él se encaminaba hacia ti, elogiándole como un hombre justo y sin falsedad.

Te pido que también yo sea capaz de leer tu presencia en los acontecimientos de mi historia y pueda reconocerte, a la luz de la verdad de tu Palabra, sobre todo en los pobres y en las personas marginadas del mundo.

Haz que mi fe sea robusta como la de los apóstoles y la de Natanael, que pudieron contemplar tu gloria de revelador, porque tú eres el «lugar» donde se refleja el mundo del Padre, el punto de unión entre el cielo y la tierra, la nueva escalera de Jacob de la que se sirve Dios para dialogar con los seres humanos, la acción ideal para experimentar la acción salvífica de Dios.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

¿Qué pruebas tienes, Felipe, qué signo nos das? Es peligroso dar fe de cosas tan grandes de una manera irracional. ¿Qué pruebas tienes, por tanto? Felipe no dice nada, pero lleva a Natanael a Jesús sabiendo que, una vez que hubiera experimentado la fascinación de su palabra y de su doctrina, ya no se habría de separar de él.

Considerad ahora la sabiduría y la humildad de Natanael. No dijo de inmediato: «He aprendido en los Profetas que el Mesías debe venir de Belén; tú dices, sin embargo, que viene de Nazaret; en consecuencia, éste no es el Mesías». ¿Qué hizo en cambio? Fue a Jesús, revelando el intenso deseo que tenía de la venida de Cristo. Sin embargo, Felipe, por su parte, también se muestra muy discreto. No se irrita ni muestra signos de impaciencia, sino que insiste en querer conducir a su interlocutor a Jesús, demostrando desde el comienzo una constancia verdaderamente apostólica.

Natanael reconoció en Jesús al verdadero Cristo. ¿Qué hizo entonces? Llegó a la confesión pública de su fe: *«Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel»* (Jn 1,49). ¿Veis cómo su alma se siente invadida de pronto por la alegría y la adhesión a Jesús que denotan sus palabras?

Tú eres –dice– el que esperábamos y buscábamos. ¿No ves cómo se queda sorprendido y maravillado, cómo exulta? También nosotros debemos alegrarnos así, ya que se nos ha considerado dignos de conocer al Hijo de Dios. Y alegrarnos no sólo en el corazón, sino hacer que se manifieste nuestra alegría también en nuestras acciones. ¿No veis que cuando alguien recibe en su casa a un amigo lo hace todo con alegría, corriendo de aquí para allí agradecido al huésped?

Manifestemos, por consiguiente, nuestra alegría, porque Cristo ha venido entre nosotros. Muestra que le amas mientras conversa contigo. Considera lo bien dispuesto que está él hacia ti: ha venido por ti, ha dado su vida por ti (Juan Crisóstomo, *Comentario al evangelio de Juan,* XX, 1-3; XXI, 1, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel» (v. 49).

CAMINAR CON LA PALABRA

La visión de la singularidad de Jesucristo implica el reconocimiento de que no se llega a confesar esta singularidad sin pasar por el escándalo: si Cristo no se encuentra ya en el mundo y en el hombre, si él es lo *novum* revelado en la historia del Nuevo Testamento, entonces siempre hay una dimensión de escándalo en la relación entre Cristo y el hombre. Adherirse a Cristo no es algo obvio, no es la simple realización de lo humano. Cristo no es un hombre divino, no es la humanidad potenciada hasta Dios; Cristo es exactamente lo opuesto, el Dios que se hace humano, que se «convierte» al hombre. El escándalo cristiano no se encuentra en la divinización del hombre, sino en la humanización de Dios. En esto reside el Evangelio, la Buena Noticia: el Grande, el Poderoso –el único verdaderamente grande y poderoso–, se ha anonadado por mí. Esto es lo *novum:* la *kenosis,* la humildad de Dios. Y es algo escandaloso, porque estamos inclinados a ver, por naturaleza, la cosas grandes y elevadas, las cosas bellas, pero no estamos inclinados a aceptar la humillación de Dios, su anonadamiento.

El escándalo estuvo presente desde los primeros pasos de aquella historia, aparentemente trivial, que fue la vida del Nazareno: para captar el alcance de la misma deberíamos superar la distancia que nos separa de aquellos acontecimientos y «volver a ponernos en la situación en la que se encontraban los primeros cristianos [...] Deberíamos imaginarnos a este Jesús que debe significar la salvación del mundo, con ropa moderna y trivial como la nuestra, viviendo como nosotros, en el marco común de un país moderno, que procede de una familia a cuyos componentes conocemos, y donde vemos que todo se desarrolla aparentemente se desarrolla nuestra vida diaria. Entonces podríamos comprender la pregunta de Natanael: *"¿Nazaret? ¿Es que de Nazaret puede salir algo bueno?"* (Jn 1,46)» (O. Cullmann).

El escándalo continúa para los que, como nosotros, se encuentran a una distancia de siglos de aquella vida singular: porque la memoria de su vivir, morir y resucitar la mantiene hoy viva un pueblo que lleva a sus espaldas el peso de muchos errores y de muchos pecados, junto con el consuelo de mucha gracia. La ambigüedad que vale para Cristo, vale no menos para su Iglesia. Sólo allí donde la evangelización puede dirigir la invitación decisiva: *«Ven y lo verás»* (Jn 1,46), es posible pensar en superar el escándalo en el abandono de la fe. Sólo el amor es digno de fe (B. Forte, *Nella memoria del Salvatore,* Cinisello B. 1992, 22-24, *passim;* edición española: *En memoria del Salvador,* Sígueme, Salamanca 1997).

Los signos de la revelación de Jesús: las bodas de Caná

(Jn 2,1-12)

1 Tres días después, hubo una boda en Caná de Galilea. La
madre de Jesús estaba invitada. 2 También lo estaban Jesús y
sus discípulos. 3 Se les acabó el vino, y entonces la madre de
Jesús le dijo:

–No les queda vino.

4 Jesús le respondió:

–Mujer, no intervengas en mi vida; mi hora aún no ha llegado.

5 La madre de Jesús dijo entonces a los que estaban sirviendo:

–Haced lo que él os diga.

6 Había allí seis tinajas de piedra de las que utilizaban los
judíos para sus ritos de purificación, de unos ochenta o cien
litros cada una. 7 Jesús dijo a los que servían:

–Llenad las tinajas de agua.

Y las llenaron hasta arriba.

8 Una vez llenas, Jesús les dijo:

–Sacad ahora un poco y llevádselo al maestresala.

Ellos cumplieron sus órdenes.

9 Cuando el maestresala degustó el vino nuevo sin saber su
procedencia (sólo lo sabían los sirvientes que habían sacado
el agua), llamó al novio 10 y le dijo:

–Todo el mundo sirve al principio el vino de mejor calidad y, cuando los invitados ya han bebido bastante, se saca el más corriente. Tú, en cambio, has reservado el de mejor calidad para última hora.

[11] Esto sucedió en Caná de Galilea. Fue el primer signo realizado por Jesús. Así manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él. [12] Después, Jesús bajó a Cafarnaún, acompañado de su madre, sus hermanos y sus discípulos, y se quedaron allí unos cuantos días.

LA PALABRA SE ILUMINA

El gesto realizado por Jesús en Caná *es una manifestación mesiánica,* una epifanía en la que Jesús mismo se manifiesta, a diferencia del bautismo en el Jordán, donde el Padre revela el significado profundo de Cristo. El episodio tiene una gran importancia en Juan, porque es el primero y el modelo de todos los «signos» y encierra el sentido de los distintos gestos de Jesús. El doble significado del «signo» está indicado al final del relato: revela la gloria de Cristo y conduce a la fe (v. 11). Algunos detalles de la manifestación de Jesús en Caná, como la abundancia del vino, la óptima calidad del mismo y el hecho de que sustituya al agua para las abluciones rituales, son rasgos mesiánicos que sacan a la luz a Jesús como Mesías que inaugura la nueva alianza y la nueva ley, el Evangelio. También el marco de la fiesta de las bodas, donde se produce el milagro, manifiesta a Jesús como esposo mesiánico que celebra las bodas mesiánicas con la Iglesia, su esposa, simbolizada por María, la mujer de la verdadera fe.

Estas bodas mesiánicas tienden, además, hacia la «*hora*» (v. 4), que es la hora de la cruz y de la resurrección. Desde esta perspectiva es desde donde se comprende la naturaleza de la «*gloria*» (v. 11) que se manifiesta en Caná. Para Juan, es en la cruz donde se revela la gloria, que no es otra cosa que el esplendor y el poder del amor de Dios, que se entrega. Así, para el discípulo, abandonarse a Jesús significa abandonarse a la lógica del amor, hasta sus consecuencias más radicales, como acontece

con María, que acepta en la fe la aparente negativa y se deja conducir hacia una expectativa superior.

LA PALABRA ME ILUMINA

El comienzo del capítulo 2 de Juan nos habla de la extraordinaria *novedad* que nos aporta Jesús con su presencia y su acción mesiánica. En el «signo» de Caná concede el mejor vino e inaugura simbólicamente la plenitud del tiempo querida por Dios y anunciada por los profetas (cf. Is 62,1-5). La gran novedad que Jesús trajo al mundo, tal como atestiguan los evangelios, es la entrega de su Espíritu, del que cada uno tiene en la comunidad una manifestación al servicio del bien común (1 Cor 12,7). El Espíritu de Jesús es la fuente viva del amor filial a Dios y del amor fraterno a los hombres. Y este amor es la antítesis del egoísmo que nos encierra en nosotros mismos y nos impide dirigir la mirada a las necesidades de nuestros hermanos. Ésta es la convicción evangélica confirmada por la experiencia: sin el Espíritu que nos comunica Jesús somos incapaces de salir de nosotros mismos y de abrirnos a Dios y a los demás. Por eso somos viejos, en el sentido evangélico del término, y permanecemos anclados en el pecado y en la muerte. Como nos recuerda el Concilio Vaticano II, el que nos hace «nuevos» –es decir, capaces de amar a los otros de una manera desinteresada– es el Espíritu que Dios infunde por medio de Cristo resucitado en el corazón de toda persona de buena voluntad (GS 22 y 38).

Jesús decía a los fariseos que el vino nuevo hay que ponerlo en «*odres nuevos*» (cf. Mt 9,17; Mc 2,22; Lc 3,37s), porque sólo éstos pueden recibirlo. Debemos preguntarnos hasta qué punto nosotros somos capaces de ofrecer un espacio al «vino nuevo» del Espíritu que él nos ofrece, transformando el agua en una óptima bebida embriagadora. Es probable que volvamos a caer en

más de una ocasión en el viejo régimen del egoísmo y alberguemos en nuestros corazones actitudes y modos de sentir que no pertenecen al reino de la novedad querida por Dios. A nosotros nos corresponde pedir al Padre de una manera insistente el Espíritu que nos renueva (Lc 11,13).

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor, a petición de tu madre, realizaste un signo revelador de tu gloria: cambiaste el agua en vino, transformaste la antigua ley en la novedad del Espíritu. Tú realizas, como en Caná, en un marco ordinario, muchas maravillas que nosotros reconocemos con grandes dificultades. No tenemos los ojos de la fe que nos permitirían ver los muchos gestos de tu amor a todos los hombres. Tú, en cambio, verdadero Esposo de las bodas mesiánicas, realizas el paso definitivo desde la ley a la gracia e inauguras las bodas de la nueva alianza, las del amor entre Dios y los hombres. Haznos comprender que no es con la multiplicidad de nuestras acciones como nos hacemos agradables para ti, sino con el amor y la entrega con que las hacemos, tal como tú nos enseñaste y como hizo tu madre de un modo ejemplar.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Cambiar el agua en vino es, a buen seguro, un signo grande y suficiente para mostrar la majestad de Dios. Nadie puede cambiar la naturaleza de las cosas, a no ser el señor de la naturaleza. Dado que una sustancia vil ha sido cambiada por otra preciosa, debemos creer ahora que el hombre mortal puede llegar a ser inmortal. No querría, en efecto, que tú, oyente, te fijaras sólo en los nombres del vino y del agua; debes penetrar en el significado de las cosas si quieres comprender su valor. Cuando el Señor convierte el agua en vino, lo hace no tanto para garantizar la alegría a los convidados como para garantizar la eternidad a los creyentes. El Verbo se hizo carne no para reaprovisionar las bodegas de los vividores, sino para proveer a la salvación de los hombres; no para colmar las ánforas con vinos olorosos, sino para rociar las almas con la gracia del Espíritu Santo. Cuando quiso que los convidados gozaran de un vino exquisito extraído del agua fresca, lo hizo para que los creyentes pregustaran la alegría de la resurrección final de esta mísera carne.

En este signo está contenido todo el misterio de la resurrección. En efecto, el agua –humilde, pálida y fría– cambiada en vino –precioso, tinto y ardiente– significa que la humildad de la naturaleza humana, la palidez de su debilidad, el hielo de su mortalidad, deben transformarse en la gloria de la resurrección, que es eternidad preciosa, gracia variopinta, ardiente espíritu inmortal.

Por eso es justo creer que el Señor hubiera querido realizar ese milagro, a fin de que a través de este signo terreno vieran ya entonces los sabios el futuro misterio celestial. Puesto que si, a buen seguro, es admirable haber ofrecido a los convidados el vino que faltaba, cuánto más admirable será haber reparado a los hombres la vida moribunda. Y si es glorioso cambiar el agua en vino, cuánto más glorioso será cambiar los pecados por la justicia. Por mi parte, me atrevería a decir que aquellas ánforas otorgaron aquella preciosa sustancia no sólo a los convidados, sino a todos nosotros. Con todo, a nosotros nos ofrecen algo mejor, porque mientras que de los mismos vasos aquéllos alcanzaron la ebriedad, nosotros alcanzamos la justicia; aquéllos un vaso divino, nosotros un cáliz de salvación. Y, si nos es lícito decirlo, lo que aquéllos bebieron desapareció, mientras que lo que bebemos nosotros permanece (Máximo de Turín, *Sermones*, CI, 2.3, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«Haced lo que él os diga» (v. 5).

CAMINAR CON LA PALABRA

Jesús empieza su misión participando en un banquete de «bodas». Con todas las situaciones trágicas, las lepras, las muertes y las cruces que había en Israel, Jesús empieza casi jugando con el agua y con el vino. Jesús acude a una fiesta, a una fiesta del amor, aunque para decirnos algo bellísimo: el amor es la única fuerza que está en condiciones de llenar la tierra de milagros; el amor es ya en sí mismo un acontecimiento milagroso.

«Y estaba con ellos la madre de Jesús». María vive con atención. María aparece como una presencia amistosa, atenta para que no cese el canto y no se pare la danza en la fiesta de los pobres, para que no se apague la certeza de que «amigo» es un nombre de Dios. *«La madre de Jesús dijo a los siervos: Haced lo que él os diga».* María se olvida de sí misma, desaparece, ya no hablará más, se vuelve transparencia de otro. No detiene en ella ni los méritos ni la atención, sino que remite a su hijo. *«Haced»,* aunque sin ver. María mira a los otros y no a sí misma, y los siervos se disponen a realizarlo, se convierten en hombres y mujeres irradiantes de vida. Son las últimas palabras de María en el evangelio. Las primeras y las últimas que nos dirige a los hombres. Había hablado con los ángeles, con Isabel, con su hijo, pero éste es su testamento para los hombres. María es la primera en ver cómo desaparece la alegría de nuestros convites: casas sin paz, comunidades sin confianza, actividades sin entusiasmo, ciudades donde es imposible vivir y la tierra que se vuelve sucia, fea y desierta. Ahora bien, nuestra existencia puede volver a estar bajo el signo del prodigio, como en Caná, si elevamos los ojos desde el pequeño círculo de nuestros intereses, si acogemos a Jesús, que desciende al nudo germinal de la vida; si aprendemos de María cómo se sirve a Dios con seriedad, a los hermanos con tierna amistad y a la vida con alegría.

Caná y el papel de María nos revelan a un Dios atento a lo gratuito, que se encuentra de la parte del vino; un Dios atento a tu felicidad y pendiente de ella; un Dios que no es la punta de una pirámide de seres, la respuesta a todas nuestras preguntas, sino alguien que da una profundidad única a todo lo que haces. El Dios de Caná es el Dios de la fiesta, del vino, del amor gozoso que danza, y yo creo en Dios porque es un Dios feliz, que nos proporciona el placer de vivir, porque no hace eternamente otra cosa que considerar a cada hombre como más importante que él mismo. Yo soy ese hombre. Y soy un hombre agradecido (E. M. Ronchi, *Bibbia e pietà mariana,* Brescia 2002, 88-102, *passim*).

Los signos de la revelación de Jesús: el nuevo templo
(Jn 2,13-22)

13 Como ya estaba próxima la fiesta judía de la Pascua, Je-
sús fue a Jerusalén. 14 En el templo se encontró con los ven-
dedores de bueyes, ovejas y palomas, y también estaban allí,
sentados detrás de sus mesas, los cambistas de dinero. 15 Jesús,
al ver aquello, hizo un látigo de cuerdas y echó fuera del tem-
plo a todos, con sus ovejas y bueyes; tiró al suelo las monedas
de los cambistas y volcó sus mesas; 16 y a los vendedores de pa-
lomas les dijo:

–Quitad esto de aquí. No convirtáis la casa de mi Padre en un mercado.

17 Sus discípulos recordaron las palabras de la Escritura: *El celo por tu casa me consumirá.*

18 Los judíos le salieron al paso y le preguntaron:

–¿Qué señal nos ofreces como prueba de tu autoridad para hacer esto?

19 Jesús replicó:

–Destruid este templo y en tres días yo lo levantaré de nuevo.

20 Los judíos le contestaron:

–Han sido necesarios cuarenta y seis años para edificar este templo, ¿y piensas tú reconstruirlo en tres días?

21 El templo del que hablaba Jesús era su propio cuerpo.
22 Por eso, cuando Jesús resucitó de entre los muertos, los dis-
cípulos recordaron lo que había dicho y creyeron en la Escri-
tura y en las palabras que él había pronunciado.

LA PALABRA SE ILUMINA

El episodio de la purificación del templo tiene en Juan una importancia singular: abre la predicación de Jesús y sucede cuando se acerca la gran fiesta. Toda la vida de Jesús está acompasada, en efecto, sobre la base de un calendario de fiestas antiguas que él mismo llevará a su cumplimiento de un modo pleno y definitivo cuando se revele como «*nuestra Pascua*» (cf. 1 Cor 5,7). La Pascua de los judíos se debía celebrar en el templo, mediante el sacrificio de víctimas, a fin de conmemorar las obras extraordinarias realizadas por Dios en la liberación del pueblo de la esclavitud de Egipto.

Jesús, en el relato joánico, al entrar en el templo, expulsa no sólo a los comerciantes –como cuentan los sinópticos–, sino también echa a los bueyes y las ovejas (Jn 2,15): de este modo se declara la verdadera víctima. Con su gesto da cumplimiento a lo que dijo el profeta Zacarías a propósito del día de la revelación definitiva: «*Y ese día no habrá ya traficantes en el templo del Señor todopoderoso*» (Zac 14,21). Por tanto, da cumplimiento a las Escrituras (Jn 2,17), proclamando al mismo tiempo su divinidad, con el poder anexo de resucitar: «*Destruid este templo y en tres días yo lo levantaré de nuevo*» (v. 19). El fragmento llega aquí a su cima: el cuerpo de Cristo resucitado, en contraposición al templo antiguo y al antiguo culto abandonados por Dios a causa de la infidelidad y de las profanaciones realizadas (cf. Ez 10,18ss), se convertirá en el nuevo templo (Jn 2,21) para el nuevo culto «*en espíritu y en verdad*» (4,23).

LA PALABRA ME ILUMINA

La vida fraterna es el crisol de la autenticidad de nuestra escucha de la Palabra de Dios y de nuestra respuesta a su amor eternamente fiel. Esta Palabra no es anónima, sino que tiene ahora un rostro inconfundible, el de Jesús de Nazaret, el Crucificado resucitado aparecido primero a los suyos y después a Pablo en el camino de Damasco.

Para poder acogerla como nuestra sabiduría también se nos pide a nosotros, ineludiblemente, como en otro tiempo se les hizo a los judíos y a los griegos, deponer una lógica puramente humana a fin de seguir con fe el camino de la cruz. Y esto no de una vez para siempre, no sólo en posibles circunstancias extraordinarias, sino momento a momento, en la cotidianidad de nuestra vida personal y familiar, comunitaria y social. En ella los tradicionales diez mandamientos, resumidos en el «*mandamiento nuevo*» (Jn 13,34; cf. 14,12-17) entregado por Jesús a los suyos como testamento durante la última cena, se concretan en gestos y palabras, pensamientos y sentimientos. No pretendamos otros «signos» de Jesús: no nos los dará, porque no hay otro más elocuente que el del cuerpo convertido en templo de un culto nuevo, el de que nos ame hasta aceptar la muerte de cruz por nosotros, hasta hacerse eucaristía en el altar.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Oh Dios misericordioso, tu Hijo, Jesús, se proclamó, en el templo de Jerusalén, Hijo de Dios con un gesto profético y se dirigió a ti con el nombre de *Padre* delante de todos. Sus discípulos no lo pudieron decir hasta después de su resurrección, cuando reveló a María Magdalena que su Padre se había convertido también verdaderamente en Padre de todos los hombres no por naturaleza, sino por gracia, y que él es el camino ofrecido a cada persona para poder acceder a ti. Concédenos poder dirigirnos a ti siempre con el dulce nombre de «Padre nuestro», y no sólo con los labios, sino con el corazón,

a fin de poder experimentar tu amor preveniente y fiel, para ser y llegar a ser cada vez más todos hermanos. Concédenos poder dar testimonio con nuestra vida de tu paternidad a toda persona con la que nos encontremos, a fin de que experimenten verdaderamente que tú eres Padre de todos y llamas a la comunión contigo a todo hombre y a toda mujer de buena voluntad.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

El alma que posee todavía en sí misma la energía de la tiniebla de las pasiones y se deja guiar por ella no pertenece al cuerpo de Cristo, sino que es cuerpo de tiniebla y todavía sigue siendo parte de la tiniebla; y viceversa, los que poseen el alma de luz, es decir, la fuerza del Espíritu Santo, forman parte de la luz. Ahora bien, alguno dirá: «¿Cómo es que llamas cuerpo de tiniebla al alma, que es creación de Dios?». Reflexiona con atención. El manto que llevas lo ha hecho otro, pero te lo pones tú; de manera semejante, la casa la han construido otros, pero eres tú quien habita en ella. Así, también Adán transgredió el mandamiento de Dios, escuchó a la perversa serpiente, se vendió y se entregó al diablo, y el maligno revistió de tiniebla el alma, la criatura buena que Dios había hecho a su imagen.

Por eso se produjo la venida del Señor, para volver a tomar posesión de su casa y de su templo: el hombre. El alma es una criatura que lleva en el fondo del corazón la imagen de Dios, bella, grande, maravillosa y buena, pero a causa de la transgresión entró en ella la maldad de las pasiones. Si vive según la luz de Dios que tiene en sí misma, posee todas las virtudes de la luz pacificadora; si vive según la tiniebla del pecado, está sometida a la condena. El alma que quiere vivir junto a Dios en la quietud y en la luz eterna debe acercarse a Cristo, verdadero sumo sacerdote (cf. Heb 4,14), debe ser inmolada y morir al mundo y a la vida precedente. Entonces dejarán de resonar en ella las habladurías y los gritos de los pensamientos vanos, la agitación de los espíritus de la tiniebla, y será trasladada a una ciudad llena de bondad y paz, a una ciudad donde resplandece la luz divina. Allí vive y escucha, allí actúa, habla, piensa y realiza obras espirituales y dignas de Dios (Pseudo-Macario, *Omelie spirituali*, I, 6-8; edición italiana: Magnano 1995, 60-63).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«El celo por tu casa me consumirá» (v. 17).

CAMINAR CON LA PALABRA

Jesús es el camino ofrecido a toda persona para tener acceso al Padre. Él tomó posesión del templo y reveló su naturaleza de «signo», anunciándose a sí mismo como «nuevo templo real», venido a concluir el tiempo de los sacrificios, del sumo sacerdocio, de la conflictividad entre los lugares de culto y de las esferas de santidad. *«Echó fuera del templo a todos, con sus ovejas y bueyes...»* (Jn 2,15): él, el único Cordero sacrificial agradable a Dios; el sumo sacerdote cuya muerte, fruto de una obediencia amorosa, liberó de una vez por todas a toda la humanidad del fardo insoportable del pecado; el Maestro que, en el diálogo con la samaritana, traslada el acento desde el *dónde* adorar al *cómo* adorar, *«en espíritu y en verdad»*. Este Cordero sacrificial, este sumo sacerdote, este solucionador de la cuestión de los lugares de culto, es verdaderamente, a los ojos cristianos, el templo real de Dios, el santo de los santos, la morada de carne de la *shekinah* (la presencia de Dios) y de su mandamiento. El «vacío» del santo de los santos remite, proféticamente, a Jesús, el Señor en quien habita la «plenitud» de la divinidad, que, superando las barreras de las esferas de la santidad, se hace amiga y comensal de todos, a partir de los últimos que serán los primeros

–paganos, pecadores, impuros, mujeres, niños– santificando y purificando todo.

Es Dios quien en Jesús, templo-tienda itinerante no hecho por manos de hombre (Jn 1,14), ha bajado hacia el hombre para convertirle en un amigo, en un adorador, en un nuevo templo. Para los ojos cristianos, por tanto, el santuario del desierto y el templo de piedra constituyen un don, una gracia destinada a profetizar el templo de carne que es Cristo y, en él, a todo ser vivo. El de Cristo es un santuario-templo que da culto a Dios honrándole con una vida verdaderamente sacerdotal-sacrificial: un servicio al Padre traducido en un amor al hombre hasta la entrega de su vida, servicio-amor por parte de un cantor de salmos, himnos y cánticos a Dios. Para los ojos cristianos, que, a la par con los de Jesús, deben llorar por Jerusalén lágrimas de amor, porque no comprendió el tiempo de la visita ni intuyó que de la destrucción-muerte de un templo nacía otro nuevo, no hecho por manos de hombre, no queda más que llorar en el muro y esperar. Israel, el hermano menor, ha conservado durante siglos en el corazón grandes secretos para las naciones: ahora les toca a los elegidos entre las naciones conservar en el corazón para el hermano pequeño el gran secreto de Jesús santuario-templo de Dios, a la espera de que se cumplan los días de la revelación (G. Bruni, *Alla ricerca di Dio*, Milán 1989, 166s, *passim*).

Nicodemo y la fe incompleta: el misterio del nuevo nacimiento *(Jn 2,23–3,10)*

2,23 Durante su estancia en Jerusalén con motivo de la fiesta
de Pascua, muchos creyeron en su nombre, al ver los signos
que hacía. 24 Pero Jesús no se fiaba de ellos, porque los cono-
cía a todos, 25 y no necesitaba que le informasen sobre los
hombres, porque él sabía muy bien lo que hay en el hombre.

3,1 Un hombre, llamado Nicodemo, miembro del grupo de
los fariseos y principal entre los judíos, 2 se presentó a Jesús
de noche y le dijo:

–Maestro, sabemos que Dios te ha enviado para enseñarnos; nadie, en efecto, puede realizar los signos que tú haces si Dios no está con él.

3 Jesús le respondió:

–Yo te aseguro que el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios.

4 Nicodemo repuso:

–¿Cómo es posible que un hombre vuelva a nacer siendo viejo? ¿Acaso puede entrar de nuevo en el seno materno para nacer?

5 Jesús le contestó:

–Yo te aseguro que nadie puede entrar en el Reino de Dios
si no nace del agua y del Espíritu. 6 Lo que nace del hombre
es humano; lo engendrado por el Espíritu es espiritual. 7 Que
no te cause, pues, tanta sorpresa lo que te he dicho: «Tenéis
que nacer de lo alto». 8 El viento sopla donde quiere; oyes su
rumor, pero no sabes ni de dónde viene ni a dónde va. Lo mis-
mo sucede con el que nace del Espíritu.

9 Nicodemo replicó:

–¿Cómo puede ser esto?
10 Jesús le contestó:
–¿Tú eres maestro de Israel e ignoras estas cosas?

LA PALABRA SE ILUMINA

Tras haber señalado la fractura entre la fe verdadera, la de María y los discípulos, y la fe vacilante de los demás, preocupados por buscar lo sensacional, Juan presenta un primer ejemplo de recuperación de la fe auténtica a través de un caso típico: Nicodemo. El cuarto evangelista ha introducido hasta ahora al lector en el tema de la fe con las primeras llamadas a los discípulos y los «signos» de Jesús, orientados a presentar públicamente al Mesías, pero no ha señalado en la catequesis un camino concreto para convertir al hombre en un creyente. Este camino lo indica ahora con Nicodemo, el primero de una nueva generación nacida no de la ley de la carne, sino del poder del Espíritu. Este hombre de leyes y de vida pública se presenta a Jesús *«de noche»* (Jn 3,2); vive en las tinieblas porque su fe es demasiado pobre, pero su *presentarse a Jesús* es característico del hombre abierto a la revelación y en busca de algo que no posee.

Jesús descompone con una primera revelación la lógica humana del fariseo y le introduce en el misterio del Reino de Dios presente en su persona. Las palabras de Jesús son una invitación a Nicodemo para que se sitúe en un nivel superior, para que experimente un nuevo nacimiento. Sin embargo, Nicodemo permanece en el nivel de la comprensión sensible, demostrando que todavía no está en condiciones de elevarse a un plano superior. Ante esta incomprensión, Jesús le aclara ulteriormente el sentido de sus palabras y su alcance espiritual con una segunda revelación (3,5). No se trata de un nuevo nacimiento carnal, sino de un nacimiento

del Espíritu, que sólo Dios puede poner en marcha en el corazón del hombre con la fe en la persona de Jesús (1,12).

El don del Espíritu era un tema que Nicodemo conocía bien gracias a la tradición profética (cf. Is 32,15; 44,3; Ez 36,25-27; Jl 3,1s). El sentido de la frase *nacer del agua y del Espíritu* es una invitación dirigida a Nicodemo para que se deje regenerar por la fe, que, a través del Espíritu, conduce al hombre a encontrar la revelación de Jesús y a vivir con él una experiencia íntima de comunión. Así pues, son necesarias dos cosas para entrar en el reino: el agua, es decir, el bautismo, y el Espíritu, que permite el nacimiento de la fe. Ciertamente, el ser humano no puede entrar en la realidad de Dios con sus solas fuerzas. La débil naturaleza humana sólo puede dar vida a criaturas carnales; el Espíritu, en cambio, engendra en la fe y da la verdadera vida.

LA PALABRA ME ILUMINA

El testimonio de Nicodemo es lo máximo que el hombre puede decir al leer la evidencia de los hechos realizados por Jesús. El fariseo admite que Jesús expone una doctrina que lleva el sello de Dios (Jn 3,2). Ahora bien, este hombre culto, maestro de la ley, que se presenta a Jesús como colega, esconde en realidad un lado débil que sus palabras sacan a la luz. Se presenta a Jesús seguro de sí mismo y complacido de conocer su origen, por los signos que ha visto; más aún, quiere debatir con él de igual a igual, como un maestro que lo sabe todo y quiere evaluar por sí mismo lo realizado por Jesús. El camino de fe del fariseo comienza a partir de esta situación. Sólo al final de la conversación con Jesús tomará conciencia Nicodemo, a través de la palabra del único Maestro, de que debe cambiar de mentalidad y ponerse dócilmente a la escucha del Hijo de Dios.

Nicodemo somos todos. En síntesis, la fe adulta en la persona del Hijo de Dios es fruto de la acción del Espíritu Santo y no puede brotar del corazón humano, que es débil y voluble, o de la inteligencia, que se considera capaz de reconocer el valor de los signos realizados por Jesús. En este punto, el ejemplo del viento es bastante instructivo para nosotros. El hombre se convence de la existencia del viento por sus efectos, a pesar de que el fenómeno escapa a su control y desconoce de dónde viene el viento, o sea, su origen, y a dónde va, o sea, su destino. Esto es igualmente verdad en el plano de la fe, en este nuevo modo de ser que es obra del Espíritu de Dios.

El hombre nuevo *nacido de Dios* (cf. también 1 Jn 3,9; 4,7; 5,1.4.18) manifiesta los efectos misteriosos de este nacimiento, como son la alegría, la paz, el equilibrio, la entrega, el servicio amoroso..., mientras que el hombre de la carne actúa únicamente en el plano terreno y no puede percibir la realidad del Espíritu ni el origen del misterio de la persona de Jesús. Nosotros, como Nicodemo, para poder pasar de la fe elemental a la adulta, debemos aprender antes a ser humildes ante el misterio, a hacernos pequeños ante el único Maestro, que es Jesús, y, como él, ponernos a la escucha silenciosa y adoradora del Espíritu de Dios.

El largo monólogo de Jesús que sigue inmediatamente después parece sacar a la luz, en virtud de la ausencia de la palabra de Nicodemo, que éste se pone a la escucha del verdadero Maestro a fin de convertirse en discípulo (cf. Jn 7,50s; 19,39). ¿Hacemos nosotros lo mismo?

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor, tú invitaste a Nicodemo y nos invitas a todos nosotros a renacer de lo alto, es decir, del agua del bautismo y del Espíritu Santo. Somos conscientes de que

nuestra vida cristiana tuvo su comienzo con el don del bautismo, con la efusión del Espíritu Santo que nos ha sido dado. Haz que esta presencia del Espíritu en nosotros crezca de día en día, conscientes de que esta inhabitación trinitaria en nuestra vida es un signo de tu amor, de tu deseo de establecer una comunión con nosotros. Permítenos pasar de una fe elemental a una fe adulta, para aprender primero a hacernos humildes ante el misterio y a hacernos pequeños ante el único Maestro de vida, que eres tú.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Nicodemo, que vino de noche al encuentro del Señor, no se marchó sin la gracia de la luz, puesto que había venido al encuentro de Dios, que es la verdadera luz. A fin de difundir en su corazón la luz del nuevo nacimiento, el Señor le dijo: «*Es necesario nacer una segunda vez*» (Jn 3,3). Al decir esto, muestra claramente que hay dos nacimientos: uno terreno y el otro celestial; uno según la carne, el otro según el Espíritu. Y muestra que el nacimiento del Espíritu es muy superior al nacimiento de la carne. Uno viene del hombre, el otro de Dios; uno hace nacer el hombre en el mundo, el otro lo engendra en Dios. Uno entrega al engendrado a la tierra, el otro lo destina al cielo. Con uno se entra en posesión de la vida temporal, con el otro se posee la vida eterna. Uno, por último, hace hijos de los hombres, el otro hijos de Dios.

En efecto, el nacimiento espiritual se lleva a cabo de un modo totalmente invisible, mientras que el otro es visible. Lo que se realiza en el lavado del bautismo no se ve: sólo la asamblea de los fieles comprende espiritualmente que uno baja pecador a la fuente y sale de ella limpio de todo pecado. Por consiguiente, es feliz y verdaderamente celestial el nacimiento que de hijos de hom-

bres hace hijos de Dios. Este nacimiento espiritual transforma de viejos en niños. Los que han sido regenerados por el bautismo renacen en la inocencia, tras haber sido despojados del viejo error y de la malicia del pecado. Y es el seno espiritual de la Iglesia el que concibe y da a luz a los hijos de Dios (Cromacio de Aquileya, *Catechesi al popolo*, XVIII, 2s, Roma 1979, 132-134).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Yo te aseguro que nadie puede entrar en el Reino de Dios si no nace del agua y del Espíritu» (v. 5).

CAMINAR CON LA PALABRA

El doloroso trabajo del «renacer» que se le propone a Nicodemo no es un lugar ideológico, sino la provocación perenne que nos toca, sea cual sea nuestra fe o nuestro escepticismo. Se trata del punto en el que nuestra libertad se cruza con nuestra responsabilidad. Nuestra responsabilidad personal frente al mal del mundo, que nos corresponde porque está clavado en el fondo de la condición humana. Nos sentimos tentados constantemente a remover este peso insoportable que, sin embargo, la realidad nos obliga a calcular, y más cuando la historia de los hombres se espesa y se hace oscura. Podemos decir también con un verso de Mario Luzi: «La tragedia es el hombre, su historia, su desacuerdo con lo divino». El desacuerdo con lo divino implica, inevitablemente, el desacuerdo con lo humano, con la humanidad del hombre.

No hay manera de eludir el sentido de las palabras oídas por Nicodemo. Nos interrogan por dentro, *in interiore homine*, y son también una áspera comparación para esta desmemoriada e iridiscente modernidad. Entre los catálogos atestados de pensamientos débiles, de relativismos, de consejos éticos volublemente exhibidos como recetarios de cocina, de charlas sobre los

valores y de juiciosas e inconstantes conversiones, así como de sociedades óptimamente abiertas, aunque demasiado abiertas en el límite de la violencia y del nihilismo, se insinúa la pregunta más elemental y más fastidiosa: qué es el bien y qué es el mal y de qué modo tiene que ver con nosotros y nos implica la respuesta.

Así las cosas, y frente a esta devastadora inconsistencia, me parece un deber pronunciar el elogio de Nicodemo, de su discreción, incluso de sus dudas y de su ambigüedad. Mirando el ecléctico vaivén de nuestros días, podemos cultivar la nostalgia por alguien que *se presentó a Jesús de noche*» en la intimidad y en el silencio de una búsqueda verdadera, que, precisamente, por ser auténtica y sufrida, sólo puede sentirse saciada en la calma serena de una oración. En el encuentro con Jesús se le había aparecido inevitablemente una esperanza más alta que la que había buscado. Y como su razón era humilde, aprendió en aquel encuentro que la razón lo sabe todo, pero no sabe nada más. No habrá resuelto las dudas, que son compañeras de una existencia consciente, pero es posible pensar que le habrá consolado y convencido una certeza conquistada: la del que sabe que, al final, el misterio se iluminará con su misma luz (M. Martinazzoli, «Nicodemo», en AA. VV., *Alle origine dell'Occidente*, Brescia 2002, 55-57, *passim*).

Jesús, único revelador del Padre
(Jn 3,11-21)

Jesús dijo a Nicodemo: «[11] Yo te aseguro que hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto, pero vosotros rechazáis nuestro testimonio. [12] Si no me creéis cuando os hablo de las cosas terrenas, ¿cómo vais a creerme cuando os hable de las cosas del cielo? [13] Nadie ha subido al cielo, a no ser el que vino de allí, es decir, el Hijo del hombre. [14] Lo mismo que Moisés levantó la serpiente de bronce en el desierto, el Hijo del hombre tiene que ser levantado en alto, [15] para que todo el que crea en él tenga vida eterna.

[16] Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino tenga vida eterna. [17] Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo por medio de él. [18] El que cree en él no será condenado; por el contrario, el que no cree en él ya está condenado, por no haber creído en el Hijo único de Dios. [19] El motivo de esta condenación está en que la luz vino al mundo y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque hacían el mal. [20] Todo el que obra mal detesta la luz y la rehúye por miedo a que su conducta quede al descubierto. [21] Sin embargo, quien actúa conforme a la verdad, se acerca a la luz, para que se vea que todo lo que él hace está inspirado por Dios».

LA PALABRA SE ILUMINA

El diálogo entre Jesús y Nicodemo se transforma, a partir de este momento, en un monólogo de gran envergadura, puesto por el evangelista en labios de Jesús. En

realidad, estamos ante palabras de Jesús y ante testimonios pospascuales fundidos por el autor en un solo discurso. Tal vez se trate de una profesión de fe empleada en la vida litúrgica de la comunidad joánica, que contiene en síntesis la historia de la salvación. Lo atestigua el uso de los verbos en pasado y las expresiones joánicas sobre el Hijo unigénito (Jn 3,16.18). El tema presentado es el desarrollo del precedente y está centrado en el testimonio de Jesús, Hijo del hombre bajado del cielo, el único que está en condiciones de revelar el amor de Dios por los hombres a través de su muerte y resurrección (vv. 11-15). Y también está centrado, por otra parte, en la necesidad de la respuesta en la fe por parte del creyente, a fin de experimentar la vida de Dios (vv. 16-21).

Jesús, aunque sigue teniendo su morada en el Padre, se ha encarnado para comunicar a los hombres la vida divina. El Hijo del hombre es ahora el lugar ideal de la presencia de Dios. Este misterio de humillación, de revelación y de amor se realizará un día en la cruz, cuando Jesús sea elevado a la gloria, «*para que todo el que crea en él tenga vida eterna*» (v. 15). El hombre puede acoger o rechazar este amor de Dios por medio de la fe. El hombre lleva a cabo el juicio sobre sus propias obras mediante la fe o la incredulidad, y de ahí deriva el carácter dramático del cuarto evangelio. Los hombres se dividen en dos bandos: creyentes y no creyentes. Cada persona debe resolver en su intimidad el mismo drama: acoger o no a la persona de Jesús, escoger entre la vida o la muerte, optar por la luz o por las tinieblas.

LA PALABRA ME ILUMINA

La misión de Jesús es traer la salvación a los hombres: «*Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino tenga vida eterna*» (Jn 3,16). Gracias a la fe, el hombre puede acoger y dejarse transformar por este acto de amor de Dios, que tuvo su comienzo en la encarnación y su punto más elevado en la crucifixión de Jesús. Ésta es la elección fundamental con la que se enfrenta todo ser humano, cada uno de nosotros: aceptar o rechazar el amor del Padre, que se ha revelado en Cristo. Con todo, este amor no juzga al mundo; es más, lo ilumina: «*Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo por medio de él*» (v. 17). Sin embargo, el amor que se revela entre los hombres los juzga al mismo tiempo. Este amor no se impone, se propone.

Situados ante la propuesta de salvación y de amor, que es el único objetivo de la misión del Hijo, a nosotros nos corresponde tomar postura, manifestando nuestras libres opciones. No podemos dejar de revelarnos a nosotros mismos y lo que hay en nuestro corazón, decidiéndonos a favor o en contra. El que cree en Jesús no será condenado, pero el que lo rechaza, por no creer en el *nombre* del Hijo de Dios, ya está condenado (v. 18). Tampoco es Dios quien lleva a cabo el juicio, sino que lo realiza el hombre a través de su actitud de acogida o rechazo de Jesús. Todo, vida o muerte, está en las manos del hombre y no en las de Dios (cf. 12,47s). El hombre sigue siendo el único juez de sí mismo a lo largo de su vida.

Al final de esta progresiva y amplia revelación a la que Jesús condujo a Nicodemo –y, en él, a los judíos a los que representa, a nosotros, sus discípulos–, no nos queda más que hacer nuestra su invitación a la conversión y al cambio radical de vida. La luz de Jesús es tan penetrante que derriba toda seguridad humana y todo orgullo, incluso el más escondido. Quien acepta a la persona de Jesús y deja espacio a un amor que le trasciende, encuentra lo que nadie consigue darse por sí mismo: posee la vida. Ahora bien, la condición para entrar en comunión con Jesús es la pobreza como dimensión del espíritu, es hacerse pequeño y humilde. Esto es para nosotros más una

meta que un punto de partida, y la alcanzamos a través de la lucha contra la autosuficiencia y contra el egoísmo, el único camino que permite una apertura a la iluminación interior y siempre nueva del Espíritu Santo.

Escuchar la enseñanza de Jesús, como hizo Nicodemo, a fin de buscar el Reino de Dios, significa para cada una de nuestras comunidades de fe convertirse en una comunidad de confidentes de Dios.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Padre infinitamente bueno, Nicodemo esperaba al Mesías glorioso que habría de hacer justicia a Israel y juzgar al mundo con poder. Cristo, sin embargo, se presentó entre los hombres pobre y débil, y en vez de juzgar a los hombres aceptó ser juzgado por ellos: no vino a condenar, sino a salvarnos a todos nosotros. Nos sigue correspondiendo a nosotros el juicio personal frente a la verdad y a la Palabra de Dios, un juicio que realizamos cada día con nuestras libres opciones por el bien o por el mal. Señor, no nos dejes solos en nuestra labor cotidiana. Que sea siempre tu Espíritu de verdad el que nos ilumine y nos oriente hacia el bien, a fin de que siempre podamos estar del lado de la vida y no de la muerte, de la luz y no de las tinieblas, y responder así de una manera generosa como verdaderos hijos a tu amor de Padre.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Tomó, pues, la muerte y la suspendió en la cruz. De esta manera los mortales son librados de la muerte. El Señor recuerda lo que aconteció en figura a los antiguos: *Y así como Moisés,* dice, *levantó en el desierto la*

serpiente, así también conviene que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea en él no perezca, sino tenga la vida eterna (Jn 3,14-15).

Gran misterio es éste; quienes lo han leído, lo conocen. Por tanto, oiganlo ahora quienes no lo han leído o lo han olvidado después de leerlo u oírlo. El pueblo de Israel caía en el desierto a causa de las mordeduras de las serpientes, y las numerosas muertes producían una hecatombe (Nm 21,8-9). Era castigo de Dios, que corrige y flagela para instruir. Allí se manifestó un gran signo de una realidad futura. El mismo Señor lo indica en esta lectura, para que nadie lo interprete de forma distinta a como lo hace la Verdad refiriéndolo a sí. El Señor ordenó a Moisés que hiciese una serpiente de bronce y la levantara sobre un madero en el desierto, y que exhortase al pueblo de Israel a que, si alguno había sido mordido por las serpientes, mirase a la levantada sobre el madero. Así se hizo. Los hombres mordidos la miraban y sanaban.

¿Qué son las serpientes que muerden? Los pecados de la carne mortal. ¿Qué es la serpiente levantada en alto? La muerte del Señor en la cruz. La muerte fue simbolizada en la serpiente porque procede de ella. La mordedura de la serpiente es mortal, y la muerte del Señor es vital. Se mira a la serpiente para aniquilar el poder de la serpiente. ¿Qué es esto? Se mira a la muerte para aniquilar el poder de la muerte. Pero ¿de qué muerte se trata? De la muerte de la vida, si es que se puede hablar de la muerte de la vida. Y resulta admirable cómo es posible hablar así. ¿Acaso no se ha de hablar de lo que hubo de hacerse? ¿Dudaré yo en hablar de lo que el Señor se dignó hacer por mí? ¿No es Cristo la vida? Y, no obstante, estuvo en la cruz. ¿No es Cristo la vida? Y, sin embargo, murió. Pero en la muerte de Cristo encontró la muerte su propia muerte. La vida muerta dio muerte a la muerte; la plenitud de la vida devoró a la muerte. La muerte fue absorbida por el cuerpo de Cristo.

El Salvador vino al mundo. ¿Por qué se le llamó Salvador del mundo, sino porque vino para salvar, no para juzgar al mundo? ¿No quieres que él te salve? Tú mismo te juzgarás. ¿Y por qué he de hablar en futuro? Atento a lo que dice: *Quien cree en él no es juzgado, mas quien no cree...* ¿Qué esperas que ha de decir, sino «es juzgado», *ya ha sido juzgado?* (Jn 3,18). Aún no ha llegado el juicio, pero ya ha tenido lugar. *El Señor sabe quiénes son los suyos* (2 Tim 2,19): conoce quiénes han de permanecer para recibir la corona y quiénes para ir a las llamas; conoce quién es trigo y quién es paja en su era; conoce la mies y conoce la cizaña. Quien no cree ya está juzgado. ¿Por qué? *Porque no creyó en el nombre del Hijo unigénito de Dios* (Jn 3,18).

Y el juicio es éste: que la luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, pues sus obras eran malas (Jn 3,19). ¿En quién, hermanos míos, halló el Señor buenas obras? En nadie. En todos las halló malas. ¿Cómo entonces algunos practicaron la verdad y llegaron a la luz?

El texto sigue así: *El que practica la verdad viene a la luz, para que se manifiesten sus obras, pues están hechas en Dios* (Jn 3,20). ¿Cómo es que unos hicieron obras buenas y vinieron a la luz, esto es, a Cristo, y, por el contrario, otros amaron las tinieblas? Si los halló a todos pecadores y a todos sana de sus pecados; si aquella serpiente, figura de la muerte del Señor, cura a los mordidos, y, a causa de las mordeduras de las serpientes y por los hombres mortales que halló injustos, se levantó en alto la serpiente, es decir, la muerte del Señor, ¿qué sentido tiene lo que viene a continuación: *El juicio es éste: que la luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas?* ¿Qué significa esto? ¿Quiénes tenían esas buenas obras? ¿No viniste para hacer justos a los impíos? *Pero amaron*, dice, *las tinieblas más que la luz.*

Esto ha querido resaltar. Hay muchos que aman sus pecados y muchos también que los confiesan. Quien los confiesa y se acusa de ellos, se reconcilia con Dios, que reprueba sus pecados. Si tú haces lo mismo, te unes a Dios. «Hombre» y «pecador» son como dos cosas distintas. Al oír «hombre», oyes lo que hizo Dios; al oír «pecador», oyes lo que es obra del hombre. Es preciso que aborrezcas tu obra y ames en ti lo que es obra de Dios.

Cuando empieces a detestar lo que hiciste tú, entonces comienzan tus buenas obras, porque repruebas las tuyas malas. El principio de las buenas obras es la confesión de las malas. Practicas la verdad y vienes a la luz. ¿Qué es para ti practicar la verdad? No halagarte, ni pasarte la mano, ni adularte a ti mismo, ni decir que eres justo, cuando eres un malvado. Así es como empiezas a practicar la verdad, así es como vienes a la luz para que se manifiesten las obras que has hecho en Dios. No existiría en ti lo que te impulsa a aborrecer tus pecados si no te iluminara la luz de Dios, si no te los mostrara su verdad. Mas el que después de advertido ama sus pecados, odia la luz que le llama la atención y huye de ella para que no le reprenda las malas obras que ama.

En cambio, quien practica la verdad reprende en sí sus malas obras; no se contempla, no se perdona para que le perdone Dios. Reconoce él mismo lo que quiere que Dios le perdone y así viene a la luz y le da gracias porque le muestra el objeto de su odio. Dice a Dios: *Aparta tu vista de mis pecados* ¿Con qué cara pronunciaría estas palabras si no continuase: *Porque yo reconozco mis pecados y los tengo siempre delante de mí?* Ten siempre en tu presencia lo que no quieres que esté en la presencia de Dios. Porque si echas a la espalda tus propios pecados, Dios volverá a ponerlos ante tus ojos cuando ya la penitencia será infructuosa (Agustín de Hipona, *Comentarios sobre el evangelio de san Juan 12,11-13*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

« Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino tenga vida eterna» (v. 16).

CAMINAR CON LA PALABRA

Todo lo que dice y hace Jesús revela o descubre a Dios. Lo que existe de una manera visible en Jesús existe también de una manera invisible, misteriosa, en Dios. Si la encarnación es un acto de humildad, eso significa que Dios es un ser de humildad. Si Jesús es pobre, eso significa que Dios es pobre. Y la muerte de Jesús me revela la eternidad del ser eterno de Dios. Revelar a Dios significó para Jesús aceptar la muerte. La verdad más profunda es que, en Dios, la muerte se encuentra eternamente en el corazón de la vida. Dios es amor. Y amar significa morir a nosotros mismos no sólo prefiriendo a los otros por encima de nosotros mismos, sino renunciando a existir para nosotros mismos y en virtud de nosotros mismos, a fin de existir únicamente en virtud de los otros y para los otros [...]. Vivir significa amar, pero amar significa morir, porque significa no ser, no existir más que para los otros y en virtud de los otros.

Esto es lo que manifiesta Jesús al morir en la cruz. Los judíos esperaban una manifestación triunfal de Dios. Pero Dios no interviene en el Calvario, sino que se esconde y calla. No es el Dios *Sabaoth*, esto es, el Dios de los ejércitos, sino el Dios «desarmado». Se lo imaginaban rico y poderoso, y ciertamente lo es, dado que es el infinito, pero ahora se ve que su riqueza no consiste en poseer, sino en dar: es la riqueza de una entrega total de sí mismo, sin reserva o segundos fines. El amor no ofrece algo de sí reservándose la parte más profunda, sino que entrega esta parte profunda. El Padre, al sacrificar a su Hijo, lejos de exigir el sacrificio de su Hijo para dar satisfacción a su justicia, sacrifica lo que más quiere. Es como decir que se sacrifica a sí mismo. Su ser, su «naturaleza», es ser «entrega de sí mismo».

Dios es el totalmente otro. Nosotros somos ricos cuando poseemos; Dios, en cambio, es rico desposeyéndose. Nosotros somos fuertes cuando dominamos; Dios, en cambio, es fuerte haciéndose siervo. Cuando Cristo rinde el último aliento se priva de la vida misma –por consiguiente, de todo– y es en ese momento cuando Cristo se vuelve humanamente omnipotente, como Dios es divinamente omnipotente. Es en ese momento cuando participa de la omnipotencia de Dios, que no es un poder de dominación ni de exhibición de sí mismo, sino de ocultamiento, de aniquilación de sí mismo. Es en ese momento cuando participa en el poder del perdón, que es la realidad más profunda de Dios. Muere al pie de la letra por nosotros, los hombres, «nos salva» (F. Varillon, *Gioia di credere, gioia di vivere*, Bolonia 1984, 76-78; edición española: *Alegría de creer, alegría de vivir: conferencias sobre los principales puntos de la fe cristiana*, Mensajero, Bilbao 1999).

Último testimonio del Bautista: la fe completa

(Jn 3,22-36)

[22] Después de esto, Jesús fue con sus discípulos a la región
de Judea. Estuvo allí algún tiempo con ellos y bautizaba.
[23] Juan estaba también bautizando en Ainón, cerca de Salín,
porque allí había mucha agua. Y la gente acudía a bautizarse.
[24] Esto ocurrió antes de que Juan fuese encarcelado. [25] Algunos
de los discípulos de Juan discutieron con unos judíos acerca
del rito de purificación. [26] Se acercaron a Juan y le dijeron:

–Maestro, aquel que estaba contigo al otro lado del Jordán,
de quien tú nos diste testimonio, está ahora bautizando y
todos se van tras él.

[27] Juan respondió:

–El hombre solamente puede tener lo que Dios le haya
dado. [28] Vosotros mismos sois testigos de lo que yo dije en-
tonces: «Yo no soy el Mesías, sino que he sido enviado como
su precursor». [29] La esposa pertenece al esposo. El amigo del
esposo, que está junto a él y lo escucha, se alegra mucho al oír
la voz del esposo, por eso mi alegría se ha hecho plena. [30] Él
debe ser cada vez más importante; yo, en cambio, menos.

[31] El que viene de lo alto está sobre todos. El que tiene su
origen en la tierra es terreno y habla de las cosas de la tierra;
el que viene del cielo [32] da testimonio de lo que ha visto y oído;
sin embargo, nadie acepta su testimonio. [33] El que acepta su
testimonio reconoce que Dios dice la verdad, [34] porque cuan-
do habla aquel a quien Dios ha enviado, es Dios mismo quien
habla, ya que Dios le ha comunicado plenamente su Espíritu.
[35] El Padre ama al Hijo y le ha confiado todo. [36] El que cree en
el Hijo, tiene la vida eterna; pero quien no lo acepta, no ten-
drá esa vida, sino que la ira de Dios pesa sobre él.

LA PALABRA SE ILUMINA

Después del diálogo de Jesús con Nicodemo y de la amplia catequesis sobre el renacimiento del Espíritu y la necesidad de acoger a la persona de Jesús como don del Padre y manifestación de amor a los hombres (Jn 3,1-21), el evangelista recoge el último testimonio del Bautista sobre Jesús a fin de ofrecérselo como propuesta a Nicodemo y con él a cada hombre. Es el testimonio de una vida entregada al servicio de los otros, es el testimonio de un hombre que fue capaz de acoger la luz que es Cristo.

La figura del Bautista, que adopta la actitud justa ante el misterio de la persona de Jesús, completa el cuadro de la respuesta de fe de Nicodemo y constituye un ejemplo a imitar para los que pretenden llegar a una fe adulta. Si en el primer testimonio (1,19-34) el Bautista se había presentado como simple testigo del Mesías, en el fragmento de ahora (3,22-36) el austero asceta del desierto se convierte en el modelo del discípulo que deja todo el espacio a su Maestro, a fin de que éste *sea cada vez más importante* y él *lo sea cada vez menos* (3,30). Esta perícopa, como la precedente de Nicodemo, sobre la base de criterios literarios, está dividida en tres partes: ambientación del testimonio (3,22-24); disputa sobre la purificación y testimonio sobre el esposo (3,25-30); Jesús como único revelador del Padre (3,31-36).

Así pues, tras la ambientación del tema, la primera parte (vv. 25-30) desarrolla el testimonio del Bautista sobre Jesús: el que ha preparado el camino al Mesías debe desaparecer ahora para dejar el sitio al nuevo astro que es Jesús. La segunda parte (vv. 31-36) presenta a Jesús como único revelador del Padre, y con ello se invita al discípulo a verificar su actitud de fe o de falta de fe. El monólogo que se desarrolla aquí incluye, a su vez, primero el testimonio de Jesús (vv. 31-34) y, después, la respuesta del creyente (vv. 35s).

LA PALABRA ME ILUMINA

Detengámonos en el último testimonio del Bautista, amigo del esposo. Según la tradición judía, la figura del amigo del esposo desarrollaba una tarea muy importante. Aunque el personaje principal de las bodas era el esposo: «*La esposa pertenece al esposo*» (Jn 3,29), en realidad el amigo del esposo era el que preparaba a la muchacha y el que le llevaba a casa de su joven amigo y se alegraba al oír la voz del esposo gozar dentro de la estancia nupcial.

Tomando esta comparación, el Bautista no tiene dificultad alguna en reconocer a Jesús en el papel del Mesías-esposo, venido a celebrar las bodas mesiánicas con la humanidad (cf. 2,1-11), y en verse a sí mismo en el del discípulo-amigo del esposo. Él ha podido conocer al Mesías, que da comienzo a su misión, que recoge los primeros frutos de su trabajo y por eso goza de todo corazón al constatar el cumplimiento definitivo del proyecto salvífico de Dios. En consecuencia, el Bautista no sólo no se lamenta de que el pueblo vaya tras Jesús, sino, al contrario, todo esto le proporciona una inmensa alegría, porque ve realizado el único deseo de su vida, a saber: el cumplimiento de la alianza entre Dios-esposo y la humanidad-esposa. La alegría del Bautista es así como la de Abrahán, que exulta de alegría con el pensamiento de que había de ver el día del Señor (cf. 8,56).

La misión del Precursor ya está ahora realizada. Ha llegado el momento de apartarse, plenamente feliz, al ver a Jesús *ganando en importancia* y a él siéndolo *cada vez menos* (3,30). Los dos verbos griegos, empleados aquí en sentido técnico, indican no sólo la salida y la puesta del sol, sino que adquieren para el evangelista un sentido más profundo: indican el declinar del Bautista, el hombre que ha realizado la voluntad de Dios, y la aurora luminosa del Jesús-Mesías esperado.

El ejemplo de fe del Bautista, que acepta el papel de testigo y de guía respecto a Jesús y permanece fiel al plan salvífico de Dios, a pesar de la tentación provocada por sus seguidores de perseguir proyectos humanos, sigue siendo siempre la mayor enseñanza para nosotros, que pretendemos vivir una vida de testimonio basada en Cristo, y un documento extraordinario de verdadera espiritualidad para todo discípulo de Jesús.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor bueno, me complace en este día hacer mía la oración que san Agustín elevó comentando este pasaje joánico, porque captó bien el contraste entre el Bautista y Jesús cuando dijo: «Yo soy feliz al escuchar, y él es quien debe hablar; yo debo ser iluminado, y él es la luz; yo soy todo oídos, y él es mi Palabra». Que esta oración se realice siempre en mi vida, especialmente cuando no soy capaz o no quiero escuchar, no veo la luz o voy a tientas en la oscuridad, no he abierto los oídos o intento hacer oídos sordos para no escuchar tu voz. Abre mis labios, mis oídos y, sobre todo, mi corazón para acogerte como el único esposo de mi vida.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Es verdad lo que san Juan Bautista afirma del Salvador: «*Es preciso que él crezca y yo disminuya*» (Jn 3,30). Y la prueba nos la proporciona, en primer lugar, el mismo tiempo. En efecto, cuando nació Cristo el día se alarga, pero en el nacimiento de Juan se acorta. Cuando nace el primero, la luz avanza; cuando nace el otro, disminuye. En cierto modo, el propio tiempo sufre una pérdida cuando llega al mundo el siervo, y experimenta un crecimiento cuando nace el Señor.

El día experimenta, sin duda, un avance cuando surge el Salvador del mundo y, en cambio, padece un retroceso cuando se engendra el último profeta, como está escrito: «*La ley y los profetas hasta Juan*» (Lc 16,16). Y por eso era necesario que la observancia de la ley se oscureciera al refulgir de la gracia del Evangelio y que cesara la profecía del Antiguo Testamento cuando sobrevino la gloria del Nuevo Testamento.

No hemos de maravillarnos, por tanto, de que avance el día en el que brilla el nuevo sol de justicia. No hemos de maravillarnos de que avance el día en que ilumina la luz vivísima de la verdad. Dice, en efecto, el evangelista de Cristo el Señor: «*Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre*» (Jn 1,9). Sin embargo, si era la luz verdadera que ilumina al hombre, ¿por qué no hubiera debido iluminar también al mundo?

Ahora bien, veamos aún de qué modo crece el Señor y Salvador, y disminuye Juan el Bautista. Cuando nace Cristo exultan los ángeles, los pastores velan, los magos llegan, la estrella los precede y se ofrece al Señor todo lo que hay de más bello en el cielo y en la tierra. Los ángeles le ofrecen la gloria, la estrella la claridad, los magos la devoción, los pastores la sencillez. En cambio, cuando fue concebido Juan, Zacarías se quedó mudo, el sacerdote suspendió los ritos, su madre Isabel se escondió, para significar el silencio de la ley...

Juan, como dice el Señor, «*era una lámpara encendida*» (Jn 5,35). ¿Qué hombre sensato buscaría una lámpara a pleno sol? No hay que eliminarla, ciertamente, pero tampoco se considera necesaria. Crece, por tanto, el Señor y disminuye Juan el Bautista. No disminuye porque se sustraiga algo a sus méritos, pero da la impresión de que su gloria se hace menor, puesto que cada día aumenta la del Salvador (Máximo de Turín, *Sermoni liturgici*, 99; edición italiana, Milán 1999, 312-315).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Él debe ser cada vez más importante; yo, en cambio, menos» (v. 30).

CAMINAR CON LA PALABRA

«El Padre ama al Hijo. El que cree en el Hijo tiene la vida eterna», dice Juan el Bautista haciéndose eco de las palabras que Jesús acaba de proclamar. El testigo de la luz acoge su testimonio y realiza su profesión de fe. Jesús, el Hijo, ha venido a revelarnos el amor del Padre. El objeto de la fe cristiana no es una doctrina, una moral o una ascesis: es el amor, el amor increíble de Dios por nosotros, fuente de nuestra vida. El amor es el pan del que vive el hombre y es siempre objeto de fe. Quien no cree que es amado tiene la muerte en el corazón.

Juan, el último profeta, ha captado este amor. La puerta de entrada en el misterio del Hijo no es únicamente la ley, sino ésta junto con la profecía. Juan, dice Jesús en Mt 11,11-14, es el más grande entre los nacidos de mujer. Su grandeza es su autoinsuficiencia: «Demasiado grande para bastarse a sí mismo» es el hombre que acoge el don para el que ha sido hecho, tierra abierta al cielo, finito abierto al infinito. Juan reconoce en Jesús la Palabra que da sentido a la voz; ve en él su otra parte, al Esposo deseado, y se alegra. Sabe que en él, el Hijo amado del Padre, se le ha dado la felicidad que había prometido el Dios fiel y verdadero. Él es el prototipo no sólo del discípulo, sino también de todo hombre que llega a la plenitud que apetece insaciablemente. No hay ni alianza, ni templo, ni ley, ni ninguna otra de las instituciones más divinas de la tierra que pueda sustituir a Dios y dar vida al hombre. Juan es testigo de una incompletitud radical: todo el universo aspira, por medio del hombre creado el sexto día, al cumplimiento del séptimo día e invoca la luz de su propia vida, pero ninguna institución le ayuda a alcanzarla si no escucha esta «voz» que está en el corazón de cada hombre y le lleva más allá de toda criatura.

El bautismo de Juan, aunque viene primero, está presentado como contemporáneo al de Jesús. Esto significa que no sólo los primeros discípulos, sino también nosotros, hoy, debemos pasar más allá de Juan para llegar a Jesús: llegamos a las cosas del cielo a través de las cosas de la tierra, encontramos a Dios mediante lo que es verdaderamente humano. Jesús es el esposo, el que viene del cielo, el testigo del Padre, El Hijo unigénito en el que Dios muestra la verdad de cada una de sus promesas. Adherirnos a él es la vida eterna. Ésta es la profesión de fe cristiana. La Iglesia, siguiendo las indicaciones del profeta, hace suyo el testimonio de Jesús y se adhiere a él como Hijo amado del Padre. Éste es el «bautismo» que abre la Iglesia al don del Espíritu y la hace nacer de lo alto como su esposa (S. Fausti, *Una comunità legge il Vangelo di Giovanni*, Milán 2002, 73-75; edición española: *Una comunidad lee el evangelio de Juan*, San Pablo, Bogotá 2004).

Diálogo de Jesús con la samaritana
(Jn 4,1-26)

1 Los fariseos se enteraron de que aumentaba el número de
los discípulos de Jesús y de que bautizaba incluso más que Juan.
2 La verdad es que Jesús no bautizaba, sino que lo hacían sus
discípulos. 3 Cuando estos rumores llegaron a Jesús, abandonó
Judea y volvió a Galilea. 4 Como tenía que atravesar Samaría,
5 llegó a un pueblo llamado Sicar, cerca del terreno que Jacob
dio a su hijo José. 6 Allí estaba también el pozo de Jacob.

Jesús, fatigado por la caminata, se sentó junto al pozo. Era
cerca de mediodía. 7 En esto, una mujer samaritana se acercó
al pozo para sacar agua. Jesús le dijo:

–Dame de beber.

8 Los discípulos habían ido al pueblo a comprar alimentos.
9 La samaritana dijo a Jesús:

–¿Cómo es que tú, siendo judío, te atreves a pedirme agua a mí, que soy samaritana? (Es de advertir que los judíos y los samaritanos no se trataban.)

10 Jesús le respondió:

–Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, sin duda que tú misma me pedirías a mí y yo te daría agua viva.

11 Contestó la mujer:

–Señor, si ni siquiera tienes con qué sacar el agua, y siendo
el pozo hondo, ¿cómo puedes darme «agua viva»? 12 Nuestro
padre Jacob nos dejó este pozo, del que bebieron él mismo,
sus hijos y sus ganados. ¿Acaso te consideras mayor que él?

13 Jesús replicó:

–Todo el que bebe de esta agua, volverá a tener sed; 14 en
cambio, el que beba del agua que yo quiero darle, nunca más

volverá a tener sed. Porque el agua que yo quiero darle se convertirá en su interior en un manantial del que surge la vida eterna.

15 Entonces la mujer exclamó:

–Señor, dame esa agua; así ya no tendré más sed y no tendré que venir hasta aquí para sacarla.

16 Jesús le dijo:

–Vete a tu casa, llama a tu marido y vuelve aquí.

17 Ella le contestó:

–No tengo marido.

Jesús prosiguió:

–Cierto; no tienes marido. 18 Has tenido cinco, y ése con el que ahora vives no es tu marido. En esto has dicho la verdad.

19 La mujer replicó:

–Señor, veo que eres profeta. 20 Nuestros antepasados rindieron culto a Dios en este monte; en cambio vosotros, los judíos, decís que es en Jerusalén donde hay que dar culto a Dios.

21 Jesús respondió:

–Créeme, mujer, está llegando la hora, mejor dicho, ha llegado ya, en que para dar culto al Padre no tendréis que subir a este monte ni ir a Jerusalén. 22 Vosotros, los samaritanos, no sabéis lo que adoráis; nosotros sabemos lo que adoramos, porque la salvación viene de los judíos. 23 Ha llegado la hora en que los que rindan verdadero culto al Padre, lo harán en espíritu y en verdad. El Padre quiere ser adorado así. 24 Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad.

25 La mujer le dijo:

–Yo sé que el Mesías, es decir, el Cristo, está a punto de llegar; cuando él venga, nos lo explicará todo.

26 Entonces Jesús le dijo:

–Soy yo, el que está hablando contigo.

LA PALABRA SE ILUMINA

El fragmento del encuentro entre Jesús y la samaritana presenta a un nuevo candidato a la fe. No se trata

de un fariseo «purasangre», como Nicodemo, sino de una mujer representante del judaísmo cismático de los samaritanos. El apremio de sus preguntas a Jesús constituye para el evangelista el símbolo del camino de fe que debe recorrer cada hombre, empujado por la progresiva revelación que hace Cristo de sí mismo.

La escena del diálogo entre Jesús y la samaritana en el pozo de Siquem recuerda otros episodios de encuentros acontecidos junto a un pozo, lugar de socialización por excelencia en los pueblos de la antigüedad: el siervo de Abrahán y Rebeca (Gn 24,11-27), Jacob y Raquel (Gn 29,1-21), Moisés y las hijas de Ragüel (Éx 2,15-21). El «pozo» tiene un valor simbólico muy preciso en la tradición judía: indica la ley que contiene la sabiduría (cf. Nm 21,16-18).

Desde el pozo de Jacob en Arán al de Moisés en el desierto, para llegar después a la fuente de Sión recordada por los profetas (cf. Ez 47; Zac 14,8), es un mismo tema el que se desarrolla en el texto sagrado. Éste representa a las diversas instituciones religiosas de Israel, a saber: la ley, el templo y la ciudad de Jerusalén. Sin embargo, en el cuarto evangelio, cuando Jesús se sienta junto al pozo asume en sí y para siempre la antigua fuente. Él mismo es la verdadera fuente que lleva a su cumplimiento la ley y el templo, ofreciendo un agua viva que manará después de su costado abierto (Jn 19,34).

El diálogo que sigue saca a la luz, por una parte, la iniciativa gratuita y paciente de Dios, siempre dispuesto a estimular y a saciar las expectativas humanas, y, por otra, la incomprensión del ser humano, que no consigue penetrar en la revelación de Jesús y en el misterio de un Dios que se hace su compañero de viaje. El diálogo entre Jesús y la samaritana incluye dos partes que revelan una notable concentración cristológica: Jesús, dador del agua viva (4,7-15), y Jesús, que se revela como Profeta y Mesías (4,16-26).

LA PALABRA ME ILUMINA

La escena descrita por el evangelista es típicamente familiar. Jesús se encuentra solo con la mujer, mientras que sus discípulos han ido al pueblo a comprar alimentos. El diálogo entre ambos personajes comienza con una petición libre de Jesús (v. 7). A continuación, él mismo lleva inmediatamente el diálogo a su verdadero terreno, el del misterio de su persona: *«Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber...»* (v. 10). Las palabras de Jesús revelan una realidad mucho más profunda: sólo él es la fuente de agua viva que calma la sed. Se trata del paradójico gesto de un Dios-amor que se hace pobre y mendicante para hacer al hombre rico. Es la absurda actitud de un Dios que pide para dar en abundancia. Y el don de Dios que Jesús ofrece a la mujer es algo grande: la progresiva revelación de su persona. No es difícil señalar en el agua viva de Jesús (vv. 13s) un agua espiritual, a saber: la acogida del misterio de su persona y la fe en él por obra del discípulo (cf. 6,35).

Esa mujer samaritana eres también tú: ¿cómo te sitúas ante el Señor? ¿Sigue despertando Jesús en ti el anhelo de una vida nueva, un anhelo que sólo él está en condiciones de saciar? ¿Eres capaz de acoger el verdadero fruto del tiempo mesiánico, que inaugura una era radicalmente nueva: *«Créeme, mujer, está llegando la hora, mejor dicho, ha llegado ya, en que para dar culto al Padre no tendréis que subir a este monte ni ir a Jerusalén»* (v. 21)?

Comienza una era nueva, un nuevo culto religioso a Dios: es la era cristiana. El auténtico «lugar» de la oración será un culto espiritual, completamente distinto del precedente, en el que se debe adorar al Padre *«en Espíritu y en verdad»* (v. 23). Jesús revela a la mujer –y hoy a nosotros– que en adelante será necesario adorar al Padre *en el Espíritu,* es decir, con una oración que el mismo Espíritu suscitará en el corazón del creyente, y *en la verdad,* que es la persona misma de Jesús. En consecuencia, la salvación será Jesús. Él es el verdadero «lugar» para adorar y entrar en comunicación con Dios (1,51). ¿Es a esto a lo que aspiramos verdaderamente? ¿Es Jesús quien sacia todas las expectativas humanas también para nosotros? Lo importante es vivir en la verdad, llevando a su cumplimiento lo que el Espíritu nos sugiere interiormente.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Padre bueno y misericordioso, la mujer de Samaría recibió el don de encontrar en su vida a la persona de Jesús y de conocer el misterio de tu Hijo: él vino, en efecto, a hablarnos del verdadero culto al Padre, que debemos vivirlo *«en Espíritu y en verdad»*. También nosotros deseamos hoy encontrar a Jesús en nuestros caminos cotidianos, comprender el gran don que tú nos haces, a fin de poder calmar nuestra sed en su fuente de agua viva, que es la Palabra, repleta del Espíritu y de amor.

Haz que esta Palabra no se quede en nosotros en algo exterior, sino que la interioricemos y la «bebamos» para saborear en nosotros la fuente del Espíritu, el único que puede llevarnos a la vida eterna, es decir, a saborear el conocimiento y la comunión contigo, Bien sumo.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

El Señor se aproxima siempre a nuestras almas en el Evangelio, llamando e intentando entrar y reposar en nosotros. Él se tomó una gran pena por nosotros, soportó grandes sufrimientos y nos rescató de la esclavitud de las tinieblas entregándose a sí mismo a la muerte, a

fin de que, al entrar en cada alma, pudiera morar en ella y encontrar reposo (cf. Jn 4,6). En su benevolencia, quiso habitar con nosotros y caminar con nosotros, según su promesa.

En efecto, el verdadero alimento del Señor, su bebida, su vestido, su morada y su reposo son nuestras almas. Él desea que el alma, al acoger en sí al Señor y al entrar en comunicación con su Espíritu, se vuelva un solo espíritu con él, con el corazón renovado y transformado, las pasiones destruidas y apagadas; quiere que se constaten así, en nosotros, la acción del Espíritu Santo y las obras de las virtudes. Ése es el verdadero alimento y la verdadera bebida del Señor. Él tiene hambre y sed de nuestras almas, y puesto que todavía no tiene su reposo ni su morada en nuestras almas, es como un extranjero o un enfermo en medio de nosotros. Por eso llama siempre, con la esperanza de poder entrar en nosotros y reposar ahí.

Acojámosle, por consiguiente, con mucha fe y amor, introduzcámosle en nosotros, ofrezcámosle hospitalidad, démosle de comer y de beber, entregándole totalmente nuestros propósitos y obedeciendo a la voluntad de su Espíritu. O, mejor aún, alimentémonos nosotros mismos del Señor, porque él es nuestro alimento, nuestra bebida y nuestro vestido, nuestro tesoro, nuestra heredad, nuestra posesión, nuestro reposo y nuestra casa. El Señor desea que le amemos con toda nuestra alma, a fin de que podamos dar los frutos permanentes y veraces del Espíritu, frutos divinos y plenos de vida eterna (Pseudo Macario, *Sermones,* XVI, 4,3-5,2).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*Señor, dame esa agua; así ya no tendré más sed*» (v. 15).

CAMINAR CON LA PALABRA

Jesús encuentra a la mujer samaritana junto al «pozo de Jacob». Es él quien depende de ella, es él quien la necesita. Es ella la que puede dar, es ella la que puede «hacerse de rogar». El acontecimiento exterior está cargado de misterio, precisamente en virtud de la encarnación: el peregrino está sediento y cansado porque es hombre, pero es hombre porque Dios se ha puesto a buscar a sus criaturas. En consecuencia, como Jesús es la encarnación del Hijo de Dios, la sed de Jesús es la encarnación de la sed de Dios. Decir que Jesús tiene sed del amor de la samaritana no es una metáfora; de hecho, él, que es Dios, se ha reducido a ser un pobre hombre –y a padecer sed como cualquier hombre pobre– para ir en busca de la criatura perdida: su sed terrena es verdaderamente encarnación de su sed celeste. Por otra parte, la mujer, que ha perdido a su Dios, como todos los pecadores, tiene en el corazón una sed angustiada de amor de la que ni siquiera se da cuenta, pero que trastorna su vida: sed de la carne y del corazón (*«has tenido cinco maridos... y ése con el que ahora vives»*), sed del espíritu (*«donde hay que adorar a Dios...»*), sed de encuentro y de verdad (*«sé que el Mesías, es decir, el Cristo, está a punto de llegar; cuando él venga, nos lo explicará todo»).*

Así pues, la sed física de Jesús era expresión de la verdad actual de su haberse hecho hombre, de su haberse encarnado «por nosotros los hombres y por nuestra salvación». Jesús nos ha amado y nos ha salvado con todo su sufrimiento, también con la sed y el cansancio que experimentaba cada día de su vida. De ahí que su sed junto al pozo de Jacob fuera también –en una única sed– deseo del amor y de la salvación de aquella mujer. Y, por otra parte, la sed de la mujer (que había venido precisamente a sacar agua, y debía hacerlo «cada día») era el nivel físico elemental de todas las necesidades que llevaba en su corazón y en su espíritu.

Jesús, al conversar con la samaritana, la obliga a preguntarse sobre quién puede dar verdaderamente al otro *«el agua de la que surge la vida eterna»*. Él le plantea la cuestión decisiva: ¿de qué tiene sed el ser humano? ¿Quién puede dar el agua que apaga la sed ardiente? Verdaderamente, ambos tenían sed el

uno del otro, aunque la mujer no sospechaba al principio que había encontrado al Mesías que su corazón esperaba. Ahora bien, tener sed el uno del otro es propiamente lo que llamamos «amor». Cuando Jesús esté en la cruz, planteará de una manera significativa a todos los hombres la misma humilde pregunta que había planteado un día a la samaritana: *«Después, Jesús, sabiendo que todo se había cumplido, para que también se cumpliese la Escritura, exclamó: "Tengo sed"»* (Jn 19,28) (A. Sicari, *Viaggio nel Vangelo,* Milán 1995, 34s).

Disponibilidad de los samaritanos y diálogo de Jesús con los discípulos *(Jn 4,27-42)*

27 En ese momento llegaron sus discípulos y se sorpren-
dieron de que Jesús estuviese hablando con una mujer, pero
ninguno se atrevió a preguntarle qué quería de ella o de qué
estaban hablando.
28 La mujer dejó allí el cántaro, volvió al
pueblo y dijo a la gente:

29 –Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que
he hecho. ¿Será el Mesías?

30 Ellos salieron del pueblo y fueron a su encuentro.
31 Mien-
tras tanto, los discípulos le insistían:

–Maestro, come algo.

32 Pero él les dijo:

–Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis.

33 Los discípulos comentaban entre sí:

–¿Será que alguien le ha traído de comer?

34 Jesús les explicó:

–Mi sustento es hacer la voluntad del que me ha enviado
hasta llevar a cabo su obra de salvación.
35 ¿No decís vosotros
que faltan todavía cuatro meses para la siega? Pues yo os
digo: Levantad la vista y mirad los sembrados, que están ya
maduros para la siega.
36 El que siega recibe su salario y recoge
el grano para la vida eterna, de modo que el que siembra y el
que siega se alegran juntos.
37 En esto tiene razón el proverbio:
«Uno es el que siembra y otro el que siega».
38 Yo os envío a
segar un campo que vosotros no sembrasteis; otros lo traba-
jaron y vosotros recogéis el fruto de su trabajo.

39 Muchos de los habitantes de aquel pueblo creyeron en
Jesús por el testimonio de la samaritana, que aseguraba:

–Me ha dicho todo lo que he hecho.

40 Por eso, cuando los samaritanos llegaron donde estaba Jesús, le insistían en que se quedase con ellos, y se quedó con ellos dos días. 41 Al oírle personalmente, fueron muchos más los que creyeron en él, 42 de modo que decían a la mujer:

–Ya no creemos en él por lo que tú nos dijiste, sino porque nosotros mismos le hemos oído y estamos convencidos de que él es verdaderamente el Salvador del mundo.

LA PALABRA SE ILUMINA

La conversación de Jesús con la mujer se interrumpe cuando él le comunica su verdadera identidad y se presenta como el Mesías. La escena que sigue cambia rápidamente. Sirve de puente entre el diálogo que ha mantenido con la samaritana (vv. 7-26) y el que va a mantener con los discípulos (vv. 31-38), cuando constata la disponibilidad de los samaritanos a su palabra (vv. 39-42).

Los discípulos regresan del pueblo cercano donde han ido a comprar alimentos y ven que Jesús está conversando con una mujer. Aunque vivamente sorprendidos por el hecho, no se atreven a decirle nada (v. 27). En realidad, no habían comprendido que él buscaba la voluntad del Padre. En efecto, Jesús, superando las conveniencias sociales y las prescripciones de la ley, había introducido a la mujer en una experiencia personal con él hablándole al corazón (Os 2,16). Jesús sabe muy bien que el hombre no puede creer por sí solo y tiene necesidad de un Dios que le introduzca en el camino de la vida.

Entretanto, la samaritana deja a los pies de Jesús su cántaro, símbolo de su pasado y vínculo tradicional con el pozo, donde había pretendido extinguir su sed y había tomado su identidad en el pasado. Ha recibido de Jesús la revelación del agua viva y, consciente de que ésta le basta, corta definitivamente con su pasado de infidelidad y se dirige con alegría a la ciudad a anunciar

la singularidad del encuentro y de su experiencia (v. 29). La mujer ha comprendido la novedad del discurso del Profeta, y su respuesta de fe en el Mesías se hace ahora anuncio y testimonio para los otros. Invita a sus conciudadanos a dirigirse personalmente a Jesús a fin de que experimenten un encuentro que primero les revelará sus pecados y después cambiará sus vidas.

Ha llegado para el pueblo de Samaría el tiempo de la salvación predicho por el profeta: «*Cada vez que intento sanar a Israel quedan al descubierto la iniquidad de Efraín y los crímenes de Samaría*» (Jn 7,1), y la mujer se convierte en anunciadora de este acontecimiento que revelará a los samaritanos la verdad de los tiempos mesiánicos.

LA PALABRA ME ILUMINA

El diálogo entre Jesús y sus discípulos sobre el tema de la misión conecta bien con el diálogo precedente. Jesús aprovecha la ocasión que le brinda un simple hecho de la vida diaria para ofrecer a los discípulos de todos los tiempos una verdad superior, que los educa para leer la historia como historia de salvación.

Jesús ve que el pueblo samaritano ya está en camino hacia él. Este primer grupo de «oyentes» representa la primera cosecha. Jesús presenta a sus discípulos el trabajo que deben desarrollar. Se trata de una cosecha apostólica, fruto de una labor de evangelización, que suscita la alegría del sembrador y del segador. Ahora bien, ¿quién es el sembrador y quién el segador? Jesús es el sembrador, el que ha llevado la buena semilla de la Palabra a la samaritana; el Espíritu ha hecho madurar la semilla y los discípulos han recogido los frutos de la misión evangélica. Son los discípulos quienes deben aprender a distinguir entre la buena semilla del Reino de Dios allí donde ésta madure.

Ahora pasamos de los tiempos de Jesús a los tiempos de la Iglesia. Los discípulos reciben de Jesús el don de la realidad mesiánica, iniciada antes del Maestro y después de él por cada heraldo del evangelio. A nosotros, los discípulos, nos corresponde la tarea de recoger lo que Jesús sembró de manera abundante con su revelación y fecundó después con su muerte (12,24.32s; 19,30).

Jesús acepta quedarse «*dos días*» como huésped de los samaritanos, que lo reconocen en la fe como Salvador del mundo. No hay necesidad de hechos clamorosos para creer en Dios, sino que basta con la palabra de Jesús, porque la fe nace de la predicación y del testimonio. ¿Es la escucha sencilla y confidente de la Palabra lo que puede hacer brotar en nosotros el Reino de Dios (cf. 5,24; 7,40)?

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor Jesús, fuiste bueno y generoso con el pueblo samaritano. Ellos te pidieron que te quedaras no sólo en su ciudad, sino «con ellos», es decir, en su corazón, y tú hiciste la voluntad de tu Padre. Concédenos también a nosotros encontrarte y quédate en nuestro corazón para purificarlo y cambiarlo con la acción poderosa de tu Espíritu de vida. Haz que también nosotros podamos gritar al mundo que tú ofreces a todos el único sentido para vivir, que escuchas a los que te piden que te quedes con ellos, que eres el verdadero Salvador del mundo y de todo el que te busque con sincero corazón.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Escucha lo que se dice de la obediencia de Jesús; escucha, admira e imita, si eres capaz. Considera cuán santa y amorosa, espontánea y humilde fue; cuán dis-

puesta, resuelta, alegre, dulce, magnánima, coherente, cuán fuerte e inefable. «*No he venido* –dice– *para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió*» (Jn 6,38). La voluntad que no tiene nada propio es santa y amorosa porque pone a Jesús totalmente a disposición del que le envió. Igualmente, «*aquí estoy para hacer tu voluntad. Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas*» (Sal 39,9). Esta obediencia es espontánea y humilde, y no concede nada a la tristeza y a la murmuración, sino que se deja llevar por el amor sincero.

Escucha aún: «*Dios mío, mi corazón está firme*» (Sal 107,2; 56,8). Jesús está dispuesto y resuelto a hacer la voluntad del que le manda, antes incluso de que haya expresado su deseo; se apresura a actuar y a llevar a cabo cualquier cosa, antes incluso de ser interpelado. Escucha también: «*Mi sustento es hacer la voluntad del que me ha enviado hasta llevar a cabo su obra de salvación*» (Jn 4,34). Es alegre y dulce la obediencia que considera como su alimento consentir a todo y se siente satisfecha cuando puede ejecutar todo mandato. Jesús dice igualmente: «*Yo hago siempre lo que le agrada [al Padre]*» (Jn 8,29). Se trata de una obediencia magnánima y coherente, de una obediencia que siempre arde con el mismo fervor.

Por último, se ha dicho de Cristo –y en esto consiste nuestra gloria– que se hizo «*obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz*» (Flp 2,8). No hay obediencia más fuerte que ésta y nadie es capaz de conseguir un triunfo mayor (Juan de Ford, *Sermo* IX, 7; edición italiana: *Il volto dell'amore*, vol. I, Rímini 2003, 115s).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Señor, tú eres verdaderamente el Salvador del mundo*» (cf. v. 42).

CAMINAR CON LA PALABRA

El Maestro continúa iluminando, junto al pozo de Jacob, a los que le rodean. Los apóstoles han ido a buscar algo para comer. Sin embargo, con gran sorpresa por su parte, él les rechaza el alimento: se declara alimentado.

Los apóstoles van de asombro en asombro, y esto es lo que él quiere. Su espíritu se prepara y se abre a la enseñanza que les reserva. Su alimento es esta enseñanza, es difundir la verdad, es entregarse a su difusión, es amar entregándose. Su alimento consiste en desarrollar en la tierra la actividad de amor que es su vida eterna. «*Mi sustento es hacer la voluntad del que me ha enviado hasta llevar a cabo su obra de salvación*» (Jn 4,34). En cuanto lo ha hecho, se siente saciado. Va a continuar haciéndolo con ellos y, después, con los samaritanos que acuden a él. En este momento le es inútil, ya no cuenta, cualquier otro alimento. Está completamente dirigido a este alimento divino que se le presenta en la imagen de las espigas que nacen en la llanura como un campo maduro que dora el sol de la eterna luz y del amor eterno.

Jesús ve más allá: los hombres que están allí y los que vendrán; más allá de los campos que le rodean ve otros campos espirituales cuyas espigas maduras le alimentan, y más allá de estas mismas espigas ve al Padre, cuya voluntad le alimenta en la eternidad.

Es preciso que seamos capaces de elevarnos por encima de los limitados horizontes del tiempo y de las personas; es preciso mirar al fin y trabajar por él. Ahora bien, el fin es la voluntad del Amor eterno, que se entrega siempre a los que siembran cuando siembran, a los que recogen cuando recogen, y a unos y a otros tanto en el tiempo de las siembras como en el de la cosecha celeste. Es preciso que nos asociemos a Aquel que es el agua que brota eternamente, la fuente infinita de la que manan sin fin, sin salir de ella, la Luz y el Amor, la Verdad y el Espíritu de la Verdad (A. Guillerand, *San Giovanni. Una lettura spirituale del quarto evangelo,* Cinisello B. 1995, 246-248).

El pagano y el universalismo de la fe cristiana
(Jn 4,43-54)

43 Pasados los dos días, Jesús partió de Samaría y prosiguió
su viaje hacia Galilea. 44 El mismo Jesús había declarado que un
profeta no es bien considerado en su propia patria. 45 Cuando
llegó a Galilea, los galileos le dieron la bienvenida, pues también ellos habían estado en Jerusalén por la fiesta de la Pascua y habían visto todo lo que Jesús había hecho en aquella ocasión.

46 Jesús visitó de nuevo Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había allí un funcionario real que tenía un hijo enfermo en Cafarnaún.
47 Cuando se enteró de que Jesús venía de Judea a Galilea, salió a su encuentro para suplicarle que fuese a su casa y curase a su hijo, que estaba a
punto de morir. 48 Jesús le contestó:

–Si no veis signos y prodigios sois incapaces de creer.

49 Pero el funcionario insistía:

–Señor, ven pronto, antes de que muera mi hijo.

50 Jesús le dijo:

–Vuelve a tu casa; tu hijo ya está bien.

El hombre creyó en lo que Jesús le había dicho, y se fue.
51 Cuando volvía a casa, le salieron al encuentro sus criados
para darle la noticia de que su hijo se había puesto bueno. 52 Entonces él les preguntó a qué hora había comenzado la mejoría. Los criados le dijeron:

–Ayer, a la una de la tarde, se le quitó la fiebre.

53 El padre comprobó que la mejoría de su hijo había comenzado en el mismo momento en que Jesús le había dicho: «Tu hijo ya está bien». Y creyeron en Jesús él y todos los suyos.
54 Este segundo signo lo hizo Jesús al volver de Judea a Galilea.

LA PALABRA SE ILUMINA

El episodio del funcionario real que se dirige a Jesús para pedirle la curación de su hijo cierra el desfile de personajes que se confrontan con el Maestro en el terreno de la fe. El fragmento presenta cierta semejanza con los episodios de la curación del siervo del centurión de Cafarnaún (cf. Mt 8,5-13; Lc 7,1-10) y de la hija de la cananea (cf. Mc 7,24-30; Mt 15,21-28) narrados en los sinópticos.

La totalidad del relato nos ofrece en síntesis un tema entrañable al evangelista: el hombre debe tener fe en Jesús, Revelador del Padre y Mesías dador de la vida. Jesús regresa a Galilea después de los días pasados con sus anfitriones samaritanos. Los habitantes de Galilea se muestran bien dispuestos a creer en él, aunque, en realidad, su fe no era completa, pues estaba basada en los signos que Jesús había hecho en Jerusalén (Jn 4,45). En efecto, los galileos no eran capaces de ir más allá de las apariencias para descubrir el misterio escondido en su profeta.

Con esta falta de fe contrasta, en el relato de Juan, la fe sencilla, pero profunda, del funcionario real que se dirige a Caná para encontrarse con Jesús. Esta fe auténtica es, para el evangelista, modelo para el creyente.

El relato adquiere en Juan un significado teológico notable, en relación con el progresivo crecimiento de la fe del funcionario real respecto a Jesús. En el texto podemos reconocer fácilmente tres momentos de maduración en la fe. El primero es el de la confianza humana en el Jesús taumaturgo (vv. 48s). El segundo momento se caracteriza por la fe en la palabra de Jesús (v. 50), cuando el hombre está dispuesto a superar la búsqueda de un Dios de poder. Ahora cree en Jesús y confía en su palabra, hasta tal punto que, antes de llegar a su casa, recibe de boca de sus criados la confirmación y el premio de su fe (v. 52). El tercer momento llega cuando el pagano, a través del signo, reconoce a Jesús como dador de vida (v. 53). Al saber que su hijo se había curado de su mal en el mismo momento en que él se había encontrado con Jesús, «*creyeron en Jesús él y todos los suyos*» (v. 53).

LA PALABRA ME ILUMINA

El segundo signo de Caná que el evangelista describe en su totalidad está conectado con el primero (2,1-11) y lo presupone. Jesús inaugura en las bodas la nueva alianza, perfeccionando la antigua con el vino nuevo de su revelación; en el encuentro con el funcionario real se revela como el Señor de la vida, que libera al hombre de la muerte y de la esclavitud del mal. Con todo, debemos señalar que cuando Jesús busca la fe entre los suyos, no la encuentra. En cambio, cuando la propone a los otros, como es el caso de los samaritanos, éstos creen en él e incluso llegan a la fe sin haber visto los signos, como ocurre con el pagano de Cafarnaún. Ahora bien, lo que el evangelista se toma a pecho en la presentación de los distintos personajes y de los diferentes ambientes que desfilan ante el Maestro es que éstos deben encontrarse con Jesús y, por consiguiente, definirse ante él a través de su experiencia personal. El Maestro no pone ningún límite a las diversas posibilidades de encuentro. Cada hombre puede encontrar su modo de estar con él.

En efecto, los discípulos creen de inmediato y tienen una fe plena. Las muchedumbres de Jerusalén creen sólo en lo sensacional y no en su revelación, por lo que no llegan a la fe. Nicodemo logra entrar con dificultades en la lógica de Dios, dada su seguridad religiosa, y no se dice cuándo llega a la verdadera fe. La samaritana y sus paisanos llegan a creer en el Mesías a través de varias etapas, superando su esquema religioso de salvación. El funcionario real encuentra a Jesús con una fe verdadera, superando la concepción de un Dios milagroso.

Es importante que cada hombre se confronte con Jesús, porque cada uno tiene su tiempo para encontrarse con Dios y comprobar su fe, sus exigencias y los modos en que ésta se expresa. Es esencial encontrar a la persona de Jesús, no pasar adelante con ligereza y adherirse a él con una fe plena y basada en su Palabra de vida. ¿Cuál es nuestra actitud frente al Señor? ¿Cuál es nuestra fe?

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor Jesús, creer en tu Palabra es como abrir una puerta ante nosotros que nos introduce en una realidad nueva; permanecer en la Palabra, custodiándola en el corazón, significa entrar en el proceso de santificación que tú nos pides. Todo esto tuvo lugar en el padre que tenía a su hijo enfermo: en su corazón habitaba la esperanza. La Palabra fue lámpara para sus pasos en la noche de la prueba. Y la Palabra se convirtió también en oración repetida sin pausa hasta que tú nos realizaste las maravillas de la gracia. Entonces la fe se volvió canto de exultación: «*Engrandeced conmigo al Señor, ensalcemos juntos su nombre. Busqué al Señor, y él me respondió: me libró de todos mis temores. Mirad hacia él: quedaréis radiantes y la vergüenza no cubrirá vuestros rostros*» (Sal 33,4-6). Jesús bueno, concédenos que todo esto se cumpla también en nosotros cuando nos encontremos en las mismas dificultades de la vida.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Algunos creen que el funcionario real de Juan es el mismo personaje citado por Mateo, pero se demuestra que es otro no sólo por la dignidad, sino también por la fe. En efecto, aquél, cuando Cristo quiere ir a su casa, le

ruega que no vaya; éste, aunque Cristo no se ofrece a ir, le invita a su casa. ¿Qué dice Cristo? «*Si no veis signos y prodigios sois incapaces de creer*» (Jn 4,48).

El hecho de haber venido y haberle rogado era fe, y el mismo evangelista lo atestigua, afirmando que cuando Jesús le dijo: «*Vuelve a tu casa; tu hijo ya está bien*» (4,50), él creyó en su palabra y se volvió. Ahora bien, aunque hubiera creído, su fe no era plena y recta. En efecto, se acercó a Jesús sólo cuando se le presentó la ocasión por su venida a Galilea: si hubiera creído firmemente, dado que su hijo estaba a punto de morir, no habría dejado de ir a Judea.

«*Cuando volvía a casa, le salieron al encuentro sus criados para darle la noticia de que su hijo se había puesto bueno*» (4,51). ¿Ves cómo se manifestó el milagro? No fue liberado del peligro de un modo cualquiera, sino inmediatamente, de suerte que está claro que no fue por una causa natural, sino por la virtud de Cristo. Estaba ya en las puertas de la muerte, como su padre había declarado cuando dijo: «*Señor, ven pronto, antes de que muera mi hijo?* (4,49), e inmediatamente fue liberado del mal. El testimonio era indudable. En efecto, los que no habían estado presentes, los que no habían oído a Cristo ni conocido la hora, cuando supieron por su señor que el tiempo concordaba, lo tuvieron por una demostración del poder de Cristo y creyeron ellos también.

¿Qué podemos aprender de esto? A no querer esperar milagros y a no pedir pruebas del poder divino. Es preciso, en cambio, perseverar en la acción de gracias y en la alabanza aunque no seamos escuchados. Esto conviene a los siervos fieles, a los que aman al Señor como conviene y recurren a él no sólo en la paz, sino también cuando han sido castigados (Juan Crisóstomo, *Omelie su san Giovanni evangelista,* Turín 1947, II, 278-285, *passim;* edición española: *Homilías sobre el evangelio de san Juan,* Ciudad Nueva, Madrid 2001).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«El hombre creyó en lo que Jesús le había dicho y se fue» (v. 50).

CAMINAR CON LA PALABRA

Nadie es propiamente un creyente cristiano hasta que no encuentre en Jesús de Nazaret, crucificado y resucitado, la razón y el contenido de su creencia; hasta que no acepte medir su propia mentalidad con la de Jesús llamado el Cristo; hasta que no haya aprendido de él a conocer quién es Dios y quién es el hombre; hasta que no haya encontrado «lógico» construir su propia vida como «memoria» de la suya. Cuando Jesucristo es hasta ese grado el punto de referencia de la vida de un hombre, entonces ese creyente puede ser calificado de cristiano. «Un cristiano no es un librepensador». Para él, en el principio no se encuentra el hombre, su pensamiento, su fuerza, sus posibilidades; en el principio no se encuentra ni siquiera una idea. Se encuentra la caridad de Dios, o sea, el mostrarse Dios en el hombre Jesús, que nos dice concretamente a nosotros toda la verdad. La preocupación dominante de un creyente cristiano frente a toda propuesta, búsqueda o camino es siempre la de no perder la referencia a Cristo, la de no juzgarlo o «vaciarlo» según las solicitaciones del momento, y dejarse juzgar siempre por él, asumiendo la comunión con él como criterio irrenunciable de verdad y acción. *«Cristo ayer, hoy, para siempre»* (Heb 13,8).

Hay momentos en la vida personal del cristiano, o en la historia del cristianismo, en los que este modo de obrar da miedo. Miedo de una ilusión; miedo de una estupidez, de un absurdo; miedo de no ser actuales, de no estar vivos, de no ser comprendidos. La novedad de la fe, por tener su razón en la novedad de Cristo, y no en la novedad de la cultura, de la moda, de los hechos de la historia, ya no parece real. Y la antítesis, que también caracteriza a la fe cristiana, precisamente porque se basa en la antítesis de Cristo frente al mundo, parece abstracta, insuficiente, ineficaz, cuando no incluso inútil. Sin embargo, él sigue siendo para el mundo la verdadera y única novedad: nadie jamás hubiera podido preverla a partir del hombre o del mundo. Aceptar a Cristo es hacerse disponible para su sabiduría o para su estupidez, encontrando lógica y valor en lo que el hombre pecador, presente en cada uno de nosotros, consideraría falta de inteligencia. Nuestro creer en Cristo, nuestro entrar en comunión con él, determinará por sí mismo, de un modo connatural, una inversión de las perspectivas: las razones profundas para el creyente se encuentran en Cristo (G. Moioli, *Temi cristiani maggiori,* Milán 1992, 53-56, *passim*).

La curación del paralítico y la controversia sobre el sábado
(Jn 5,1-18)

1 Después de esto, Jesús volvió a Jerusalén para celebrar
una de las fiestas judías. 2 Hay en Jerusalén, cerca de la puer-
ta llamada de las Ovejas, un estanque conocido con el nombre
de Betesda, que tiene cinco soportales. 3 En estos soportales
había muchos enfermos recostados en el suelo: ciegos, cojos
y paralíticos. 5 Había entre ellos un hombre que llevaba treinta
y ocho años inválido. 6 Jesús, al verlo allí tendido, y sabiendo
que llevaba mucho tiempo, le preguntó:

–¿Quieres curarte?

7 El enfermo le contestó:

–Señor, no tengo a nadie que me introduzca en el estanque cuando se mueve el agua. Cuando quiero llegar yo, otro se me ha adelantado.

8 Entonces Jesús le ordenó:

–Levántate, coge tu camilla y vete.

9 En aquel instante, el enfermo quedó curado, tomó su camilla y comenzó a andar.

Aquel día era sábado.

10 Los judíos se dirigieron al que había sido curado y le dijeron:

–Hoy es sábado y no te está permitido llevar al hombro tu camilla.

11 Él respondió:

–El que me curó me dijo: «Toma tu camilla y vete».

12 Ellos le preguntaron:

–¿Quién es ese hombre que te dijo: «Toma tu camilla y vete»?

[13] Pero él no lo conocía ni sabía quién le había curado, pues Jesús había desaparecido entre la muchedumbre que se había reunido allí. [14] Más tarde, Jesús se encontró con él en el templo y le dijo:

–Has sido curado; no vuelvas a pecar más, pues podría sucederte algo peor.

[15] El hombre fue a informar a los judíos de que era Jesús quien le había curado. [16] Jesús hacía obras como ésta en sábado, y por eso lo perseguían los judíos. [17] Pero él justificó su modo de actuar diciendo:

–Mi Padre no cesa nunca de trabajar; por eso yo trabajo también en todo tiempo.

[18] Esta afirmación provocó en los judíos un mayor deseo de matarlo, porque no sólo no respetaba el sábado, sino que además decía que Dios era su propio Padre, y se hacía igual a Dios.

LA PALABRA SE ILUMINA

Jesús, para mostrar a los hombres el espíritu que le anima y la libertad de vida que proclama y entrega al que le sigue, realiza un signo extraordinario: la curación de un enfermo incurable. El gesto munificente de Jesús de sanar al paralítico sentado junto al estanque de Betesda brinda el motivo para la controversia entre Jesús y los judíos, y constituye la puesta en marcha de la creciente oposición respecto al Profeta. El milagro realizado un sábado provoca un incidente: la violación de la fiesta del sábado, que implica para los judíos una *grave violación de la ley.*

Juan, reconstruyendo el relato milagroso de Jesús con una finalidad kerigmática, describe el acontecimiento con un significado teológico. La muchedumbre de los enfermos, que se encuentra inactiva y sin vida junto al estanque, representa una parte de la humanidad. Se trata de una multitud humillada por obras de muerte, que espera la salvación de elementos milagrosos como el agua. Los cinco pórticos bajo los que yace el pueblo constituyen para el evangelista, tal vez, el símbolo de la ley de Moisés (cf. 5,45: los cinco libros de la *Torá*), que, mal vivida, aplasta y sofoca el espíritu y la vida. Jesús, ante esta muchedumbre que no puede moverse, se aproxima, se sitúa entre ella y toma la iniciativa, localizando en el grupo al más menesteroso y marginado. Los otros pueden ayudarse o tienen alguien que les cuide; en cambio, el caso de este último es tan desesperado que no sólo no puede ayudarse a sí mismo, sino que se ha resignado al estado en que se encuentra. El paralítico se describe con unas pocas pinceladas: el hombre está de por sí cercano a la salvación, pero se encuentra tan enfermo que no tiene esperanza de curación y, completamente encerrado en su problema, se ha rendido a esta inactiva situación de vida.

La palabra del Profeta llega inesperada y clarificadora: «*Levántate, coge tu camilla y vete*» (v. 8). La salvación no viene del agua o de la sumisión formal a la ley mosaica, sino de Aquel que dispone del agua de la vida y, al poseerla, la genera y tiene el poder de volverla a dar. El paralítico se cura al instante de su enfermedad y echa a andar con su camilla, demostrando que está sano y tiene capacidad de actuar por sí mismo y decidir su camino de vida.

LA PALABRA ME ILUMINA

Jesús lleva a cabo esta obra de curación física y espiritual con soberana delicadeza y amorosa misericordia respecto al enfermo. Alguien que no estaba en condiciones de mostrarse activamente vivo, gracias a Jesús recupera la capacidad de caminar, tras sanar en lo físico y en el espíritu. Ahora bien, el que ha sido curado en el cuerpo, ¿ha sido sanado verdaderamente también en el espíritu? Da la impresión de que el evangelista pare-

ce dar a entender que no. Y no solamente porque el hombre ha sido incapaz de conocer a su benefactor, entrando en comunión de vida con él y venciendo a su pecado, sino también porque, en el segundo encuentro que tiene lugar entre ambos en el templo, Jesús tiene que amonestarle con palabras graves: «*Has sido curado; no vuelvas a pecar más, pues podría sucederte algo peor*» (v. 14).

Esta segunda llamada de Jesús acaba también en el vacío. Este hombre, llamado de nuevo a la vida, malgasta otra ocasión de salvación. Pudiendo decidir entre confesar su fe o no adherirse a la persona de Jesús, prefiere esta última opción: va a informar a los judíos del nombre de quien le ha curado. El beneficiario, sin dar testimonio de Jesús, se convierte en su acusador y dirige hacia Jesús el odio de los jefes, porque «*hacía obras como ésta en sábado; por eso lo perseguían los judíos*» (v. 16).

Bajo el egocentrismo del enfermo se entrevé, especialmente después de haber sido curado, su profunda perdición: la suficiencia que no sabe nada de su propio pecado e ignora la verdadera salvación. Ignorar a Jesús e ignorar el propio pecado son dos aspectos de la misma perdición. Sólo quien conoce su propio pecado comprende que Jesús es el que trae la salvación; y sólo quien ha encontrado su salvación en Jesús reconoce la profundidad de su perdición. Allí donde existe este «pecado radical», no puede dejar de fracasar el «intento terapéutico» de Jesús... (H. Schürmann, *Lo Spirito vivifica*, Brescia 1978, 42).

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor Jesús, para ti, dar la vida y la libertad interior al hombre no es transgredir el sábado, sino haber comprendido su significado de don y de libertad frente a

Dios. Para tus adversarios, violar materialmente el precepto no es obediencia a Dios, sino presunción que llega al escándalo. Éstos tienen ahora en sus manos un motivo para justificar su opción. Sólo el hombre abierto a la fe puede comprender el vínculo entre el signo liberador de Cristo y la realidad viva de cada día. Señor, haz que la comunidad de tus discípulos esté siempre abierta a tu don de liberación y de vida.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Es preciso señalar adecuadamente que el enfermo del que habla Juan yacía allí, junto a la piscina, desde hacía mucho tiempo, desde hacía muchos años. Esto va contra las personas que, en cuanto se han comprometido con una vida particular y no les acontecen de inmediato grandes cosas, lo consideran todo perdido y se lamentan de Dios precisamente como si se les hiciera una injusticia. Qué pocas personas tienen, sin embargo, la noble virtud de ser capaces de abandonarse y tener paciencia, soportando su enfermedad, su prisión y sus tentaciones hasta que no las sane el mismo Señor.

Si alguien se mantuviera en esta prisión y no se escapara antes de que el Señor le liberara, ¡qué cosa noble y generosa haría! ¡Qué poder, qué señorío se darían al hombre! Se les diría en verdad: «¡Levántate! Ahora ya no debes yacer, sino debes triunfar de toda prisión, estar desatado y libre, caminar de manera expedita, y llevar el lecho que antes te llevaba y levantarlo con energía y con fuerza». El hombre al que el Señor libera queda liberado del todo; camina en la alegría y llega, después de esa espera, a una maravillosa libertad (Juan Taulero, «Sermoni», en *Il fondo dell'anima,* Casale Monf. 1997, 87-90; existe edición española de sus *Obras* en Fundación Universitaria Española, Madrid 1984).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Has sido curado; no vuelvas a pecar más, pues podría sucederte algo peor» (v. 14).

CAMINAR CON LA PALABRA

El paralítico que esperaba desde hacía tantos años está resignado y ni siquiera siente ya deseos de pedir a alguien que le ayude. Se ha vuelto estático. Su parálisis es ya como una muerte. Jesús le despierta a la esperanza y quiere que sea él quien decida sobre su curación. ¿Quieres curarte? Te curaré sólo si tú quieres. ¿No es ésta nuestra parálisis? ¿Acaso no nos mostramos nosotros también reticentes a curarnos de algunas enfermedades a las que nos hemos acostumbrado desde hace mucho tiempo? Estamos hablando –es obvio– de enfermedades espirituales. ¿No nos hemos encariñado en cierto modo con nuestra debilidad, impotencia, falta de carácter, de estructura, de mentalidad, de educación; con nuestro modo de ser, con nuestros pecados, con ciertas inclinaciones, por lo que, incluso encontrándonos ante el sacramento de la curación –la Palabra de Dios, la penitencia, la eucaristía, los acontecimientos significativos, providenciales de la vida– nos resistimos al cambio de situación? ¿Y por qué? Ahora me he acostumbrado a ser así, estoy tranquilo de este modo, todos me consideran así, todos deben considerarme así, por lo que soy, ya sea Dios o los hombres. Si digo que quiero curarme, me convierto en una persona normal y deberé comportarme como tal: entonces también yo deberé cargar con las fatigas, las responsabilidades que tienen los que están sanos, los que viven trabajando fatigosamente. Si digo que quiere curarme, deberé coger mi jergón, llevarlo yo mismo y prescindir de todos los atenuantes tras los cuales me resulta tan cómodo refugiarme.

¿Quieres curarte? ¡Levántate! Aquel hombre obedeció al instante, se levantó, tomó su jergón y se puso a andar. ¿Puedo excusarme aún y no decidirme a acoger hasta el fondo la curación que Jesús puede darme? Por mí, él no vacila en actuar de ma-

nera diferente a la de la ley mal interpretada por la mentalidad común; no vacila en atraer sobre sí la persecución, el odio. Por mí, Jesús no tiene miedo de ser perseguido y condenado a muerte. Concédeme, Señor, la buena voluntad para que te diga al instante «sí» y te siga a donde vayas –pero en serio– y no me quede mirando de lejos, cuando seas conducido a morir por mí en la cruz (A. M. Cànopi, *Incontri con Gesù,* Leumann 1993, *passim*).

La autodefensa de Jesús respecto a su obra
(Jn 5,19-30)

19 Jesús prosiguió, diciendo:

–Yo os aseguro que el Hijo no puede hacer nada por su cuen-
ta; él hace únicamente lo que ve hacer al Padre: lo que hace el
Padre, eso hace también el Hijo. 20 Pues el Padre ama al Hijo y
le manifiesta todas sus obras, y le manifestará todavía cosas
mayores, de modo que vosotros mismos quedaréis maravilla-
dos. 21 Porque así como el Padre resucita a los muertos, dándo-
les la vida, así también el Hijo da la vida a los que quiere.

22 El Padre no juzga a nadie, sino que le ha dado al Hijo
todo el poder de juzgar. 23 Y quiere que todos den al Hijo el
mismo honor que dan al Padre. El que no honra al Hijo, tam-
poco honra al Padre, que lo ha enviado. 24 Yo os aseguro que
quien acepta lo que yo digo y cree en el que me ha enviado,
tiene la vida eterna y no sufrirá un juicio de condenación, sino
que ha pasado de la muerte a la vida.

25 Os aseguro que está llegando la hora, mejor aún, ha lle-
gado ya, en la que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y
todos los que la oigan, vivirán. 26 El Padre tiene el poder de
dar la vida, y ha dado al Hijo ese mismo poder. 27 Le ha dado
también autoridad para juzgar, porque es el Hijo del hombre.
28 No os admiréis de lo que os estoy diciendo, porque llegará
el momento en el que todos los muertos oirán su voz 29 y sal-
drán de los sepulcros. Los que hicieron el bien resucitarán
para la vida eterna, pero los que hicieron el mal resucitarán
para su condenación.

30 Yo no puedo hacer nada por mi cuenta. Juzgo según lo
que Dios me dice, y mi juicio es justo, porque no pretendo ac-
tuar según mi voluntad, sino que cumplo la voluntad del que
me ha enviado.

LA PALABRA SE ILUMINA

La polémica entre Jesús y los jefes del pueblo sobre el sábado, a la que alude el evangelista, saca a la luz no sólo la situación histórica vivida por el profeta de Nazaret, sino la problemática tensión entre la Iglesia primitiva y la sinagoga a finales del siglo I. El debate sobre el sábado, iniciado en el fragmento precedente, tiene aquí su desarrollo en la autodefensa que hace Jesús de su obra. La controversia ya no se centra ahora en el hecho de la curación del enfermo, sino en la persona de Jesús, que interpreta de una manera diferente la ley judía, representada por el precepto sabático.

Jesús, con la afirmación sobre su «trabajo» de acuerdo con el del Padre (v. 17), ha suscitado una violenta reacción contra él. Ahora pretende aclarar el sentido de sus propias palabras y se defiende mostrando la relación que existe entre él y su Padre no sólo en la obra del don de la vida y del juicio, sino en el hecho de que la obra de Jesús es don del Padre.

El punto de partida es la *completa unidad e identidad en el obrar entre el Padre y el Hijo,* aunque en la realización el Padre es la fuente de la operación y el hijo la ejecución. Esta actitud de comunión íntima entre Padre e Hijo, y de dependencia total de éste respecto al Padre, que se expresa en el amor confiado del primero y en la obediencia interior del segundo, es característica de este cuarto evangelio (cf. 1,8; 7,16; 14,10; 17,4; 19,30).

Ahora bien, ¿en qué se fundamentan esa vida de comunión y esta identidad de acción? Se fundamentan en el *amor* (v. 20a). Es el amor el que impulsa al Padre a dar al Hijo sus obras. Es el amor el que impulsa al Padre a hacer al Hijo partícipe de su actividad, a manifestarle toda su vida y a actuar en él. El Padre revela al Hijo todos sus secretos.

El poder del don de la vida es típico de Dios, y Jesús participa de él con igual derecho y soberanía (cf. 2,19-22; 3,17; 10,9.17; 14,6). Lo mismo cumple decir del poder de juzgar. El Padre da al Hijo ese poder para mostrar su misma dignidad y para que éste lo ejerza en su misión ordenada para la salvación o para la condena del hombre. Este juicio de vida o de muerte se le ha dado a Jesús para que todos honren al Hijo. El Padre desea la gloria del Hijo porque entre ambos existe la misma naturaleza, dignidad y poder.

LA PALABRA ME ILUMINA

El v. 24 (*«os aseguro que quien acepta lo que yo digo y cree en el que me ha enviado, tiene la vida eterna»*) es central en el conjunto del fragmento 5,19-30 y subraya un nuevo tema: *la fe como escucha de la Palabra.* Escuchar la Palabra de Jesús y creer al Padre son dos actitudes religiosas que llevan al ser humano a la fe. Creer a Jesús y al Padre significa tener fe, aceptar el mensaje de Dios, su plan de salvación para la humanidad. Es poseer la vida eterna. Lo contrario es el ámbito de la muerte: la situación del hombre que no escucha la Palabra de Jesús y, al no vivir de acuerdo con la Palabra del Padre, arrastra una existencia lacerada en el espíritu y esclava de las tinieblas. El único camino que permite pasar de la muerte a la vida es la fe como escucha de la Palabra.

Ahora bien, el don de poseer la vida eterna, que tiene su fuente en el Padre y en el Hijo, es un don ya presente. El Hijo ejerce, en efecto, sus poderes divinos en el momento en que revela a los hombres el misterio de su persona y revela el don de su Palabra. Por eso, el que la escucha y da fe al Padre que le ha enviado lleva a cabo en su vida un paso desde la muerte a la vida, inaugura *ya en su presente* una escatología y no experimenta nunca la muerte, porque participa en el Hijo de la misma vida de

Dios, que es vida de comunión y amor (1 Jn 3,14s). Hay un solo camino para llegar a la vida: de la escucha a la fe, y desde ésta a la vida verdadera.

Juan nos ha introducido así en el misterio de la persona de Jesús, el Hijo obediente y dócil que experimenta en sí mismo la gratuidad amorosa del Padre y se convierte en fuente de vida para nosotros. Los creyentes que acogen la Palabra en la fe y practican la misma actitud de amor y de docilidad de Jesús, viviendo su Palabra y mostrándose dóciles al Espíritu, realizan el designio de salvación optando por la vida.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Jesús, además del poder de dar la vida y de regalárnosla en plenitud a nosotros, tienes también el poder del juicio. Recibiste de Dios los poderes divinos de juzgar a todos los hombres.

Es a ti, Jesús, a quien corresponde, como juez escatológico, el derecho a emitir el último juicio sobre la humanidad. Entonces manifestarás la victoria definitiva sobre la muerte, anticipada ya con el acontecimiento de la cruz, y revelarás su suerte a cada uno de nosotros. Sin embargo, este destino futuro nos lo jugamos en la elección personal que hacemos en nuestra vida ante ti, que eres el Revelador del Padre.

Concédenos, por medio de tu Espíritu de Sabiduría, realizar siempre opciones sabias y valientes que nos lleven a la vida verdadera.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Nada es más cierto y nada más incierto que la muerte; nada más deseable para los buenos, nada más odioso

para los malos. Para los que no son de este mundo, sino que tienen su corazón dirigido al cielo, es algo bienvenido: es la salida de la prisión para entrar en el Reino de la gloria. Es preciso pensar y repensar continuamente que hemos de pasar por la muerte pero que no nos quedaremos en ella.

Que la muerte sea, por tanto, la posada del peregrino, no la morada del que muere; que sea el lugar donde se deposita un fardo, no un flagelo que abate. Que sea la interrupción de una pena, no su continuación; que sea el camino hacia el Padre, no la desviación hacia el enemigo. Que nos haga entrar en la patria y no nos hunda en la *gehena*.

Para que esto suceda, es preciso evitar el pecado mortal antes de la muerte, o por lo menos cancelarlo con la confesión y la penitencia. Es preciso preparar antes de la muerte lo que más allá de ella nos permite vivir felices. La muerte no engulle los méritos de los buenos, sino que trae a la memoria las acciones malas, incluso las olvidadas. Para estar seguro respecto a la muerte –sumamente incierta–, atente estrechamente a lo que es seguro.

El apóstol corre no en medio de la incertidumbre, sino con la certeza de que ni la muerte ni la vida podrán separarle jamás del amor de Dios en Cristo Jesús. Lo que puede darte seguridad frente a la muerte es la fe, la esperanza, la caridad, la obediencia, la humildad, la práctica de la religión cristiana y su profesión (Pedro de la Celle, *De disciplina claustrali*, XXIV, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Yo os aseguro que quien acepta lo que yo digo y cree en el que me ha enviado, tiene la vida eterna*» (v. 24).

CAMINAR CON LA PALABRA

«Yo soy la resurrección y la vida». Pero no como la conoce el mundo, el círculo degradante de las primaveras y de los otoños, la rueda de molino de la melancolía, el remedo de vida eterna. Todo vivir y morir del mundo es al mismo tiempo una gran muerte, y esta muerte la suscito yo a la vida. Toda modalidad del mundo es para mí únicamente materia para animar. Y no injerto desde fuera en la vida antigua, sino que mudo y transformo la médula desde dentro, como vida de la vida. Todo lo que está sometido a la muerte cae en el seno de mi vida; todo lo que se encamina hacia el otoño acaba en la playa de la primavera. No soy uno de los resucitados; soy la resurrección. Soy la metamorfosis. Del mismo modo que cambian el pan y el vino, así cambia el mundo en mí. El grano de mostaza es minúsculo, pero su fuerza íntima no reposa hasta que proyecta su sombra sobre todos los vegetales del mundo. Del mismo modo, mi resurrección no reposará hasta que no se rompa la tumba de la última alma y mis fuerzas no hayan llegado hasta el último ramo de la creación. Vosotros veis la muerte, sentís el descenso hacia el final, pero la muerte misma es una vida, tal vez la vida más viva de todas; es la profundidad de mi vida que se oscurece, y el final es él mismo el principio, y el descenso es él mismo el impulso del ascenso. ¿Qué significa la muerte después de que he perecido de muerte? ¿No tiene desde ahora en adelante toda muerte el sentido y el sello de la mía? ¿No es su significado el de unos brazos que se abren y el de una ofrenda perfecta en el abrazo de mi Padre? Con la muerte caen las barreras, con la muerte salta la cerradura prohibida desde siempre, se rompe el dique, las aguas salen libres. Todos los miedos que la envuelven son niebla que se desplaza y deja libre el cielo azul. ¡No tengáis miedo de la muerte! La muerte es la llama liberadora del sacrificio, y el sacrificio es transformación. Que a su vez es comunión de vida eterna. Yo soy la vida. ¿Comprendéis este misterio? (H. U. von Balthasar, *Il cuore del mondo,* Casale Monf. 1994, 57-60, *passim*; edición española: *El corazón del mundo,* Encuentro, Madrid 2009).

El Hijo tiene testigos de su misión divina *(Jn 5,31-47)*

Jesús dijo a sus discípulos: 31 Si me presentase como testi-
go de mí mismo, mi testimonio carecería de valor. 32 Es otro el
que testifica a mi favor, y su testimonio es válido. 33 Vosotros
mismos enviasteis una comisión a preguntar a Juan, y él dio
testimonio a favor de la verdad. 34 Y no es que yo tenga nece-
sidad de testigos humanos que testifiquen a mi favor; si digo
esto, es para que vosotros podáis salvaros. 35 Juan el Bautista
era como una lámpara encendida que alumbraba; vosotros es-
tuvisteis dispuestos, durante algún tiempo, a alegraros con su
luz. 36 Pero yo tengo a mi favor un testimonio de mayor valor
que el de Juan. Una prueba evidente de que el Padre me ha en-
viado es que realizo la obra que el Padre me encargó llevar a
cabo. 37 También habla a mi favor el Padre que me envió, aun-
que vosotros nunca habéis oído su voz ni visto su rostro. 38 Su
palabra no ha tenido acogida en vosotros; así lo prueba el hecho
de que no queréis creer en el enviado del Padre. 39 Estudiáis
apasionadamente las Escrituras, pensando encontrar en ellas
la vida eterna; pues bien, también las Escrituras hablan de mí;
40 y a pesar de ello, vosotros no queréis aceptarme para tener
vida eterna.

41 Yo no busco honores que puedan dar los hombres. 42 Ade-
más, os conozco muy bien y sé que no amáis a Dios. 43 Yo he
venido de parte de mi Padre, pero vosotros no me aceptáis; en
cambio, aceptaríais a cualquier otro que viniera en nombre
propio. 44 ¿Cómo vais a creer vosotros, si lo que os preocupa
es recibir honores los unos de los otros y no os interesáis por
el verdadero honor, que viene del Dios único? 45 No penséis
que voy a ser yo quien os acuse ante mi Padre; os acusará
Moisés, en quien tenéis puesta vuestra esperanza. 46 Él escri-
bió acerca de mí; por eso, si creyerais a Moisés, también me

creeríais a mí. [47] Pero si no creéis lo que él escribió, ¿cómo vais a creer lo que yo digo?

LA PALABRA SE ILUMINA

Continúa el discurso apologético de Jesús en respuesta a las acusaciones de los judíos. A medida que avanza, el desencuentro se hace más áspero. Cada vez se hace más clara la separación entre el «yo» de Jesús y el «vosotros» de los oyentes hostiles. El fragmento marca así el punto culminante del proceso emprendido por el Señor Dios contra el pueblo amado con predilección y, sin embargo, obstinadamente rebelde, ciego y sordo.

Son cuatro *los testimonios enumerados por Jesús* que deberían conducir a los oyentes a reconocer en él al Mesías, al Enviado del Padre, al Hijo de Dios: las palabras de Juan el Bautista, hombre enviado por Dios; las obras de vida que él mismo ha realizado por mandato de Dios; la voz del Padre y, por último, las Escrituras. Estos testimonios, en su diversidad, tienen dos características que los asocian: por una parte, todos remiten, en respuesta a la acusación de blasfemia dirigida contra Jesús por los judíos, a la acción salvífica de Dios Padre; por otra, no dicen nada verdaderamente nuevo.

Los judíos se encuentran así sometidos a un proceso. Su ceguera nace de una desviación radical, interior: los acusadores no buscan *«el verdadero honor, que viene del Dios único»* (v. 44), sino que se honran los unos a los otros. Replegados en la ley, rechazan el Espíritu. Jesús les revela el riesgo en el que se encuentran y les pone en guardia: creen que obtendrán la vida eterna escrutando los escritos de Moisés, pero son precisamente estos últimos los que los acusan (vv. 45-47). ¿Se deberá convertir en su acusador el intercesor por excelencia? El fragmento concluye con una pregunta que exige que cada uno examine la autenticidad y sinceridad de su propia fe.

LA PALABRA ME ILUMINA

Llevar una vida auténticamente religiosa significa, antes que nada, sentirse dependiente de Dios, ligado a él con un vínculo indisoluble. Todo lo demás es secundario. De aquí brotan las actitudes espirituales y prácticas que caracterizan al creyente haciéndole «diferente» al no creyente. El creyente es, por ejemplo, alguien que, al encontrarse en una situación de prueba, no abandona a Dios como si fuera él la causa de su mal, sino que se dirige precisamente a él con confianza y con una insistencia invencible, como hizo Moisés.

El creyente adulto en la fe advierte como prueba personal incluso las pruebas por las que pasan hermanos próximos o lejanos: en cada uno ve a su prójimo. Así ora por todos y se convierte en intercesor universal, dispuesto a tomar sobre él la debilidad de los demás, a sufrir para que puedan verse aliviados en su dolor, como también hicieron Moisés y, sobre todo, Jesús, el inocente muerto como pecador por nosotros, los injustos. En esta humilde, fiel y continua entrega de sí mismo por los otros se encuentra el verdadero testimonio. Frente a una vida entregada de una manera concreta al servicio de los más débiles, frente a personas que no juzgan ni acusan, sino que suplican y perdonan, antes o después surge esta pregunta: «¿Por qué actúan de este modo?». La existencia de un Dios que es amor no se «demuestra», sino que se muestra dejando aparecer que él mora en los corazones que le acogen. Esto es el testimonio.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor Jesús, Juan nos ha mostrado en este texto qué verdad es y qué fundada en Dios está tu acción entre los hombres. Los distintos testimonios del Padre, del Bau-

tista, de tus obras, de las santas Escrituras y del mismo Moisés son la demostración de que tú realizas el designio de salvación querido por tu Padre y la obra anunciada para el Mesías. Haz que cada uno de nosotros, a la luz de tu Palabra, leída y meditada con los hermanos en la asamblea, sea capaz de determinar todos estos testimonios en su propia historia personal y, con una fe renovada, pueda asociar su vida a ti, a fin de encontrar la facilidad duradera que permite al ser humano escapar a la muerte.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

En el momento de la pasión del Señor, los judíos que le perseguían se ensañaron contra él, y los discípulos, asustados, huyeron. Le veían morir en la carne y no podían creer que fuera Dios. Sin embargo, el Hijo, mientras era abatido en la tierra, tenía un testigo en el cielo. Y el testigo del Hijo es el Padre, del que él mismo habla así en el Evangelio: «*También habla a mi favor el Padre, que me envió*» (Jn 5,37). Con toda justicia se le llama testigo, dado que «*nadie conoce al Hijo, sino el Padre*» (Mt 11,27). El Hijo, por tanto, tenía en el cielo un testigo y un confidente cuando el que le veía morir en la carne no conseguía, precisamente por esto, ver el poder de su divinidad. Los hombres no lo sabían, pero el mediador entre Dios y los hombres sabía que el Padre obraba en unión con él.

Y, tal vez, todo esto se pueda referir también a su cuerpo místico. En efecto, la santa Iglesia soporta las adversidades del presente para conducir esta vida, mediante la gracia divina, al premio eterno. La Iglesia no tiene en cuenta la muerte de su carne, porque aspira a la gloria de su resurrección. Las cosas que sufre son transitorias, y eternas las que espera. No tiene la menor duda sobre estos bienes eternos, porque tiene ya un testimonio seguro de ellos en la gloriosa resurrección de Cristo. De este modo, cuando el pueblo fiel se ve obligado a sufrir por las adversidades, cuando se ve atormentado por la dureza de las pruebas, eleva su espíritu a la esperanza de la gloria que le espera (Gregorio Magno, *Moralia in Iob* XII).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*También las Escrituras hablan de mí*» (v. 39).

CAMINAR CON LA PALABRA

Sólo el que ama conoce, porque se conoce sólo lo que se ama. Nos encontramos en el núcleo del problema del mal, que consiste en no tener en nosotros el amor de Dios. Jesús, Salvador del mundo, vino a vencer este mal. Todo nuestro mal viene de la mentira originaria que nos impide aceptar nuestra identidad de hijos. Queremos ser padres de nosotros mismos, principio de nuestra existencia: usurpamos el puesto del Padre y lo «matamos», cortando nuestra relación con él, fuente de nuestra vida. La vida es don: no es objeto de conquista o de rapiña, sino comunión de amor con el Padre, que la da. Sólo quien vive como hijo conoce su propio principio y su fin, sabe de dónde viene y a dónde va: lleva una vida sensata.

Los temas del fragmento joánico son siempre actuales: se habla del testimonio, del objeto del testimonio, de los testigos y de los destinatarios del testimonio. El testimonio es el fundamento de la relación entre los hombres. Si se atestigua lo que se conoce y se ama, se transmite luz y vida; si se atestigua lo que no se conoce o no se ama, se difunde tiniebla y muerte. El objeto del testimonio en cuestión tiene que ver con la necesidad fundamental de toda persona: ser hijo amado del Padre. El que ignora este amor, busca en sí mismo su propia identidad o la mendiga a los otros: se encierra en un narcisismo egoísta, que le

hace ahogarse en la autocomplacencia o en el intento de complacer a los otros. El testimonio del Hijo, que habla del amor del Padre, lo reconoce el que está en sintonía: el que tiene un corazón que ama. Jesús, el Hijo que nos hace hijos de Dios, es el cumplimiento de todo don. La Iglesia acepta el testimonio del Padre: el don del Espíritu le hace acoger al Hijo como cumplimiento de la obra de Dios en favor del hombre (S. Fausti, *Una comunità legge il Vangelio di Giovanni*, Milán-Bolonia 2002, 124s, *passim*; edición española: *Una comunidad lee el evangelio de Juan*, San Pablo, Bogotá 2004).

Jesús multiplica los panes
(Jn 6,1-15)

[1] Algún tiempo después, Jesús pasó al otro lado del lago de
Tiberíades. [2] Lo seguía mucha gente, porque veían los signos
que hacía con los enfermos. [3] Jesús subió a un monte y se sen-
tó allí con sus discípulos. [4] Estaba próxima la fiesta judía de
la Pascua. [5] Al ver aquella muchedumbre, Jesús dijo a Felipe:

–¿Dónde podríamos comprar pan para dar de comer a todos estos?

[6] Dijo esto para ver su reacción, pues él ya sabía lo que iba
a hacer. [7] Felipe le contestó:

–Con doscientos denarios no compraríamos bastante para que a cada uno de ellos le alcanzase un poco.

[8] Entonces intervino otro de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, diciendo:

[9] –Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces, pero ¿qué es esto para tanta gente?

[10] Jesús mandó que se sentaran todos, pues había mucha
hierba en aquel lugar. Eran unos cinco mil hombres. [11] Luego
tomó los panes y, después de haber dado gracias a Dios, los
distribuyó entre todos. Hizo lo mismo con los peces y les dio
todo lo que quisieron. [12] Cuando quedaron satisfechos, Jesús
dijo a sus discípulos:

–Recoged lo que ha sobrado, para que no se pierda nada.

[13] Lo hicieron así, y con lo que sobró de los cinco panes llenaron doce cestos.

[14] Cuando la gente vio aquel signo, exclamó:

–Este hombre tiene que ser el profeta que debía venir al mundo.

15 Jesús se dio cuenta de que pretendían proclamarlo rey. Entonces se retiró de nuevo al monte, él sólo.

LA PALABRA SE ILUMINA

El milagro de la multiplicación de los panes introduce simbólicamente el magno «discurso del pan de vida» del capítulo 6 y se sitúa en el centro de la actividad pública de Jesús. Se trata de un signo querido por el Maestro para revelarse a sí mismo. Juan presenta el signo como el nuevo milagro del *maná* (cf. Éx 16), hecho por Jesús, nuevo Moisés, en un nuevo éxodo, y como símbolo de la *eucaristía,* cuya institución en la última cena, a diferencia de los sinópticos, no cuenta el cuarto evangelio. El relato oculta, en suma, un significado cristológico y sacramental preciso, que no es tanto el de saciar el hambre de la muchedumbre como el de revelar la gloria de Dios en Jesús, Palabra hecha carne. El texto se divide de este modo: introducción histórica (vv. 1-4); diálogo entre Jesús y los discípulos (vv. 5-10); descripción del signo-milagro (vv. 11-13); incomprensión de la muchedumbre y soledad de Jesús, que se retira a orar en el monte (vv. 14s).

Jesús es, para Juan, aquel en quien se cumple el pasado y se realizan todas las esperanzas de Israel. En efecto, el pan que el Maestro va a dar al pueblo perfecciona –superándola– la Pascua judía y pone el gran milagro bajo el signo del banquete eucarístico cristiano. Jesús habla antes a la gente que le sigue de una nueva alianza con Dios y de vida eterna (a la que está destinada la humanidad). A continuación, toma la iniciativa y llama la atención del apóstol Felipe sobre la dificultad del momento. La solución humana no basta para saciar las necesidades del hombre (v. 7). Es Jesús quien satisface plenamente todas las necesidades. El alimento se multiplica en sus manos y todos quedan saciados, hasta

tal punto de que, siguiendo la indicación de Jesús, recogen los trozos sobrantes en doce cestas «*para que no se pierda nada*» (vv. 12s). Jesús se presenta, con el signo del pan, como el Mesías esperado que sacia el hambre de su pueblo, aunque sin bajar a componendas respecto al proyecto que el Padre le ha confiado.

LA PALABRA ME ILUMINA

Jesús de Nazaret es, con la multiplicación de los panes, el nuevo Moisés esperado que entrega a su pueblo el alimento que dura para la vida. En consecuencia, y frente a un hecho tan extraordinario, es lógico el entusiasmo de la gente que aclama: «*Este hombre tiene que ser el profeta que debía venir al mundo*» (v. 14). Jesús es verdaderamente el Mesías esperado desde los tiempos del éxodo, el que repite en el tiempo mesiánico el milagro del maná. Con todo, el que para el Señor podía ser el momento de su reconocimiento mesiánico como profeta escatológico semejante a Moisés (cf. Dt 18,15-18), el único revelador de Dios, se convierte en realidad, para la gente que lee el signo siguiendo una lógica humana, en la ocasión favorable para realizar un proyecto humano en el plano horizontal y proclamar a Jesús mesías y rey en el sentido político-social.

Cuando el hombre no deja espacio a la búsqueda sincera del don de Dios, no consigue leer el acontecimiento como Palabra de salvación y no se abre a la fe. Ante este gran equívoco en lo que se refiere al mesianismo, a Jesús no le queda más remedio que retirarse a orar en la soledad del monte, a fin de escapar a la captura por parte de la muchedumbre, que le quiere otorgar una realeza terrena. De aquí parte la progresiva reducción de la muchedumbre narrada en este capítulo 6, hasta que Jesús se queda solo con los Doce.

Pese al clima de exaltación mesiánica y a que se perfila un fácil éxodo, Jesús no acepta desviarse del camino que le ha trazado el Padre. No se construye un proyecto a medida humana, pues está convencido de que el camino de la vida es salir de uno mismo y estar abierto al Padre con una actitud de amor fiel. Sólo ante Pilato aceptará que se le atribuya una realeza, pero muy diferente, basada en el testimonio de la verdad y en la cruz: ése es el camino que le permite salvar al hombre (cf. 18,37; 19,19).

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor, traer a la memoria tu milagro de los panes nos hace recordar el hambre que oprime a muchas personas en nuestro mundo. Tener hambre significa impotencia; estar saciados significa tener poder. Existe e incluso, por desgracia, se está agravando hoy esta evidente desigualdad, que es una injusticia, porque hiere a la misma dignidad humana y a nuestra fraternidad. Ahora somos nosotros, tus discípulos, quienes, siguiendo tu invitación, debemos poner a disposición de los necesitados nuestros víveres, nuestros bienes. Tú quieres actuar con nosotros como hiciste con tus discípulos, a fin de hacernos comprender que se trata de tus dones y que, en consecuencia, debemos compartirlos. Gracias, Señor, por esta enseñanza que nos ofreces. Concédenos el valor de ponerla siempre en práctica y ser capaces de ofrecerla con ternura a nuestros hermanos y hermanas que padecen hambre.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

La saciedad producida por la comida milagrosa, por el alimento dispensado por Jesús, fue perfecta: «*los distribuyó [...] todo lo que quisieron*» (Jn 6,11). Sólo Cristo

alimenta al alma exhausta y llena de bienes al alma hambrienta. Los otros pueden hacer milagros recibiendo la gracia según una determinada medida; Cristo, sin embargo, los realiza con una virtud ilimitada, absoluta, y lo hace todo con sobreabundancia.

Y cuando todos estuvieron saciados, dijo a sus discípulos: «*Recoged lo que ha sobrado*» (6,12). El Señor mandó hacer esto no por una ostentación superflua, sino para mostrar que el milagro realizado no era ilusorio, puesto que los trozos recogidos fueron conservados durante cierto tiempo y sirvieron de alimento a otros. Y los trozos que sobraron no fueron ilimitados, ni se debieron a la casualidad, sino que sobraron a propósito, puesto que no estuvieron ni de más ni de menos, sino lo que se había establecido que sobrara. Y tenemos el signo de esto en el hecho de que la cesta de cada uno de los apóstoles quedó llena. Las doce cestas representan, en efecto, a los doce apóstoles y a sus continuadores, que, si bien en la vida presente es gente humilde y pobre, están repletos por dentro con las riquezas de los sacramentos espirituales y están destinados a ser los maestros de todo el mundo (Tomás de Aquino, *Commento al Vangelo di Giovanni,* Roma 1990, I, 468s).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Este hombre tiene que ser el profeta que debía venir al mundo*» (v. 14).

CAMINAR CON LA PALABRA

La primera preocupación, el primer pensamiento que parece tener Jesús frente a la necesidad de la muchedumbre, es la fe de

sus discípulos. Sin embargo, los apóstoles calculan, hacen el inventario de sus fuerzas y de sus medios y la respuesta que dan a Jesús es una constatación escéptica de imposibilidad. En suma, los apóstoles no han superado la prueba de la fe. No han comprendido que Jesús no quería poner a prueba sus alforjas, sino la fe que decían tener en él. ¿Cuál es, entonces, la actitud de fe adecuada?

El niño de los cinco panes y de los dos peces lo da todo, ofrece todo lo que tiene. Lo que ofrece es nada en comparación con la necesidad, pero esta nada es todo para el muchachito. Entonces Dios puede concluir la ofrenda. La santidad es el cumplimiento dado por Dios a la ofrenda total, aunque la ofrenda total de nosotros mismos sea la ofrenda de muy poca cosa. La gracia germina en la fe de la ofrenda total del pequeño, es decir, de aquel que no se siente nunca dueño del cumplimiento. Y así es como Cristo nos pide que nos enfrentemos a las inmensas necesidades del mundo y de la Iglesia. A Jesús no le gustan los planes, las evaluaciones, los programas pastorales detallados por anticipado. Cristo prefiere que sus discípulos pongan a disposición de los otros lo poco o nada que son o que tienen: esto les basta para multiplicarlo.

Cuántos panecillos y cuántos peces enmohecen y se pudren en nuestros bolsillos porque los consideramos insuficientes para las necesidades, siendo que bastaría con ofrecerlos a Cristo para que los multiplicara a voluntad. Bastaría con una pequeñez confiada que reconociera que todo es ya milagro, hasta los cinco panes y los dos peces que dio el niño (M. G. Lepori, *L'amato presente,* Génova-Milán 2002, 89-100, *passim*).

En busca de Jesús, verdadero pan
(Jn 6,16-29)

16 A la caída de la tarde, los discípulos bajaron al lago, 17 su-
bieron a una barca y emprendieron la travesía hacia Cafarnaún.
Era ya de noche y Jesús no había llegado. 18 De pronto se le-
vantó un viento fuerte que alborotó el lago. 19 Habían avanzado
unos cinco kilómetros cuando vieron a Jesús que se acercaba a
la barca, caminando sobre el lago, y les entró mucho miedo.
20 Jesús les dijo:

–Soy yo. No tengáis miedo.

21 Entonces quisieron subirlo a bordo y, al instante, la barca
tocó tierra en el lugar al que se dirigían.

22 Al día siguiente, la gente continuaba al otro lado del lago.
Se habían dado cuenta de que allí solamente había una barca
y sabían que Jesús no había embarcado en ella con sus discí-
pulos, sino que éstos habían partido solos.

23 Otras barcas llegaron de Tiberíades, y atracaron cerca del
lugar donde la gente había comido el pan después de que el
Señor diera gracias a Dios. 24 Cuando se dieron cuenta de que
ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, subieron a las barcas y
se dirigieron a Cafarnaún en busca de Jesús. 25 Lo encontraron
al otro lado y le dijeron:

–Maestro, ¿cuándo has llegado aquí?

26 Jesús les contestó:

–Os aseguro que no me buscáis por los signos que habéis
visto, sino porque comisteis pan hasta saciaros. 27 Esforzaos
no por conseguir el alimento transitorio, sino el permanente,
el que da la vida eterna. Este alimento os lo dará el Hijo del
hombre, porque Dios, el Padre, lo ha acreditado con su sello.

28 Entonces ellos le preguntaron:

–¿Qué debemos hacer para actuar como Dios quiere?

29 Jesús respondió:

–Lo que Dios espera de vosotros es que creáis en aquel que él ha enviado.

LA PALABRA SE ILUMINA

La ocasión para crear de nuevo la comunión con Jesús se la brinda a la gente la llegada de algunos galileos que vienen en barcas desde Tiberíades al lugar donde Jesús había realizado el signo el día anterior, tras elevar la oración de acción de gracias al Padre. Al día siguiente, la muchedumbre, disminuida en parte por la decepción del rechazo opuesto por Jesús, se traslada hacia Cafarnaún por vía marítima en busca del hombre del prodigio. Juan, al referir de nuevo algunos detalles sobre el milagro del día precedente, pretende conectar una vez más con el tema cristológico e invitar de nuevo a los oyentes a rebasar el nivel humano de interpretación del signo para llegar a la comprensión de la acción trascendente de Jesús.

La gente vuelve a encontrar a Jesús junto a Cafarnaún y le dirige una pregunta destinada a satisfacer su curiosidad: «*Maestro, ¿cuándo has llegado aquí?*» (v. 25). También Nicodemo había ido al encuentro de Jesús impulsado por una curiosidad basada en la autosuficiencia y se había dirigido a él llamándole «Maestro» (3,2). Sin embargo, Jesús no responde a las preguntas que le hacen en ninguno de los dos casos. Revela más bien a la muchedumbre las verdaderas intenciones que le han impulsado a buscarle y desenmascara la mentalidad excesivamente material y egoísta de las personas: «*Os aseguro que no me buscáis por los signos que habéis visto, sino porque comisteis pan hasta saciaros*» (v. 26). En realidad, todos siguen a Jesús por el pan material que les había saciado el hambre el día anterior. La multitud, encerrada en su sueño mesiánico, no ha comprendido el signo realizado por el Profeta y su alcance espiritual. Ha dado más valor al pan que al que lo da. Ha buscado más las ventajas materiales y pasajeras que las ocasiones de respuesta y de amor.

Ante esta ceguera espiritual, Jesús proclama la diferencia radical que existe entre el pan material y corruptible y el que permanece para la vida eterna, el que el Hijo del hombre dará (v. 27), e invita a la gente que le rodea a superar el estrecho horizonte en el que vive y a pasar del plano terreno al de la fe y el Espíritu.

LA PALABRA ME ILUMINA

Si el milagro de los panes, realizado por Jesús y destinado a la gente que le seguía (Jn 6,2-14), tiene la finalidad de revelar el poder de Jesús como Mesías y Profeta escatológico, el signo siguiente –el Señor caminando sobre las aguas–, destinado únicamente a los discípulos (6,16.21), pretende hacerles comprender la divinidad de Jesús, prevenirles ante el escándalo de la muchedumbre –un escándalo suscitado por el discurso del pan– e impedir su defección.

Una vez acabada la primera parte del capítulo 6, correspondiente al signo-milagro, Juan se dispone a pasar al discurso sobre el pan de vida: en él comenta Jesús el milagro que ha realizado y saca a la luz el significado escondido del signo. El autor sagrado se inspira, para la composición del discurso eucarístico, en el género homilético-midrásico, conocido en la tradición judía: no quiere contar la cena del Señor como en los sinópticos, sino que presenta *una homilía eucarística* que emplea un texto bíblico y lo comenta en sus diferentes partes.

El tema central de la perícopa es Jesús, verdadero pan bajado del cielo, que cuando es comido da la vida,

en contraposición con las otras obras humanas de salvación.

La yuxtaposición entre un plano terreno, mundano, y uno celeste, de fe, aparece en más ocasiones para expresar que existe un orden de vida nuevo, «otro», que se basa en Dios. Los hombres pueden introducirse en este nivel «ulterior» únicamente a través de la persona de Jesús. Él posee el sello de Dios (v. 27), que es el Espíritu, y el dinamismo divino del amor (cf. 1,32-34).

La muchedumbre tenía que haber comprendido que ese pan repartido entre muchos, del día precedente, era la expresión del amor de Jesús, pero, desgraciadamente, se había limitado a ver la humanidad de Jesús y su poder taumatúrgico, sin comprender el signo del Espíritu y el amor del Padre.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor, desenmascaraste la superficialidad de los que te buscaban a lo largo de las orillas del lago de Tiberíades: «*Os aseguro que no me buscáis por los signos que habéis visto, sino porque comisteis pan hasta saciaros*» (6,26). Es verdad: también nosotros te buscamos con frecuencia para ver cosas sensacionales o para encontrar a alguien que nos ayude a escapar de nuestra vida cotidiana y monótona. También nosotros caemos con frecuencia en la trivialidad: te seguimos de una manera superficial, sin buscar el verdadero alimento de nuestra vida, que eres tú.

Haz, Señor, que nuestra petición, como la de la gente de Galilea: «*¿Qué debemos hacer para actuar como Dios quiere?*» (6,28), corresponda a una verdadera exigencia del corazón, porque sólo así podremos encontrarte y abandonar nuestra vida superficial y vacía, saliendo al encuentro de las necesidades de nuestros hermanos.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Los escribas y los fariseos, aunque Cristo hubiera realizado obras que nadie más había hecho, insistieron en pedir un signo decisivo que probara de una manera irrefutable su divinidad. Sí, es cierto, había realizado un gran evento, pero les había decepcionado. Se habría producido un signo, pero no para ellos. Fue el único evento en el que él no aparecía como un signo de poder, sino de debilidad. Su humillación fue proclamada y anunciada al mundo entero. Cuando fue levantado de la tierra, desplegó su poder; atrajo a todos los hombres hacia él, pero no con lo que estaba a la vista, sino con lo que estaba escondido, que era materia de fe: con su virtud expiatoria. No vayamos, pues, en busca de signos y milagros, ni pidamos prendas interiores y sensibles del favor de Dios. Corramos la aventura de la fe y conseguiremos creer la prueba que los otros exigen antes de creer. El Dios omnipotente está escondido y el mundo no nos lo descubre; podemos ir a cualquier parte, pero no lo encontraremos. Lo más que podemos hacer por los caminos de la naturaleza es ir a tientas detrás de él, que, aunque no le veamos, está cerca de cada uno de nosotros.

Empieza con la fe, a fin de que puedas acabar con la santidad. Se te permite comenzar con la fe porque ésta constituye una realidad santa y figura entre los primeros frutos de la santidad futura. La fe es la religión de los pecadores que empiezan a purificarse a sí mismos para Dios, y en todos los tiempos y todas las economías el justo ha vivido de la fe. Esforcémonos, por consiguiente, en ser sabios mientras el tiempo recibe el nombre de «hoy». Busquemos al Señor y su gracia. Acerquémonos a él, que caminó sobre el mar y mandó a los vientos y multiplicó los panes. Veámosle con la fe, aunque nuestros ojos estén cerrados y no podamos reconocerle. Que nuestro dulce Señor esté siempre con nosotros, moviendo nuestros co-

razones desde dentro, hasta que apunte el día y desaparezcan las sombras (J. H. Newman, *Sermoni liturgici*, Fossano 1971, 210-215, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Esforzaos no por conseguir el alimento transitorio, sino el permanente, el que da la vida eterna» (v. 27).

CAMINAR CON LA PALABRA

Los discípulos ven al Señor caminando sobre las aguas y acercándose a la barca. Y como no viene como le esperaban, son presa del miedo. Sienten que la presencia del Señor puede ser mucho más insoportable que su ausencia. Tal vez no se liberen ya nunca por completo de este miedo que ahora aprenden a conocer por vez primera: el miedo a lo inmenso, a la desaparición de todas las medidas, a verse rebasados, arrollados, superados por todas partes. Estar solos era algo desagradable, pero todavía es mucho más incómodo estar con alguien cuya medida hace naufragar constantemente la nuestra. Su deseo fue satisfecho de una manera completamente distinta a todo lo que ellos creían; de una manera que pertenece completa y únicamente al Señor y no a ellos; de una manera que no cierra la apertura de su deseo, sino más bien la abre de par en par y la dilata.

Tienen miedo, y él les dice: *«No tengáis miedo»* (Jn 6,20). No deben tener miedo ante él, ni por el hecho de haberlos dejado solos, ni de la soledad todavía más profunda de su compañía, ni de sus milagros, ni de su ser extraordinario. Él conoce este desgarro de la vida habitual y este estar sumergido en una vida desconocida que se dilata cada vez más. Conoce todo esto porque las peticiones que le ha adelantado el Padre crecen de una manera desmesurada. Por eso les dice: *«No tengáis miedo»*, porque también él conoce el miedo. No deben temer, porque él

les ayudará a llevar la angustia humana. Ni deben tener miedo aunque él les invite a compartir su propia angustia divina. En este intercambio les ofrece lo mejor: aquí ellos pueden perder su egoísmo y hacerse accesibles a su amor. Él les aliviará su pequeño peso humano para hacerles cargar a cambio, con amor, algo de su cruz infinita (A. von Speyr, *I doscorsi polemici*, Milán 1989, II, 27-30, *passim*).

Jesús y el pan de vida que desciende del cielo

(Jn 6,30-51a)

30 Entonces los judíos replicaron a Jesús:

–¿Qué señal puedes ofrecernos para que, al verla, te crea-
mos? ¿Cuál es tu obra? 31 Nuestros antepasados comieron el
maná en el desierto, como dice la Escritura: *Les dio a comer
pan del cielo.*

32 Jesús les respondió:

–Os aseguro que no fue Moisés quien os dio el pan del cie-
lo. Es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo. 33 El
pan de Dios viene del cielo y da la vida al mundo.

34 Entonces le dijeron:

–Señor, danos siempre ese pan.

35 Jesús les contestó:

–Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no volverá a
tener hambre; el que cree en mí nunca tendrá sed. 36 Pero
vosotros, como ya os he dicho, no creéis, a pesar de haber
visto. 37 Todos los que me da el Padre vendrán a mí, y yo no
rechazaré nunca al que venga a mí. 38 Porque yo he bajado
del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que
me ha enviado. 39 Y su voluntad es que yo no pierda a nin-
guno de los que él me ha dado, sino que los resucite en el
último día. 40 Mi Padre quiere que todos los que vean al Hijo
y crean en él, tengan vida eterna, y yo los resucitaré en el
último día.

41 Los judíos comenzaron a murmurar de él porque había
dicho: «Yo soy el pan que ha bajado del cielo». 42 Decían:

–Éste es Jesús, el hijo de José. Conocemos a su padre y a su
madre. ¿Cómo se atreve a decir que ha bajado del cielo?

43 Jesús replicó:

–No sigáis murmurando. [44] Nadie puede aceptarme, si el Padre, que me envió, no se lo concede, y yo lo resucitaré el último día. [45] Está escrito en los profetas: *Y serán todos instruidos por Dios.* Todo el que escucha al Padre y recibe su enseñanza, me acepta a mí. [46] Esto no significa que alguien haya visto al Padre. Solamente aquel que ha venido de Dios ha visto al Padre.

[47] Os aseguro que el que cree, tiene vida eterna. [48] Yo soy el pan de vida. [49] Vuestros padres comieron el maná en el desierto y, sin embargo, murieron. [50] Éste es el pan del cielo, y ha bajado para que quien lo coma no muera.

[51] Jesús añadió:

–Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que come de este pan, vivirá siempre.

LA PALABRA SE ILUMINA

La muchedumbre, a pesar de las distintas pruebas aportadas por Jesús, no se siente satisfecha ni con sus signos ni con las palabras con las que ha intentado iluminar sus mentes y sus corazones. Pide aún garantías para poder creerle. Pone condiciones antes de adherirse a él plenamente (v. 30). El milagro de los panes que había hecho un día antes no es suficiente. Para que puedan creer en el Mesías como enviado de Dios hace falta un signo particular y más estrepitoso que los ya hechos, que demuestre que Jesús renueva los prodigios de Moisés y que, por consiguiente, es superior a él. La ironía está en que piden un signo cuando la misión de Jesús ya se muestra rica en milagros.

Si sus oyentes piden la pura repetición del milagro del maná, eso significa que no han comprendido el alcance espiritual y profético contenido en su símbolo. El maná, que cada día bajaba del cielo y alimentaba al pueblo de Israel en el desierto, no lo había dado Moisés, ni mucho menos era el *pan del cielo.* Era sólo una imagen imperfecta y pasajera de éste, porque *el verdadero*

pan del cielo lo había dado el Padre de Jesús y expresa el mismo amor de Dios por los hombres (v. 32). Más aún, el *pan de Dios* coincide con la persona de Jesús, que ha venido al mundo procedente de Dios, como don suyo (cf. 1,11.14; 3,16) y fuente de vida (5,26).

La nueva incomprensión lleva a Jesús a enfrentarse directamente al tema de su identidad con afirmaciones explícitas que ponen a los hombres ante opciones concretas. En efecto, precisa de una manera que no deja lugar a equívocos: «*Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no volverá a tener hambre; el que cree en mí nunca tendrá sed*» (v. 35). Él es el pan venido del cielo para sostener al nuevo pueblo de Dios. Él es el don de amor hecho por el Padre a cada hombre, peregrino en el desierto del mundo. Él es la Palabra que deben creen para gustar la vida eterna (cf. Gn 2,9; 3,22-24; Prov 11,30; 13,12; 15,14).

LA PALABRA ME ILUMINA

Las revelaciones de Jesús sobre su origen divino –«*Yo soy el pan de vida*» (v. 35), «*Yo he bajado del cielo*» (v. 38)– provocan disentimiento y protestas entre la muchedumbre, que se vuelve hostil y murmura contra el Maestro. Es demasiado duro superar el obstáculo del origen humano de Cristo. Jesús, con su respuesta, intenta evitar una discusión inútil con los que le escuchan y les ayuda a reflexionar sobre la dureza de su corazón. A continuación, eleva el discurso a un nivel superior, el de Dios, enunciando *las condiciones* necesarias para creer en él.

La primera es la de ser atraído por el Padre (v. 44). La atracción del Padre es un don hecho al hombre que empuja hacia Jesús al que lo recibe: nadie puede ir al Verbo hecho carne si no le atrae el Padre. La segunda condición es la docilidad ante Dios (v. 45a). Los hombres deben darse cuenta de la acción salvífica de Dios respecto al

mundo y no oponerse a esta atracción del Padre. La tercera condición es la escucha del Padre (v. 45b): estamos ante la enseñanza interior del Padre y ante la enseñanza de la vida de Jesús. Para ser enseñados por el Profeta de Nazaret es preciso ser instruido por Dios. Ahora bien, ser instruidos por Dios coincide con el dejarse «atraer» por Jesús (12,32).

En este punto del discurso el texto presenta una nueva revelación, una revelación que ilumina el misterio: quien come a Jesús-pan no muere. Es preciso comer el pan vivo bajado del cielo para sobrevivir y entrar en comunión íntima con Jesús. La revelación divina consiste en el pan que contiene la eficacia de comunicar vida más allá de la muerte. Es Jesús-pan de vida el que da la inmortalidad a quien se alimenta de él, a quien interioriza su Palabra en la fe y asimila su vida. La escucha interior de Jesús es alimentarse del pan celeste y saciar el hambre que cada hombre tiene en sí mismo. La vida eterna que tendrán los que se alimenten de este pan será la resurrección, la participación definitiva de toda la realidad humana en la vida trinitaria de Dios.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Jesús bueno, tú nos has recordado que la condición esencial para vivir en comunión contigo es dejarnos atraer por el Padre, escuchar tu Palabra de vida con docilidad y prontitud. Tú eres, por consiguiente, la puerta para tener acceso al Padre, y cada uno de nosotros puede conocer a Dios mediante el testimonio personal en el Espíritu. Señor, haz que cada uno de nosotros te pida, como el apóstol Felipe, no sólo ver al Padre, sino ser capaz de verlo siempre a través de tu rostro, a través de ti, que eres manso y humilde de corazón, a fin de poder comunicarlo después también a los hermanos y a las hermanas que te buscan.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Cada vez que el santo evangelista nos recuerda que el Señor sufrió y obró humanamente, el conocimiento de los hombres carnales se descompone como un mar en tempestad, puesto que los espíritus débiles no son capaces de escuchar y distinguir. La infeliz y detestable maldad, siempre dispuesta a contestar más que a creer, se ve inducida con prontitud por los milagros divinos no a la fe, sino a la calumnia. Desprecia la doctrina, de la que se sorprende, preguntándose de dónde procede, maliciosamente curiosa o lamentosa, sospechosa ante el bien, excesivamente dispuesta a lo que es dañoso; no lleva cuidado con los mandamientos, que, no obstante, aprueba, yéndose por las ramas ante Dios, propensa a los ídolos, cavilosa en las cuestiones divinas, rebelde a la profecía, contraria a la verdad, ruinosamente crédula a los presagios y a los embustes.

Moisés había realizado muchos prodigios, Elías había hecho ver grandísimas pruebas de sus poderes, y Eliseo no había hecho empresas diferentes: ¿por qué nadie pone en discusión su figura? ¿Por qué nadie plantea el problema de su condición? ¿Por qué nadie buscó con la misma curiosidad de dónde venían, quiénes eran, dónde y en nombre de quién hicieron esos prodigios? Sólo se juzga a éste, que no quiso juzgar para no castigar; se examina con facciosa severidad al que no pidió nada para conceder el perdón. Y aunque el único que no tenía culpa encontró a todos culpables, prefirió acogerlos mediante un juicio de inmensa misericordia antes que pronunciar una sentencia, a fin de restituir a los mortales, pagando por ello el precio de su vida, la vida que perdieron en un tiempo. Como dice el apóstol, es verdaderamente grande el misterio de la piedad que se manifiesta en nuestra carne (Pedro Crisólogo, *Sermo* 49, 1-3; edición italiana, *Sermoni*, Milán-Roma 1996, 339-341).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no volverá a tener hambre; el que cree en mí nunca tendrá sed» (v. 35).

CAMINAR CON LA PALABRA

Jesús presentó la nueva realidad divina con tanta crudeza que sus oyentes no sólo quedaron impactados, sino incluso descompuestos. La protesta no se dirigía aún contra el misterio de la eucaristía, puesto que todavía no había sido anunciado, sino contra la pretensión de Jesús de ser el pan de la fe, la verdad eterna. Sin embargo, Jesús no mitiga lo que ha dicho, ni tampoco intenta aclararlo. Todos se sienten angustiados, pero Jesús no acude en su ayuda. Se trata de una cuestión de vida o de muerte: o están dispuestos a acoger la verdadera revelación, que descompone inevitablemente a la razón humana, o exigen juzgar la posibilidad de la revelación según sus presupuestos. Ninguna palabra de ayuda o explicación; sólo la petición de decidirse.

Cristo dice que quiere entregarse a nosotros, que quiere llegar a ser sustancia y fuerza de nuestra vida. Y no en un sentido espiritual, simbólico, sino real: verdadera carne, verdadera sangre, verdadera comida y bebida. Éste es el punto crucial de la fe, la angostura a través de la cual debe pasar la fe si pretende alcanzar la libertad de su esencia completa. Y la experiencia demuestra que cuantos niegan esta realidad, lo niegan todo. Niegan la Iglesia, la encarnación, la Trinidad; niegan que Cristo sea el Hijo de Dios. Ésta es realmente la prueba suprema de la fe. El hombre debe estar dispuesto a superar su propio sentimiento, pues, de lo contrario, «no conseguirá entrar en el Reino de Dios». Los criterios se invierten. Sólo cuando advertimos la gravedad de la decisión y hemos superado el peligro de la rebelión, se abre el milagro del misterio y se hace justicia a la naturaleza ínsita en él –que el amor se realice no sólo entregando lo que le es propio, sino a sí mismo–. Ningún tipo de amor terreno llega a su realización cabal. Cuando el hombre ama de

verdad, debe querer más de lo que pueda. En esto se manifiesta el hecho de que Dios no sólo ama, sino que *«es amor»*, como dice Juan. Él es el único que no sólo quiere, sino que puede «amar hasta el extremo». Por eso quiere hacerse alimento del hombre con todo su ser. Sólo él lo puede (R. Guardini, *Il testamento di Gesù*, Milán 1993, 158-162, *passim*).

Comer la carne del Hijo del hombre y decidirse por Jesús

(Jn 6,51b-71)

51 En aquel tiempo dijo Jesús a los judíos:

–El pan que yo daré es mi carne. Yo la doy para la vida del mundo.

52 Esto suscitó una fuerte discusión entre los judíos, los cuales se preguntaban:

–¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?

53 Jesús les dijo:

–Yo os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del hom-
bre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. 54 El
que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo
resucitaré el último día. 55 Mi carne es verdadera comida y mi
sangre es verdadera bebida. 56 El que come mi carne y bebe mi
sangre vive en mí y yo en él. 57 El Padre, que me ha enviado,
posee la vida, y yo vivo por él. Así también, el que me coma vi-
virá por mí. 58 Éste es el pan que ha bajado del cielo; no como
el pan que comieron vuestros antepasados. Ellos murieron,
pero el que coma de este pan vivirá para siempre.

59 Todo esto lo expuso Jesús enseñando en la sinagoga de Cafarnaún.

60 Muchos de sus discípulos, al oír a Jesús, dijeron:

–Esta doctrina es inadmisible. ¿Quién puede aceptarla?

61 Jesús, sabiendo que sus discípulos criticaban su enseñanza, les preguntó:

–¿Os resulta difícil aceptar esto? 62 ¿Qué ocurriría si vieseis
al Hijo del hombre subir adonde estaba antes? 63 El Espíritu
es quien da la vida; la carne no sirve para nada. Las palabras
que os he dicho son espíritu y vida. 64 Pero algunos de vosotros
no creen.

Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían y quién lo iba a entregar. [65] Y añadió:

–Por eso os dije que nadie puede aceptarme si el Padre no se lo concede.

[66] Desde entonces, muchos de sus discípulos se retiraron y ya no iban con él.

[67] Jesús preguntó a los Doce:

–¿También vosotros queréis marcharos?

[68] Simón Pedro le respondió:

–Señor, ¿a quién iríamos? Tus palabras dan vida eterna.
[69] Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios.

[70] Jesús replicó:

–¿No os elegí yo a los Doce? Y, sin embargo, uno de vosotros es un diablo.

[71] Se refería a Judas, hijo de Simón Iscariote. Porque Judas, precisamente uno de los Doce, lo iba a entregar.

LA PALABRA SE ILUMINA

Este fragmento, con el que concluye el discurso del pan, se vuelve ahora más sacrificial y eucarístico con respecto a la sección anterior, que tiene un acento más sapiencial. Se ahonda en el tema del pan de vida. No se trata sólo de acoger la Palabra reveladora de Jesús, sino de hacer sitio al misterio de su persona, captada en su dimensión eucarística. Jesús es pan de vida no sólo en todo lo que hace, sino especialmente en el sacramento de la eucaristía, ámbito de unidad del creyente con Cristo.

Las palabras *«el pan que yo daré es mi carne. Yo la doy para la vida del mundo»* (v. 51b) son la cima de la revelación sobre Jesús-pan, e introducen una nueva idea: el pan se identifica con la humanidad de Jesús, que se sacrificará por la salvación de los hombres en la muerte de cruz (cf. 10,11.15; 15,13). El significado sacrificial del versículo lo expresan también los términos «dar», «carne», «para la vida», y el ambiente eucarístico desarrollado ya en tiempos de Juan (cf. Mc 14,22-25; Mt 26,26-39; Lc 22,14-20; 1 Cor 11,23-26). Ésta fue la enseñanza profunda que Jesús impartió en la sinagoga de Cafarnaún. Sus características esenciales versan, más que sobre el sacramento en sí, sobre todo el misterio de la persona y la vida de Jesús, que se va revelando de una manera gradual. Ese misterio abarca la Palabra y el sacramento, de manera que forman una sola unidad.

LA PALABRA ME ILUMINA

El evangelista, una vez llegado al final del discurso sobre el pan de vida, tiende a resumir los resultados obtenidos por las palabras del Maestro en el corazón de sus oyentes. Mientras que los adversarios han realizado su elección respecto a la revelación del Profeta de Nazaret y, dada su decidida oposición y su incredulidad, se encuentran ahora fuera del campo, entre los discípulos se manifiestan aún fuertes perplejidades y duras reacciones a las palabras de Jesús. Ahora son ellos los que deben elegir y pronunciarse a favor o en contra. Jesús da luz a los suyos para que puedan decidir.

La triste nota con la que se cierra Jn 6 pone al descubierto lo que preparaba Judas, *«hijo de Simón Iscariote»* (v. 71; cf. 12,4; 13,2.26.29; 18,2-5), que estaba incubando la traición en su corazón. El evangelista, al presentar a Jesús prediciendo en cierto modo su propio futuro, reconoce de una manera indirecta en los Doce a la comunidad mesiánica y se dirige a todas las comunidades de fe para que se guarden adecuadamente del peligro real de contar con algún posible Judas entre los suyos.

Jesús habló en el discurso sobre el pan de vida a una multitud reunida en asamblea en la sinagoga de Cafarnaún (6,59). Cuando, al final, todos han abandonado al Profeta de Nazaret, sólo queda la pequeña comunidad de los Doce, que ha profesado su fe a través de Pedro con una decisión personal. Esta decisión es la que tomó

también la comunidad joánica, que creyó que Jesús era el «lugar» donde los hombres podían conocer el amor del Padre y encontrar la vida eterna, fuertemente anclada en la eucaristía. En efecto, la comunidad de Juan vio en la eucaristía el punto donde encontrar a Cristo, el Hijo de Dios, y decidirse a favor de su revelación. También nuestras comunidades cristianas, como los discípulos de Jesús, están invitadas a dar su respuesta a la cuestión central de la enseñanza de Cristo, a reconocerle en la fe como Hijo de Dios, revelador del amor del Padre a todos los hombres y alimento partido en la mesa común que sacia el hambre de los presentes.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor, adherirse a tu persona y a tu mensaje en la fe es un don que nadie puede darse a sí mismo. Sólo lo da el Padre. Sin embargo, cada uno de nosotros tiene su propio destino en sus manos y es libre de rechazar el don de Dios y de no llegar a la comunión de vida contigo. Sólo quien ha nacido y ha sido vivificado por el Espíritu y no actúa según la carne comprende tu revelación y queda introducido en la vida divina. En la fe es donde el discípulo debe acoger al Espíritu y al mismo Jesús-pan eucarístico, sacramento que comunica el Espíritu y transforma la carne. Tu Palabra de vida induce siempre una elección. Haz, Señor, que sepamos elegir siempre la apertura interior, que es tu don, y colaborar así con el Espíritu, superando nuestra autosuficiencia.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Te ruego, Señor, por el mismo sacrosanto y vivificante misterio de tu cuerpo y de tu sangre, con el que cada día la Iglesia sacia nuestra hambre y nuestra sed, nos

lava y nos santifica, nos hace partícipes de la única y suma divinidad, que nos concedas tus virtudes santas.

Oh dulcísimo pan, devuelve la salud al gusto de mi corazón para que sienta la suavidad de tu amor. Devuélvele la salud para que no sienta fuera de ti otra dulzura, para que no busque fuera de ti otro amor y no ame fuera de ti otra belleza, Señor bellísimo.

Pan purísimo que tiene en sí toda dulzura y todo sabor, que mi corazón se pueda alimentar de ti y que lo íntimo de mi alma se colme de tu dulce sabor.

Pan santo, pan vivo, pan espléndido y puro que has bajado del cielo y das la vida al mundo, ven a mi corazón y purifícame de toda corrupción de la carne y del espíritu.

Entra en mi alma, sáname y santifícame. Sé la defensa y la salvación continua de mi cuerpo y de mi alma, expulsa de mí a los enemigos que me asedian. Que sean expulsados lejos por la fuerza de tu presencia y que yo, protegido por fuera y por dentro, pueda llegar con tu ayuda por el camino recto a tu Reino: allí ya no te veremos en el misterio, como en este tiempo, sino cara a cara. Entonces encontrarán reposo los santos: y no ya en el sacramento, sino en el mismo cumplimiento de la salvación eterna, cuando tú entregues el Reino a Dios Padre y nosotros contemplemos a plena luz tu verdad inmutable. Y será una saciedad maravillosa, en la que ya no podré tener sed eternamente, oh Salvador del mundo (Juan de Fécamp, *Oración 29, para decir antes de la misa,* 10s, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«El que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él» (v. 56).

CAMINAR CON LA PALABRA

El pan es lo que alimenta la vida de los hombres. Pues bien, dice Jesucristo, no ya el pan, sino yo mismo quiero ser el alimento de la vida de los hombres. Alimentarse de Jesucristo significa asociar nuestra propia vida a la suya, para que se vuelva una única vida con la suya. En consecuencia, nuestra vida va en la dirección de la suya, va con ella. Dicho con otras palabras, el gesto de Jesucristo, que expropia el pan y sustituye al pan en la función de alimentar la vida de los hombres, es en el fondo una oración: una invocación dirigida a todos los hombres para que vivan como él, para que hagamos lo que hizo él. Él dio su carne, dio su persona, se dio a sí mismo por la vida del mundo: pues bien, Jesucristo quiere, ruega, que cada hombre haga lo mismo, es decir, que se dé a sí mismo por la vida del mundo. El pan, el gesto de Jesucristo sobre el pan, es decir, la eucaristía, es la gran oración de Jesucristo por todos los hombres y a todos los hombres para que hagan todos lo que él hizo, de suerte que todos puedan tener lo que él tuvo, que todos sean lo que él fue.

Cuando profesamos que Jesucristo es el único que puede salvar a los hombres, no estamos haciendo una afirmación retórica, sino que hacemos una afirmación lúcida y racional que verificamos, al menos por contraste, en sus efectos sobre la vida de cada día; porque cada día nos alejamos un poco de la indicación que nos dio Jesucristo en la eucaristía y, por consiguiente, cada día experimentamos que nos perdemos cada vez más, lo perdemos todo: nuestras cosas, nuestra vida, a nosotros mismos. Contra esta negra perspectiva carente de esperanza está la propuesta de Jesucristo, fijada de una vez para siempre y renovada cada día en la eucaristía: una propuesta que, si la aceptamos, puede dar un vuelco a la situación, abriendo la perspectiva más luminosa y más constructiva (P. Colombo, *Cristo nostra speranza,* Milán 1980, 44-46, *passim*).

Jesús sube a Jerusalén para la fiesta de las tiendas

(Jn 7,1-24)

[1] Después de algún tiempo, Jesús andaba por Galilea. Evi-
taba estar en Judea porque los judíos buscaban la ocasión
para matarlo. [2] Cuando ya estaba cerca la fiesta judía de las
tiendas, [3] sus hermanos le dijeron:

–Deberías salir de aquí e ir a Judea, para que tus discípulos
puedan ver allí las obras que haces. [4] Nadie que pretende darse
a conocer actúa secretamente. Si en realidad haces cosas tan
extraordinarias, deberías darte a conocer al mundo.

[5] Sus hermanos hablaban así porque ni siquiera ellos creían
en él. [6] Jesús les dijo:

–A mí todavía no me ha llegado el momento; para vosotros,
en cambio, cualquier hora es buena. [7] El mundo no tiene mo-
tivos para odiaros a vosotros, pero a mí me odia porque pongo
claramente ante sus ojos la malicia de sus obras. [8] Id vosotros a
la fiesta. Yo no voy, porque aún no ha llegado mi momento. [9] Y
se quedó en Galilea.

[10] Más tarde, cuando sus hermanos se habían marchado ya
a la fiesta, fue también Jesús, pero de incógnito, no públicamente. [11] Los judíos lo buscaban en la fiesta y se preguntaban:

–¿Dónde estará ese hombre?

[12] También la gente comentaba sobre él. Unos decían:

–Es un hombre bueno.

Otros, por el contrario, comentaban:

–No es bueno, porque engaña a la gente.

[13] Nadie, sin embargo, se atrevía a hablar de él públicamente, por miedo a los judíos.

[14] Mediada ya la fiesta, Jesús se presentó en el templo y se
puso a enseñar. [15] Los judíos, sorprendidos, se preguntaban:

–¿Cómo es posible que este hombre sepa tanto sin haber estudiado?

[16] Jesús replicó:

–La doctrina que yo enseño no es mía, sino de aquel que me ha enviado. [17] El que está dispuesto a hacer su voluntad, podrá experimentar si mi doctrina viene de Dios o es mía. [18] El que habla por su cuenta busca su propio honor; por el contrario, si alguien intenta que el honor sea para aquel que lo envió, ese hombre es sincero; no hay falsedad en él. [19] ¿No fue Moisés quien dio la ley? Y, sin embargo, ninguno de vosotros la cumple. ¿Por qué queréis matarme?

[20] La gente le contestó:

–Tú estás endemoniado. ¿Quién intenta matarte?

[21] Jesús replicó:

–Estáis desconcertados por lo que hice. [22] Pero pensad un momento. Moisés os impuso la ley de la circuncisión (aunque, en realidad, el rito de la circuncisión no proviene de Moisés, sino de los patriarcas) y, para cumplirla, circuncidáis aunque sea en sábado. [23] Ahora bien, si circuncidáis a un hombre en sábado para no faltar a una ley impuesta por Moisés, ¿por qué os habéis indignado tanto contra mí por haber curado totalmente a un hombre en sábado? [24] No debéis juzgar únicamente según las apariencias, sino que debéis juzgar con rectitud.

LA PALABRA SE ILUMINA

La primera parte (vv. 1-9) del fragmento presenta el diálogo entre Jesús y sus parientes. Está motivado por la inminencia de la fiesta de las tiendas, en la que *«los hermanos»* invitan a Jesús a que dé pruebas de sus obras extraordinarias, renovando la tentación de un mesianismo político-social. Él, que se encuentra en Galilea, no piensa dejar la región y subir a Jerusalén, para no caer en manos de sus enemigos, los jefes de los judíos, que habían decidido matarle. El texto presenta sucesivamente (vv. 10-24) las fuertes polémicas suscitadas por los judíos, con los correspondientes discursos de Jesús sobre su origen y misión.

La oposición del mundo a Jesús y el odio que le profesa, especialmente por parte de los responsables de los judíos, motiva el rechazo de Jesús a subir a Jerusalén. Los parientes de Jesús pueden subir en peregrinación a la ciudad santa, pero el Maestro no irá por ahora, porque esta hora no coincide con la voluntad del Padre, aunque subirá en secreto durante la fiesta, sin publicidad ni clamor. Cuando suba a Jerusalén comenzará su retorno al Padre (6,62; 20,17), a fin de dar cumplimiento a su obra de salvación y de vida para los hombres.

Juan presenta, a continuación, la enseñanza propuesta por Jesús en la capital del culto judío e introduce dos temas: el *origen de la doctrina* de Jesús, con el criterio correspondiente para conocer la verdad, y su afirmación sobre el verdadero *origen del Mesías*. Sobre estos puntos, expuestos de un modo dialéctico, se articula el gran proceso contra Jesús. La reacción de la gente, invitada a juzgar no según las apariencias, sino según la verdad, se convierte en signo de afinidad interior con las palabras del Maestro de Galilea o de rechazo de las mismas.

LA PALABRA ME ILUMINA

Es ahora, a mitad de la semana de los festejos, cuando Jesús se dirige al templo para enseñar (cf. Mal 3,1; Jn 2,13-22). No realiza milagros, como hubieran querido sus parientes, sino que se presenta como Mesías y Revelador de Dios (Jn 7,14.28; 8,20). Conoce las Escrituras porque ha sido, en realidad, discípulo del mejor de los maestros, el mismo Dios. Más aún, basa su misión en la voluntad del Padre, del que ha recibido la investidura y la autoridad para enseñar (7,16). Jesús es alguien que revela la Palabra del Padre y transmite sólo lo que el Padre le dice (12,50). Es Dios mismo quien le ha autorizado a enseñar así. Su saber procede del hecho de que vive

a la escucha del Padre y su doctrina se fundamenta en una misión precisa (3,11-13.31-36; 5,19-23).

Para aceptar esta Palabra se requiere, a buen seguro, hacer la voluntad de Dios, a saber: realizar la obra de la fe en Jesús y no buscar el propio éxito. El hombre que está disponible en su propio corazón y busca dócilmente no su propia gloria, sino la de Dios, como demuestra la vida del Nazareno, vivida en la verdad y sin hipocresía, llega a conocer que la enseñanza de Jesús se fundamenta en Dios y tiene su origen en él. El que, por el contrario, no está abierto a la voluntad de Dios, puede conocer también e intentar practicar toda la ley de Moisés, pero ni descubre ni vive su espíritu y, por consiguiente, permanece en la superficie de la misma.

A Jesús no le queda ahora otra cosa que hacer reflexionar sobre el juicio apresurado que se ha emitido sobre él: «*No debéis juzgar únicamente según las apariencias, sino que debéis juzgar con rectitud*» (7,24). Las palabras de Jesús, que contienen una acusación contra sus interlocutores, son también una invitación dirigida a nosotros para que juzguemos con rectitud al hermano y pensando en su bien y, al mismo tiempo, para que entremos en una óptica diferente, dictada por la ley del Espíritu (cf. 3,6).

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor, tú experimentaste la incomprensión de los jefes de tu nación y el rechazo de tu dignidad de Mesías. El pueblo tampoco entró en el fondo de tu enseñanza de vida, llena de misericordia y de amor a todos. Nuestro mundo experimenta hoy las mismas dificultades respecto a ti. Tal vez nuestra escasa fe proceda de la sociedad de consumo en la que estamos sumergidos; es posible que la afanosa carrera por la conquista de los primeros puestos

y la debilidad del pensamiento más difundido nos impidan penetrar en tu identidad y reconocerte como el único Señor de la historia. Concédenos, te rogamos, entrar a fondo en el conocimiento de tu evangelio, a fin de dar a todos testimonio del mandamiento del amor al prójimo, especialmente al más desfavorecido y pobre.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Nuestro Señor dijo: «*Subid vosotros a la fiesta, yo no iré por ahora. Vuestro tiempo siempre está dispuesto, mi tiempo no ha llegado todavía*» (Jn 7,6). ¿Cuál es esta fiesta a la que el Señor nos dice que vayamos, cuyo tiempo está siempre dispuesto? La fiesta más alta, la más verdadera y la última de todas es la fiesta de la vida eterna, es decir, la eterna bienaventuranza, donde se da en verdad la presencia de Dios. No se puede celebrar aquí abajo, pero la fiesta de aquí abajo nos permite pregustarla, tener una experiencia, en el goce interior, del sentimiento íntimo de la presencia de Dios en el Espíritu. Éste es el tiempo que es siempre nuestro, el tiempo de buscar a Dios y de tener en nuestro punto de mira su presencia en todas nuestras obras y en nuestra vida, en nuestra voluntad y en nuestro amor. Y así debemos elevarnos por encima de nosotros mismos y de todo lo que no es Dios, deseando y amando puramente sólo a él y a nadie más. Éste es el tiempo del que hablaba Jesús cuando dijo: «*Vuestro tiempo siempre está dispuesto*». Ahora bien, su tiempo, el tiempo en el que quiere y debe manifestarse, revelarse y mostrarse de una manera abierta, no está siempre dispuesto; ese tiempo debemos dejárselo a él. Sin embargo, no cabe la menor duda de que él está presente allí donde le buscan, porque se ha acercado en secreto a la fiesta. Allí donde está Dios, allí hay fiesta; él no puede dejarla ni renunciar a ella, no puede dejar de estar allí donde, con una intención pura, se le

busca sólo a él; debe estar allí necesariamente. Aunque, no obstante, se encuentra siempre de manera oculta.

Pongamos, por consiguiente, todo nuestro empeño en llegar a la verdadera fiesta, donde Dios está amorosamente presente y donde el hombre se siente propiedad de Dios y de nadie más (Juan Taulero, «Omelia per il Martedì prima delle Palme», en íd., *Opere,* Alba 1977, 107-109; edición española: *Obras,* Fundación Universitaria Española, Madrid 1984).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«No debéis juzgar únicamente según las apariencias, sino que debéis juzgar con rectitud» (v. 24).

CAMINAR CON LA PALABRA

El evangelio de Juan se presenta como un drama. En cuanto aparece Jesús, se fragmenta la homogeneidad del mundo, la humanidad se escinde, las opiniones se perfilan con claridad, el orden tradicional se descompone. Los hombres se sienten rotos en su inconsciencia ante el verdadero *«el día llega como un ladrón»* (1 Tes 5,2) en la noche de su corazón. Al revelarse, este hombre rompe las máscaras, arrebata las seguridades, suscita opciones personales y decisivas. Como subraya Juan, la aparición de Jesús se expresa, en primer lugar, con el ponerse a favor o en contra, con el «sí» y el «no». Cada una de sus intervenciones provoca en la muchedumbre divisiones y contestaciones respecto a él. Se discute y se choca. Unos dicen: *«Es bueno».* Otros dicen: *«No; engaña a la gente»* (cf. Jn 7,12). Unos se echan atrás, otros creen. Se abre la grieta de una tensión interna en la sociedad religiosa, que tiene su propio equilibrio. Jesús rehace la historia sin cambiar las instituciones y sin recusar las leyes.

La grieta que divide al pueblo no es más que el aspecto visible de una acción que va más al fondo. Es lo que Juan llama «juicio»: ya desde ahora se lleva a cabo un discernimiento de los espíritus, una manifestación de los corazones. No se trata de una catástrofe remota y espectacular con la que el Eterno interrumpiría de manera brutal el curso de la historia y realizaría una criba de los suyos. El juicio se realiza en un encuentro con este hombre: la criba final se lleva a cabo ya ahora. Jesús nos obliga a la opción decisiva.

Con todo, su venida sorprende. Jesús no abre la puerta en el lugar en el que se le esperaba. Aparece desde el comienzo como un suceso, una noche, en Belén. Desde el principio hasta el final –hasta aquella estancia en la que los apóstoles estaban *«con las puertas cerradas»* (Jn 20,19)– aparece de improviso. Y se le reconoce únicamente cuando los testigos se sienten afectados personalmente por los hechos y por los gestos de su contemporáneo, es decir, en la medida en que lo imprevisto les hiere hasta el punto de abrirles el camino de una renovación. Lo inédito requiere una conversión que introducirá por sí sola y poco a poco la novedad en nuestra historia. Como el pobre hombre que se encontraba echado al borde del camino se convirtió en el prójimo para el samaritano que se acercó a él, así la iniciativa de Jesús se convierte en un acontecimiento para quien le responde y se deja cambiar. Jesús le pide a cada uno que avance hacia la verdad (M. de Certeau, *Mai senza l'altro,* Magnano 1993, 115-118, *passim;* existe edición española: *El lugar del otro: historia religiosa y mística,* Katz, Madrid 2007).

Discusiones sobre el origen de Jesús
(Jn 7,25-36)

[25] Ante esto, algunos de los que vivían en Jerusalén se pre-
guntaban:

–¿No es éste el hombre al que quieren matar? [26] Resulta
que está hablando en público y nadie le dice ni una palabra.
¿Es que habrán reconocido nuestros jefes que es en realidad
el Mesías? [27] Pero, por otra parte, cuando aparezca el Mesías,
nadie sabrá de dónde viene, y éste sabemos de dónde es.

[28] Al oír estos comentarios, Jesús, que estaba enseñando en
el templo, levantó la voz y afirmó:

–¿De manera que me conocéis y sabéis de dónde soy? Sin
embargo, yo no he venido por mi propia cuenta, sino que he
sido enviado por aquel que es veraz, a quien vosotros no co-
nocéis. [29] Yo sí lo conozco, porque vengo de él y es él quien me
ha enviado.

[30] Intentaron entonces detenerlo, pero nadie se atrevió a
ponerle la mano encima, porque todavía no había llegado su
hora. [31] Muchos creyeron en él y comentaban:

–Cuando venga el Mesías, ¿hará signos mayores que los
que éste hace?

[32] Llegó a oídos de los fariseos lo que la gente comentaba
sobre Jesús. Entonces, los jefes de los sacerdotes, de acuerdo
con los fariseos, enviaron guardias para que lo detuviesen.
[33] Jesús se dio cuenta, y dijo:

–Todavía estaré con vosotros un poco de tiempo y después
volveré al que me envió. [34] Me buscaréis, pero no me encon-
traréis, porque no podréis ir adonde yo estaré.

[35] Los judíos comentaban entre sí:

–¿Adónde pensará ir este hombre, para que nosotros no seamos capaces de encontrarlo? ¿Tendrá el propósito de dirigirse donde viven los judíos dispersos entre los griegos para enseñar a éstos? [36] ¿Qué habrá querido decir con estas palabras: «Me buscaréis, pero no me encontraréis, porque no podréis ir adonde yo estaré»?

LA PALABRA SE ILUMINA

Si bien los peregrinos llegados a la capital para la fiesta no sabían nada del proyecto de matar a Jesús urdido por los jefes del pueblo, no era éste el caso de algunos habitantes de Jerusalén. Éstos, en efecto, expresan varias opiniones sobre la personalidad y la obra de Jesús (vv. 25s).

Algunos se sorprenden de que Jesús pueda hablar de manera libre y en público, en el templo, sin ninguna dificultad ni oposición, y piensan en una posible conversión de las autoridades judías al Jesús-Mesías. Otros conocen tan bien las concepciones mesiánicas del tiempo, que hablaban del origen misterioso del que debía venir sobre las nubes del cielo, que excluían sin la menor vacilación toda referencia a la persona del Nazareno, cuya procedencia galilea y su origen familiar conocían. Juan no esconde aquí una pizca de ironía, algo habitual en él. La verdad es que los jefes del pueblo no se han convertido, para reconocer en Jesús al Mesías. Y, por otra parte, su pretensión de conocer el origen misterioso del Mesías es falsa, porque desconocían el verdadero misterio de su procedencia. Ellos creen saber el origen de Jesús, creen saber quién es, pero no consiguen ir más allá de su limitado horizonte. No saben que Jesús viene de Dios y que su origen es éste.

Jesús, ante estas diferentes opiniones, plantea el problema de una manera distinta: no es por el conocimiento del origen humano como hay que reconocer al Mesías,

sino sólo por el hecho de haber sido enviado por Dios. Los judíos pueden conocer el origen terreno de Jesús, pero no el celestial, que esconde la personalidad del Profeta. Y Jesús apela, en lo que se refiere a su origen celeste, a la misma autoridad de Dios, que le ha enviado. Jesús no ha venido por sí mismo. Su misión la ha recibido directamente de Dios, que no engaña. En efecto, como el Padre está en el origen de su enseñanza y de su poder de trabajar en sábado, así la totalidad de su misión procede de Dios. Quien no conoce el origen divino de Jesús no conoce al Mesías ni conoce al mismo Dios. Jesús, en cambio, conoce al Padre, porque vive siempre en él, tiene su origen en él y encuentra en él la raíz de su obra. Es el Mesías.

LA PALABRA ME ILUMINA

Las reacciones entre los oyentes, tras las valientes palabras de Jesús, no se hacen esperar. Algunos intentan capturarle, «*pero nadie se atrevió a ponerle la mano encima, porque todavía no había llegado su hora*» (v. 30). Otros, entre la muchedumbre, aceptan su doctrina y reconocen los signos que realiza, y le siguen (v. 31). Los responsables del pueblo, sacerdotes y fariseos, al oír un juicio tan favorable sobre la obra de Jesús, se alarman y, como temen que Jesús sea bien aceptado, mandan guardias para arrestarle. Sin embargo, Jesús, al ver a sus enemigos ante él, no se hace ilusiones sobre su futuro (vv. 33s). Seguirá aquí abajo todavía durante algún tiempo y después volverá al Padre. Con sencillez y un perfecto control, anuncia que lleva las riendas de su destino y que le buscarán en vano después de la muerte. Su partida de este mundo y su retorno al Padre tendrán consecuencias trágicas para quienes no han comprendido el tiempo favorable de la salvación, porque ya no podrán seguirle. Para estar con Jesús es necesario seguir-

le *ahora* en su camino de verdad y de amor, en la entrega de uno mismo hasta pagar con la propia persona. Con todo, hay muchos hombres que no están dispuestos a seguir al Maestro y se abren así con sus propias manos un camino de muerte.

Los que escuchan a Jesús no comprenden la profundidad de sus palabras y las interpretan de una manera terrena: creen que tiene la intención de irse con los judíos de la diáspora (v. 35). A la equívoca ironía de Juan, expresada en las preguntas de los opositores de Jesús, que piensan en un intento del Maestro de buscar más éxito entre los paganos, se opone una profunda verdad que preanuncia también un tiempo de salvación para los paganos. Se abre para todos –también para nosotros– el tiempo de la manifestación de un Dios que ama sin límites (cf. 12,20-26), pero se abre igualmente el campo de las hostilidades entre los hombres y Dios, que concluirá en la cruz con la derrota de los enemigos de Jesús y con su retorno glorioso al Padre.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Jesús, cuántas falsas opiniones se propalaron sobre ti por parte de los jefes del pueblo y de tu gente. No faltaron, sin embargo, algunas personas que creyeron en ti, aunque fueron pocas. Los hombres se dividen siempre respecto a lo que hiciste y algunos traman pensamientos de muerte. Tú, en cambio, te mostraste claro sobre tu identidad y sobre tu misión tanto al hablar en público como en privado. Dijiste que estarías aún durante breve tiempo entre nosotros y, después, volverías al Padre, que te envió. Señor, enséñanos a leer en tu vida el proyecto del Padre y a imitarte en tu plena disponibilidad con nuestros hermanos, como tú la viviste en obediencia al Padre por nuestra salvación. Espíritu que eres luz, ayúdanos a intuir en nuestro acontecer personal y en el de nuestra actualidad más amplia la voz de Padre que nos llama a la conversión, que nos exhorta a realizar con él el Reino de la paz y de la verdad.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

«*Porque todavía no había llegado su hora*» (Jn 7,30). No se refería a la hora en la que se le obligaría a morir, sino a aquella en la que se dignaría dejarse matar. Jesús esperaba el momento en que habría de morir, porque había esperado el tiempo en que había de nacer. De este tiempo dice el apóstol: «*Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo*» (Gál 4,4). El Señor vino y nos liberó de la esclavitud del tiempo. Liberados del tiempo, también nosotros llegaremos a la eternidad, donde no existe el tiempo. Ya no se dirá: «¿Cuándo llegará la hora?», porque el día es allí siempre eterno y no está precedido del ayer ni seguido del mañana. En este mundo, en cambio, vuelan los días –unos pasan, otros llegan: ninguno se queda–, y los momentos en los que hablamos se empujan el uno al otro, y no permanece la primera sílaba, a fin de que pueda dejarse oír la segunda. Desde que empezamos a hablar ya hemos envejecido, y no cabe duda de que ahora soy más viejo que esta mañana, porque nada se detiene, nada queda fijado en el tiempo. En consecuencia, debemos amar a Aquel por medio del cual fueron creados los tiempos, de modo que seamos liberados del tiempo y podamos establecernos en la eternidad, donde no existe la mutabilidad de los tiempos. Con un acto de gran misericordia es como nuestro Señor Jesucristo se hizo hombre temporal por nosotros, él, por cuyo medio fueron creados los tiempos: se hizo criatura en medio de las cosas creadas, él, por cuya mediación todo fue creado. Volved a la pasión y miradle crucificado. Mientras estaba colgado en la cruz dijo: «*Todo está consumado*» (Jn 19,30). Reclinada

la cabeza, entregó el espíritu. Considerad la potencia del Señor muriendo, que esperaba, para morir, que se hubiera consumado todo lo que se había predicho de su muerte. Había en él una potestad soberana. No estaba obligado a morir en una hora determinada, sino que esperaba «su hora», la hora en la que se habría consumado una voluntad libre (Agustín de Hipona, *Commento al Vangelo di Giovanni*, Roma 1984, 448-450, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Todavía estaré con vosotros un poco de tiempo y después volveré al que me envió» (v. 33).

CAMINAR CON LA PALABRA

El primer paso del conocimiento de Dios es el de una esmerada distinción entre lo que viene del hombre y lo que viene de Dios: tener el valor de ser capaces de distinguir en nosotros lo que es puramente nuestro de lo que es de Dios. Cuando aceptemos lo que viene del hombre, debemos reconocerlo claramente como procedente del hombre y no atribuir a Dios lo que, en cambio, es maquinación nuestra, montaje nuestro. Esto significa sentirnos sinceramente pecadores. Y, al mismo tiempo, reconocer que Dios se hizo para nosotros Palabra viva en Cristo. El símbolo del cuarto evangelio es esto: todo el universo, el cosmos, está envuelto por el misterio, por el gran silencio que es Dios. Ahora bien, Dios habla, ha hablado en la creación, ha hablado a través de los profetas y, por último, sigue hablando una Palabra hecha de carne humana, que es Cristo. El Cristo-Dios se ha revelado plenamente como vida que muere, aniquilada por el pecado, para que el pecador se aniquile a sí mismo y recupere la vida.

Para nosotros los cristianos, el conocimiento de Dios no consiste, por consiguiente, en otra cosa que en tomar el camino in-

dicado por Cristo. El conocimiento de Dios no es evasión de las responsabilidades de la historia, no es evasión del tiempo para sumergirnos en fantasías místicas, sino que es un conocimiento profundo que, purificando nuestro ser día tras día, nos permite separar de una manera perspicaz lo que es verdadero y eterno de lo que es transitorio y, por consiguiente, no verdadero. A continuación, nos ayuda a resituar los valores de la vida en su justa jerarquía, a dar la importancia adecuada a la vida y a la muerte; a dar importancia a la existencia en orden a Dios y a redescubrir a Dios en el misterio de las cosas según el orden adecuado. En consecuencia, no se trata de un conocimiento intelectualista, como cabría esperar de las filosofías humanas, sino de un conocimiento esencialmente histórico, vital, como cabe esperar de Dios, sentido como una realidad que penetra en la misma historia para transformarla y santificarla. Cuando nosotros nos comprometemos a realizar el designio divino no disponemos de otro camino que no sea éste: el de morir para alcanzar a Dios. Morir a nosotros mismos, para resucitar y estar más maduros, para llegar a ser más nosotros mismos y sentirnos en armonía con el cosmos y en comunión con él. Sólo entonces conoceremos a Dios (D. M. Turoldo, *Il Vangelo di Giovanni*, Milán 1997, 119-121, *passim*).

Jesús se revela en el templo
(Jn 7,37-52)

37 El último día, el más importante de la fiesta, Jesús, pues-
to en pie ante la muchedumbre, afirmó solemnemente:

–Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba. 38 Como dice
la Escritura, de lo más profundo de todo aquel que crea en mí
brotarán ríos de agua viva.

39 Decía esto refiriéndose al Espíritu que recibirían los que
creyeran en él. Y es que aún no había Espíritu, porque Jesús
no había sido glorificado.

40 Al oír a Jesús manifestarse de este modo, algunos afir-
maban:

–Seguro que éste es el Profeta.

41 Otros decían:

–Éste es el Mesías.

Otros, por el contrario:

–¿Acaso va a venir el Mesías de Galilea? 42 ¿No afirma la
Escritura que el Mesías tiene que ser de la familia de David y
de su mismo pueblo, de Belén?

43 Había, pues, una gran división de opiniones acerca de
Jesús.

44 Algunos querían detenerlo, pero nadie se atrevió a ponerle
la mano encima. 45 Los guardias fueron donde estaban los jefes
de los sacerdotes y los fariseos, y éstos les preguntaron:

–¿Por qué no lo habéis traído?

46 Los guardias contestaron:

–Nadie ha hablado jamás como lo hace este hombre.

47 Los fariseos les replicaron:

–¿También vosotros os habéis dejado seducir? [48] ¿No os dais cuenta de que ninguno de nuestros jefes ni los fariseos han creído en él? [49] Lo que ocurre es que esta gente, que no conoce la ley, se halla bajo la maldición.

[50] Uno de ellos, Nicodemo, el mismo que en otra ocasión había ido a ver a Jesús, intervino y dijo:

[51] –¿Acaso nuestra ley permite condenar a alguien sin haberle oído previamente para saber lo que ha hecho?

[52] Los otros le replicaron:

–¿También tú eres de Galilea? Investiga las Escrituras y llegarás a la conclusión de que los profetas jamás han surgido de Galilea.

LA PALABRA SE ILUMINA

Comienza en esta sección –la de los últimos días de la fiesta– la segunda parte del discurso de Jesús, ligada a la precedente. Su persona y el origen del Padre están siempre en el centro de la revelación. Juan afirma, de una manera decidida, que la salvación se encuentra únicamente en Cristo y no en las celebraciones religiosas judías. Sin embargo, a este tema teológico se le asocian otros, como la presentación que hace Jesús de sí mismo como fuente de agua viva para todo el que quiera satisfacer su propia sed de felicidad.

La magna fiesta judía de las tiendas llega a su término. El séptimo día, el más importante de todos, el que precede a la clausura, Jesús toma apoyo en los ritos que se celebran para realizar su revelación. Es particularmente solemne el momento de la mañana en el que se desarrolla la procesión de la fuente de Siloé, después de que el sumo sacerdote haya cogido agua con un ánfora de oro. Esta agua se derramaba junto con el vino sobre el altar de los holocaustos, después de haberle dado siete vueltas, todo ello entre las aclamaciones alegres y el canto del pueblo con textos de Isaías (12,3-6) y del Halel (Sal 113-118). Jesús declara de una manera

solemne, en esta hora cargada de religiosidad, que sólo él es quien sacia toda necesidad y todos los deseos más secretos. Él es la roca de donde brotan las aguas. Él es la fuente de la vida y de la salvación, que calma la sed de todo el que cree en él. El creyente alcanza de Cristo, por consiguiente, el agua, que es la Palabra de Dios. El creyente debe saborear y asimilar interiormente esta agua para tener felicidad y vida. Si bien, por una parte, Jesús invita a creer en él, por otra preanuncia la acción del Espíritu, que fecundará el corazón de los creyentes. En consecuencia, el discípulo podrá alcanzar la fe, la interiorización, el conocimiento de Jesús, sólo con una condición: *ser dócil a la obra del Espíritu Santo,* el Espíritu de la verdad que Jesús enviará cuando vuelva al Padre. Ahora bien, ¿a qué acontecimiento se refiere el evangelista concretamente? Al momento de la exaltación de Jesús en la cruz.

Juan se toma muy a pecho subrayar un principio fundamental: *el Mesías es la única persona que cuenta.* La única ley en vigor para el cuarto evangelio es la Palabra de Dios que Jesús anuncia, viviendo entre los hombres, con su vida y su obra.

LA PALABRA ME ILUMINA

Después de que Jesús hubiera pronunciado las palabras precedentes en la hora más sugestiva de la fiesta, la multitud reacciona con una variedad de opiniones discordantes. Algunos se sienten entusiasmados con él y le reconocen como profeta. Otros confiesan que tienen al Mesías entre ellos. Otros aún se escandalizan de su humilde origen galileo, conscientes de que el Mesías debe nacer, tal como dicen los textos proféticos, en Belén de Judea (cf. 2 Sm 7,12-16; Sal 89,4s; 132,11; Miq 5,1s; Jr 23,5s). La multitud se divide, ante el Maestro, entre los que quieren exaltarle y los que desean arrestarle. Para

Juan, que pone de manifiesto en el texto precedente una fuerte polémica entre la Iglesia primitiva a finales del siglo I y el judaísmo de la época, pero que hoy, en un clima de recuperado diálogo, se podría superar y ver de modo diferente, para Juan –decíamos– el rostro de sus opositores está ahora realzado en los detalles. Son lo opuesto al rostro de Jesús, que no condena, sino que cura y libera con gestos de amor semejantes a los del Padre. Es siervo del hombre y no su acusador. Los jefes del pueblo, en cambio, como ya han decidido la muerte de Jesús, han condenado al Nazareno contra la ley de Moisés, que requiere antes que nada un proceso regular (cf. Lv 19,15; Dt 1,16s; 19,15-20). Nicodemo es el único que pide que se proceda según la justicia. Sin embargo, los jefes, haciéndose fuertes en la Escritura, que no sitúa el origen del Mesías en Galilea, dejan de lado la protesta de su colega (Jn 7,52). La oscuridad del origen de Jesús en Nazaret es uno de los motivos por los que no se da crédito al Maestro. Con todo, la semilla escondida se había preparado para fructificar en el pueblo de Nazaret. Jesús había alcanzado, en la vida oscura y cotidiana que llevó en Galilea, rodeado de personas que con frecuencia no le comprendían del todo, algo grande: hacerse hombre entre los hombres. El evangelista puede cerrar ahora esta parte del desencuentro entre Jesús y las autoridades judías, haciéndonos percibir ya a nosotros, los lectores, que la vida del Maestro de Nazaret se dirige hacia el epílogo de la cruz.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Jesús, no fuiste comprendido por los jefes de tu pueblo y te rechazaron. Sólo unas pocas personas, como Nicodemo, intentaron defenderte, pero no consiguieron que alguien las escuchara. También nosotros, en nuestro mundo, intentamos tímidamente defender a aquellos

que son injustamente perseguidos y condenados. Señor, el drama que tú padeciste perdura aún en la historia humana: seguimos sin saber leer la experiencia negativa del pasado para corregirnos y obrar con justicia. Por desgracia, también nosotros formamos parte de esa categoría de personas. Ayúdanos a ser coherentes con el Evangelio que tú nos anunciaste, para hacer prevalecer el amor sobre la violencia, la paz sobre la división, la justicia sobre la conveniencia, la verdad sobre las apariencias.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Oh bienaventurado Jesús, qué diferente es la alegría con la que en este tiempo consuelas a los que renuncian a la falsa y engañosa alegría del mundo; cuánto más vale tu misericordia que la vida. Tú, con tu misma pobreza, haces a tus pobres más felices que cuanto pueda hacerles el mundo con su gran abundancia. Y cuántos bienes brotaban de aquel de cuyo seno manaban los ríos de agua viva. No sólo brotaba del corazón la benevolencia de la caridad, sino que brotaba de su boca, con la impetuosidad de un torrente, el efluvio de la palabra a la que ninguno de sus adversarios podía resistir o contradecir, como se dice de Esteban: «*No podían resistir a la sabiduría y al Espíritu que hablaba en él*» (Hch 6,10). A estas alegrías, hermanos, os invita en este tiempo vuestro Consolador. Con este torrente de sus delicias desea saciar la sed de las mentes sedientas de aquellos que le aman. «*Si alguien tiene sed* –dice–, *que venga a mí y beba*» (Jn 7,37).

Oh generosidad de Dios que fluye de manera abundante, oh munificencia de la divina bondad que nunca disminuye. A todos ofrece el Espíritu cuyas primicias dio a los apóstoles. Ha abierto su tesoro, fuente de agua viva, tanto a los hombres como a las bestias, como si él

mismo estuviera en deuda con todos: con los sabios y con los necios. «*Todos los que tenéis sed* –dice– *venid al agua*» (Is 55,1). Mira: no hace distinción de personas, no distingue las condiciones, no exige méritos: que venga todo el que tiene sed. A buen seguro, la gracia no recibe a los que están saciados; más aún, del mismo modo que llena de bienes a los hambrientos, envía con las manos vacías a los ricos (cf. Lc 1,53) (Guerrico de Igny, «Primo sermone per la Pentecoste», en íd., *Sermoni,* Magnano 2001, 465s; edición española: *Sermones litúrgicos I y II. Camino de luz,* Monte Carmelo, Burgos 2004).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba*» (v. 37).

CAMINAR CON LA PALABRA

El Señor se define como alguien que es capaz de aplacar todo tipo de sed (Jn 7,37s). Tener sed significa poseer el deseo, y el deseo es la condición para ser satisfechos por el Señor. Ahora bien, satisfacer significa, aquí abajo, atizar aún con más violencia el fuego. De ahí que, con sus gracias, sólo aplaca la sed en la medida en que el beneficiado sienta todavía una sed mayor para una satisfacción más plena. Entrega una sed más pura. Así, un hombre puede tener sed de fe y, a través de su propia necesidad de verdad, puede llegar al Señor. El Señor apaga esta sed dándole la fe, de suerte que de ahora en adelante tal vez no tenga más dudas. Ahora bien, en cuanto está realmente lleno de fe, es presa del deseo de comunicarla también al prójimo. Y esto tanto más cuanto más cree. Su deseo de distribuir los bienes obtenidos se extiende tanto más cuanto más los distribuye. Así, la segunda sed es mucho más ardiente que la primera. En efecto, cuando el Señor calma una sed, lo hace infundiendo amor, y este amor comienza a su vez a brotar de inmediato y a

transformarse en una nueva sed de entrega. Sin embargo, la sed de entregarse es mucho más ardiente que la sed de recibir. La primera era sed de amor; la segunda es la sed experimentada por el mismo amor, que tiende por su propia naturaleza a crecer hasta el infinito. La primera sed estaba todavía ligada a la propia persona, estaba dirigida a sí misma y a su propia satisfacción, pero esto se vuelve ahora completamente secundario, pues lo importante es sólo el vínculo con el Señor, el don del Señor. Así, el agua que un sediento acoge y recibe del Señor brota de nuevo de él con amor. Y lo que alguien recibe del Señor, lo que basta en un primer momento para calmar su sed, se multiplica de repente en él hasta tal punto que da nacimiento a ríos enteros. Así, todo se vuelve desmesurado e incalculable, porque el líquido ingerido ya no está destinado a él, sino a los otros, a los que él mismo debe ahora calmar su sed (A. von Speyr, *I discorsi polemici,* Milán 1989, II, 109s, *passim*).

Jesús perdona, lleno de misericordia
(Jn 7,53–8,11)

53 Cada uno se marchó a su casa. 8,1 Jesús se fue al monte de
los Olivos. 2 Por la mañana temprano volvió al templo y toda
la gente se reunió en torno a él. Jesús se sentó y les enseñaba.
3 En esto, los maestros de la ley y los fariseos se presentaron
con una mujer que había sido sorprendida en adulterio. La
pusieron en medio de todos 4 y preguntaron a Jesús:

–Maestro, esta mujer ha sido sorprendida cometiendo
adulterio. 5 En la ley de Moisés se manda que estas mujeres
deben morir apedreadas. ¿Tú qué dices?

6 La pregunta iba con mala intención, pues querían en-
contrar un motivo para acusarlo. Jesús se inclinó y se puso a
escribir con el dedo en el suelo. 7 Como ellos seguían presio-
nándole con aquella cuestión, Jesús se incorporó y les dijo:

–Aquel de vosotros que no tenga pecado puede tirarle la primera piedra.

8 Después se inclinó de nuevo y siguió escribiendo en la tierra.

9 Al oír esto se marcharon uno tras otro, comenzando por
los más viejos, y dejaron solo a Jesús con la mujer, que conti-
nuaba allí delante de él. 10 Jesús se incorporó y le preguntó:

–¿Dónde están? ¿Ninguno de ellos se ha atrevido a condenarte?

11 Ella le contestó:

–Ninguno, Señor.

Entonces Jesús añadió:

–Tampoco yo te condeno. Puedes irte y no vuelvas a pecar.

LA PALABRA SE ILUMINA

Los exégetas consideran, por lo general, el episodio de la adúltera como no perteneciente a Juan. Fue insertado en un momento posterior a la primera redacción del evangelio, aunque el fragmento se basa, a buen seguro, en una sólida tradición histórica y está en armonía con las narraciones y las parábolas del evangelista Lucas (cf. Lc 7,36-50). El género y el estilo literario, el lenguaje y la descripción de los personajes aproximan el relato a los sinópticos. Con todo, prescindiendo de los problemas de crítica literaria y del hecho de que el fragmento interrumpe el discurso de Jesús con ocasión de la fiesta de las tiendas (capítulos 7–8), el texto conserva su valor religioso como Palabra de Dios. Y, en línea con la teología joánica, sirve para comentar de una manera egregia todo lo que el evangelista lleva dicho: «*Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo por medio de él*» (Jn 3,17).

Jesús está completamente pendiente de iluminar a la gente sencilla con su Palabra, cuando, de improviso, se abre el círculo de los que le escuchan. Los escribas y los fariseos llevan ante él a una mujer sorprendida en flagrante adulterio. La pobrecilla, puesta «*en medio de todos*» (v. 3), entre Jesús y la muchedumbre, se convierte de inmediato en el símbolo de la controversia entre el Hijo de Dios y sus adversarios. Los jefes de los judíos la condenan apoyándose en la ley judía, que castiga con la muerte a los adúlteros (Lv 20,10; Dt 22,22-24). El contraste entre la severidad de los unos y la misericordia de Jesús es evidente en este fragmento. Los acusadores no han venido al Maestro para preguntarle su opinión y aprender cómo juzgar a una persona en casos semejantes, sino para tenderle una trampa. En efecto, si Jesús se inclina por la ley y la severidad, dando curso a la lapidación, pierde su halo de mansedumbre y bondad que tanto fascina a la gente; si se comporta con misericordia, transgrede la ley, que él mismo había dicho no haber venido a derogar, sino a cumplir. Es imposible escapar a una pregunta de vida o muerte tan fundamental: va en ello la misericordia de Dios.

Jesús no dice palabra. Como si no hubiera pasado nada, «*se inclinó y se puso a escribir con el dedo en el suelo*» (v. 6b). ¿Qué sentido tiene este gesto con su carácter enigmático? Tal vez sirva para invitar a todos a la calma y hacer reflexionar así a los acusadores sobre sus intenciones violentas; es posible que, como piensa san Jerónimo, se trate de una referencia al texto de la Escritura en el que se dice que los nombres de los pecadores están destinados a la muerte (cf. Jr 17,13). La explicación más próxima a la intención del Maestro es la que ve en el gesto del escribir en el suelo la negativa de Jesús a emitir un juicio (cf. Jn 8,15)

LA PALABRA ME ILUMINA

Jesús no acusa a la pecadora. Lo que desea es que nadie se erija en juez de los otros, dado que cada uno de nosotros está sometido al pecado que condena en los otros. Todos deben examinar sus propias intenciones a fin de comprobar el motivo que les impulsa a juzgar para la vida o para la muerte al hermano. Las palabras de Jesús tienen tal fuerza que el auditorio se ve obligado a guardar silencio. Todos los presentes se sienten implicados. Más aún, mientras Jesús sigue escribiendo en el suelo, los más ancianos de los presentes empiezan a marcharse uno tras otro (v. 9). Nadie, ni ayer ni hoy, es inocente ante Jesús y ante su propia conciencia.

En el lugar, una vez se hubieron marchado los acusadores de la pecadora, sólo se quedaron la miseria de la adúltera y la misericordia de Jesús, una frente a otra. La mirada de Jesús, llena de amor, hace brotar del corazón

de la infeliz sentimientos de reconocimiento y de confianza (v. 11). Y Jesús, el único sin pecado, no sólo no la condena, sino que le da la vida. Más aún, le lanza una invitación: «*Puedes irte*», como si le dijera: vuelve a la vida y comprométete con tu futuro, un futuro lleno de esperanza. Anuncia a los hermanos, con la conversión y la novedad del corazón, que, más allá de la ley, están la misericordia y el amor. Es la misma invitación que nos dirige hoy a nosotros.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Jesús, con tu palabra y tu comportamiento concreto ante la mujer adúltera, instauraste una nueva mediación de salvación, que va de persona a persona, emitiendo un juicio de misericordia en nombre de Dios. Tú revelaste la caducidad y la fragilidad del corazón humano, y no entraste en discusiones, sino que actuaste. Pediste al pecador que entreabriera un poco la puerta de su corazón, para que tú puedas entrar y hacer el resto.

Tú nos enseñas que sólo quien tiene fe en tu misericordia posee una vida nueva y es capaz de salir de la red del pecado. Concédenos ser capaces de reconocernos pecadores, de suerte que experimentemos en nosotros mismos tu presencia, que es únicamente perdón y reconciliación, y no juicio de condena.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Adoro tu grandeza, oh Dios, que me creaste en tu amor y que, en Cristo, me salvaste. Gloria a ti, que en tu benevolencia soportaste nuestras impiedades, que en tu compasión soportaste nuestro ser pecadores y en tu dulzura removiste nuestras carencias, y que nos concediste creer en ti, como conviene a tu grandeza. No miraste nuestra maldad, que siempre está ante ti, porque eres un Dios misericordioso. Vences siempre el fuego de nuestros pecados con el rocío de tu gracia.

Señor mío, no me hiciste como un vaso de cerámica, que una vez roto ya no se puede restaurar y una vez abollado ya no se puede volver a obtener el pulido de cuando era nuevo. En tu sabiduría me plasmaste como un objeto de oro y plata que cuando se ennegrece, gracias al refinador que es la pasión de la compunción, vuelve a adquirir el color del sol y vuelve a ser brillante, y, por medio del crisol de la conversión, vuelve a su condición de antaño. En ti está el artesano que limpia nuestra naturaleza y la renueva.

Yo ensucié la belleza del bautismo y estoy sucio, pero en ti recibiré una belleza mejor, porque en ti está la belleza de la creación, que tú volviste a llevar a la belleza que le fue robada en el paraíso terrenal. Oh Cristo, que remueves el llanto de la creación, concédeme el llanto escondido. Esas lágrimas no brotan por un impulso del cuerpo, sino por el ardor en la conversión escondida, ardor que conduce a la verdadera alegría.

Mis pecados, Señor mío, son muchos, pero tu benevolencia es mayor que mis pecados. Mis impiedades aumentan, pero no se pueden comparar con tu misericordia. Cuando mis deudas aumentan, veo, Señor mío, que tu amor es mayor que mis pecados, y me veo reducido al silencio por lo que me he atrevido a hacer. Estoy sometido a la prueba por las visitas que me haces, y me siento maravillado, pues me recompensas en sentido opuesto respecto a lo que yo merecería. Es tu don el que me ha acercado a conocerte y no a tu castigo (Isaac de Nínive, *Discorso* VII, 1-44; edición italiana: *Discorsi ascetici. Terza collezione,* Magnano 2004, 105-119, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Tampoco yo te condeno. Puedes irte y no vuelvas a pecar» (v. 11).

CAMINAR CON LA PALABRA

Cuando alguien se ha equivocado, la manera más segura de hundirle en su obstinación es empujarle a la mala fe, ponerle en el paredón con buenos argumentos para probarle que está equivocado y obligarle a confesar su error. Sin embargo, es muy fácil darse cuenta de que, si se ama la Verdad y en la medida en que se la ama, no se trata de convencer a los otros de sus errores y de empujarles a la confesión de los mismos, puesto que cuanto más se les prueban, más se bloquean en una resistencia que desemboca en la mala fe. En efecto, por haberse embarcado en una mala argumentación, sienten la tentación de hacer trampas, de trucar la balanza de su mente y de volverse definitivamente contra la Verdad.

Cuando se ama la Verdad y cuando se siente la mínima resistencia, se siente también de inmediato que hay que dar marcha atrás: no hay que insistir, no se debe confundir, no es preciso humillar, sino que hay que bajar los ojos como Jesús ante la mujer adúltera y no aprovecharse del hecho de tener razón. Es menester desactivar el amor propio que se ha bloqueado contra lo verdadero; es preciso crear una atmósfera de silencio, de confianza y de humildad que permita al interlocutor volver por sí mismo de sus posiciones, descubrir espontáneamente su propio error y entregarse virginalmente a la Verdad con un movimiento surgido de lo más profundo de su ser.

Se percibe claramente que, si en vez de esto se le pone contra la espada y la pared, quedaría herida en él la Verdad. Ésta se convertiría en víctima de su amor propio, sería pisoteada por su voluntad de triunfar y nosotros seríamos cómplices de esta derrota de la Verdad, con nuestra voluntad de aprovechar nuestras buenas razones. Precisamente aquí es donde sentimos que, para

poner remedio al mal, es preciso pagar con nuestra propia persona y que siempre hay que contrapesar con el amor las solicitaciones y los peligros del amor propio. Entonces podremos intuir inmediatamente que la redención, el sacrificio del Calvario, dejará de tener el significado de una especie de reparación ofrecida a la Majestad divina para desarmar el miedo a Dios, y tomará el significado de desarmar nuestras resistencias, de desarmar nuestro amor propio y nuestra mala fe, y de constituir un inmenso, infinito, contrapeso de luz y de amor a nuestras tinieblas, a fin de que surjamos en un despertar de la conciencia que brota de la Generosidad divina, y entremos en ese descubrimiento maravilloso y absolutamente nuevo en el que reconocemos la Verdad como un Rostro, como una Persona, como una Presencia, como la Luz misma del Amor eterno (M. Zundel, *Ta parole comme une source. 85 sermons inédits*, Quebec 1987, 272s, *passim*).

Jesús y la luz del mundo
(Jn 8,12-30)

12 Jesús volvió a hablar a la gente, diciendo:

–Yo soy la luz del mundo. El que me siga no caminará a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida.

13 Al oír esto, los fariseos le replicaron:

–Estás dando testimonio de ti mismo; por tanto, tu testimonio carece de valor.

14 Jesús les contestó:

–Aunque doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es
válido, porque sé de dónde vengo y a dónde voy. Vosotros, en
cambio, no sabéis ni de dónde vengo ni a dónde voy. 15 Vo-
sotros juzgáis con criterios mundanos. Yo no quiero juzgar
a nadie, 16 y, cuando lo hago, mi juicio es válido, porque no
soy yo sólo el juez, sino que también está conmigo el Padre,
que me envió. 17 En vuestra ley está escrito que el testimonio
dado por dos testigos es válido. 18 Pues bien, un testigo a mi
favor soy yo mismo, pero el otro testigo es el Padre, que me
envió.

19 Ellos le preguntaron:

–¿Dónde está tu Padre?

Jesús les contestó:

–Ni me conocéis a mí ni conocéis a mi Padre; si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre.

20 Jesús dijo esto cuando estaba enseñando en el templo, en el lugar donde se encuentran las arcas de las ofrendas. Sin embargo, nadie se atrevió a detenerlo, porque aún no había llegado su hora.

21 De nuevo les dijo Jesús:

–Yo me voy. Me buscaréis, pero moriréis en vuestro pecado. Vosotros no podéis venir a donde yo voy.

22 Los judíos comentaban entre sí:

–¿Pensará suicidarse y por eso dice: «Vosotros no podéis venir a donde yo voy»?

23 Entonces Jesús declaró:

–Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros pertenecéis a este mundo, yo no.
24 Por eso os dije que moriríais en vuestros pecados. Porque si no creéis que yo soy, moriréis en vuestros pecados.

25 Entonces ellos le preguntaron:

–Pero ¿quién eres tú?

Jesús les respondió:

–Precisamente es lo que os estoy diciendo desde el principio.
26 Tengo muchas cosas que decir y condenar de vosotros. Pero lo que yo digo al mundo es lo que oí de aquel que me envió, y él dice la verdad.

27 Ellos, no obstante, no cayeron en la cuenta de que les estaba hablando del Padre.
28 Por eso Jesús añadió:

–Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, entonces reconoceréis que yo soy. Yo no hago nada por mi propia cuenta; solamente enseño lo que aprendí del Padre.
29 El que me envió está conmigo y no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada.

30 Al oírle hablar así, muchos creyeron en él.

LA PALABRA SE ILUMINA

Tras la pausa debida al episodio de la adúltera perdonada (8,1-11), Juan reabre el debate con la célebre afirmación del Maestro: «*Yo soy la luz del mundo*» (8,12).

El fragmento se sitúa aún en el marco de la fiesta de las tiendas, cuando una gran cantidad de lámparas ya estaban encendidas tanto en el templo de Jerusalén como en las distintas casas judías. Se celebraba así el hecho de la nube luminosa que indicó a los padres en el desierto el camino que debían recorrer: se daba gracias al

Señor por haber sido luz y guía del pueblo. El Maestro, ante este sugestivo escenario, habla aún a los judíos de su divinidad y de su misión. La enseñanza de Jesús, que aquí se aproxima a la de 5,31-39, tiene por objeto su persona. Si es creíble, es porque él actúa como testigo del Padre (8,12-20). El desarrollo de esta perícopa de revelación abarca tres momentos: el significado que asume la autorrevelación de Jesús-luz, el valor de su testimonio y el rechazo opuesto a la palabra del Profeta. Jesús es creíble, además, porque el Padre obra y está presente en él (8,21-30).

El evangelista, al referir las palabras dichas por Jesús, denuncia a los que se cierran a su mensaje. Éstos no conocen a Dios, porque rechazan al Hijo de Dios en la persona del Profeta. En efecto, el rostro de Dios se ha hecho visible en el de Jesús de Nazaret.

LA PALABRA ME ILUMINA

Los enemigos, cada vez más tenaces en su ceguera, no ven la relación que existe entre Jesús y Dios y, en consecuencia, no comprenden que el Maestro hable de Dios como de «*su Padre*». Es en este punto donde el Profeta orienta a sus adversarios hacia el acontecimiento de la cruz-resurrección como momento de revelación y de salvación: «*Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, entonces reconoceréis que yo soy. Yo no hago nada por mi propia cuenta; solamente enseño lo que aprendí del Padre*» (v. 28).

El rabí de Nazaret ya había hecho referencia otras veces a un tiempo en el que el misterio de su persona se manifestaría (cf. 3,14s; 5,25; 6,62; 12,31s). Ese momento está a punto de llegar: será cuando los hombres le crucifiquen y comprendan la gravedad del delito cometido y la verdadera identidad del Hijo de Dios. El verbo «levan-

tar», usado en el v. 28, tiene dos significados: levantar físicamente sobre un palo o bien glorificar o exaltar. Ambos sentidos se cumplen en Jesús. En las predicciones que hace de su muerte en la cruz mediante el levantamiento está la alusión a que su muerte será un acontecimiento que superará a la misma muerte con el triunfo de la plenitud del amor y de la vida. Los que le maten serán, sin saberlo, los instrumentos de su glorificación.

Tras la automanifestación de Jesús como transparencia de Dios y el anuncio del acontecimiento de su muerte y resurrección, el Maestro no se desanima por la incomprensión de unos y la oposición de otros. Sabe que está en unión vital y personal con el Padre, que le sostiene siempre, y por eso, con una fidelidad renovada, se adhiere a su voluntad y realiza el designio de salvación que complace a Dios.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor, ¿cuántas veces te preguntaron los jefes de tu pueblo: tú quién eres? Y pese a tus repetidas afirmaciones sobre tu divinidad y tu filiación divina, no quisieron adherirse a ellas. Cerraron su mente y su corazón a la acción de tu Espíritu de verdad. Éste fue su mayor pecado: no creyeron en ti, el enviado del Padre, el Mesías prometido. Señor Jesús, nosotros, que hemos creído en ti, queremos seguirte y permanecer fieles hasta la cruz y entrar contigo en el misterio pascual, en la pasión, en la muerte en la cruz, y participar contigo en la resurrección.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Como es el Padre, espléndido y deseable, así es su Unigénito en todo. Ambos son una sola luz que brilla y

consuma: luce porque es sabiduría, verdad, santidad y bondad. La sabiduría es, a buen seguro, artífice de todas las cosas (Sab 7,21) y posee todo conocimiento. La verdad, con su luz, vence a las tinieblas del engaño y de toda falsedad. Considerad, por consiguiente, estos testimonios de luz. Ella ilumina a los ciegos y enseña al hombre el saber (Sal 93,10), liberándole de la ceguera y de la ignorancia con que la noche le había recubierto. Es también la luz, con la aparición de improviso de su esplendor, la que disipa las tinieblas, poniendo al descubierto las obras malas. Tú, Señor, no sólo eres la luz suma, sino también la fuente de la luz, y, con el fin de dar a conocer este gran bien y comunicarlo a su criatura, encendiste, como una lámpara, esta luz en los que elegiste para participar en tu vida: nos creaste para que pudiéramos ser felices junto a ti; ofreciste tu salvación a los ciegos y a los enfermos.

Tú, luz infinita que brilla en el seno del Padre, saliste de tu morada y te presentaste en medio de nosotros. Quisiste brillar, además, en lo íntimo de los corazones, a fin de no hacer vana tu obra de salvación permaneciendo en el exterior del hombre. Tú, en tu misericordia, nos alejaste de las tinieblas y nos hiciste santos, atrayéndonos a ti, luz verdadera. Por eso te suplicamos: Luz suave, luz que engendras la vida, ilumina nuestra mente con la luz de tu santidad y de tu bondad y resplandece también de una manera admirable en nuestro corazón (Juan de Ford, *Sermo* VII, 2-5; edición italiana, *Il volto dell'amore*, vol. I, Rímini 2003, 86-90, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«El que me envió está conmigo y no me ha dejado solo» (v. 29).

CAMINAR CON LA PALABRA

¿Cómo podemos decir que Dios es luz? Fundamentalmente, para Juan, «*Dios es luz*» (1 Jn 1,5) porque ha venido Jesucristo. Desde que vino Jesús al mundo, nosotros empezamos a ver. Antes estábamos ciegos, ahora vemos. Como decía el ciego de nacimiento, desde que encontré a Jesucristo en mi vida, desde que escuché sus palabras, la vida se ha vuelto luminosa, clara y orientada para mí; sé quién soy y sé a dónde debo ir y cuál es el sentido de mi existencia. «*El que me siga no caminará a oscuras, sino que tendrá la luz de vida*» (Jn 8,12): tendrá su vida iluminada por el reflejo de la misma vida de Dios.

Jesús es revelación de la luz de Dios. Las cosas adquieren un significado ante Jesús. ¿Qué es el mundo? ¿Qué es mi vida? ¿Qué sentido tiene la muerte, qué sentido tiene la fatiga? ¿Qué sentido tienen los otros y cómo debo comportarme con ellos? Frente a todo esto corremos el riesgo de naufragar, de no saber lo que hacer, de no saber tomar nunca postura. Ahora bien, precisamente por esto Dios es luz.

Cuando leemos en Jn 3,16: «*Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna*», cuando sabemos que detrás de la vida y de la muerte de Jesús se encuentra nuestra vida, ésta adquiere una orientación: sabéis lo que debéis hacer en vuestra vida: debéis amar. El sentido de la vida es el amor y la entrega; todo lo demás, incluida la inteligencia y hasta la conquista del mundo, carece de valor, no permanece, no vence. Estas realidades, si las aceptamos, iluminan nuestra vida. Dios es luz porque me hace comprender que el amor consiste en la entrega de la propia vida. El amor existe porque lo puso Dios en el mundo, y, desde que Dios lo puso, ese amor permanece y transforma también nuestro pobre amor: nos hace a nosotros, pobres y egoístas como somos, capaces de amar.

Todo esto es lo que se encuentra detrás de la afirmación «*Dios es luz*»: es luz porque nos dice que el amor es el sentido de la vida; es luz porque nos dice qué es el amor; es luz porque nos proporciona la convicción de que es posible amar (L. Monari, «*La vita si è fatta visibile*». *Commento alla Prima lettera di Giovanni*, Reggio Emilia s. f., 22-27, *passim*).

Jesús y los verdaderos hijos de Abrahán

(Jn 8,31-59)

31 Dirigiéndose a los judíos que habían creído en él, dijo Jesús:

–Si os mantenéis fieles a mi palabra, seréis verdaderamente
mis discípulos; 32 así conoceréis la verdad, y la verdad os hará
libres.

33 Ellos le replicaron:

–Nosotros somos descendientes de Abrahán; nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Qué significa eso de que seremos libres?

34 Jesús les contestó:

–Yo os aseguro que todo el que comete pecado es esclavo del
pecado. 35 El esclavo no permanece para siempre en la casa,
mientras que el hijo sí. 36 Por eso, si el Hijo os da la libertad, se-
réis verdaderamente libres. 37 Ya sé que sois descendientes de
Abrahán; sin embargo, intentáis matarme porque no aceptáis
mi enseñanza. 38 Yo hablo de lo que he visto estando junto a
mi Padre; vuestras acciones manifiestan lo que habéis oído a
vuestro padre.

39 Ellos le replicaron:

–Nuestro padre es Abrahán.

Jesús contestó:

–Si fueseis de verdad hijos de Abrahán, haríais lo que él
hizo. 40 Vosotros queréis matarme a mí, que os he dicho la
verdad que aprendí de Dios mismo. Abrahán no hizo nada
semejante. 41 Vosotros hacéis las obras de vuestro padre.

Ellos le contestaron:

–Nosotros no somos hijos ilegítimos. Dios es nuestro único padre.

[42] Entonces Jesús les dijo:

–Si Dios fuera de verdad vuestro Padre, me amaríais a mí, porque yo he venido de Dios y estoy aquí enviado por él. No he venido por mi propia cuenta, sino que él me ha enviado. [43] ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Sencillamente, porque no queréis aceptar mi palabra. [44] Vuestro padre es el diablo; le pertenecéis a él e intentáis complacerle en sus deseos. Él fue homicida desde el principio. Nunca se mantuvo firme en la verdad. Por eso, nunca dice la verdad. Cuando miente, habla de lo que lleva dentro, porque es mentiroso por naturaleza y padre de la mentira. [45] Por eso vosotros no podéis creerme, porque yo digo la verdad. [46] ¿Quién de vosotros sería capaz de demostrar que yo he cometido pecado? Pues bien, si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis. [47] El que es de Dios acepta las palabras de Dios, pero vosotros no sois de Dios, y por eso no las aceptáis.

[48] Los judíos le contestaron:

–Con razón decimos nosotros que eres samaritano y que estás endemoniado.

[49] Jesús respondió:

–Yo no estoy endemoniado; lo que hago es honrar a mi Padre; vosotros, en cambio, me deshonráis a mí. [50] Yo no vivo preocupado por mi honor. Hay uno que se preocupa de eso, y es él quien puede juzgar. [51] Yo os aseguro que el que acepta mi palabra no morirá nunca.

[52] Al oír esto, los judíos le dijeron:

–Ahora nos convencemos plenamente de que estás endemoniado. Tanto Abrahán como los profetas murieron, y ahora tú dices que el que acepta tu palabra no experimentará nunca la muerte. [53] ¿Acaso eres tú más importante que nuestro padre Abrahán? Tanto él como los profetas murieron, ¿por quién te tienes?

[54] Jesús respondió:

–Si yo comenzase ahora a defender mi honor, mi defensa carecería de valor. Pero el que vela por mi honor es mi Padre, el mismo del que vosotros decís: «Es nuestro Dios». [55] En realidad no lo conocéis; yo, en cambio, lo conozco. Y si dijera que no lo conozco, sería tan mentiroso como vosotros. Pero yo lo conozco de veras y pongo en práctica sus palabras. [56] Abrahán, vuestro padre, se alegró sólo con el pensamiento de que iba a ver mi día; lo vio y se llenó de gozo.

[57] Entonces los judíos le dijeron:

–¿De modo que tú, que aún no tienes cincuenta años, has visto a Abrahán?

[58] Jesús les respondió:

–Os aseguro que antes de que Abrahán naciera, yo soy.

[59] Ante esta afirmación, los judíos tomaron piedras para tirárselas, pero Jesús se escondió y salió del templo.

LA PALABRA SE ILUMINA

Da comienzo, en esta última perícopa del capítulo 8, una oposición ulterior entre Jesús y sus enemigos sobre el tema «Jesús y los hijos de Abrahán». Los vv. 31-59 constituyen una unidad literaria en torno al tema de la «filiación» y de la «paternidad». Para Jesús, ser hijo significa llevar un estilo de vida que demuestre la dependencia de la paternidad de Dios. Así debe ser también para el discípulo. El vigoroso debate se desarrolla de una manera polémica y llega a su cima en la autorrevelación pública del Maestro sobre su divinidad: «*Os aseguro que antes de que Abrahán naciera, yo soy*» (8,58), a lo que sigue el intento de dilapidar al Profeta. La totalidad del discurso se compone de dos partes: a) la filiación de Dios da la libertad, mientras que la filiación del demonio hace vivir en la mentira (vv. 31-47); b) la paternidad de Jesús y la paternidad de los judíos, puesta de relieve por la relación entre Jesús y Abrahán (vv. 48-59).

Jesús, en una encendida disputa con sus interlocutores, que pretenden ser hijos de Abrahán por descendencia genealógica, apela a la filiación espiritual, la que viene de Dios. Jesús, después de haber explicado a sus adversarios su paternidad y el motivo de su falta de fe en él como Revelador escatológico que libera al hombre del pecado, ha revelado el designio de amor del Padre y el hombre a sí mismo, pero ellos lo han rechazado. En esto consiste su pecado.

Ahora bien, su responsabilidad es grave: ellos pertenecen a la estirpe de la serpiente (Gn 3,15); los discípulos del Maestro, en cambio, son hijos de Dios y de la verdad, porque acogen y conservan la palabra de Jesús, que da salvación y vida. Sólo en el creyente residen la verdad y la auténtica alegría. El conocido exégeta Ignace de la Potterie afirma: «Él puede morar en la comunión del Padre y del Hijo, y practicar el amor fraterno con los hermanos; la verdad interior es la fuente fundamental de todo su obrar. La mentira, por el contrario, se expresa en la palabra que se dirige a los otros; se da, en el que miente, la manifestación de un vacío interior, el signo de la ausencia de verdad».

LA PALABRA ME ILUMINA

Tras la encendida controversia con los jefes de los judíos, la fractura entre Jesús y sus enemigos es un hecho irreversible, que se traduce en dos mentalidades opuestas e irreductibles, en sintonía con el mundo de Dios o con el del diablo. A Jesús no le queda otro remedio que guardar las distancias respecto a sus enemigos, afirmando que el mismo Abrahán, como Moisés, es su testigo (cf. 5,45-74). Abrahán vio el tiempo futuro de la salvación, vislumbró como en visión el tiempo mesiánico y se alegró de ello. Por eso, Jesús, que fue deseado y venerado por el mismo Abrahán, es más grande que todos los profetas y patriarcas. La incomprensión de los adversarios es clara. Trastornan las intenciones del Maestro. No han conseguido, una vez más, entrar en la dimensión en la que habita el Espíritu de Dios. Ahora no le queda a Jesús más que la solemne proclamación de su divinidad, que cierra el largo y dramático debate con sus opositores: «*Os aseguro que antes de que Abrahán naciera, yo soy*» (v. 58). Nos encontramos en el momento sumo de la revelación de Jesús en todo el diálogo. Jesús

se proclama Dios, el Preexistente, el Viviente. Él es Dios para nosotros.

Los interlocutores de Jesús no pueden tolerar semejante afirmación e inmediatamente ponen en ejecución su proyecto homicida por medio de la lapidación, según lo que prescribe la ley de Moisés. Pero el Maestro se esconde y sale del templo, consciente de que todavía no ha llegado su «*hora*». La luz de la revelación desaparece durante un tiempo ante la negativa de los enemigos a reconocer su divinidad.

El amplio debate nos conduce al tiempo incandescente del evangelista, cuando existía una viva oposición entre la sinagoga y la comunidad joánica. Trascendiendo el tiempo del evangelista, este mensaje es una invitación que nos define sobre la base de nuestra opción. El rechazo a la acogida de Jesús como revelador del amor infinito del Padre no tiene que ver únicamente con los contemporáneos del Maestro, sino que es el rechazo del mundo, que no se abre a la salvación.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Jesús, cuando hablaste a los judíos presentaste un verdadero programa de vida con la estupenda síntesis de tu mensaje: «*Si os mantenéis fieles a mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; así conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres*» (vv. 31s). Ser libre o ser esclavo: éste es el verdadero dilema al que cada uno de nosotros debe enfrentarse en la vida. Haz, Señor, que en nuestras decisiones cotidianas busquemos siempre la libertad y pongamos toda nuestra confianza en ti, como Abrahán siguió la voz de Dios. En nuestro camino, queremos buscar siempre tu voluntad, pertenecerte y no «enroscarnos» en una búsqueda estéril de nosotros mismos. Concédenos alcanzar la felicidad que tú has pre-

parado para los discípulos que te siguen con amor y fidelidad.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

El Señor no monta en cólera frente a los insultos y no responde con palabras ultrajantes. ¿Qué nos sugiere esta actitud, sino el silencio sobre las culpas también verdaderas en el momento en el que recibimos del prójimo insultos y calumnias? Él confía el juicio al Padre para estimularnos de una manera eficaz a ser pacientes. Sin embargo, así como los buenos se vuelven también mejores frente a las ofensas, así los malvados se vuelven peores incluso recibiendo el bien. Las mentes incrédulas, incapaces de comprender las Palabras eternas, toman piedras e intentan lapidar a aquel al que no conseguían comprender. El modo como se comportó Cristo frente al furor de quienes querían lapidarle está expresado con estas palabras: «*Jesús se escondió y salió del templo*» (Jn 8,59). Experimentamos sorpresa al ver a Cristo huir de sus perseguidores y esconderse, siendo que, si hubiera querido recurrir a su divino poder, con un solo ademán de su voluntad los habría vuelto impotentes en el mismo acto en que le iban a lapidar o les habría golpeado haciéndoles morir de inmediato. Sin embargo, como había venido a sufrir, no quiso ejercer esta justicia rigurosa. ¿Qué nos enseña en esta circunstancia, sino a huir con humildad de la ira de los violentos incluso cuando podríamos resistirles? Que nadie, al recibir ofensas, se deje arrastrar por la ira ni responda con el insulto. En efecto, según el mismo ejemplo de Dios, es mayor el mérito del que huye de la injuria callando que el de quien piensa salir victorioso respondiendo a ella. En consecuencia, al recibir una ofensa intentemos comportarnos según la afirmación de Cristo: «*Yo no vivo preocupado por mi honor. Hay uno que se preocupa de eso, y es él quien puede juzgar*» (Jn 8,50) (Gregorio Magno, *Omelie sui vangeli*, XVIII, 1-5; edición española: *Homilías sobre los evangelios*, Rialp, Madrid 2000).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Así conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres*» (v. 32).

CAMINAR CON LA PALABRA

Fue una cosa inaudita, que provocó un gran escándalo a los contemporáneos de Jesús, que el hijo del humilde carpintero de Nazaret dijera: «*Os aseguro que antes de que Abrahán naciera, yo soy*» (Jn 8,58). Los que le escuchaban comprendieron muy bien el significado de estas palabras. «Señor» era para ellos exclusivamente el *Adonai*. Sólo al Dios Altísimo y a su gloria se asociaba este título. No consiguieron entender el atrevimiento de Jesús al comportarse como «Señor» porque no lograron comprender que él era el Hijo de Dios. De aquí el origen del drama que tan profundamente ha lacerado al pueblo judío. Este pueblo tal vez hubiera aceptado a un profeta. Sin embargo, por estar excesivamente arraigado en la tradición sagrada de su historia salvífica, no podía aceptar a un hombre que se apropiaba de un nombre tan glorioso, santo y eterno. Y no podía porque no había comprendido todo el alcance salvífico de este nombre, en el que había quedado encerrada, desde la misteriosa manifestación en la zarza ardiente, la promesa de una revelación continua y progresiva: ésta se llevaría a cabo únicamente en Jesús de Nazaret.

En su incapacidad para comprender que este nombre se había encarnado ahora en Jesús, que Jesús era el Yo Soy presente en medio del pueblo, tiene también su origen el drama del Hijo de Dios: el hecho de no ser reconocido por sus contemporáneos fue lo que le llevó a la muerte.

También a la Iglesia primitiva le costó trabajo aplicar este título a Jesús, hasta el punto de que expresó con él su fe en la divinidad de Cristo. En efecto, declarar que Jesús es el Señor no expresaba únicamente el deseo de subrayar el dominio de Cristo sobre los hombres, sino también de profesar su igualdad con el Padre. Resulta conmovedor que en las orillas del lago de Genesaret, en el centro de la «casa de Pedro», en una habitación habilitada como capilla, se hubiera escrito infinitas veces: *Kyrios Adonai*... Toda la decoración de la capilla consistía en este grafito: «Cristo es el Señor», como si se quisiera recordar a todos los visitantes lo esencial de su fe centrada en el señorío de Jesucristo (T. Beck – Giovanna della Croce, *Gesú è il Signore*, Milán 1982, 35s, *passim*).

El ciego de nacimiento: Jesús manifiesta en el signo las obras de Dios

(Jn 9,1-12)

1 Mientras caminaba, Jesús vio a un hombre que era ciego
de nacimiento. 2 Sus discípulos, al verlo, le preguntaron:

–Maestro, ¿por qué nació ciego este hombre? ¿Fue por un pecado suyo o de sus padres?

3 Jesús respondió:

–La causa de su ceguera no ha sido ni un pecado suyo ni
de sus padres. Nació así para que el poder de Dios pueda ma-
nifestarse en él. 4 Mientras es de día, debemos realizar las obras
del que me envió; cuando llegue la noche, nadie podrá trabajar.
5 Mientras estoy en el mundo, yo soy la luz del mundo.

6 Dicho esto, escupió en el suelo, hizo un poco de lodo con
la saliva y lo extendió sobre los ojos de aquel hombre. 7 A con-
tinuación le dijo:

–Ahora ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa «Enviado»).

El ciego fue, se lavó y, cuando regresó, ya veía.

8 Sus vecinos y los que lo habían visto antes pidiendo limosna, comentaban:

–¿No es éste el que se sentaba a pedir limosna?

9 Unos decían:

–Sí, es el mismo.

Otros, en cambio, negaban que se tratase del mismo y decían:

–No es él, sino uno que se le parece.

Pero él decía:

–Soy yo mismo.

10 Ellos le preguntaron:

–¿Y cómo has conseguido ver?

11 Él les contestó:

–Ese hombre que se llama Jesús hizo un poco de lodo con su saliva, me lo extendió sobre los ojos y me dijo: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé». Fui, me lavé y comencé a ver.

12 Le preguntaron:

–¿Y dónde está ahora ese hombre?

Él les dijo:

–No lo sé.

LA PALABRA SE ILUMINA

La escena del milagro tiene lugar en Jerusalén, en un sitio no distante del templo, bajo un pórtico en el que pedía limosna un ciego de nacimiento. Jesús se acerca al infeliz y actúa con gestos sencillos, aunque significativos: «*Escupió en el suelo, hizo un poco de lodo con la saliva y lo extendió sobre los ojos de aquel hombre*» (v. 6). Este gesto simbólico tiene un significado específico para Jesús: es la creación del hombre nuevo formado de lodo (carne) y saliva (el espíritu de Jesús). Jesús pone en el rostro del ciego, es decir, en su realidad de tiniebla, que él ha venido a disipar, el nuevo ser en el espíritu, le unge los ojos e invita al hombre a ser tal ofreciéndole una esperanza.

La realización de este proyecto queda, no obstante, en manos del hombre. Éste podrá ir, libremente, a lavarse o no a la piscina para recobrar la luz (cf. 1,12). Y Jesús le dice expresamente al ciego: «*Ahora ve a lavarte a la piscina de Siloé*» (v. 7). El evangelista interpreta a sabiendas el significado del nombre de Siloé, «Enviado», porque su sentido está relacionado con la acción que Jesús, como enviado del Padre, pide al ciego que realice. El hombre obedece con prontitud a las palabras de Jesús: «*El ciego fue, se lavó y, cuando regresó, ya veía*» (v. 7). La disponibilidad y la fe del ciego, puestas a prueba, reciben el premio de la curación por obra del Maestro y no por obra del agua. Para el evangelista, la piscina es el mismo Jesús, que posee el agua de la salvación mesiánica, donde la persona que vive en la oscuridad puede recuperar la luz de la fe.

Tras la curación del ciego empiezan las polémicas y comienzan las desgracias para Jesús, que ha realizado de una manera benigna una obra de Dios. Nos encontramos frente a la reacción de los que no se abren a la acción del Omnipotente y huyen del proyecto del Padre. Sin embargo, en el caso del ciego, éste ha vivido la fe fiándose de Jesús y dirigiéndose a la piscina del Enviado, cuyo Espíritu sanó al hombre eliminando sus tinieblas.

LA PALABRA ME ILUMINA

El hecho de la curación suscita de inmediato toda una serie de variadas reacciones entre la gente que conocía al hombre ciego de nacimiento. Comienza un proceso sobre lo hecho por Jesús, frente a lo cual cada uno debe tomar posición manifestando sus intenciones secretas.

Se plantean dos cuestiones: la identidad del que ha sido curado y las circunstancias del hecho extraordinario. La primera reacción es la de los «*vecinos*» del ciego y la de quienes le habían conocido antes cuando pedía limosna (8a); éstos afirman o niegan la identidad de la persona curada con motivos dotados de mayor o menor fundamento. Al final, el beneficiario del milagro interviene personalmente en la discusión, obliga a todos a dar su consentimiento a lo que es evidente y afirma su identidad con el que antes estaba ciego. Aclarada la identidad del curado, la gente quiere saber *cómo* ha tenido lugar la curación (v. 10). El hombre curado responde con

sencillez, dice que le ha curado Jesús y cuenta las circunstancias del hecho prodigioso. Esta identificación, que por ahora y en labios del curado es un reconocimiento del poder taumatúrgico de Jesús, marca el punto de partida de su comprensión cristológica. Siguiendo la lógica del relato, se ponen los presupuestos de un proceso que acaba ante el tribunal de los fariseos, dado que el milagro ha tenido lugar en sábado.

De momento, el camino de fe del hombre ciego de nacimiento apenas está en sus comienzos. Jesús es, a buen seguro, para él, un taumaturgo extraordinario, aunque sigue siendo aún un simple hombre. Vive todavía en camino hacia la fe plena, a pesar del don de la luz. Su *disponibilidad* y su *apertura,* sin embargo, constituyen los presupuestos positivos para que pueda ser introducido en el misterio del Hijo de Dios, cuando el mismo Jesús le revele el designio del Padre y le ponga frente a la verdad. El episodio es el icono de nuestra vida. Dirá san Agustín: «El género humano está representado en este ciego, y esta ceguera viene por el pecado del primer hombre, de quien todos descendemos».

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor, todos nosotros nos mostramos ciegos cada vez que nos alejamos de ti, que eres la luz verdadera. El pecado se convierte en nuestra tiniebla y la confesión de nuestra culpa es la luz que nos permite volver a la vida y experimentar la salvación de Dios.

Jesús, haz que tu luz nos libere siempre de las tinieblas del pecado e ilumine nuestro camino hacia ti, sin perder nunca de vista la meta hacia la que está orientada nuestra vida cristiana.

Concédenos, Señor, el valor de dar testimonio ante todos de nuestra fe, como individuos y como comunidad, incluso cuando el credo cristiano resulte una realidad contracorriente, cree sufrimientos e incomprensiones o sea rechazado por nuestros amigos y conocidos.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Habéis escuchado la lectura del evangelio donde se cuenta que el Señor Jesús, *«al pasar, vio un ciego de nacimiento»* (Jn 9,1). Si el Señor, al verlo, no pasó de largo, tampoco nosotros debemos esquivar a alguien al que el Señor no quiere evitar, sobre todo cuando se trata de un ciego de nacimiento, un detalle que no se subraya por casualidad.

El hecho de sanar a un ciego de nacimiento no es, en efecto, fruto de la habilidad, sino del poder divino: el Señor Jesús le devolvió la salud sin ejercer la medicina. Le corresponde al Creador proveer a las deficiencias de la naturaleza, puesto que él es su autor. Por eso añadió: *«Mientras estoy en el mundo, yo soy la luz del mundo»* (9,5), o sea, todos los que está ciegos podrán ver si me buscan a mí que soy la luz. Porque el que ha sido tocado por Jesús ve más.

Reconoce su divinidad y su santidad. Como luz, tocó y la infundió; como sacerdote, prefigurando el bautismo, realizó el misterio de la gracia espiritual. El hecho de que después hiciera lodo y lo extendiera sobre los ojos del ciego significa que había plasmado al hombre del lodo y le devolvía la salud con el mismo lodo. El lodo de nuestra carne recibe la luz de la vida eterna mediante el sacramento del bautismo.

Acércate tú también a Siloé, es decir, a aquel que fue enviado por el Padre. Que Cristo te lave, para que puedas ver. Ha llegado el tiempo. Ven de prisa, para poder decir como aquel ciego, después de haber recuperado la vista: *«Antes era ciego y ahora he empezado a ver. La no-*

che está avanzada, el día está cerca» (Ambrosio de Milán, *Carta* 80, 1-5)

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*Debemos realizar las obras de Dios*» (cf. v. 4).

CAMINAR CON LA PALABRA

La cátedra donde se sientan los fariseos es la más prestigiosa que pueda haber: es la cátedra del templo. Y el saber que ellos están llamados a interpretar y a transmitir es el de la verdad más elevada: la verdad religiosa. En consecuencia, esta cátedra debería estar iluminada por una gran luz. Jesús, por el contrario, ve en ella una gran oscuridad y le parece que los que la ocupan están ciegos. Sin embargo, en el evangelio se alude también a otra cátedra, ésta no oficial, y en modo alguno reconocida. Se trata de una cátedra desde la que se transmite una enseñanza tan original que podríamos calificarla de alternativa: donde hay sufrimiento no se tiene derecho a sospechar ninguna culpa en el que está sufriendo. El problema no es el de explicar –con el riesgo de emitir juicios injustos–, sino el de salvar. La verdadera teología, más que un saber sobre Dios, es realizar las obras de Dios.

¿Qué puede ser más bello que comprometerse a hacer desaparecer las tinieblas y hacer que triunfe la luz? Éstos son milagros para los que no existen tiempos y modalidades que deban ser respetados. El hombre que sufre está por delante de cualquier otra exigencia, aunque sea de orden religioso. Lo que cuenta no es el respeto de una norma religiosa, como la del sábado, sino la escucha del grito que sube del corazón del sufrimiento. Ésta es la lección que transmite Jesús desde su cátedra de profeta itinerante, sin licencia para enseñar. Es, por consiguiente, la de Jesús una cátedra que no rechaza a los pobres y a los analfabetos, sino que acoge precisamente a los rechazados y los pone en la cátedra. Es como si Jesús nos dijera hoy: «Probad a escuchar más a los niños, a los marginados, a los desahuciados, a los encarcelados, a los enfermos, a los viejos. Son ellos, con su sufrimiento y su esperanza, quienes revelan que la verdad salvífica es inseparable del amor». La cátedra más prestigiosa es la que habla de amor. El que ama abre los ojos a la luz. Y sólo quien ama puede convertirse para los otros en una presencia de luz (L. Pozzoli, *Sul respiro di Dios*, Milán 1999, 389-393, *passim*).

Interrogatorio del ciego curado y de sus padres

(Jn 9,13-23)

[3] Llevaron ante los fariseos al hombre que había estado
ciego, [14] pues el día en el que Jesús había hecho lodo con su
saliva y había dado la vista al ciego era sábado. [15] Así que los
fariseos preguntaban a aquel hombre cómo había obtenido la
vista. Él les contestó

–Extendió un poco de lodo sobre mis ojos, me lavé y ahora veo.

[16] Algunos fariseos decían:

–Éste no puede ser un hombre de Dios, porque no respeta el sábado.

Pero otros se preguntaban:

–¿Cómo puede un hombre pecador hacer estos signos?

Esto provocó la división entre ellos.

[17] Entonces volvieron a preguntarle:

–¿Qué opinas tú sobre el que te dio la vista?

Respondió:

–Que es un profeta.

[18] Los judíos no querían creer que aquel hombre había esta-
do ciego y había comenzado a ver. Llamaron, pues, a sus padres
[19] y les preguntaron:

–¿Es éste vuestro hijo, de quien decís que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?

[20] Los padres respondieron:

–Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego. [21] Cómo
es que ahora ve no lo sabemos, ni sabemos quién le ha dado la
vista. Preguntádselo a él, que ya tiene edad suficiente para res-
ponder por sí mismo.

[22] Los padres respondieron así por miedo a los judíos, pues éstos habían tomado la decisión de expulsar de la sinagoga a todos los que reconocieran que Jesús era el Mesías. [23] Por eso sus padres dijeron: «Preguntádselo a él, que ya tiene edad suficiente».

LA PALABRA SE ILUMINA

La escena contempla el interrogatorio del curado y de sus padres. El hombre, que ya había hecho su declaración de los hechos contándolos ante la muchedumbre curiosa, debe repetirla ahora en presencia de los fariseos. Llevado ante los que son los intérpretes de la ley y los defensores de la observancia de los preceptos, el acontecimiento adquiere un carácter oficial por el hecho de haber faltado al precepto del sábado (v. 14). El interrogatorio del curado por parte de los fariseos, con el que se pone en marcha el proceso, comienza no tanto con el hecho de la curación en sí, sino más bien con el modo como el beneficiario del milagro ha recibido la vista. La respuesta del hombre es de lo más sencillo y sintético: «*Extendió un poco de lodo sobre mis ojos, me lavé y ahora veo*» (v. 15). Sin embargo, para los fariseos, fríos legalistas, la infracción al precepto está clara y, por consiguiente, Jesús no puede obrar como enviado de Dios. Nace un claro disentimiento entre ellos. Dada la imposibilidad de encontrar un criterio común de evaluación, a causa de su división, se dirigen al curado para preguntarle lo que opina (v. 17). Los fariseos suponen que el hombre, atemorizado por su autoridad, dará una respuesta desfavorable para Jesús; sin embargo, declara que Jesús es un profeta, un enviado de Dios.

Así las cosas, los fariseos, al no haber salido con bien del intento, recurren a los padres del curado, pensando en la existencia de algún posible fraude en la curación (v. 18ss). No quieren creer el hecho narrado por el que

había sido ciego ni en su testimonio sobre el hombre Jesús.

Los padres, cuando les preguntan, no pueden negar la identidad de su hijo ni el hecho de que había nacido ciego, pero no se pronuncian sobre el *cómo* del milagro y buscan una escapatoria. Una vez afirmada la identidad, se muestran evasivos tanto en lo que respecta a la interpretación de la curación milagrosa como en lo que se refiere a la persona del que ha curado a su hijo. Saben muy bien que una respuesta que no sea grata puede comprometerles para siempre. Por eso niegan que conocen a Jesús y su «obra», por miedo a ligarse a su causa y a su mensaje, que choca contra los límites del judaísmo.

LA PALABRA ME ILUMINA

El evangelista Juan, al hablar del miedo que los padres del curado tenían a los jefes de los judíos, precisa la razón del mismo: reconocer a Jesús como Cristo significaba la expulsión de la sinagoga, y ellos no querían comprometerse (vv. 22s). El miedo de los padres es el mismo que tiene cada uno de nosotros cuando decide dar un «salto» por Cristo. Quien se decide por él encuentra una seguridad mayor que la que temía dejar, mientras que quien no se arriesga permanece en su seguridad, que se convierte, sin embargo, en su miedo.

El interrogatorio de los padres del ciego de nacimiento, que los responsables intentan instrumentalizar y manipular para obtener una confrontación exenta de escrúpulos entre el hijo y sus padres, no alcanza el objetivo que se proponían. Todos los intentos de forzar al hombre curado a abandonar su confianza en Jesús, a pesar de la experiencia vital que ha tenido con él, representan para el evangelista un expediente dramático destinado a describir la situación vivida por los miem-

bros de la Iglesia de su tiempo, obligados con frecuencia a la rendición, so pena de la ruptura de la misma intimidad familiar y la excomunión de la sinagoga, que significaba ser marginados de la vida civil y convertirse en objeto de desprecio en el ambiente judío. Los responsables del pueblo, que habían sido puestos como guías para conducir a los hombres a Dios, se convierten en auténticos ciegos. Y, tanto hoy como ayer, decidirse por Cristo sigue siendo un riesgo: es algo desestabilizador.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor, ten piedad de nosotros cuando las convenciones sociales, el amor al vivir tranquilos o la preocupación por las cosas terrenas nos impidan tomar la decisión justa contigo o no tengamos el valor de comprometernos por el Evangelio. El ciego curado se mostró coherente confesando la verdad sobre ti y dando testimonio de ella ante todos. Libera también nuestro corazón y dirígelo con fe segura hacia la luz de tu Palabra. Entonces, a pesar de nuestra debilidad y miseria, podremos conocer, gracias a tu ayuda misericordiosa, la alegría del encuentro contigo y podremos amar de verdad a los hermanos, siguiendo el ejemplo que tú nos diste.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

¡Qué entusiasmante es combatir por Dios! Es, a buen seguro, verdad: Dios no tiene necesidad de ningún hombre, ni tiene necesidad de todo el género humano. Ahora bien, ante Dios combate aquel que libra la buena batalla para expresar que él existe y es el Señor. ¿Quién ha sido tachado de ser egoísta, sino aquel que realmente, como Cristo, se atuvo a la exigencia de Dios y, fiel a ésta,

amó a los hombres y siguió amándoles aunque fuera perseguido e ignorado? Cuando alguien no aspira más que a las ventajas terrenas, resulta fácil ser amado, tener amigos con los que hacer camarilla. Sin embargo, cuando un hombre se compromete absolutamente, sacrificándolo todo, hasta reducirse a la pobreza, a ser despreciado, expulsado de la sinagoga por atenerse a Dios en el amor a los hombres, entonces que intente poner un anuncio en los periódicos para decir que busca un amigo, pero que añada las condiciones y también la apostilla de que no obtendrá ventaja de ningún tipo: será difícil que encuentre alguno. El mundo no es mejor. Lo máximo que reconoce y ama es –cuando lo consigue– amar el bien y a los hombres, pero de modo que, al mismo tiempo, pueda obtener alguna ventaja para sí y para los otros. El mundo no ve más allá: da un paso más allá y habrás perdido la amistad.

No decimos esto para juzgar, no perdamos el tiempo en esto. Sin embargo, si no quieres ser un traidor con Dios y contigo mismo o con los otros, entonces debes resignarte a que te llamen egoísta. En efecto, tu convicción de que amarte a ti mismo es, en verdad, amar a Dios y de que amar a otro hombre es ayudarle a amar a Dios no interesa en absoluto a tu amigo. Éste observa que si tu vida se remite verdaderamente a la exigencia de Dios, contiene, aunque tú no digas nada, una admonición, una exigencia para él, y esto es lo que quiere eliminar (Soren Kierkegaard, *Gli atti dell'amore,* Milán 1983, 283-291, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*"¿Qué opinas tú sobre el que te dio la vista?" Respondió: "Que es un profeta"*» (v. 17).

CAMINAR CON LA PALABRA

El juicio arranca por una iniciativa de Jesús, que cura a un mendigo que no le pedía nada más que un poco de dinero. Lo cura en sábado, día consagrado al Dios que es amor y que colma siempre las expectativas de los suyos: el abismo de su misericordia sólo se corresponde con el abismo del sufrimiento humano. A decir verdad, se lo arrancan aquí las circunstancias. Jesús *«ve»* de repente a aquel pobrecillo y le responde con todo su ser: no resiste a la llamada de aquella miseria imprevista... De inmediato se produce entre la muchedumbre (cf. Jn 9,9) y entre los fariseos (cf. 9,16) una división, primer síntoma de la «criba» que se va a llevar a cabo en el desarrollo del proceso del que Jesús está ausente. Un rasgo sorprendente es que los fariseos no hacen más que hablar de Dios y de Moisés. No rechazan a Dios, sino el acontecimiento atestiguado por un *«pecador»*. Éstos, en efecto, *«no quisieron creer»*. ¿Creer en qué? No en Dios o en Cristo, sino simplemente en un hecho: no quisieron creer que aquel hombre era ciego y había recuperado la vista (cf. 9,18). Del mismo modo que nosotros nos negamos hoy a admitir el hecho «escandaloso» que pone en tela de juicio nuestras ideas o nuestra vida, así los justos no pueden aceptar lo que no entra en su óptica. Es cierto que interrogan, pero con el fin de obtener la respuesta deseada. *«Vosotros no habéis escuchado»* (9,27), les dice el acusado en el tercer interrogatorio. El diagnóstico es perspicaz. Están tan seguros de su verdad que ya no buscan «descubrir la verdad». *«Nosotros sabemos»*: estas palabras se repiten como un *leitmotiv* (9,24.29). Y puesto que un testigo testarudo les pone contra la pared, obligándoles a pronunciarse entre él y sus convicciones, le «expulsan», rechazando junto con él al Ladrón que ha venido a robarles sus seguridades para conducirles a una experiencia nueva de la fidelidad de Dios (M. de Certeau, *Mai senza l'altro*, Magnano 1993, 121-123, *passim*, existe edición española: *El lugar del otro: historia religiosa y mística*, Katz, Madrid 2007).

Nuevo interrogatorio del ciego curado y encuentro con Jesús
(Jn 9,24-41)

24 Entonces llamaron por segunda vez al hombre que había sido ciego y le dijeron:

–Dinos la verdad delante de Dios. Sabemos que este hombre es un pecador.

25 Él respondió:

–Yo no sé si es un pecador o no. Lo único que sé es que yo antes estaba ciego y ahora veo.

26 Y volvieron a preguntarle:

–¿Qué fue lo que hizo contigo? ¿Cómo te dio la vista?

27 Él les contestó:

–Ya os lo he dicho y no me habéis hecho caso, ¿para qué queréis oírlo otra vez? ¿O es que queréis también vosotros haceros discípulos suyos?

28 Ellos entonces se pusieron a insultarle:

–Discípulo de ese hombre lo serás tú; nosotros somos discípulos de Moisés.
29 Nosotros sabemos muy bien que Dios habló a Moisés; en cuanto a éste, ni siquiera sabemos de dónde es.

30 Él replicó:

–Esto es lo sorprendente. Resulta que a mí me ha dado la vista y vosotros ni siquiera sabéis de dónde es.
31 Sabemos que Dios no escucha a los pecadores; en cambio, escucha a todo aquel que le honra y cumple su voluntad.
32 Jamás se ha oído decir que alguien haya dado la vista a un ciego de nacimiento.
33 Si este hombre no viniese de Dios, no habría podido hacer nada.

34 Ellos replicaron:

–¿Es que también pretendes darnos lecciones a nosotros, tú que estás envuelto en pecado desde que naciste?

Y lo echaron fuera.

35 Jesús se enteró de que lo habían echado fuera y, cuando se encontró con él, le preguntó:

–¿Crees en el Hijo del hombre?

36 El ciego le preguntó:

–¿Y quién es, Señor, para que pueda creer en él?

37 Jesús le contestó:

–Ya lo has visto. Es el que está hablando contigo.

38 Entonces aquel hombre dijo:

–Creo, Señor.

Y se postró ante él.

39 A continuación, Jesús declaró:

–Yo he venido a este mundo para un juicio: para dar la vista a los ciegos y para privar de ella a los que creen ver.

40 Al oír esto, algunos fariseos le preguntaron:

–¿Acaso también nosotros estamos ciegos?

41 Jesús respondió:

–Si estuvieseis ciegos, no seríais culpables, pero, como decís que veis, vuestro pecado permanece.

LA PALABRA SE ILUMINA

Tras el interrogatorio de los padres, el debate del proceso se vuelve más apremiante y pone de nuevo en escena al hombre curado. Los jefes se atreven a explotar ahora la sencillez del joven beneficiario del milagro a fin de que dé su asentimiento al juicio negativo que ellos han emitido sobre el Profeta (v. 24). Con este fin se sirven de su autoridad y de su sabiduría religiosa para atemorizar al pobrecillo: en efecto, los que creen saberlo todo sobre Jesús se encuentran en las tinieblas más desconcertantes, cegados por el orgullo y por la insensibilidad hacia los dolores humanos, presentes con frecuencia

en los pobres y en los que confían en Dios. El hombre no se deja intimidar por sus palabras y, de una manera hábil, rechaza su juicio de condena. Las injurias que dirigen los jefes al hombre, referidas por el evangelista, son las mismas que la sinagoga dirigía a los cristianos en tiempos de la redacción del evangelio; desprecio por Jesús, ignorancia de su origen y superioridad de Moisés respecto al Galileo. Para los jefes, que apelan a la tradición y a la doctrina de Moisés, el debate se resuelve en oposición a Jesús y a quien le sigue. Para los discípulos del Nazareno, confesar a Cristo significa dar testimonio de la verdad bajo la poderosa acción de Dios, que enseña por dentro (cf. 6,45), y estar fuera del judaísmo.

El curado no pierde el ánimo ante los insultos y pone en ridículo el comportamiento y la lógica de los discípulos de Moisés. El joven curado, con palabras sencillas, pero profundas, ha confundido los argumentos de los doctos. Éstos, al no poder soportar semejante fracaso, pasan a las ofensas en el plano personal y acusan al hombre de ser pecador desde su nacimiento. El joven, permaneciendo fiel al que le había sanado, debe pagar un precio caro por el testimonio que ha dado de Jesús-verdad y es expulsado de la sinagoga. El hombre ciego de nacimiento ha probado así que es posible tener *«la luz de la vida»* (8,12) aceptando a la persona de Jesús con la fe y sin separar nunca la luz de la Palabra que nos da Cristo de la luz que es él mismo.

LA PALABRA ME ILUMINA

El joven curado por Jesús ha hecho lo mejor que ha podido para defender a su benefactor ante los que le acusan. Jesús, que se ha enterado de lo que el hombre había sufrido por él, no le deja en su soledad, sino que se reúne con él otra vez para hacerle un regalo todavía más grande que el primero: el de la luz de la plena fe (v. 35).

También es importante para nosotros saber que la fe es adherirse a Jesús y a su revelación, al Hijo del hombre en el que resplandece plenamente la gloria del Padre. Y Jesús se revela como Mesías en la fe, a través del signo milagroso que ha realizado en él. El hombre, invitado a creer en la manifestación de Dios en Jesús, que se presenta en la Palabra y en la iluminación de la fe, proclama con vigor: «*Creo, Señor*» (v. 38). Jesús, luz del mundo, entrega al que había nacido ciego la verdadera luz de Dios. El que era ciego ve ahora con los ojos de la fe que le había dado la vista material. Entonces, tras su profesión de fe, se postra a los pies de Jesús, en un acto de grandísimo respeto y de adoración, reconociendo su divinidad. El hombre que había nacido ciego, expulsado de la comunidad judía como pecador, ha encontrado en Jesús la nueva comunidad mesiánica, el lugar del verdadero culto y el verdadero templo donde adorar a Dios «*en espíritu y en verdad, porque el Padre quiere ser adorado así*» (4,23).

La actitud de los jefes es la opuesta a la del hombre curado. Jesús se ha aproximado a ambos, pero los resultados que ha obtenido son diferentes: el joven ha dado acogida a la revelación del Maestro y se ha convertido en un creyente; los otros no han aceptado a Jesús-luz y se han quedado en su incredulidad. Sólo el hombre espiritual y humanamente maduro supera el apego a las viejas creencias, está abierto a la fe y a la novedad de Cristo.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor Jesús, la historia de este ciego curado proyecta luz sobre nuestro camino de fe en las profundidades del corazón humano, sobre los obstáculos que encontramos en la vida diaria y sobre las luchas que debemos sostener contra el poder de las tinieblas. Nosotros somos, al mismo

tiempo, luz y tinieblas; llevamos en nosotros el poder de cegarnos, de crear falsas evidencias, de fabricarnos razones para no ver. Sabemos que la luz es exigente: nos obliga a romper con nuestras viejas costumbres, a alejar las oscuridades que con frecuencia nos envuelven y a recuperar la pureza y el entusiasmo de la infancia. Señor, danos el coraje de optar siempre por la luz, de enamorarnos de ti, de estar contigo aunque nos cueste subir a la cruz.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Hermanos, todos vosotros «*sois hijos de la luz e hijos del día. No somos de la noche ni de las tinieblas* (1 Tes 5,5). En efecto, la noche está «*avanzada, pero el día está cerca*» (Rom 13,12). Aunque en un tiempo fuimos tinieblas, «*ahora, sin embargo, somos luz en el Señor*» (Ef 5,8). Ahora bien, si a pesar de esto, dado que no somos tinieblas ni hijos de las tinieblas, dijéramos que no padecemos para nada las tinieblas, nos engañaríamos e introduciríamos en nosotros las tinieblas de la muerte, que no merecen ser revestidas de luz. ¿Qué dijo, en efecto, la Luz del mundo, que vino a este mundo para juzgar, a fin de que los no que ven vean y los que ven se vuelvan ciegos? Dijo: «*Puesto que decís: "Nosotros vemos", vuestro pecado permanece*» (cf. Jn 9,39-41). Lo poco que veo es porque tú, Señor, has revestido de luz mi lámpara, pero dado que es poco lo que veo, reviste también de luz, oh Dios mío, mis tinieblas (cf. Sal 17,29).

Oh Dios, que revistes de luz a todas las gentes, de ti cantábamos: «Mira, vendrá el Señor y revestirá de luz los ojos de sus siervos». Has llegado, oh Luz mía; reviste mis ojos de luz para que nunca me duerma en la muerte ni el pecado cierre mis ojos. Has llegado, oh Luz de los fieles, y hoy nos has concedido gozar de la iluminación de nuestras tinieblas. Nos has concedido la luz de la fe; concédenos la luz de la sabiduría. Creo, oh

alma fiel, que precisamente debes progresar por estos grados, debes avanzar por este camino, para llegar, una vez despojada de las tinieblas de este mundo, a la patria del esplendor eterno, donde tus tinieblas se volverán como el mediodía y la noche estará revestida de luz como el día. Entonces verás y estarás en la abundancia, y tu corazón se maravillará y se dilatará cuando toda la tierra se llene de la majestad de la luz sin límites y vea en ti su gloria (cf. Is 60,2-5) (Guerrico de Igny, *Sermón tercero para la Epifanía, passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*Creo, Señor. Y se postró ante él*» (v. 38).

CAMINAR CON LA PALABRA

«Si estuvieseis ciegos, no seríais culpables, pero, como decís que veis, vuestro pecado permanece» (Jn 9,41). Estas palabras de Jesús nos hacen comprender con toda claridad que, para salir del pecado, es menester cumplir una condición preliminar: admitir la posibilidad de estar en pecado. En segundo lugar, nos hacen comprender que la ceguera de los fariseos les es imputable a ellos mismos. Y, por último, nos recuerdan que el pecado es el cierre frente a los gestos realizados por Jesús y al sentido que de ellos se desprende: un cierre dictado por la presunción de estar ya en la verdad. Casi podemos decir que el pecado no es, en primer lugar, el rechazo opuesto a Jesús, sino más bien la presunción de ver (*«nosotros vemos»*), presunción que es precisamente la causa de ese rechazo. Los fariseos, prisioneros de su falsa seguridad, no se dejan remover por nada, ni siquiera por la evidencia de los hechos.

Juan cree que el verdadero pecado, el pecado por excelencia, es la incredulidad, y considera que nunca es un acto, sino una opción, una actitud tendencialmente estable. El evangelista no

toma en consideración la posibilidad de caer sin culpa y sin responsabilidad personal en una situación semejante: la incredulidad de la que habla es siempre una opción lúcida y responsable. Y la luz rechazada es una luz «desconcertante», que lleva a cabo una crisis y plantea problema, pero es una luz clara. El rechazo de la luz se debe a su claridad, no a su oscuridad. Por todo esto, Juan atribuye al pecado de la incredulidad una gravedad excepcional, casi un valor escatológico. El rechazo opuesto a Jesús es un rechazo que podemos considerar escatológico, porque rechaza la revelación última y definitiva. Rechazar a Jesús significa cerrar los ojos frente a una luz que ha llegado a su mediodía. No podemos esperar una manifestación más clara. Ésta es la razón por la que el rechazo de Jesús asume casi un carácter definitivo. Y esto explica el motivo por el que los jueces de Juan asumen no raras veces una dureza que nos sorprende (B. Maggioni, *La brocca dimenticata*, Milán 1999, 110-113, *passim*).

Jesús es la puerta de las ovejas y el buen pastor

(Jn 10,1-21)

1 Os aseguro que quien no entra por la puerta en el redil de
las ovejas, sino por cualquier otra parte, es ladrón y salteador.
2 El pastor de las ovejas entra por la puerta. 3 A éste le abre el
guarda para que entre, y las ovejas escuchan su voz; él llama
a las suyas por su nombre y las saca fuera del redil. 4 Cuando
han salido todas las suyas, se pone delante de ellas y las ovejas
le siguen, pues conocen su voz. 5 En cambio, nunca siguen a
un extraño, sino que huyen de él, porque su voz les resulta
desconocida.

6 Jesús les puso esta comparación, pero ellos no comprendieron su significado.

7 Entonces Jesús se lo explicó:

–Os aseguro que yo soy la puerta por la que deben entrar
las ovejas. 8 Todos los que vinieron antes que yo eran ladrones
y salteadores. Por eso, las ovejas no les hicieron caso. 9 Yo soy
la puerta. Todo el que entre en el redil por esta puerta, estará
a salvo, y sus esfuerzos por buscar el sustento no serán en
vano. 10 El ladrón va al rebaño únicamente para robar, matar
y destruir. Yo he venido para dar vida a los hombres y para
que la tengan en plenitud.

11 Yo soy el buen pastor. El buen pastor da la vida por las
ovejas, 12 no como el asalariado que ni es verdadero pastor ni
propietario de las ovejas. Éste, cuando ve venir al lobo, las
abandona y huye. Y el lobo hace presa en ellas y las dispersa.
13 El asalariado se porta así porque trabaja únicamente por la
paga y no tiene interés por las ovejas. 14 Yo soy el buen pastor:
conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí, 15 lo mismo que
mi Padre me conoce a mí y yo lo conozco a él, y yo doy mi
vida por las ovejas. 16 Pero tengo otras ovejas que no están en

este redil, y también a éstas tengo que atraerlas, para que escuchen mi voz. Entonces se formará un rebaño único, bajo la guía de un solo pastor.

[17] El Padre me ama porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo. [18] Nadie tiene poder para quitármela, sino que soy yo quien la doy por mi propia voluntad. Yo tengo poder para darla y para recuperarla de nuevo. Ésta es la misión que debo cumplir por encargo de mi Padre.

[19] Estas palabras de Jesús fueron la causa de una nueva división de opiniones entre los judíos. [20] Muchos decían:

–Está poseído por un espíritu malo, está delirando. ¿Por qué le prestáis atención?

[21] Otros, en cambio, replicaban:

–Sus palabras no son las de un endemoniado. ¿Podría un espíritu malo dar la vista a los ciegos?

LA PALABRA SE ILUMINA

El evangelista ha situado el fragmento del buen pastor, con el que «concluyen los discursos de la fiesta de las tiendas y se introduce el discurso de la fiesta de la dedicación», en un momento dramático del ministerio público de Jesús en Jerusalén. Con la afirmación de que él es la puerta de las ovejas y el buen pastor, Jesús pretende responder a los jefes por haber expulsado al hombre de la sinagoga. El que cree, como es el caso del hombre curado, en Jesús, Hijo del hombre y enviado por el Padre, entra, a través de la puerta que es Cristo, en la comunidad mesiánica, en el redil de Dios que es la Iglesia. La comunidad de los creyentes es el nuevo Israel guiado por Jesús-pastor.

El del buen pastor es un tema familiar y vivo para los creyentes: Cristo es el buen pastor, el salvador de las ovejas que conduce a los suyos hacia los pastos celestiales en la casa del Padre. La fuente que inspira todo el capítulo es la teología pastoral del Antiguo Testamento y del judaísmo (cf. Sal 23; Ez 34; *Enoc etíope* 89s) y no

el gnosticismo o la vida pastoril palestinense. Nos encontramos, pues, ante un discurso revelador en dos tiempos –misterioso y enigmático el primero; claro y manifiesto el segundo–, ambientado en el marco histórico de Jesús, que habla en el templo de su obra de salvación y anuncia también la entrega de sí mismo por la humanidad.

La totalidad del capítulo se divide en dos fragmentos: 10,1-21 y 10,22-42. El primero se desarrolla al final de la fiesta de las tiendas y tiene este esquema: a) Presentación enigmática de la puerta y del pastor (10,1-6); b) Interpretación del discurso simbólico (10,7-18): Jesús es la puerta de las ovejas (10,7-10) y el buen pastor (10,11-18); c) Diferentes reacciones de los que le escuchan (10,19-21). La perícopa del buen pastor describe así el origen de la nueva comunidad mesiánica, cuyos discípulos están representados por el ciego de nacimiento.

LA PALABRA ME ILUMINA

Jesús, después de exponer este discurso enigmático a los judíos, constata que algunos no han comprendido el significado revelador de sus palabras. E intenta explicar el simbolismo precedente aplicándolo a su persona. En comparación con el ladrón-salteador, que viene a traer la ruina, Jesús es la puerta de las ovejas a través de la cual se salva el hombre (Jn 10,7-10). Él, en oposición al mercenario, que abandona a las ovejas, es el buen pastor que conoce a su rebaño y da la vida por él (10,11-18). En el extremo opuesto hay que colocar a los falsos mesías. Éstos, en vez de guiar a su rebaño hacia Dios, han intentado alejarlo de la fuente de la vida y, de este modo, han rechazado a Jesús. Ahora bien, las ovejas, a pesar de todo, han dejado espacio a la palabra de Jesús, que invita a liberarse de las tinieblas y a trabajar en la luz y en la vida (cf. 5,26-28; 8,47; 18,37). Si la finalidad del ladrón-salteador es *«robar, matar y destruir»* (10,10), la

de Jesús es llevar al hombre a la salvación total (3,17; 12,47), a la vida eterna.

Jesús, en polémica con los falsos pastores, es un verdadero pastor: arriesga su vida por las ovejas (10,11), las conoce y no permite que nadie se las arrebate, porque las ha recibido de la mano de su Padre (10,28s). Este conocimiento entre Jesús y sus discípulos es una presencia íntima del uno en los otros, comprensión y confidencia recíprocas, comunión de corazones; es compenetración de amor entre el pastor y su rebaño.

Pero hay más: el amor que anima al buen pastor supera los confines del recinto judío y, sin hacer distinciones, implica a todos los seres humanos en el mismo cuidado y en el mismo amor, a fin de que todos puedan escuchar su voz y encontrarse en *«un solo rebaño»* y en *«un solo pastor»* (10,16), es decir, en la realidad pospascual de la única Iglesia de Cristo. El evangelista alude aquí a la disponibilidad y a la obediencia de fe de todos los que creemos en Cristo.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Jesús, buen pastor, tú nos propusiste un designio de salvación y de amor que tiene su cima en el acontecimiento de tu cruz y resurrección. Un proyecto y una misión entre los hombres que tiene como protagonistas al Padre, al Espíritu y a ti. Y manifestaste ese amor en la obediencia total y filial al designio del Padre y en la libre entrega del Espíritu a los hombres.

Jesús, rostro del Padre, guía con mano fuerte a la comunidad cristiana de hoy, a pesar de los peligros y las dudas, en medio de las ambigüedades de la historia, para que vea en ti al único buen pastor y siga tus enseñanzas. Haz que cada uno de nosotros tenga en ti un modelo perfecto para imitar; que reconozca en ti el amor con el que entregaste tu vida por nosotros. Haz que nosotros también seamos capaces de entregar nuestra vida por los hermanos y las hermanas.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Cuando llega el tiempo de la brisa de primavera, cuando en los campos, en los prados, en los caminos empiezan a esparcir una abundante prole los rebaños fecundos, el buen pastor, corriendo de manera ansiosa de aquí para allá, busca, reúne y recoge los tiernos corderos y los lleva alegre en torno al cuello, sobre los hombros, en los brazos, para ponerlos a todos a salvo, para llevarlos a rediles seguros. Aquel que es el único bueno, el único pastor, el único Pastor de los pastores, *«ofrece la vida por sus ovejas»* (Jn 10,15). Cuando ve que acecha el peligro sobre las ovejas, ese pastor, al no poder defender al rebaño, prefiere morir antes que ver que se produce daño a sus ovejas.

El pastor no se alejó de las ovejas ni las abandonó a los lobos, aunque las entregara a los lobos, puesto que les concedió aplastar a los salteadores de tal suerte que vivan después de haber muerto, resucitar aunque hayan sido desgarradas, brillar con la púrpura real, bautizadas en su sangre. Así, el buen pastor, cuando ofreció su vida por las ovejas, no las perdió; protegió a las ovejas, no las dejó, sino que las transformó; a través del camino de la muerte las llamó y las condujo a los pastos de la vida (Pedro Crisólogo, *Sermo* 40, 1-5; edición italiana, *Sermoni,* Milán-Roma 1996, 285-289).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Yo he venido para dar vida a los hombres y para que la tengan en plenitud» (v. 10).

CAMINAR CON LA PALABRA

Se dice en Juan que las ovejas oyen al pastor y conocen su voz. Los hombres, por tanto, conocen su llamada y nuestro interior responde. ¿Es realmente así? En realidad, siento bastante más vivamente la llamada de los otros. La suya, en realidad, no la comprendo ni la sigo. Si esto es así, no bastará, pues, con que él nos llame, sino que será necesario que nos dé también el oído para poder oírle. En nosotros no se encuentra sólo la hondura que le escucha, sino, por desgracia, también la contradicción que se niega a hacerlo. Los adversarios con los que debe combatir no son exclusivamente los otros que luchan contra él, sino nosotros mismos, que no le permitimos entrar. El lobo, ante el que huye el mercenario, no se encuentra sólo fuera, sino también dentro. El mayor enemigo de nuestra redención somos nosotros mismos. Contra nosotros ha de luchar, en nuestro favor, el buen pastor.

Cada vez que observamos el lento caminar de muchos hombres, tenemos la impresión de que son como *«ovejas sin pastor»*. El hombre está enormemente abandonado. Abandonado del fondo de la existencia. No es ya que escaseen de virtudes y de conciencia las almas elegidas, las que se ocupan de los otros. Lo que aquí tratamos viene de lo más hondo. Es la misma vida la que se abandona, porque es como es: al alejarse de Dios, se precipita en el vacío. A este abandono no llega ninguna mano humana. Sólo Cristo lo puede vencer (R. Guardini, *Il Signore. Riflessioni sulla persona e sulla vita di Gesù Cristo*, Milán 1977, 204s, *passim*; edición española: *El Señor*, Rialp, Madrid 1965).

Jesús-Mesías y sus ovejas en relación con el Padre
(Jn 10,22-30)

22 Era invierno. Se celebraba en Jerusalén la fiesta que conmemoraba la dedicación del templo. 23 Jesús estaba en el templo, paseando por el pórtico de Salomón. 24 En esto, se le acercaron los judíos, se pusieron a su alrededor y le dijeron:

–¿Hasta cuándo vas a tenernos en vilo? Si eres el Cristo, dínoslo claramente de una vez.

25 Jesús les respondió:

–Os lo he dicho con toda claridad y no me habéis creído. Las obras que yo hago por la autoridad recibida de mi Padre dan testimonio de mí; 26 vosotros, sin embargo, no me creéis, porque no pertenecéis a las ovejas de mi rebaño. 27 Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen. 28 Yo les doy vida eterna y no perecerán para siempre; nadie puede arrebatármelas. 29 Mi Padre, que me las ha dado, es superior a todos y nadie puede arrebatarlas de manos de mi Padre. 30 El Padre y yo somos uno.

LA PALABRA SE ILUMINA

Es la fiesta de la Dedicación, la que se celebra en Jerusalén durante el período invernal. Jesús se pasea bajo el pórtico de Salomón, por el lado oriental, que da sobre el valle del Cedrón. Se le acercan algunos y le plantean una pregunta –aparentemente con un interés sincero, pero, en realidad, insidiosa y provocadora– sobre su

identidad mesiánica. Jesús responde en dos momentos sucesivos: primero sobre su mesianidad (10,22-30) y después sobre su divinidad (10,31-39).

Nos encontramos ante la gran polémica de Jesús con sus enemigos. Jesús ya había presentado antes de varios modos sus credenciales de Hijo de Dios y enviado del Padre, especialmente con sus obras extraordinarias. Hubieran debido comprender su mesianidad y creer en su misión, pero todos los intentos son inútiles (vv. 25s). La verdadera razón de que muchos no acepten su testimonio está en el hecho de que no pertenecen a su rebaño. Sin embargo, el que escucha, da pruebas de pertenecer al nuevo pueblo de Dios (vv. 27s). Juan pone en boca de Jesús tres afirmaciones que remarcan la identidad de las ovejas y sus características en relación con Jesús: «*escuchan mi voz*», le «*siguen*» y «*no perecerán para siempre*».

Los creyentes, que caminan en la verdad y en la luz, deberán sufrir, pero la vida de comunión con Cristo, vencedor de la muerte, les otorga la seguridad de la victoria. Y su vida es también para siempre comunión con el Padre, cuya mano, más fuerte que todas, los sostiene y los protege dándoles al Hijo. La seguridad plena y definitiva que Jesús y el Padre garantizan a los creyentes se basa en su profunda unidad y comunión: «*El Padre y yo somos uno*» (v. 30).

LA PALABRA ME ILUMINA

Nosotros pertenecemos a Jesús porque Jesús pertenece al Padre. Nosotros somos uno con Jesús porque Jesús es uno con el Padre. Nosotros creemos en las obras de Jesús porque Jesús realiza las obras del Padre. Jesús quiere instaurar conmigo la misma relación que él tiene con el Padre. Por eso escucho su voz, que es eco de la

voz del Padre. Por eso le sigo, porque él me lleva al Padre. Por eso me aferro a él, para no perecer nunca, porque me conduce al Padre.

Las afirmaciones de Jesús son imponentes, sobre todo para un judío. Dice: «*El Padre y yo somos uno*»; es uno con Dios, con el Altísimo, con el Creador del cielo y de la tierra, con el ser que está por encima de todos los otros seres. Éstas y otras afirmaciones, especialmente numerosas en el evangelio de Juan, sorprenden, aturden, dejan sin aliento, y eso debió de pasarles a sus interlocutores, como le sucede hoy a quien se queda perplejo frente a tanta pretensión, presunción o luz cegadora. Sin embargo, Jesús no las atenúa en modo alguno, no hace descuentos, sino que procede sobre la cresta de afirmaciones que producen vértigo, que requieren coraje, pero que permiten «no perecer nunca». Precisamente porque toman su luminosidad de la misma luz de Dios.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Jesús, tú hiciste tres afirmaciones que ponen de relieve la identidad de las ovejas y sus características en relación contigo: escuchan tu voz, te siguen y no perecerán para siempre. La cualidad fundamental de quien está abierto a la fe es sobre todo la escucha; además, tú le conoces en virtud de una unión personal y profunda contigo que se concreta en el amor y en la vida eterna. Ahora bien, la escucha implica el seguimiento, que es acción y compromiso. Sólo quien forma parte de tu rebaño reconoce en tu Palabra la cualidad del buen pastor, que obra en nombre del Padre, en unidad de acción y de amor. Señor, concédenos a todos nosotros, comunidad de discípulos, sentirte cerca en la vida y en la cotidianidad, a fin de tener tu seguridad, a fin de demostrar tu coraje, a fin de ser coherentes en la fe y responsables de nuestras acciones.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Todo esto sucedía en invierno. ¿Cuándo es invierno? Es invierno cuando el corazón se ha enfriado y endurecido hasta tal punto que no hay en él ni gracia, ni Dios, ni cosas divinas, sino sólo nieve fría y escarcha. Y hay asimismo otro invierno, en el que el hombre bueno y divino que ama a Dios y se abstiene con diligencia del pecado, es abandonado, no obstante, por Dios y se vuelve árido y frío en orden a todo consuelo y dulzura divina. En ese invierno se encontró nuestro Señor Jesucristo. Él fue quien más sufrió entre todos los hombres y el más abandonado sin socorro alguno. Lo mismo sucede con sus amigos elegidos: si encontraran el modo de poder seguir a su amable Pastor en un resignado abandono interno y externo, ¡qué inmensamente felices serían!

Sin embargo, ¿por qué llama nuestro Señor tantas veces «ovejas» a sus amigos? Por dos cualidades propias de las ovejas que le gustan a Jesús: la inocencia y la dulzura. La pureza y la inocencia permiten seguir al Cordero por donde vaya; la dulzura es conforme a Dios: nos permite escuchar la voz de Dios, a quien el hombre impetuoso e irascible no oye nunca. Si quieres oír en ti la escondida e íntima Palabra pronunciada en un santo susurro en lo más interior del alma, es necesario que dentro y fuera de ti se suprima toda impetuosidad, y debes ser una dulce ovejilla, tranquila y abandonada, y escuchar esta amable voz con tranquila dulzura (Juan Taulero, *Homilía para el miércoles anterior al domingo de Ramos, passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen» (v. 27).

CAMINAR CON LA PALABRA

El cordero de Dios se ha convertido en el solo y único verdadero pastor, en el buen pastor. Es pastor, en primer lugar, porque fue cordero, porque existe una evidente proximidad, una auténtica connaturalidad entre él y los otros corderos. Él conoce a sus corderos como ningún otro pastor puede conocer a los suyos porque un día quiso reunirlos y hacerse cordero en medio de ellos. Ahora bien, existe aún otra razón, más decisiva. Jesús no está solo. No está abandonado a sí mismo. El cordero no se hizo pastor él solo. Jesús, a su vez, está en las manos de otro, de una manera indisoluble, irreversible; en las manos, en los brazos, en el seno del Padre, y nadie podrá arrancarle de ahí.

Si Jesús se ha convertido en pastor del inmenso rebaño, de la infinita multitud, se lo debe antes que a nada al Padre. Jesús dice de sus corderos: *«Los que el Padre me ha dado»* (Jn 17,24). Jesús no posee nada, todo lo recibe del Padre. Sin embargo, el Padre no tiene nada más precioso para darle que las dos imágenes perfectas de sí mismo: el Cordero inmolado cuya sangre purifica, y el Pastor que da la vida para salvar a sus ovejas. Jesús no es, verdaderamente, más que esto, a imagen perfecta del Padre, impronta y expresión de su sustancia, humano balbuceo del amor paterno: *«Lo que el Padre me ha dado* –dice Jesús– *vale más que todo»*. Abandonarse como una oveja en manos de Jesús, el buen pastor, es como abandonarse en manos del Padre. El Cordero inmolado está ahí para conducirnos al Pastor, el único bueno, Jesús. Y el buen pastor está dispuesto para conducirnos hacia aquel de quien él procede y del que lo ha recibido todo: el Padre. Todo es pedagogía, todo es perspicacia divina para conducirnos al Padre. Jesús bajó a nosotros únicamente para que podamos seguirle allí arriba. Cordero, pastor, camino y puerta, él nos conduce siempre a las manos del Padre, de quien nadie podrá separarnos jamás (A. Louf, *Solo l'amore vi basterà*, Casale Monf. 1985, 79s, *passim*).

Controversia sobre Jesús, Hijo de Dios, y síntesis de su ministerio
(Jn 10,31-42)

31 Los judíos volvieron a tomar piedras para tirárselas. 32 Jesús
les dijo:

–He hecho ante vosotros muchas obras buenas por encargo del Padre. ¿Por cuál de ellas queréis apedrearme?

33 Los judíos le contestaron:

–No es por ninguna obra buena por lo que queremos apedrearte, sino por haber blasfemado. Pues tú, siendo hombre, te haces Dios.

34 Jesús les replicó:

–¿No está escrito en vuestra ley: *Yo os digo: vosotros sois
dioses*? 35 Pues si la ley llama dioses a aquellos a quienes fue
dirigida la Palabra de Dios, y lo que dice la Escritura no pue-
de ponerse en duda, 36 entonces ¿con qué derecho me acusáis
de blasfemia a mí, que he sido elegido por el Padre para ser
enviado al mundo?, ¿sólo por haber dicho «yo soy Hijo de
Dios»? 37 Si yo no realizo obras iguales a las de mi Padre, no
me creáis; 38 pero si las realizo, aceptad el testimonio de las
mismas, aunque no queráis creerme a mí. De este modo podríais reconocer que el Padre está en mí y yo en el Padre.

39 Así pues, intentaron de nuevo detener a Jesús, pero él se les escapó de entre las manos.

40 Jesús se fue de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar
donde anteriormente había estado bautizando Juan, y se que-
dó allí. 41 Acudía a él mucha gente, que decía:

–Es cierto que Juan no hizo ningún signo, pero todo lo que dijo acerca de éste era verdad.

42 Y en aquella región muchos creyeron en él.

LA PALABRA SE ILUMINA

Nos encontramos en el marco de la fiesta de la Dedicación, en la que se celebra la santidad del templo, esto es, el retorno de la gloria de Dios, alejada por la profanación, al edificio sagrado. Jesús «pasea» libremente por el templo bajo el pórtico de Salomón, cuando le rodean los judíos: el desencuentro se vuelve cada vez más neto, hasta el punto de que tratan de lapidarle. En el pasado ya habían intentado arrestarle muchas veces por las «obras» que realizaba (las curaciones en sábado...), pero ahora aparece un único motivo de condena: es un blasfemo que se hace igual a Dios, siendo como es un hombre (v. 33). De esto fue de lo que le acusaron ante Pilato.

Jesús responde puntualmente, primero situándose en un terreno común con sus acusadores (la Palabra de Dios, que no puede ser desmentida), después apelando a su misma experiencia (a las obras que él mismo ha realizado). Se trata del último intento de abrir su corazón a la fe. Por eso resulta tanto más apremiante la insistencia en observar las obras que son ya «palabras». Si por ninguna de ellas se puede condenar a Jesús, ¿por qué no creen en la verdad de lo que dice? Sin embargo, también esta apesadumbrada y vehemente llamada queda desatendida. La incomunicación es total. Jesús se marcha *«de nuevo»* al otro lado del Jordán, fuera de la ciudad santa, donde Juan había dado testimonio de la verdad, y precisamente aquí, de donde procedían los primeros discípulos, muchos empezaron a creer (vv. 40-42). En la máxima experiencia de rechazo, un nuevo germen de fe anticipa la gracia del acontecimiento pascual.

LA PALABRA ME ILUMINA

El cuarto evangelio nos presenta siempre situaciones en las que los ánimos se dividen: hay bastante luz para poder creer, pero también bastante oscuridad para justificar el rechazo a adherirse a Cristo. El fragmento de hoy termina también afirmando que *«muchos creyeron en él»*, aunque no todos. Algunos, por tanto, se dejan convencer, mientras que otros se endurecen en sus posiciones. Estos últimos actúan de buena fe, pues quieren «defender» a «su» Dios. Jesús dirá en la última cena a sus discípulos: *«Llegará un momento en el que os quiten la vida pensando que dan culto a Dios»* (Jn 16,2).

Estas tendencias extremas, diferentes y contradictorias, en lo referente a la fe, ¿es posible que se encuentren, aunque sea en un grado menor, también en nuestro corazón? Nuestra fe experimenta con frecuencia altos y bajos. Es como si la muchedumbre de la que habla Juan estuviera en nosotros. Jesús nos enseña con su ejemplo cómo ponernos a cubierto de tantas oscilaciones peligrosas dictadas por el sentimiento y por los estados de ánimo, por tantos escepticismos engañosos que se respiran en la mentalidad de nuestro tiempo. La fe cristiana, para arraigarse en las profundidades de nuestro ser y permanecer firme a pesar de las posibles tempestades de la superficie, necesita basarse sólidamente en la sagrada Escritura, que tiene en el Nuevo Testamento su cumplimiento y su plenitud. Frecuentar de una manera asidua la Palabra de Dios es dar firmeza a nuestra propia fe en esta Palabra, que es también Alguien: el Hijo igual al Padre.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Jesús, Maestro bueno, la parte central de tu actividad pública se cerró dejándonos a nosotros, los discípulos, un mensaje de gran actualidad. Te presentaste al mundo y a nosotros como *pan de vida, luz del mundo, buen pastor,* a fin de revelarnos el amor del Padre y dar la vida y la salvación a todos. Tú eres la respuesta más verda-

dera y completa a la necesidad de verdad y de paz interior que experimentamos en nuestra afanosa búsqueda de absoluto. Ahora bien, la luz de tu revelación nos ha descubierto, al mismo tiempo, las opciones secretas que cada uno tiene y realiza en su corazón. Ayúdanos siempre a orientar a todos los hermanos que encontremos hacia ti, que eres el lugar de paz y de comunión con Dios. Y a hacerlo como Iglesia, con rectitud de comportamiento y sinceridad de palabra.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

«*Los judíos volvieron a tomar piedras para tirárselas*» (Jn 10,31). Como eran duros e incapaces de comprender las profundas palabras del Señor, como se parecían a las piedras, recurren a ellas. Nos viene, por tanto, espontáneamente repetir el lamento del salmista: «*Yo estoy por la paz, pero cuando hablo de ella, ellos quieren la guerra*» (sal 120,7). Jesús les reprende diciendo: «*He hecho ante vosotros muchas obras buenas por encargo del Padre. ¿Por cuál de ellas queréis apedrearme?*» (Jn 10,32). Es como si les dijera: hay que honrar y no apedrear al benefactor, en consonancia con las palabras de Jeremías: «*¿Acaso se devuelve mal por bien?* (Jr 18,20). «*Así pues, intentaron de nuevo detener a Jesús*» (Jn 10,39), pero no para creer en él o para entenderle, sino para ensañarse y perjudicarle. En efecto, como había expresado con una mayor evidencia su propia igualdad con el Padre, todavía se habían indignado más con él. Como dice Jeremías, «*han abrazado la mentira, no han querido desistir*». El Señor evita la crueldad de ellos alejándose de su presencia: Jesús sólo podía ser arrestado cuando él quisiera.

El efecto de su alejamiento fue la conversión de la gente a la fe: conversión que se describe bajo tres aspectos. En primer lugar, bajo el aspecto de la imitación. Está escrito, en efecto: «*Muchos acudieron a él*», según

la frase evangélica: «*Venid a mí todos los que estáis cansados o agobiados, y yo os confortaré* (cf. Mt 11,25-28). En segundo lugar, bajo el aspecto de la confesión hecha con los labios: «*Todo lo que Juan ha dicho de él era verdad*». En tercer lugar, bajo el aspecto de la fe interior del corazón: «*Y muchos creyeron en él*», puesto que mediante el candil habían alcanzado la luz del día: Juan era, de hecho, el candil que daba testimonio del día (Tomás de Aquino, *Commento al Vangelo di Giovanni*, Roma 1990, II, 1453-1470, *passim*; edición española: *Comentarios al evangelio de Juan*, Edibesa, Madrid 2009).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*Y en aquella región muchos creyeron en él*» (v. 42).

CAMINAR CON LA PALABRA

Hay una constante en la economía de la salvación que siempre podemos verificar en nuestras vidas: las *teofanías*, o manifestaciones del misterio, son a medida de la *kenosis* del amor; cuanto más se entrega nuestro Dios, más se revela. La manifestación de la plenitud de la gracia en la carne es un misterio de unción: Cristo. A partir de ahora, en Jesús, toda la Energía del Amor impregna la energía humana con una «unción» que asume y vivifica. En Jesús, el Padre se entrega todo entero y el Hijo lo acoge. En él, todo lo humano es ofrecido y el Padre se le abre. Cristo vive a Dios humanamente y al hombre divinamente hasta en el más pequeño de sus actos, no según una unidad de modo, sino de persona.

Cuando Cristo habla, sus oyentes escuchan al hombre Jesús y es el Padre quien habla en su Verbo encarnado. Cuando Jesús actúa, sus reacciones más pequeñas, y no sólo sus acciones *asombrosas*, expresan un reflejo del misterio del Padre. Si Jesús

es humilde, no es *para fingir,* ni para adaptarnos a su santidad, sino que es un comportamiento sincero, de la verdad del hombre y de la verdad de Dios: nuestro Padre es humilde más allá de todo lo imaginable. Cuando Jesús llora, el sufrimiento misterioso del Padre ha entrado verdaderamente en nuestra carne.

Deberíamos releer todo el Evangelio bajo esta luz teofánica: todo aspecto de la *kenosis* del Verbo, es decir, nuestra auténtica condición humana, manifiesta al Santo de Dios que en ella está sumergido. Este misterio esponsal, que sólo reconoce el amigo del Esposo, lo vive Jesús en lo secreto de su corazón. ¿Quién podrá entrever lo que Cristo debió sentir y experimentar para sellar esta alianza en la verdad de su corazón de hombre? Ser inseparablemente Dios y hombre, es decir, acoger de continuo la novedad de la vida del Padre y heredar, de la parte de su Madre virginal, todo el *humus* de nuestra humanidad. Ser el lugar de encuentro de dos búsquedas, de dos necesidades, el lugar de impregnación de dos mundos: el de la gracia y el de la carne. Ser la cruz de dos amores y el centro de su alianza; la laceración de dos nostalgias y la fuente de su apaciguamiento... (J. Corbon, *Liturgia alla sorgente,* Roma 1983, 201-204, *passim;* edición española: *Liturgia fontal: misterio, celebración, vida,* Palabra, Madrid [2]2009).

La resurrección de Lázaro: el drama de la muerte y de la vida *(Jn 11,1-16)*

1 Un hombre, llamado Lázaro, había caído enfermo. Era
natural de Betania, el pueblo de María y de su hermana Marta.
2 (María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, es la que
ungió al Señor con perfume y le secó los pies con sus cabellos.)
3 Sus hermanas mandaron a Jesús este mensaje:

–Señor, tu amigo está enfermo.

4 Jesús, al enterarse, dijo:

–Esta enfermedad no terminará en la muerte, sino que tiene como finalidad manifestar la gloria de Dios: a través de ella se dará también a conocer la gloria del Hijo de Dios.

5 Por eso Jesús, aunque tenía una gran amistad con Marta,
con su hermana y con Lázaro,
6 continuó en aquel lugar otro
par de días después de haber recibido el mensaje que le habían
enviado.
7 Pasado este tiempo, dijo a sus discípulos:

–Vamos otra vez a Judea.

8 Ellos replicaron:

–Maestro, hace poco que los judíos quisieron apedrearte. ¿Cómo es posible que quieras volver allá?

9 Jesús respondió:

–¿No es cierto que el día tiene doce horas? Cualquiera puede caminar durante el día sin miedo a tropezar, porque la luz
de este mundo ilumina su camino.
10 En cambio, si uno anda
de noche, tropieza, porque le falta la luz.

11 Y añadió:

–Nuestro amigo Lázaro se ha dormido, pero yo iré a despertarlo.

12 Los discípulos comentaron:

–Señor, si se ha dormido, es señal de que se recuperará.

13 Jesús hablaba de la muerte de Lázaro, mientras que sus discípulos entendieron que se refería al sueño natural.

14 Entonces Jesús se expresó claramente:

–Lázaro ha muerto. 15 Y me alegro de no haber estado allí, por vuestro bien, porque así tendréis un motivo más para creer. Vamos, pues, allá.

16 Tomás, por sobrenombre «el Mellizo», dijo a los otros discípulos:

–Vamos también nosotros a morir con él.

LA PALABRA SE ILUMINA

Jesús se encuentra con sus discípulos junto a las orillas del Jordán, en la región de Perea (cf. 10,40). Ya se acerca el final de su ministerio público. Aquí recibe una embajada con la noticia de la enfermedad de un amigo, Lázaro de Betania. El pueblo de Betania («casa de la aflicción»), llamado hoy El 'Azariyeh, nombre que le viene de la visitada tumba de Lázaro, se encuentra a poco menos de tres kilómetros de Jerusalén. Viven en él tres hermanos, Marta, María y Lázaro, que forman no sólo un núcleo familiar, sino una pequeña comunidad que cree en Jesús. Sin embargo, el interés de este fragmento introductorio no está tanto en las características de los personajes como en la enfermedad de Lázaro.

El mensaje es discreto. En el fondo hay un tema que no debemos perder de vista: el del amor y la amistad de Jesús con Lázaro, Marta y María (vv. 3.5.11.36). La respuesta de Jesús al anuncio de la enfermedad de su amigo Lázaro hace resaltar el valor simbólico del hecho que va a realizar: «*Esta enfermedad no terminará en la muerte, sino que tiene como finalidad manifestar la gloria de Dios: a través de ella se dará también a conocer la gloria del Hijo de Dios*» (v. 4). Las palabras de Jesús, superando la circunstancia que las ha provocado, orientan hacia su misión. Si bien para los discípulos se refieren al hecho de que la enfermedad de Lázaro no será mortal, para Jesús tienen un valor muy diferente: la muerte no tendrá la última palabra en la vida de su amigo, porque él es el Señor de la vida y de la muerte. El milagro de la resurrección de su amigo manifestará así la gloria del Padre y la del Hijo como única realidad divina. Preanuncia que la gloria de Jesús pasa únicamente a través del camino del Gólgota y de la muerte en la cruz.

Jesús se queda todavía dos días en el lugar donde se encontraba con los discípulos. Al tercer día decide ponerse en camino. Conoce bien la ruta y quiere tranquilizar a los discípulos. Se dirige a Galilea porque le impulsa el amor a su amigo y a todos los hombres. Éste es el motivo de su peregrinación: el amor generoso y fiel a todos. Él es alguien que camina en la luz, es decir, en la realidad de Dios, porque ama a los hermanos. Ha dejado morir al amigo para poder resucitarle, a fin de ofrecer un gran signo que hablara a su fe. El plan de Dios es más grande que el pequeño y angosto del hombre.

Juan ha puesto esta escena en el centro de su evangelio, en el momento en el que Jesús es consciente de que se encamina a la muerte. Hasta entonces no había llegado su hora (2,24; 7,30; 8,20). La resurrección de Lázaro significa que ya ha llegado su hora, y Jesús es el primero en conocerla. Lázaro debe salir de la tumba para que Jesús entre en la suya (E. Delebecque).

LA PALABRA ME ILUMINA

La enfermedad de Lázaro no es para la muerte, porque aquí está él, que es la vida, y, como nos explica de una manera aguda Soren Kierkegaard, «humanamente hablando, hay esperanza sólo mientras hay vida, pero en sentido cristiano hay infinitamente más esperanza

en la muerte que no, hablando de un modo meramente humano, allí donde no sólo está la vida, sino una vida en plena fuerza y salud». En consecuencia, la enfermedad del amigo no acabará en la muerte, sino que está destinada a ser «lugar» de manifestación de la soberanía de Dios sobre la muerte, de realización del plan salvífico del Padre sobre el hombre y de la glorificación de su Hijo. Y añade con finura Raymond E. Brown: «Este milagro glorificará a Jesús no tanto en el sentido de que la muchedumbre admirará el milagro, le alabará a él, sino en el sentido de que le llevará a su muerte, que es uno de los estadios de su glorificación (12,23s; 17,1)».

El problema de la muerte es hoy un interrogante inquietante para muchos, es el desafío más fuerte lanzado a la personalidad del hombre. El significado del acontecimiento de Lázaro se vuelve claro ante las palabras de Jesús, que habla de comienzo de una nueva vida. Jesús, para mostrar al mundo el espíritu que le anima, la vida que anuncia y da a los que le siguen, realiza un gran signo: la resurrección de Lázaro. El milagro de Jesús es el acontecimiento que hará precipitar su drama, aunque también revelará el sentido profundo de su muerte y prefigurará su resurrección. La cruz de Jesús no es una derrota, sino victoria y vida. Jesús es el buen pastor que «*da la vida por las ovejas*» (10,11). Ahora se anuncia con vigor el mismo tema: la verdadera vida pasa a través de la muerte, y Jesús, con este signo, se manifiesta como Señor de la vida y de la muerte, porque él es «*la resurrección y la vida*» (11,25).

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor, todo discípulo tuyo debe seguirte con coraje y plena disponibilidad, a pesar de los peligros y de la misma muerte que ese camino, vivido siguiendo tus huellas, comporta. El camino que emprendiste con decisión

hacia Jerusalén, donde te esperaba una cruz, es el ejemplo más luminoso del seguimiento que cada uno de nosotros debe practicar siguiendo tu ejemplo hasta morir contigo. Todo discípulo debe saber y creer que tú vences a la muerte con el signo de la resurrección de Lázaro. El sufrimiento y la muerte no son signos de un Dios lejano, que nos abandona, sino signos de un proyecto de salvación dirigido a todos nosotros. Gracias, Señor, porque este signo, aunque misterioso, revela tu amor de Padre a nosotros, tus hijos.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

«*Estaba entonces enfermo un tal Lázaro de Betania*» (Jn 11,1). El Señor ha mostrado hasta ahora su propia virtud vivificadora con la palabra y aquí la confirma con el milagro, resucitando a un muerto, a saber, Lázaro. Se pasa después al anuncio de la enfermedad por parte de las hermanas de Lázaro, que asistían al enfermo y, doloridas por la desgracia del joven enfermo, enviaron a decir a Jesús: «*Señor, tu amigo está enfermo*» (11,3). En este aviso debemos considerar tres cosas: primero, que los amigos de Dios se encuentran afligidos a veces corporalmente; por eso, el hecho de que alguien esté afligido corporalmente no significa que no sea amigo de Dios. Debemos señalar además que éstas no dicen: «Señor, ven a curarlo», sino que sólo indican la enfermedad, limitándose a decir: está enfermo. De este modo recuerdan que a un amigo le basta con exponer la necesidad, sin añadir petición alguna. En efecto, un amigo, dado que quiere el bien de su amigo como su propio bien, se muestra tan solícito a rechazar el mal del amigo como si fuera su propio mal.

«*Continuó en aquel lugar otro par de días después de haber recibido el mensaje que le habían enviado*» (11,7). El Señor deja sitio a la muerte, entreteniéndose en el

otro lado del Jordán. De aquí se desprende que Lázaro murió el mismo día en que Cristo recibió aquella noticia de las hermanas. Dejó sitio a la muerte durante esos días por dos motivos. Primero, porque la muerte de Lázaro no se viera impedida por su presencia, porque donde está la vida no hay sitio para la muerte. Segundo, para que el milagro fuera más creíble y nadie pudiera decir que le había resucitado cuando todavía no estaba muerto (Tomás de Aquino, *Commento al Vangelo di Giovanni*, Roma 1992, III, 237-249, *passim*; edición española: *Comentarios al evangelio de Juan*, Edibesa, Madrid 2009).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Esta enfermedad no terminará en la muerte, sino que tiene como finalidad manifestar la gloria de Dios*» (v. 4).

CAMINAR CON LA PALABRA

Mirar a los ojos a la muerte y escrutar su misterio es algo necesario para vivir. De otro modo, nuestra existencia se queda en una huida, confinada e inútil, de lo que sabemos que es su seguro punto de llegada. El hombre es el único animal consciente de que va a morir: sabe que es un ser-para-la-muerte. Al no poder vencerla, intentamos remitirla y removerla, o, en el mejor de los casos, interpretar la cita ineludible. Sea como sea, la muerte nos obliga, mientras vivimos, a practicar su juego y nos mantiene siempre en jaque, que, pronto o tarde, es mate. Salvarnos de ella es el deseo que dicta todos nuestros movimientos, aunque ya sabemos por adelantado que nos veremos frustrados. No somos libres de perseguir nuestra aspiración: nos sentimos encantados y dominados por el *fatum*, que hace vanas todas nuestras obras. Permanecemos a la expectativa de que se corte el tenue hilo que nos mantiene suspendidos en el vacío, para recaer en la nada, nosotros y todas nuestras fatigas. La existencia es una condena.

Si lo pensamos bien, la única libertad que tenemos es la del que debe ser ajusticiado de un momento a otro, con la tortura de no saber cuándo.

Jesús no nos salva *de la* muerte. Es imposible: somos mortales. Nos salva, sin embargo, *en la* muerte. No nos quita el límite que necesitamos para existir, ni la dignidad de ser conscientes de ello; en cambio, nos ofrece comprenderlo y vivirlo de una manera nueva, divina. Todos nuestros límites, incluido el último, no suponen la negación de nosotros mismos, sino que constituyen lugares de relación con los otros y con el Otro. En vez de encerrarnos con una actitud de defensa o de ataque, podemos abrirnos a la comunión y realizarnos a imagen de Dios, que es amor. Jesús no nos ofrece una receta engañosa para salvarnos del destino común, pero nos hace ver cómo podemos vivir el amor hasta dar la vida. Ésta, como la respiración, no podemos poseerla y retenerla: moriríamos de inmediato. Sin embargo, somos libres de gastarla en el egoísmo o de invertirla en el amor (S. Fausti, *Una comunità legge il Vangelo di Giovanni*, Milán 2002, 269s; edición española: *Una comunidad lee el evangelio de Juan*, San Pablo, Bogotá 2004).

Diálogo de Jesús con Marta y María
(Jn 11,17-37)

17 A su llegada, Jesús se encontró con que hacía ya cuatro
días que Lázaro había sido sepultado. 18 Betania está muy cerca
de Jerusalén, como a dos kilómetros y medio, 19 y muchos
judíos habían ido a Betania para consolar a Marta y María por
la muerte de su hermano. 20 Tan pronto como llegó a oídos de
Marta que llegaba Jesús, salió a su encuentro; María se quedó
en casa. 21 Marta dijo a Jesús:

–Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi her-
mano. 22 Pero, aun así, yo sé que todo lo que pidas a Dios él te
lo concederá.

23 Jesús le respondió:

–Tu hermano resucitará.

24 Marta replicó:

–Ya sé que resucitará cuando tenga lugar la resurrección de los muertos, al fin de los tiempos.

25 Entonces Jesús afirmó:

–Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aun-
que haya muerto, vivirá; 26 y todo el que esté vivo y crea en mí,
jamás morirá. ¿Crees esto?

27 Ella contestó:

–Sí, Señor; yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que tenía que venir a este mundo.

28 Terminada esta conversación, Marta se fue a llamar a su hermana María y le dijo al oído:

–El Maestro está aquí y te llama.

29 María se levantó rápidamente y salió al encuentro de
Jesús. 30 Jesús no había entrado todavía en el pueblo; se ha-

bía detenido en el lugar donde Marta se había encontrado con él.

31 Cuando los judíos que estaban con María en casa consolándola vieron que se había levantado rápidamente y había salido, la siguieron, pensando que iría al sepulcro para llorar allí. 32 Sin embargo, María se dirigió adonde estaba Jesús. Cuando lo vio, se puso de rodillas a sus pies y exclamó:

–Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano.

33 Jesús, al ver llorar a ella y a los judíos, que también lloraban, lanzó un hondo suspiro y se emocionó profundamente.

34 Después les preguntó:

–¿Dónde lo habéis sepultado?

Ellos contestaron:

–Ven, Señor, y te lo mostraremos.

35 Entonces Jesús rompió a llorar. 36 Los judíos comentaban:

–¡Cómo lo quería!

37 Pero algunos dijeron:

–Éste, que dio la vista al ciego, ¿no podía haber hecho algo para evitar la muerte de Lázaro?

LA PALABRA SE ILUMINA

Jesús llega a Betania. Lázaro ya lleva cuatro días en la tumba. El cuarto día llega la noticia de la llegada de Jesús (v. 20). La diferente actitud de las dos hermanas es comprensible. Marta se muestra más dinámica y llena de iniciativa; María, en cambio, se muestra más calmada y dedicada a atender a las personas que han venido a consolarlas. Las palabras dirigidas por Marta a Jesús manifiestan una gran confianza en la persona del Maestro (vv. 21s). Es importante captar el mensaje de fe que el evangelista intenta sacar a la luz. La fe de la mujer es imperfecta hasta ahora, porque está ligada a la presencia física de Jesús, a su poder taumatúrgico. Jesús, en cambio, quiere llevarla a una fe total en él y la introduce

amorosamente en el reconocimiento del misterio de su persona: «*Tu hermano resucitará*» (v. 23). Jesús lleva a cabo la resurrección porque es vida: he aquí el sentido cristológico del signo que va a realizar. Jesús, hablando con Marta, afirma que él comunica una vida duradera a quien cree en él y que esto libera de la muerte en sentido escatológico, aunque se pueda experimentar momentáneamente la muerte física. La mujer es invitada a profundizar en su propia fe en la resurrección y a hacerla cristiana. En realidad, va al núcleo de la cuestión: gracias a la venida del Hijo, la vida, el rescate de la muerte y el germen de la resurrección están aquí, en nuestro mundo. La vida de Dios ya no está fuera de nuestro mundo, porque el Hijo ha venido entre nosotros (B. Maggioni).

Jesús, del mismo modo que se había encontrado con Marta, se encuentra después con María. Luego se dirige al lugar de la sepultura y se conmueve ante la tumba de Lázaro. La muerte de su amigo es para Jesús el anuncio de la victoria momentánea de las tinieblas sobre la luz, algo que él vivirá con su muerte, pero ya se está preparando la alegría de la resurrección y de la vida nueva.

LA PALABRA ME ILUMINA

Los hombres mantienen ante Jesús dos actitudes diferentes: la de María, que se confía al Señor en el dolor, o la de la gente, que se entristece pensando en la desesperación de la mujer que corre al sepulcro a llorar. La muerte no es, para el creyente, una separación de Dios sin esperanza. En virtud de la resurrección de Jesús, incluso la muerte nos permitirá vivir una comunión perenne con el Señor. Si la muerte es para el discípulo todo esto, debemos poder expresarla con un dolor sostenido por una gran esperanza y confianza en Dios. Ante las dos diferentes actitudes de dolor –el dolor íntimo y profundo de María, aunque abierto a la esperanza, y el

dolor de participación de los que la seguían–, Jesús quedó afectado en lo íntimo de su corazón y se *«emocionó profundamente»* (v. 33). La sensibilidad humana de Jesús es evidente. Todo dolor y sufrimiento encuentra en él una resonancia y una participación más que fraternas, hasta el punto de que se estremece y su rostro deja aparecer una emoción interior:

«¿Dónde lo habéis sepultado?» (v. 34). Jesús pregunta por el lugar del sepulcro y ellos le invitan a ir a verlo en persona: *«Ven, Señor, y te lo mostraremos»* (v. 34b). Esta última frase es idéntica a aquella con la que Felipe invitó a Natanael a convencerse por experiencia de la realidad de Jesús; aquí, en cambio, invitan a Jesús a constatar la realidad de la muerte. Son dos movimientos contrarios: el del hombre que se acerca a Jesús, y el de éste que se acerca al hombre. Por primera vez, Juan presenta a Jesús ante la cruda realidad de la muerte, destino del hombre, débil y enfermo (11,1). El movimiento del hombre hacia Jesús es la fe; el de Jesús hacia el hombre, la vida (J. Mateos – J. Barreto). La muerte de su amigo Lázaro es para Jesús el anuncio de la victoria momentánea de las tinieblas sobre la luz, que él vivirá con su muerte.

Él se *«emocionó profundamente»*. También Jesús amó como hombre, porque es propio del hombre estremecerse y llorar. San Agustín, hablando del estremecimiento de Jesús, dice lo siguiente: «¿Por qué se turba Cristo, sino para enseñarte que debes agitarte cuando te ves oprimido y aplastado por esa inmensa mole de pecados? Te has examinado, te has reconocido culpable, te has dicho: He cometido aquel pecado y Dios me ha perdonado; he cometido aquel otro y Dios ha diferido el castigo; he escuchado el Evangelio y lo he despreciado; he sido bautizado y he vuelto a caer en las mismas culpas. ¿Qué hago?, ¿a dónde voy?, ¿cómo puedo salir de aquí? Cuando hablas de este modo, Cristo se estremece porque en ti apremia la fe. En los acentos del que se estremece se anuncia la esperanza del que resucita. Si dentro de ti está la fe, dentro de ti está Cristo, que se estremece; si la fe está en nosotros, en nosotros está Cristo.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Jesús, Señor de la vida y de la muerte, las palabras que te dirigió Marta, aunque contengan una nota de tristeza por tu ausencia, manifiestan al mismo tiempo una gran confianza en tu persona y en las maravillas que siempre realiza Dios.

Concédenos a todos nosotros, probados frecuentemente por el dolor y por los sufrimientos de la vida, que, con gran sentido de la mesura y plena confianza en ti, no hagamos fuerza sobre nuestra amistad contigo o en motivos de mérito respecto a ti, sino que nos apoyemos únicamente en la actitud de amor y confianza que tú tienes respecto a nosotros.

Confortados por la oración de nuestros hermanos, concédenos la gracia de apoyarnos siempre en ti, que eres la resurrección y la vida, convencidos de que tú no retraes nunca tu amor, ni siquiera en los momentos oscuros de nuestra historia presente, y nos sostienes siempre con tu fidelidad y predilección.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Luego responde al Señor, que le pregunta dónde lo pusieron: Ven a verlo. ¿Para qué? Marta, nos das un maravilloso testimonio de fe. Pero ¿cómo desconfías con tanta fe? Ven a verlo, le dices. Si no desconfías, ¿por qué no continúas y dices: "y resucítalo"? Si desconfías, ¿por qué cansas inútilmente al Maestro? ¿Es que la fe consigue algunas veces lo que la oración no se atreve a pedir? Por último, cuando se acerca al cadáver, le paras y le di-

ces: Señor, ya huele mal; lleva cuatro días. ¿Dices esto por desconfianza o con disimulo? También el Señor resucita o fingió ir más lejos cuando lo que quería era quedarse con los discípulos.

¡Oh santas mujeres, amigas de Cristo! Si amáis a vuestro hermano, ¿por qué no pedís con repetidas instancias la misericordia del Señor, si no podéis dudar de su omnipotencia ni de su clemencia? Y responden: Aunque parece que no oramos, de esta forma oramos mejor. Si a primera vista desconfiamos, de hecho confiamos con mayor intensidad. Testimoniamos la fe, ofrecemos el amor. Él no necesita que se le diga nada, pues sabe lo que deseamos. Sabemos que todo lo puede, pero este milagro tan grande, único e inaudito, aunque está en sus manos, excede en mucho los méritos de nuestra humildad. A nosotras nos basta con abrir el paso a su poder y prestarle una ocasión a la piedad, prefiriendo la esperanza paciente en lo que él quiera antes que el intento temerario de conseguir lo que tal vez no quiere. En fin, pensamos que la modestia debe suplir la laguna de nuestros méritos (Bernardo de Claraval, *Los grados de la humildad y de la soberbia*, XV, 52, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Sí, Señor; yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios*» (v. 27).

CAMINAR CON LA PALABRA

«Si hubieras estado aquí». Si hubieras estado aquí, Señor, aquí, ahora; aquí, inmediatamente; aquí, a nuestra manera; donde estallan las bombas y despedazan la carne inocente de

niños; donde agonizan los viejos abandonados. Aquí, donde las aceras del mundo hacen de cama a los pobres; donde consumamos el engaño y la vileza; donde no sabemos querernos ni siquiera un poco bien; donde estamos tristes y solos y tan desesperados a veces. Aquí, donde nos perdemos, nos ponemos enfermos, morimos. ¡Si estuvieras aquí! Tal vez creamos de verdad –¿será esto la fe?– que su presencia y su intervención podrían resolverlo milagrosamente todo, reparar y sanar las llagas de los cuerpos y las dudas del alma. E invocamos esta intervención que, según nuestros deseos y nuestros cálculos, debería detener el curso de las desventuras, esta presencia poderosa y taumatúrgica que, de una manera automática, resolvería nuestros dramas. Rezamos, enviamos mensajes, se lo hacemos saber: *«Señor, tu amigo está enfermo».* Y no logramos comprender precisamente su tardanza, y nos escandaliza su «entretenerse» en otra parte, este esperar incomprensible, este no llegar nunca. Entretanto, nosotros sufrimos: nosotros aquí y él quién sabe dónde.

Y, sin embargo, él está siempre «aquí». Es el Dios-con-nosotros para siempre. Y su misteriosa tardanza a nuestra súplica revela un acudir esencial y un llegar esencial dentro de nuestro dolor: no debe «venir», porque nunca ha dejado de estar presente, nunca ha dejado de amarnos, está llorando con nosotros. Todo nuestro mal, toda nuestra pena, nuestra condición prisionera y hasta desesperada, nuestro padecer –tan absurdo en ocasiones, tan insensato– y la ineludible meta de la muerte están atravesados por la compasión de Dios. Un Dios capaz de llorar ama de un modo tan perdido al hombre que no lo deja morir (A. Anzani Colombo, *Per fede, per amore*, Casale Monf. 1995, 174s, *passim*).

Jesús, frente a la muerte
(Jn 11,38-44)

38 Jesús, de nuevo profundamente emocionado, se acercó
más al sepulcro. Era una cueva cuya entrada estaba tapada
con una gran piedra. 39 Jesús les ordenó:

–Rodad la piedra hacia un lado.

Marta, la hermana del difunto, le advirtió:

–Señor, tiene que oler muy mal, porque ya hace cuatro días
que murió.

40 Jesús le contestó:

–¿No te he dicho que, si tienes fe, verás la gloria de Dios?

41 Cuando rodaron la piedra, Jesús, mirando al cielo, exclamó:

–Padre, te doy gracias, porque me has escuchado. 42 Yo sé
muy bien que me escuchas siempre; si hablo así es por los que
están aquí, para que crean que tú me has enviado.

43 Terminada esta oración, exclamó Jesús con voz potente:

–Lázaro, sal fuera.

44 El muerto salió del sepulcro. Tenía las manos y los pies
vendados y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo:

–Quitadle las vendas, para que pueda andar.

LA PALABRA SE ILUMINA

Se acerca para Jesús el momento más solemne de su obra entre los hombres, en el que con la resurrección de su amigo realiza el «signo» más grande, anticipador de

lo que pocos días después habría de realizar con su persona. La orden dada por Jesús para que abran la sepultura rodando la piedra (11,39) llena de estupor a los presentes. La observación de Marta sobre el estado de descomposición del cuerpo, que para el evangelista tiene la finalidad de poner de relieve el aspecto extraordinario del milagro, muestra que la mujer todavía no ha tomado plena conciencia de su fe, profesada al Maestro anteriormente. Y Jesús responde: «*¿No te he dicho que, si tienes fe, verás la gloria de Dios?*» (v. 40). Para tener experiencia de la vida eterna es preciso adherirse en la fe a la persona del Señor con una disponibilidad plena. La orden dada por el Maestro ha sido ejecutada. Jesús entra en un diálogo con su Padre: «*Padre, te doy gracias, porque me has escuchado*» (v. 41). Le da gracias no por la muerte, sino por todo el acontecimiento, que se convierte en ocasión de victoria sobre la muerte y, por consiguiente, de crecimiento de la fe de los presentes en la vida verdadera. La acción de gracias se convierte así en un testimonio extraordinario de la vida interior de Jesús, de su unión filial con el Padre. Entre el Padre y el Hijo existe una vida de continua unidad y comunión.

Jesús no suplicó, sino que ordenó con una voz potente: «*Lázaro, sal fuera*» (v. 43). El muerto, llamado por su nombre, salió de la tumba con las manos y los pies atados por las vendas y el rostro envuelto en el sudario. Si reflexionamos bien, todo el relato se desarrolla sobre tres órdenes de Jesús: «*Rodad la piedra hacia un lado*» (v. 39), «*Lázaro, sal fuera*» (v. 43) y «*Quitadle las vendas, para que pueda andar*» (v. 44). Juan pone de manifiesto el mensaje teológico del episodio con estas tres órdenes. Jesús, con un extraordinario dominio de la situación, derrota a la muerte, vuelve a dar la vida y anticipa así el acontecimiento de su resurrección.

Los Padres, especialmente Orígenes y Agustín, leyeron el episodio de Lázaro, casi exclusivamente, como símbolo de la resurrección espiritual del pecador, sobre el modelo de las resurrecciones de la hija de Jairo o del hijo de la viuda de Naín (cf. Mc 5,21-43; Lc 7,11-17). Reflexionan no sólo sobre las palabras de Jesús, que llama a su amigo Lázaro para que salga de la sepultura, sino especialmente sobre la orden de soltarle y dejarle libre. San Agustín lee aquí, en efecto, la proclamación de la libertad dada por la ley nueva, es decir, por el don del Espíritu, en virtud del cual el pecador queda en condiciones de cumplir la voluntad de Dios y la suya propia (cf. Gál 5,16-18; Rom 8,14). Con todo, no cabe duda de que la comparación de la resurrección de Lázaro con la de Jesús sigue siendo iluminadora para el lector.

LA PALABRA ME ILUMINA

El lector no debe sorprenderse de que este texto carezca de cierta coherencia narrativa frente al acontecimiento de la resurrección. Es decir, no debe preguntarse cómo pudo salir el resucitado del sepulcro si tenía atados los pies y las manos con vendas, ni cómo pudo moverse con el rostro tapado por el sudario. Lo importante es captar el sentido teológico y simbólico del acontecimiento y no su crónica, y, sobre todo, hacer resaltar la comparación con la sepultura y la resurrección de Cristo.

Jesús es vencedor de la muerte porque está investido de poderes divinos. A él le corresponde liberar al hombre de la esclavitud de la muerte. Esta última, simbolizada por las vendas, no tiene ningún poder frente a él, que ordena: «*Quitadle las vendas, para que pueda andar*» (v. 44). Él, que es la resurrección y la vida, rompe todo vínculo de muerte con su poder vivificador. Si en el caso de la resurrección de Lázaro es necesario rodar la piedra del sepulcro y desatar las vendas, en el de la resurrección de Jesús no hay nada de todo esto. Los testigos constatan los signos del Resucitado: la piedra ha sido rodada,

las vendas están en el suelo y el sudario no estaba con las vendas, sino doblado y colocado aparte (20,7), y los *«dos ángeles, vestidos de blanco, sentados en el lugar donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies»* (20,12), constituyen el signo de la presencia de Dios, que ayuda a los discípulos a tomar conciencia del acontecimiento extraordinario. Y Lázaro vuelve a la vida normal, capaz de moverse libremente.

Si la resurrección de Jesús es la verdadera y definitiva, y la de Lázaro es una simple figura y anticipación de ella, la resurrección del discípulo, iniciada en el bautismo y orientada hacia la definitiva en la *parusía,* será semejante a la de Cristo. El signo de Betania es una invitación a decidir entre la vida y la muerte, por Cristo o contra él. Quien acepte que Jesús es su vida, experimentará la vida verdadera.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor Jesús, el evangelista Juan nos habla, al describir tu sepultura, de las vendas que envolvieron tu cuerpo, según el uso de los judíos (19,40), que tienen una gran importancia (20,1-9) en el relato de tu sepulcro vacío. En efecto, cuando entró el discípulo amado, detrás de Pedro, vio y comprendió lo que habías anunciado ya antes: las vendas y el sudario eran el signo de que no habías sido robado, sino de que habías resucitado de un modo muy diferente al de Lázaro. Éste resucitó atado y para morir de nuevo; tú resucitas libre, sin estar sometido a la muerte. Lázaro, una vez vuelto a la vida, continuó viviendo, hablando y actuando en la misma condición que tenía antes de su muerte; tú, en cambio, una vez resucitado, vives glorificado e inmortal no ya en la condición humana de antes. Por eso te apareciste sólo a pocos discípulos seleccionados previamente por Dios, como testigos. Te pedimos que también nosotros seamos testigos de tu resurrección aquí abajo en la fe, a fin de poder contemplar un día tu rostro en el cielo.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

La fe es un gran bien cuando, nacida de un ánimo ardiente, tiene tanta fuerza que salva no sólo al que cree, sino también a los otros. Así sucedió, por ejemplo, en Cafarnaún, cuando el paralítico, enfermo en sus miembros, fue curado por la fe de los que le llevaban. Así también resucitó Lázaro por la fe de su hermana, a la que dijo el Señor: «*¿No te he dicho que, si tienes fe, verás la gloria de Dios?*» (Jn 11,40), como si quisiera decirle: ya que Lázaro ha muerto y no puede creer, suple tú la fe del muerto.

Marta, por ser débil en la fe, había caído en la incredulidad; sin embargo, el Señor no permitió que permaneciera en esa condición. «Es menester –dijo–, en efecto, creer firmemente, a fin de que se vean las cosas que están por encima de la esperanza». La indecisión del alma es una gran enfermedad y nos priva de los dones de Dios. Por eso, el que se lamentó con ella resucitó, junto con ella, a todo el género humano, a fin de que no venciera el mal de la indecisión.

«*Padre, te doy las gracias por haberme escuchado*» (11,41): Cristo da las gracias al Padre no sólo por Lázaro, sino por la vida de todos. Por ser bueno, está de acuerdo con el Padre en querer volver a dar la vida a la naturaleza humana, que, por haber desobedecido, había caído en el estado de incorruptibilidad. «*Y, dicho esto, gritó con voz potente: "Lázaro, sal fuera"*» (11,43). Este grito agudo es nuevo e insólito en Cristo Salvador. En efecto, Dios Padre dice de él: «*No gritará ni alzará la voz*» (Is 42,2). ¿Qué diremos, pues, al ver a Cristo levantar la voz, en

contra de su costumbre? Vio en este milagro de Lázaro cierto tipo de la resurrección universal del género humano, y lo que sucedió en un hombre sólo estableció que fuera una imagen espléndida de la universal y del todo. Creemos que, cuando venga como juez, habrá un fuerte toque de trompeta para ordenar a los muertos que resuciten (cf. 1 Cor 15,52) (Cirilo de Alejandría, *Comentario al evangelio de Juan,* 11, 38-43, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*Si tienes fe, verás la gloria de Dios*» (v. 40).

CAMINAR CON LA PALABRA

Jesús hace el milagro, pero el verdadero milagro no es el que nosotros pensamos. Se acostumbra a hablar de la resurrección de Lázaro, pero, en realidad, más que de resurrección se debería hablar de reanimación. Lázaro vuelve a la vida para reemprender, como antes, los intentos de huida de la muerte. Sin embargo, el verdadero milagro para Jesús, del que el de Lázaro quiere ser un signo, es otro: es la posibilidad no de volver a entrar en la existencia una vez alcanzado el umbral de la muerte, sino de rebasar ese umbral para entrar en una vida nueva, en un nuevo nacimiento por el que se entra en una plenitud de vida sustraída para siempre al poder de la muerte. Esta última, en virtud de la revelación que nos ha hecho Jesús, es un paso y, al mismo tiempo, una transformación y una transfiguración.

«*Yo soy la resurrección y la vida*». Se trata de unas palabras inmensas, unas palabras que no están ligadas a un momento particular, sino que son capaces de abatir la barrera entre el tiempo y la eternidad. Aquí se habla de resurrección, no de simple inmortalidad: es todo el hombre, cuerpo y espíritu, el que está llamado a sumergirse en un bautismo de vida totalmente renovada. Y esta resurrección no es un acontecimiento que tenga

necesidad del fin de los tiempos para realizarse. Marta habla en futuro: «*Sé que resucitará*». Jesús habla en presente: «*Yo soy la resurrección y la vida*». No se trata, pues, de remover la perspectiva de la muerte, sino de integrarla en la perspectiva de la resurrección (L. Pozzoli, *Dio il grande seduttore,* Milán 1998, 94-97, *passim*).

El sanedrín decide eliminar a Jesús

(Jn 11,45-57)

45 Al ver lo que Jesús había hecho, muchos de los judíos, que
habían ido a visitar a María, creyeron en él. 46 Otros, en cambio,
fueron a contar a los fariseos lo que había hecho. 47 Entonces,
los jefes de los sacerdotes y los fariseos convocaron una reunión
del sanedrín. Se decían:

–¿Qué hacemos? Este hombre está realizando muchos sig-
nos. 48 Si dejamos que siga actuando así, toda la gente creerá
en él, pero entonces las autoridades romanas tendrán que in-
tervenir y destruirán nuestro templo y nuestra nación.

49 Uno de ellos, llamado Caifás, que era el sumo sacerdote
aquel año, les dijo:

–Estáis completamente equivocados. 50 ¿No os dais cuenta de
que es preferible que muera un solo hombre por el pueblo a
que toda la nación sea destruida?

51 Caifás no hizo esta propuesta por su cuenta, sino que,
como desempeñaba el oficio de sumo sacerdote aquel año,
anunció bajo la inspiración de Dios que Jesús iba a morir por
toda la nación, 52 y no solamente por la nación judía, sino para
conseguir la unión de todos los hijos de Dios que estaban
dispersos.

53 A partir de este momento tomaron la decisión de dar
muerte a Jesús. 54 Por eso, Jesús dejó de andar públicamente
entre los judíos; se marchó de la región de Judea y se fue a un
pueblo llamado Efraín, muy cerca del desierto. Y se quedó allí
con sus discípulos.

55 Estaba muy próxima la fiesta judía de la Pascua. Ya antes
de la fiesta, mucha gente de las distintas regiones del país su-
bía a Jerusalén para asistir a los ritos de purificación. 56 Estas

gentes buscaban a Jesús y, al encontrarse en el templo, se decían unos a otros:

–¿Qué os parece? ¿Vendrá a la fiesta?

57 Los jefes de los sacerdotes y los fariseos habían dado órdenes terminantes de que, si alguien sabía dónde se encontraba Jesús, les informasen, para que ellos pudieran detenerlo.

LA PALABRA SE ILUMINA

Esta perícopa, estrechamente ligada a la precedente, tiene un claro significado teológico: prepara la pasión y muerte de Jesús con su valor salvífico, que tiene como finalidad reconducir a la unidad a todos los fieles dispersos (Jn 11,52). Los judíos reaccionan, frente al signo de la resurrección de Lázaro, de diferentes modos, de suerte que constituyen dos bandos opuestos. Por una parte, están los que creen y profesan la fe en Jesús; por otra, los que no creen y se cierran definitivamente a sus diferentes llamadas en torno al don de la vida.

El fragmento, de carácter unitario, está formado por tres escenas bien distintas con temas teológicos que ponen de manifiesto la muerte redentora de Cristo.

En primer lugar, la reacción ante el espectacular milagro de la resurrección de su amigo de Betania (vv. 45-48). El gesto de traer de nuevo un muerto a la vida estaba destinado a precipitar los acontecimientos de la vida terrena de Cristo hacia su muerte. Al don de la vida se contrapone ahora la condena a muerte.

En segundo lugar, el valor salvífico de la muerte de Jesús (vv. 49-53). La reacción de las máximas autoridades de Israel ante la obra extraordinaria de Jesús se asemeja a la de las tinieblas cuando intentan sofocar la luz (cf. 1,5). El Nazareno da la vida y libera al hombre de sus tinieblas; los jefes ponen obstáculos al proyecto de Dios y a Aquel que es la luz (cf. 8,12). Las palabras de

Caifás, sumo sacerdote, obtienen después la adhesión del sanedrín, que toma la deliberación de hacer morir a Jesús (cf. Mc 14,1; Mt 26,4). La decisión no es nueva, sino la culminación de una opción madurada desde hacía tiempo y que muchos, según Juan, llevaban dentro de su corazón (cf. 5,16-18; 7,1.32.45; 8,59; 10,33.39).

En tercer lugar, la retirada de Jesús a Efraín (vv. 54-57). Jesús, tomando las riendas de los acontecimientos y de su vida, se retira a este pueblo como para reservarse la plena libertad de abandonar su vida y retomarla.

El capítulo 11 concluye con una llamada lanzada al corazón de los discípulos en pos de una fe profunda de adhesión al misterio de la persona de Jesús, Palabra del Padre, cuya «hora» ya ha llegado.

LA PALABRA ME ILUMINA

Jesús ha revelado, con el milagro-signo de Betania, su poder y su verdadera identidad de Hijo de Dios, pero, al mismo tiempo, se ha creado una escisión: «*Al ver lo que Jesús había hecho, muchos de los judíos, que habían ido a visitar a María, creyeron en él*» (v. 45). Algunos creen a causa del «signo», pero otros reaccionan de manera diferente: «*fueron a contar a los fariseos lo que había hecho*» (v. 46).

Ante la misma experiencia, el cuarto evangelio subraya reacciones que contrastan, válidas también para el hombre de hoy: la de quienes siguen al Nazareno, rindiéndose a la verdad de los hechos, y la de quienes siguen siendo esclavos de las tinieblas, escondiéndose tras el pretexto del bien común y de la ley, para no tener que exponerse. Siempre habrá quien se obstine en rechazar aquello a lo que aspira profundamente y a lo que le llama Dios, intentando esconder con pretextos sus propias injusticias y falsedades de vida.

Los sumos sacerdotes y los fariseos son conscientes de que el éxito provocado por el milagro no es un resplandor que desaparece o una llamarada pasajera. Es imposible detener la oleada popular a favor de Jesús, y existe el riesgo de que se transforme en un movimiento popular de consecuencias imprevisibles: «*¿Qué hacemos? Este hombre está realizando muchos signos*» (v. 47). Esta pregunta, redactada en presente, es la expresión de quien, también hoy, está preocupado y piensa que debe hacer algo en el futuro: se reconoce la propia incapacidad ante la fuerza que irrumpe de Dios. Para éste, el que un hombre realice «*muchos signos*» y tenga tal seguimiento constituye un escándalo y un motivo de inquietud.

San Agustín observa que Lázaro había muerto en el cuerpo, pero los jefes tenían muerta su alma: «¿Cuándo muere el alma? Cuando le falta la fe. ¿Cuándo muere el cuerpo? Cuando llega a faltarle el alma. La fe es el alma de tu alma». A continuación, el obispo de Hipona, comentando la pregunta de los sumos sacerdotes, continúa: «*¿Qué hacemos?* No decían: ¡Creamos! Esos hombres estaban más empeñados en ensañarse con él, hasta eliminarle, que en buscar su salvación. Y, sin embargo, estaban perplejos y se consultaban... Tenían miedo de perder las cosas temporales y no se preocupaban de la vida eterna, y de este modo perdieron unas y otra».

Juan permanece siempre atento a captar los aspectos paradójicos de la realidad, especialmente los relacionados con el misterio del Verbo hecho carne, y los ofrece como reflexión al discípulo: su humillación esconde la gloria, su debilidad es el revestimiento del poder.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Jesús, llevando las riendas de los acontecimientos y de tu historia, te retiras a un pueblo muy cerca del de-

sierto, como para reservarte la plena libertad de abandonar tu vida y de retomarla. Con este retiro nos dejas una gran enseñanza: el silencio y la confrontación con el Padre. Todos te buscan. Las hostilidades de los jefes del pueblo respecto a ti las conocían todos, y tú no hiciste nada, a no ser retirarte para reflexionar sobre el plan de salvación que el Padre ha preparado para nosotros. Jesús, tú que lo sabes todo, te diriges a Jerusalén para celebrar tu Pascua, porque eres el Cordero sin mancha: encontrarás tu glorificación en la cruz. Señor, haz que nosotros, como los verdaderos discípulos, te acompañemos en la fidelidad y en el amor hasta la cruz.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

El reino de los infiernos, a través de los medios acostumbrados, recurre al cielo, lamentándose con una insidiosa contestación: «Yo, Señor, si bien soy el último de tu creación y estoy asignado a un triste servicio, observo tus mandamientos y los considero inviolables; velo para que ningún nuevo contaminador cambie el antiguo derecho de tu sentencia. Ahora bien, apareció un hombre, llamado Cristo, que presume de ser tu hijo, censura a tus sacerdotes, reprende a tus escribas, viola tus sábados, deroga tu ley y obliga a volver a sus cuerpos –en los que habían vivido de una manera perversa– a las almas despojadas de la carne y destinadas ya a la pena de mi prisión. Y cada día procede con gestos de audacia muy desvergonzados, para intentar, rotos los cerrojos de mis puertas, liberar a Lázaro, encerrado ya en su cárcel, sujeto ya por nuestra ley, sometido ya por nuestro derecho. O vienes pronto en nuestra ayuda o, si consigue abrir de par en par las puertas, perderás a todos los que habíamos custodiado durante tantos siglos».

A estas palabras respondió el Hijo desde el seno del Padre: «Padre, es justo que el carcelero tenga encerra-

dos no a los inocentes, sino a los culpables; que la pena atormente no a los justos, sino a los injustos. ¿Durante cuánto tiempo, con el pretexto de la culpa de un solo hombre, el pecado de Adán, continuarán siendo arrastrados a un final cruel los patriarcas, los profetas, los mártires, los confesores, las vírgenes, las viudas, los que observan la castidad del matrimonio, todas las edades, ambos sexos e incluso los niños que ignoran el bien y el mal? Padre, muera yo, para que no mueran todos. Padre, por tu decisión derramaré mi sangre; lo único que me importa es que tus criaturas vuelvan a ti. Que el precio de mi sangre, que te es tan querida, sea la redención de todos los muertos» (Pedro Crisólogo, *Sermón* 2, 63-124).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Jesús, reconduce a la unidad a todos los hijos de Dios que estaban dispersos» (cf. v. 52).

CAMINAR CON LA PALABRA

En cuanto apareció el extraordinario poder de Cristo, se manifestaron sus milagros y se difundieron por todas partes sus acciones y obras, que tanto llamaron la atención por su esplendor, inmediatamente los sumos sacerdotes, los escribas, los fariseos y todos los que se servían de la religión para procurarse de qué vivir empezaron, en primer lugar, a levantar sospechas sobre él, después a atacarle y, más tarde, a intentar cogerle en fallo en las palabras y en las acciones. Al final, no les quedó nada más que conspirar en secreto, tramando a toda prisa para eliminar a aquel extraño, si no querían arriesgarse a perder el prestigio y ver aumentar la indiferencia respecto a ellos, como dijo el mismo sumo sacerdote. Debe quedar absolutamente claro a nuestros ojos que la causa directa de su toma de posición en contra

de Cristo, de la resistencia que culminó en la crucifixión, se puede resumir en el éxito fulgurante de Jesús: su éxito en la elevación del ánimo de los hombres y su comprensión de la ley, en el infundir alegría en los hombres en general y, de modo particular, en los pecadores, en los marginados, en los humillados, en los rechazados, en los aplastados, en el enfermo que padece una enfermedad sin esperanza y en los poseídos por fuerzas demoníacas.

El éxito de Cristo, su amor, su compasión y su ternura fueron la causa de todos los sufrimientos padecidos y de la crucifixión: esto en lo que respecta al punto de vista del mundo. Ahora bien, en lo que se refiere a Dios Padre, es verdad exactamente todo lo contrario: en la cruz, el designo del Padre y el consentimiento plenamente obediente y alegre del Hijo se revelaron como la salvación del mundo: así, los que creen en Cristo y en su pasión no morirán jamás. La cruz, el arca nueva que transporta todo tipo de criaturas, todavía pasa por el diluvio del mundo y los horrores de la muerte, hasta llevar a sus pasajeros de manera segura al puerto del cielo, al mundo de la paz eterna (Matta el Meskin, *Communione nell'amore*, Magnano 1999, 201).

La Pascua y la unción de Betania
(Jn 12,1-11)

1 Seis días antes de la fiesta judía de la Pascua, llegó Jesús
a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de
entre los muertos. 2 Ofrecieron allí una cena en honor de
Jesús. Marta servía la mesa y Lázaro era uno de los comen-
sales.

3 María se presentó con un frasco de perfume muy caro
–casi medio litro de nardo puro–, ungió con él los pies de Je-
sús y después los secó con sus cabellos. La casa se llenó de
aquel perfume tan exquisito.

4 Judas Iscariote, uno de los discípulos –el que lo iba a
traicionar–, protestó, diciendo:

5 –¿Por qué no se vendió este perfume en trescientos de-
narios para repartirlo entre los pobres?

6 Si dijo esto, no fue porque le importaran los pobres, sino
porque era ladrón y, como tenía a su cargo la bolsa del
dinero común, robaba de lo que echaban en ella.

7 Jesús le dijo:

–¡Déjala en paz! Esto que ha hecho anticipa el día de mi se-
pultura. 8 Además, a los pobres los tenéis siempre con vosotros;
a mí, en cambio, no siempre me tendréis.

9 Un gran número de judíos se enteraron de que Jesús es-
taba en Betania y fueron allá no sólo para verle a él, sino
también a Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre
los muertos.

10 Los jefes de los sacerdotes tomaron entonces la decisión
de eliminar también a Lázaro, 11 porque, por su causa, muchos
judíos se alejaban de ellos y creían en Jesús.

LA PALABRA SE ILUMINA

La cena de Betania preludia la última cena. Para la mentalidad de la época, la comida, de modo particular la realizada juntos, revestía un carácter sagrado, porque indicaba comunión de vida y acción de gracias por la misma vida. Este aspecto se vuelve ulteriormente más profundo en virtud de la presencia en esta cena de Lázaro, «*resucitado de entre los muertos*» (12,1), del que se añade que «yacía» con Jesús (según la costumbre de comer semitumbados): es una vigorosa aproximación de vida y de muerte, presagio de comunión de destino... Sin embargo, es la figura de María la que aparece en primer plano, con su silencioso gesto de amor adorador, sin cálculo ni medida. El perfume que derrama en los pies de Jesús es, verdaderamente, muy precioso (trescientos denarios corresponden al salario de dieciséis meses de trabajo de un jornalero). Y toda la casa –señala el evangelista evocando el Cantar de los cantares (1,12)– se impregnó de aquella fragancia. Este detalle nos muestra en María la imagen de la Iglesia-esposa amorosamente unida al sacrificio de Cristo-esposo. A la entrega plena, que no conoce límites en el don, se contrapone la mezquindad de Judas Iscariote (vv. 4-6). Juan nos presenta sin medias tintas a dos compañeros en el séquito del Señor, a María y a Judas: el amor ha dilatado el corazón de ella; la mezquindad ha cerrado irremediablemente el de Judas.

LA PALABRA ME ILUMINA

También nosotros hemos sido invitados a la cena de Betania, a fin de estar con Jesús en aquella cálida atmósfera de afecto y amistad, cargada de presagios e interrogantes. Permanezcamos en esa casa hospitalaria para mover los hilos de nuestro seguimiento de Jesús: un camino de salvación que va de la muerte a la vida, como le sucede a Lázaro, o de atenta solicitud que se convierte en servicio cotidiano al Maestro y a los suyos, como en el caso de Marta. Un camino de amor adorador que dilata día tras día el corazón, o bien de reservas, resistencias y cálculos cada vez más mezquinos que acaban por ahogarnos en la mezquindad: María y Judas, ambos discípulos del Señor, se nos ponen delante como ejemplos-límite.

Estar con Jesús, por consiguiente, escuchar su Palabra, compartir la existencia con él, no es lo que decide nuestra meta; lo decisivo es reconocer y acoger el amor que él da, el Amor que él es. Judas no lo acogió, por eso condena el «derroche» de María y hace sus cuentas con el pretexto de los pobres... María ha convertido ese amor en su vida, en el centro de gravedad que la lleva fuera de sí misma sin cálculos, sin razonamientos, pues con una intuición más que exacta y luminosa ha captado lo esencial: el Pobre es Jesús, que lo da todo. En consecuencia, ella ya no puede esperar y quiere imitar, con el símbolo de un gesto, a su Maestro: derrama sobre esos pies que le han abierto el camino a una plenitud inesperada de amor –en el tiempo y, así lo cree ella, en la eternidad– el nardo preciosísimo que había guardado durante mucho tiempo, que es imagen de una vida totalmente derramada en la caridad. «*La casa se llenó de aquel perfume tan exquisito*».

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Jesús, la sincera preocupación por los pobres (v. 8), tuya y nuestra, se puede manifestar para ti en circunstancias variadas y no es motivo para una actitud de crítica respecto a la mujer. Tú, que proclamas la ayuda y la asistencia a los pobres, subrayas, sin embargo, que Dios es más grande que todo y que todos. Una falsa concep-

ción de la utilidad inmediata, también en beneficio de nuestros pobres, corre el riesgo de viciar la verdadera relación de amor con Dios. Ciertamente, es necesario descubrir y amar a Dios en el hermano que tenemos a nuestro lado, pero no debemos olvidar que encontramos a Dios en los otros precisamente porque él mismo es persona. Señor Jesús, haz que tu Iglesia, presente en el mundo, nunca se olvide de que el amor a los pobres no debe dispensarnos de la adoración verdadera y sincera al Padre y a ti, verdadero Dios.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Bienaventurado el hombre que comparte el dolor del pobre, que hace suyas sus necesidades y conoce las incomodidades que acarrea el menesteroso. Por otra parte, si es verdad que el Señor sufrió por los pobres, también lo es que no dudó en reprender a Judas cuando éste exclamó, a propósito del ungüento que María había vertido sobre los pies de Cristo: «*Se hubiera podido vender por trescientos denarios para repartirlo entre los pobres*» (Jn 12,5). Los otros apóstoles pensaban también lo mismo, pero el sentimiento era distinto: en Judas hablaba la avaricia; en los otros, la misericordia. Judas entreveía la posibilidad de un robo; los discípulos se preocupaban por dar de comer a los pobres. Ahora bien, Cristo dio una respuesta válida para todos: «*¡Dejadla en paz! Esto que ha hecho anticipa el día de mi sepultura. Además, a los pobres los tenéis siempre con vosotros; a mí, en cambio, no siempre me tendréis*» (12,7s).

Así pues, en primer lugar está la fe y en segundo la misericordia. La misericordia sólo resulta preciosa si va acompañada de la fe; sin la fe es un despojo, sin la fe es insegura: la fe es el fundamento seguro de toda virtud.

Bienaventurado, por tanto, el que piensa en la miseria y en la pobreza de Cristo, que, de rico como era, se hizo pobre por nosotros. Rico en su Reino, pobre en la carne, porque tomó sobre sí esta carne de pobres. No padeció, por consiguiente, en su riqueza, sino en nuestra pobreza. Intenta, pues, penetrar en el sentido de la pobreza de Cristo, si quieres ser rico. Intenta penetrar en el sentido de su debilidad, si quieres obtener la salvación. Intenta penetrar en el sentido de su cruz, si quieres no avergonzarte de ella; en el sentido de su herida, si quieres sanar las tuyas; en el sentido de su muerte, si quieres ganar la vida eterna; en el sentido de su sepultura, si quieres encontrar la resurrección (Ambrosio de Milán, *Commento a dodici Salmi*, XI, 3-5, Milán-Roma 1980, II, 39-41).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*La casa se llenó de aquel perfume tan exquisito*» (v. 3).

CAMINAR CON LA PALABRA

Aquella noche, a pocos días del «final», el más pobre era aquel que, traicionado y abandonado por todos, se preparaba para aceptar, con la muerte en la cruz, el tormento de su adorable carne. Está bien, por consiguiente, que el homenaje de la Magdalena se dirija al Pobre con un gesto de tan pura ternura, que no sólo merece el reconocimiento del Señor, sino que lleva el amor a los pobres hacia modalidades tan sublimes que nuestra filantropía encuentra absurdas y antisociales. Demasiada gente buena tiene miedo, más que de los «excesos del egoísmo», de los «excesos de la caridad», reprobados con sordo descontento, del mismo modo que con sordo descontento se acepta la presencia del Pobre. A Jesús no le disgustó el gesto de bondad de la Magdalena, que tal vez le ayudó a llevar «el desierto del hombre» en

los días en que él se disponía a morir por nosotros. Debió de resultarle infinitamente costoso encontrar cerradas las puertas de nuestros corazones mientras nos entregaba todo lo suyo.

No se ha dicho, en efecto, que el Amor no tenga necesidad de amor. Jesús tiene necesidad de todo y de nada. Tiene necesidad de un pollino de asna para su entrada en Jerusalén, de una *«estancia amplia»* para la última Pascua con los suyos. Tiene necesidad de este ungüento perfumado para sus pies, que van a subir al Calvario. Me gusta contemplar así al Señor, menesteroso e indulgente, y bendigo las manos que le socorren: bendigo el ungüento que baja sobre sus pies. Este amor es del orden de la divina Caridad, que sube del cenáculo al Calvario y lleva la señal de los clavos hasta el fin de los siglos por amor a nosotros. El ungüento que en la casa hospitalaria de Lázaro fue derramado sobre los pies de Jesús, que se encaminaban hacia la ofrenda no bien comprendida ni bien acogida por la mayoría de los hombres, señala la primera grieta de la piedra de nuestro corazón, sobre la que el Hijo del hombre podrá permanecer mientras va a morir por nosotros (P. Mazzolari, *Dietro la croce e il segno dei chiodi,* Bolonia, 125-128, *passim*).

La entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén

(Jn 12,12-19)

[12] Al día siguiente, cuando la gran multitud de peregrinos que habían llegado a la ciudad para la fiesta se enteraron de que Jesús se acercaba a Jerusalén, [13] cortaron ramos de palmera y salieron a su encuentro gritando:

–*¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!* ¡Bendito sea el rey de Israel!

[14] Jesús encontró a mano un asno y montó sobre él. Así lo había predicho la Escritura:

[15] *No temas, hija de Sión;*
mira, tu rey viene a ti
montado sobre un asno.

[16] Al principio, sus discípulos no comprendieron estas palabras, pero cuando Jesús fue glorificado, las recordaron y cayeron en la cuenta de que aquellas palabras de la Escritura se referían a él y se habían cumplido en él.

[17] Los que estaban con él cuando llamó a Lázaro del sepulcro y lo resucitó de entre los muertos, contaban lo que habían visto. [18] Por eso la gente salió al encuentro de Jesús, porque habían oído contar el signo que había hecho. [19] Ante esto, los fariseos comentaban entre sí:

–Está muy claro que no conseguimos nada; todo el mundo le sigue.

LA PALABRA SE ILUMINA

«Al día siguiente» al de la unción de Betania, Jesús se encaminaba hacia Jerusalén, a pesar de las bien cono-

cidas intenciones de los jefes de los judíos respecto a él (cf. 11,8.16.47-48.53). La muchedumbre de los peregrinos, que había acudido a la ciudad santa para la fiesta de la Pascua y se había enterado del milagro de Lázaro, sale de las murallas y va al encuentro del Profeta, aclamándole como rey de Israel y dando vida, con ramas y palmas, a un recibimiento triunfal. Juan relee el episodio subrayando el tema de la realeza de Jesús, el trasfondo veterotestamentario, y le añade el aspecto pascual, en cuanto que el Mesías que entra en Jerusalén es «*el vencedor de la muerte*» (vv. 24s). Jesús siempre había rechazado durante su vida pública las manifestaciones emotivas del pueblo (cf. 2,23-25; 6,25; 7,3-8). En esta circunstancia parece que suceda lo contrario.

En realidad, Jesús rechaza la idea de Mesías prestigioso que le propuso Satanás, mientras que permanece fiel al proyecto que el Padre le ha preparado. Desmiente todo deseo de violencia y de realeza mundana por parte del pueblo y confirma su realeza mesiánica. Se presenta con los símbolos de la mansedumbre y del amor, algo que sólo comprende el que está abierto a la fe. El secreto de Jesús-Mesías pacífico, como bien expresa el texto del profeta Zacarías, se encuentra en su debilidad y en su humildad y no en la fuerza del conquistador que avanza con armas de guerra: «*Salta de alegría, Sión; lanza gritos de júbilo, Jerusalén, porque se acerca tu rey, justo y victorioso, humilde y montado en un asno, en un joven borriquillo. Destruirá los carros de guerra de Efraín y los caballos de Jerusalén. Quebrará el arco de guerra y proclamará la paz a las naciones. Dominará de mar a mar, desde el Éufrates hasta los extremos de la tierra*» (Zac 9,9s).

LA PALABRA ME ILUMINA

Tras el episodio de la entrada de Jesús en Jerusalén, Juan reflexiona y lee los últimos acontecimientos de la

vida de Jesús sacando a la luz los diferentes modos de comprender –el de los discípulos, el de la gente y el de los mismos fariseos– a fin de comprobar también el de cada hombre.

«*Al principio, sus discípulos no comprendieron estas palabras*» (v. 16a). Ya han sido muchas las veces en las que no han comprendido el sentido de las palabras y de las obras de Jesús. Sólo después del acontecimiento pascual del Señor lo recordarán plenamente todo: comprenderán la mesianidad del Nazareno tanto a través de la relectura cristológica de las antiguas Escrituras como a través del don de la vida ofrecida en la cruz. Después de esto, Juan presenta la reacción de la gente que había estado «*con él cuando llamó a Lázaro del sepulcro*» (v. 17a). Este grupo restringido de personas da testimonio no sólo de la persona del Maestro por el asombroso milagro que había realizado, sino aún más de la fe en la misión de enviado del Padre, de dador de vida y de triunfador de la muerte. Este testimonio de vida será el motivo que engendrará en el pueblo que había acudido para celebrar la Pascua en Jerusalén el deseo de salir al encuentro del rabí de Nazaret, que hace su entrada en la ciudad santa.

La tercera categoría de personas que reacciona es la de los fariseos, a los que Juan presenta en ocasiones como adversarios del Profeta. Parecen como si fueran presa del pánico por el creciente consenso en torno a Jesús y se lanzan reproches entre ellos por su incapacidad para controlar la situación: «*Está bien claro que no conseguimos nada; todo el mundo lo sigue*» (v. 19).

En la incomprensión de los jefes de los judíos y de los fariseos se encuentra el anuncio de una verdad cristológica que se realizará pronto: se trata de la anticipación profética de que todas las gentes se recogerán unidas en la realidad de la realeza de Cristo. ¿Y nosotros? ¿En cuál de estas categorías nos encontramos?

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor Jesús, también nosotros hubiéramos querido acompañarte exultantes mientras entrabas como rey glorioso y pacífico en Jerusalén, pero sin ser de las mismas personas que pocos días después iban a gritar no el *hosanna,* sino el *crucifícale.*

También a nosotros nos resulta fácil ser arrastrados por el entusiasmo pasajero cuando todo habla de gloria y de fiesta. En cambio, nos es más difícil permanecer fieles en medio de la grisalla y la trivialidad de la vida diaria, o cuando el mundo se nos muestra contrario o se nos margina por seguir siendo coherentes con los principios de la vida moral que tú nos enseñaste.

Haz que no sucumbamos nunca a las lisonjas del mundo y de la vida superficial, sino que permanezcamos anclados en la roca de tu Palabra, que es salvación, que es lámpara para nuestros pasos y orientación de vida en nuestro trabajo cotidiano.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Escucha, Iglesia de Dios, «*escucha, hija, mira, apresta el oído*» (Sal 44,11). Escucha, digo, y reconoce desde hace cuánto tiempo te ha amado Dios de un modo absolutamente gratuito y con una ternura infinita. Por tu parte, debes responder a este amor divino con todas tus fuerzas.

Pon atención, por tanto, en cómo respondes. Aquel que te ama es infinitamente grande y tú no estás en condiciones de responder a esta benevolencia; intenta ofrecer lo poco que tienes, pero da precisamente todo lo que puedes y eres.

Escucha ahora qué agradable le eres: «*Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo unigénito*» (Jn 3,16) ¡Oh

fuego ardiente de amor! Dios envía a su Hijo amadísimo al mundo, a su único Hijo, que es de su misma naturaleza, y le confía la misión de darse a conocer y de ofrecernos su amor. Salidle, pues, al encuentro todos los que habéis experimentado en vosotros el verdadero amor. Corred a abrazarle y besadle con arrebato. Alabad con todo vuestro corazón al Bendito «*que viene en el nombre del Señor*» (12,13) y bendecid al que le ha enviado.

Piensa en el modo en que le envió: le envió a nosotros para que se ofreciera a sí mismo y todo lo que era suyo. Por último, le entregó a la muerte por nosotros. Que cada uno de nosotros, de manera individual, compare su amor con estos diferentes aspectos del amor de Dios. Ciertamente, oh Señor, diste valor a tu amor, porque nos compraste al precio de la humillación, despreciando incluso tu propia vida.

¡Oh admirable trueque! La majestad divina, que los mismos cielos no pueden contener, aceptó ser vendida a un precio bajísimo, mientras que, por el contrario, ese ser vilísimo que es el hombre fue comprado por Dios pagando el altísimo precio de su dignidad. Por lo menos, ahora eres consciente de la grandeza de tu dignidad originaria, que te fue restituida a un precio tan alto. Guárdala ahora con toda diligencia en tu corazón. Intercambia, a tu vez, el amor que te mostró aquel que te rescató y dale gracias por el alto precio en que te valoró (Juan de Ford, *Sermo* XIII, 6s; edición italiana, *Il volto dell'amore,* vol. I, Rímini 2003, 160-163).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito sea el rey de Israel!*» (v. 13).

CAMINAR CON LA PALABRA

Jesús podía decir lo que quisiera, pronunciar palabras repletas de fuerza y sabiduría divinas, pero invariablemente recibía una respuesta de áspera obstinación, de profunda desconfianza, incluso de odio enconado. Jesús podía hacer lo que quisiera: curar, ayudar, perdonar, colmar de favores a los débiles y enfermos, pero siempre se topaba con endurecimiento de corazón, calumnia de sus intenciones, blasfemia contra el Espíritu. También ahora se presenta el escándalo. Cuando el templo se ve sacudido por oleadas de conmoción interna que barren la indiferencia, la enfermedad y la miseria humana, y que harían pensar que todos han de someterse a su poder y que la unidad que lleve el Reino de Dios a su cumplimiento debe estrechar sus vínculos, entonces se presentan los fariseos y exigen una legitimación de ese modo de proceder. Profundamente indignados preguntan a Jesús si no oye las palabras blasfemas que profieren sus discípulos y si no va a acallar el absurdo griterío de los niños. Pero como son tan incapaces de percibir lo que reina en el ambiente, Jesús, después de su referencia a las piedras, que se pondrían a gritar si los hombres callaran, los deja plantados y se va de la ciudad.

Un estudioso advierte contra una posible tentación de comparar la llegada del Señor a Jerusalén con aquellas entradas triunfales que, como dice la historia, marcaban el «triunfo» de los grandes generales romanos. El héroe era un vencedor. Se había conseguido una victoria. Se ofrecía todo un despliegue de poder y de magnificencia. Las aclamaciones de la masa rodeaban al héroe, con la sensación de una presencia divina... En ese momento –apunta el exégeta– podríamos imaginar qué habría sentido un general romano colmado de los máximos honores y de la suprema autoridad si, mientras avanzaba sobre su espléndida cabalgadura, con su coraza resplandeciente y seguido de todo su ejército, que había extendido la dominación romana hasta los confines del mundo, hubiera visto a ese personaje de vestimenta raída, montado en un mísero pollino, con un vulgar manto por silla y aclamado por una masa de gente. Sólo pensarlo, da pena. ¡Pero así fue, en realidad! Ése es el panorama cuando Dios viene al encuentro del hombre. Todo parece una locura, una sinrazón tan escandalosa que los que se consideran a

sí mismos justos y fieles a la ley empiezan a pensar en un proceso condenatorio.

En realidad, ni una sola vez se presenta el auténtico rostro de la pobreza. Y podría resultar de una fascinación sorprendente, pues no sólo existe el esplendor de la majestad y de la magnificencia, sino también el de una pobreza conmovedora y sublime, que actúa por la fuerza de su significado siempre enigmático. Pero los que se apiñan en torno a Jesús no son representantes de la verdadera pobreza. No lo son sus discípulos, como tampoco lo es el pueblo. Son gente normal, como la que vive en los talleres o en las tiendas, o pasea por las calles; gente como cualquiera de nosotros, seres humanos del montón, que no vive ni la plena exaltación de la gloria ni la ruina absoluta de la miseria. ¡Qué difícil es reconocer la manifestación de Dios! (R. Guardini, *Il Signore. Riflessioni sulla persona e sulla vita di Gesù Cristo,* Milán 1977, 387-388, *passim;* edición española: *El Señor,* Rialp, Madrid 1965).

La llegada de los griegos y el último discurso de Jesús
(Jn 12,20-36)

20 Entre los que habían llegado a Jerusalén para dar culto a
Dios con ocasión de la fiesta, había algunos griegos. 21 Éstos
se acercaron a Felipe, que era natural de Betsaida de Galilea,
y le dijeron:
–Señor, quisiéramos ver a Jesús.
22 Felipe se lo dijo a Andrés, y los dos juntos se lo hicieron
saber a Jesús. 23 Jesús dijo:
–Ha llegado la hora en la que el Hijo del hombre va a ser
glorificado. 24 Yo os aseguro que el grano de trigo seguirá sien-
do un único grano a no ser que caiga dentro de la tierra y
muera; sólo entonces producirá fruto abundante. 25 Quien vive
preocupado por su vida, la perderá; en cambio, quien no se
aferre excesivamente a ella en este mundo, la conservará para
la vida eterna. 26 Si alguien quiere servirme, que me siga; co-
rrerá la misma suerte que yo. Todo aquel que me sirva será
honrado por mi Padre.
27 Me encuentro profundamente abatido, pero ¿qué es lo que
puedo decir? ¿Padre, sálvame de lo que se me viene encima en
esta hora? De ningún modo, porque he venido precisamente
para aceptar esta hora. 28 Padre, glorifica tu nombre.
Entonces se oyó esta voz venida del cielo:
–Yo lo he glorificado y volveré a glorificarlo.
29 Entre los que estaban presentes, unos creyeron que había
sido un trueno; otros decían:
–Le ha hablado un ángel.
30 Jesús explicó:
–Esta voz se ha dejado oír no por mí, sino por vosotros. 31 Es
ahora cuando el mundo va a ser juzgado, es ahora cuando el

que tiraniza a este mundo va a ser arrojado fuera. [32] Y yo, una vez que haya sido elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí.

[33] Con esta afirmación, Jesús quiso dar a entender la forma en la que iba a morir.

[34] La gente replicó:

–Nuestra ley nos enseña que el Mesías no morirá nunca. Entonces, ¿qué quieres decir con eso de que el Hijo del hombre tiene que ser levantado? ¿Quién es ese Hijo del hombre?

[35] Jesús les respondió:

–Todavía está la luz entre vosotros, pero no por mucho tiempo. Mientras tenéis esta luz, caminad para que no os sorprendan las tinieblas. Porque el que camina en la oscuridad no sabe a dónde se dirige. [36] Mientras tenéis la luz, creed en ella; solamente así seréis hijos de la luz.

Después de decir todo esto, Jesús se retiró, escondiéndose de ellos.

LA PALABRA SE ILUMINA

Este texto, de un valor altamente dramático, contiene varios temas. El tema de fondo es cristológico y está centrado en la necesidad de la muerte en la cruz para dar fruto (vv. 20-26), pero juega también con la exaltación y la glorificación de Jesús-Mesías, con la atracción de todos los hijos de Dios (vv. 24.27-32) y, por último, con el caminar con fe a la luz de Cristo (vv. 35s).

Los dos polos de atracción de este fragmento son, sin embargo, la *subida* a Jerusalén de algunos griegos que quieren ver a Jesús (vv. 20s; cf. v. 19b) y su *elevación* en la cruz (vv. 32s). Dos ascensiones: la primera está motivada por la atracción humana hacia la Pascua judía y hacia la persona de Jesús (aunque en el simbolismo joánico se alude también al acceso de los pueblos paganos a la salvación); la segunda es expresión de la voluntad salvífica del Padre, que no duda en entregar a su Hijo unigénito, verdadero cordero pascual, a la muerte. Entre

ambos polos, para permitir el paso del plano de la crónica al de la escatología –entre el tiempo y el final de los tiempos– se encuentra la *«hora»* de Jesús. Ya ha llegado ésta, tal como indica la petición de los griegos, que por eso no obtiene una respuesta directa (v. 23): el mismo Padre les responderá muy pronto, del modo más elocuente. Se predice, como en los sinópticos, algo inaudito: la *pasión* del Hijo del hombre. Ésta no irá *seguida* simplemente en Juan de la gloria, sino que más bien *coincidirá* con ella. «Glorificación» y «elevación» se refieren al mismo tiempo a la cruz y a la resurrección, que constituyen los dos aspectos de la hora de Jesús. El que quiera servirle se verá implicado en un mismo destino de muerte y de gloria (vv. 24-26).

No se trata de consideraciones abstractas: Jesús se encuentra profundamente turbado por la perspectiva de lo que le espera (los vv. 26s son el Getsemaní joánico), pero el centro de su ser está establecido en la adhesión incondicionada a la voluntad del Padre, que él ha venido a cumplir (v. 27b): esta obediencia filial es la que glorifica el nombre del Padre, porque manifiesta el amor trinitario y lleva a cabo la salvación del mundo (v. 28). En esta entrega total de su ser, Jesús se revela como el verdadero Hijo del hombre, enviado para juzgar al mundo, para expulsar a su príncipe e inaugurar el Reino de Dios (v. 31). La hora decisiva de la historia es su muerte en la cruz.

LA PALABRA ME ILUMINA

Este pasaje evangélico es muy significativo para nuestro camino cristiano. Unos griegos se dirigen a Felipe y le dicen: *«Quisiéramos ver a Jesús,* quisiéramos conocerle». Se trata de una petición que nosotros deberíamos plantearnos siempre. En efecto, tenemos una necesidad perenne de acercarnos a Jesús, de conocerle

de nuevo como si nunca le hubiéramos visto, porque nunca acabamos de conocer al Señor. Cada día deberíamos sentir surgir dentro de nosotros, cada vez más vivo, este deseo: ver a Jesús. ¿Y quién nos conducirá a él, quién nos lo señalará, quién nos lo hará ver?

Precisamente este deseo nos impulsa a escuchar su Palabra, a buscarle en la sagrada Escritura, en la Iglesia, en los hermanos, en los acontecimientos, en nuestro corazón. Ahora ya no debemos buscarle fuera de nosotros, porque Jesús vive en nosotros, si creemos. Lo más importante es precisamente participar íntimamente, con un corazón creyente, en el misterio de Cristo. Sólo así daremos fruto.

Con todo, Jesús nos recuerda que nadie vive verdaderamente –y eso significa dar fruto– si no acepta penetrar en el misterio del grano que muere, un misterio que vivió él antes que nadie. Así pues, nosotros no encontraremos la fuerza necesaria para profundizar en la tierra fecunda si no tenemos presente que el terreno donde debemos morir es el del amor, que da sentido a la cruz de Cristo y a todas las cruces que se levantan junto a ella, esperando a su sombra la realización total de la nueva alianza que es la Pascua (cf. Ap 14,13).

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor, el camino que recorriste se convierte en el mismo que debe recorrer el discípulo, aunque sea el que conduce a la cruz, porque participando en tu muerte es como se alcanza la gloria de la vida. Sólo el que se pierde se realiza. El mayor obstáculo para nuestra autorrealización se encuentra en el miedo a perderse y a sacrificarse en este mundo. Tú, Señor, adviertes con total claridad a todo discípulo que el apego a nosotros mismos conduce a la componenda y que, en cambio, la completa

madurez reside en la entrega de amor hecha servicio a todos los hermanos.

Éstas son las exigencias radicales que implica ser discípulo: se resumen en tu destino de muerte y de gloria que todo bautizado está llamado a recorrer. Jesús, ayuda a tu Iglesia a vivir esta paradoja: todo el que se entrega por completo por amor da fruto y se abre a un destino eterno.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Recuerdo que alguien vio realizarse plenamente su deseo de ver a Jesús. Pudo contemplar su rostro sin cansarse, recibir a Jesús con alegría, hacerle comer a su llegada en su mesa y tenerle como huésped en su casa. Recuerdo que otros, encendidos por un ansia semejante, aunque todavía eran paganos y pecadores, dijeron a Felipe: «*Señor, quisiéramos ver a Jesús*» (Jn 12,21). Entonces Jesús, saliendo al encuentro de su buena intención con amor, dijo: «*Ha llegado la hora en la que el Hijo del hombre va a ser glorificado*» (12,23). Aquel que busca ardientemente el rostro de Jesús ha llegado a exaltar en realidad al Hijo del hombre; está yendo a la fiesta y ha despuntado para él el día de la gloria. En efecto, la Escritura dice también que estos griegos «*habían llegado a Jerusalén para dar culto a Dios con ocasión de la fiesta*» (12,20).

En consecuencia, éste es para ti el signo de que verdaderamente has visto a Jesús: que le glorifiques con todo el corazón en la alabanza y en la bendición. Le has visto si te has quedado admirado, si te has sentido sacudido en tu intimidad. Ahora bien, como dijo el mismo Jesús, esta gozosa glorificación dura sólo una hora brevísima y, por encima de todo, se concede rara vez. No cabe duda de que ningún ojo humano puede ver a Jesús, a no ser que él mismo haya mirado desde el cielo a su

criatura para ofrecerle la existencia. Por eso, con un amor preveniente la conduce hacia la sabiduría, infundiéndole el gusto de su bondad (Juan de Ford, *Sermo* XVIII, 2s; edición italiana, *Il volto dell'amore,* vol. I, Rímini 2003, 220-222).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*El grano de trigo seguirá siendo un único grano a no ser que caiga dentro de la tierra y muera; sólo entonces producirá fruto abundante*» (v. 24).

CAMINAR CON LA PALABRA

El cristiano no supone que Dios es un amo y el hombre un esclavo, sino que siente a Dios como amor que se entrega, como amor que se destruye a sí mismo para dar vida a los otros. Nosotros creemos que Dios se reveló en esta modalidad de gloria: vida que muere. Si creemos que Dios es un amo frente al que debemos postrarnos y desaparecer, introducimos en la vida una idea que no se corresponde con la palabra «gloria».

¿Cuál es la gloria que debemos dar a Dios? La aceptación por nuestra parte de la suprema revelación que nos ha entregado de sí mismo en Cristo: amor que se inmola, de una manera apasionada, para darnos vida a nosotros y, por consiguiente, para configurar toda nuestra actividad a partir de él; para intentar ser también nosotros en medio de los hombres, criaturas que han recibido la plena investidura luminosa de Dios y que mueren en ella a fin de transmitir esta luz a los otros.

Del mismo modo que Dios nos transmite la vida a través de su aniquilamiento total, así debemos transmitir nosotros la vida a los otros. Dios creó al hombre y le marcó con esta dignidad suprema, esto es, haciéndole capaz de poder imitar a él en este amor absoluto e ilimitado, para que los otros vivan. Dios

creó al hombre para «sostener», dentro de los estrechos límites de la existencia terrena, esta ilimitada gloria del Señor. Por consiguiente, la gloria de Dios no se manifestará con la violencia, sino sólo a través de nuestro amor (D. M. Turoldo, *Il Vangelo di Giovanni,* Milán 1997, 177-181, *passim*).

Un balance del ministerio público de Jesús

(Jn 12,37-50)

37 A pesar de que Jesús había hecho tantos signos, no creían
en él; 38 así se cumplió lo que había anunciado el profeta Isaías:

Señor, ¿quién ha creído
nuestro mensaje?
¿A quién ha sido manifestado
el poder del Señor?

39 El mismo Isaías había indicado la razón por la cual no podían creer:

40 *Él ha oscurecido sus ojos*
y endurecido su corazón
de tal modo que sus ojos no ven
y su inteligencia no comprende;
así que no se vuelven a mí
para que yo los cure.

41 Isaías anunció esto porque había visto la gloria de Jesús y por eso hablaba de él.

42 A pesar de todo, fueron muchos, incluso entre los magis-
trados judíos, los que creyeron en Jesús. Sin embargo, no se
atrevían a manifestarlo públicamente a causa de los fariseos,
por miedo a ser expulsados de la sinagoga. 43 Para ellos con-
taba más la buena reputación ante la gente que ante Dios.

44 Jesús afirmó solemnemente:

–El que cree en mí no solamente cree en mí, sino también
en el que me ha enviado; 45 y el que me ve a mí, ve también al
que me envió. 46 Yo he venido al mundo como la luz, para que
todo el que crea en mí no siga en tinieblas. 47 No seré yo quien
condene al que escuche mis palabras y no haga caso de ellas,
porque yo no he venido para condenar al mundo, sino para

salvarlo. 48 Para aquel que me rechaza y no acepta mis palabras hay un juez: las palabras que yo he pronunciado serán las que le condenen en el último día. 49 Porque yo no hablo en virtud de mi propia autoridad; es el Padre, que me ha enviado, quien me ordenó lo que debo decir y enseñar. 50 Y sé que sus mandamientos llevan a la vida eterna. Por eso, yo enseño lo que he oído al Padre.

LA PALABRA SE ILUMINA

La perícopa constituye el epílogo de la vida pública de Jesús: es el último fragmento del «libro de los signos» en Juan, una especie de evaluación del ministerio público de Jesús, que dirige a todo discípulo una clara y definitiva llamada personal para que oriente su propia vida hacia lo esencial con una adhesión convencida y vivida a su divina Palabra. Estas palabras siguen siendo válidas y actuales en todos los tiempos de la Iglesia.

El Señor recuerda antes que nada que el objeto de la fe debemos ponerlo en el Padre, que envió a su propio hijo al mundo. Entre el Padre y el Hijo existe una vida de comunión y de unidad, por lo que «*quien cree*» en el Hijo cree en el Padre, y «*quien ve*» al Hijo ve al Padre. Para el evangelista, nos encontramos frente a un ver sobrenatural que experimenta quien acoge la Palabra del Hijo de Dios y la vive. Cristo es la plena revelación de Dios, es el «rostro» de Dios hecho visible. Quien se adhiere a él, reconoce y acepta el amor del Padre.

Desde el Padre y el Hijo, Juan pasa a considerar después «*el mundo*» en el que viven los hombres. Ahora bien, la necesidad de creer en el Hijo y en su misión está motivada por el hecho de que es «*la luz del mundo*» (Jn 8,12; 9,5; 12,35s). El que acoge la luz de la vida escapa de las tinieblas de la muerte, de la incomprensión y del pecado, y se salva a sí mismo de la situación de ceguera en la

que se encuentra el hombre con frecuencia. En efecto, el verdadero discípulo es aquel que cree las palabras de Jesús, las guarda en su propio corazón y las pone en práctica. El que, por el contrario, no cree ni vive las exigencias del Evangelio incurre en el juicio de condena y será cribado en el último día por la misma Palabra de vida que no escuchó.

LA PALABRA ME ILUMINA

Esta perícopa contiene palabras de confianza y palabras de temor, palabras de vida y de muerte, palabras de salvación y de condena. Jesús no vino, a buen seguro, a «*juzgar al mundo*». Con todo, su Palabra y su misión llevan a cabo, automáticamente, un juicio y se convierten en criterio último de verdad y de praxis.

Mi actitud hacia Jesús y su Palabra está llevando a cabo hoy un juicio, el presente y el futuro. En la persona de Cristo se encuentra presente la realidad definitiva. Y yo debo confrontarme aquí y ahora, inmediatamente, con esta realidad, porque es lo definitivo lo que sopesa lo que pasa, es lo eterno lo que criba lo transitorio. Es hoy cuando decido mi destino eterno. Es hoy cuando debo confrontarme con Cristo. Es hoy cuando debo configurarme con su Palabra. Es hoy cuando mi vida está suspendida entre la vida y la muerte, entre la luz y las tinieblas, entre el todo y la nada.

De aquí la importancia decisiva del instante que estoy viviendo. Este fugacísimo momento tiene un valor eterno. El hoy tiene valor para mi destino eterno. Debemos recuperar el sentido de la dramática ambivalencia del momento presente, tan vivo en muchos santos. ¿Hacia dónde estoy verdaderamente orientado hoy, en este momento, en las profundidades de mi corazón?

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Jesús, has llevado a término una parte de tu misión entre los hombres: la de anunciar y realizar la manifestación de la vida divina a través de tu obra de Verbo encarnado. Tú eres el Hijo de Dios, el Revelador, el *Logos* que expresa y revela al Padre bueno. Tu Palabra es la manifestación visible del amor del Padre, que tú nos comunicaste a través del plan salvífico de Dios. Ahora ya no te queda más que completar tu misión, llevar a término tu obra de salvación, recorriendo el camino hacia la cruz y viviendo en primera persona todo lo que anunciaste con la palabra: «*haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz*» (Flp 2,8), a fin de hacernos pasar a todos de la muerte a la vida. Concédenos también a nosotros, tus discípulos, ser dóciles a la voluntad de tu Padre y nuestro Padre, y seguirte por el camino de la cruz para experimentar la verdadera vida y la comunión contigo.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Nada vano hay en los mandamientos santos que Jesús pronunció: todo en ellos, incluso una sola iota, es vida y procura vida eterna. En efecto, si alguien cree en él en lo que toca a las cosas más grandes –como, por ejemplo, que él, Dios, se hizo hombre, fue crucificado, murió y resucitó...– y después no cree cuando él mismo dice: «*Y yo os digo que en el día del juicio tendréis que dar cuenta de las palabras vacías que hayáis dicho*» (Mt 12,36), ¿cómo podrá ser creyente y no ser más bien condenado como incrédulo y peor que incrédulo? Así pues, todo lo que Cristo Dios mandó a los apóstoles, también nos mandó observarlo a nosotros, pero nos falta la voluntad, porque somos débiles en la fe y en el amor a Cristo.

Pidamos, pues, con toda nuestra voluntad y nuestra mente, nosotros que escuchamos la Palabra con fe, no ser nunca engañados y seducidos, y no salirnos del camino que conduce a los cielos, y no dejarnos atar por ninguna pasión, sino apresurarnos a alcanzar a Jesús, que va delante de nosotros. Y, una vez que lo hayamos asido, que podamos caer a sus pies y llorar ante su bondad, y pedirle fervorosamente que no se separe nunca de nosotros. A él, pues, buscamos; a él nos preocupamos por alcanzar, a fin de poder asirle también. Y si lo conseguimos, viviremos y estaremos con él no sólo en el momento de salir de la vida, sino también ahora, y subiremos con él y seremos asumidos en los cielos, o, mejor aún, él mismo nos llevará a lo alto y nos glorificará con él (Simeón el Nuevo Teólogo, *Le catechesi*, 7, II, 62-83; edición italiana, Roma 1995, 225-234, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*El que me ve a mí, ve también al que me envió*» (v. 45).

CAMINAR CON LA PALABRA

«*Para aquel que me rechaza y no acepta mis palabras hay un juez: las palabras que yo he pronunciado serán las que le condenen en el último día*» (Jn 12,48). Despreciar al Señor y no acoger su Palabra constituyen una sola cosa. Quien no desprecia, sino que ama, acoge la Palabra del amor. El Señor nos sale hasta tal punto al encuentro que ni siquiera nos exige grandes gestos de amor. Basta únicamente con que le permitamos amarnos y que no nos mostremos insensibles a su amor, con que no despreciemos la Palabra de su amor. Ahora bien, si la despreciamos y rechazamos su amor, también tenemos nuestro juez, un juez que hemos elegido nosotros mismos, porque también he-

mos puesto una condición: la de no querer amar y no dejarnos redimir por el amor. Dios, en cambio, ha puesto únicamente la condición contraria: la de amar y dejar que nos amen. Quien no acepta esta condición se somete por sí mismo al juicio. Prefiere la justicia al amor. Se pone a disposición del Dios de la justicia, porque rechaza al Dios del amor. Comparece en este juicio con todo lo que ha tramado por sí mismo: con sus puntos de vista y sus principios, sus buenas acciones y sus pecados, sus méritos y las excusas por sus faltas; con todos los motivos y las circunstancias concomitantes, con sus obras y sus omisiones. Con todo este sistema defensivo entra en el juicio. Se somete al juicio aparentemente bien preparado, cubierto, casi sumergido por un abundante material que lleva consigo.

De modo bien distinto se presenta al juicio el creyente que ha acogido la Palabra. Está obligado a presentarse desnudo; está arrepentido de los pecados que ha cometido, pero sabe que debe confiarse indefenso, no protegido, inerme al propio juez. Sólo puede confiar en una cosa: que se tratará de un juicio de amor y no de un juicio de justicia. Por otra parte, cuando el Señor esté delante como su Redentor, no verá sólo al pecador, sino todo el amor que le ha dado y, además, el granito de amor que ha recibido de él. El primero había venido con sus méritos, pero el Señor ve el mérito en el segundo. El primero tiene como juez a la Palabra rechazada; el segundo a la Palabra acogida del amor. El primero la tiene como una Palabra no pronunciada por él; el segundo como una Palabra puesta a su disposición. Y, sin embargo, el juicio de la cruz es uno solo, porque en la cruz quedará superada toda distinción entre juicio y amor, y ambos coincidirán (A. von Speyr, *I discorsi polemici*, Milán 1989, II, 367s, *passim*).

El signo del lavatorio de los pies a la luz de la traición

(Jn 13,1-17)

1 Antes de la fiesta de la Pascua, Jesús, sabiendo que había
llegado la hora de dejar este mundo para ir al Padre, y ha-
biendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó
hasta el extremo. 2 Estaban cenando y ya el diablo había me-
tido en la cabeza a Judas Iscariote, hijo de Simón, la idea de
traicionar a Jesús. 3 Entonces Jesús, sabiendo que el Padre le
había entregado todo, y que de Dios había venido y a Dios
volvía, 4 se levantó de la mesa, se quitó el manto, tomó una
toalla y se la ciñó a la cintura. 5 Después, echó agua en una
palangana y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a se-
cárselos con la toalla que llevaba a la cintura.

6 Cuando llegó a Simón Pedro, éste se resistió:

–Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?

7 Jesús le contestó:

–Tú no puedes comprender ahora lo que estoy haciendo; lo comprenderás después.

8 Pedro insistió:

–Jamás permitiré que me laves los pies.

Entonces Jesús le respondió:

–Si no te lavo los pies, no podrás contarte entre los míos.

9 Simón Pedro reaccionó así:

–Señor, no sólo los pies; lávame también las manos y la cabeza.

10 Entonces dijo Jesús:

–El que se ha bañado sólo necesita lavarse los pies, porque está completamente limpio; y vosotros estáis limpios, aunque no todos.

11 Sabía muy bien Jesús quién lo iba a entregar; por eso dijo: «Vosotros estáis limpios, aunque no todos».

12 Después de lavarles los pies, se puso de nuevo el manto, volvió a sentarse a la mesa y dijo a sus discípulos:

–¿Comprendéis lo que acabo de hacer con vosotros? 13 Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y tenéis razón, porque efectivamente lo soy. 14 Pues bien, si yo, que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, vosotros debéis hacer lo mismo unos con otros. 15 Os he dado ejemplo, para que hagáis lo que yo he hecho con vosotros.

16 Yo os aseguro que un siervo no puede ser mayor que su señor, ni un enviado puede ser superior a quien lo envió. 17 Sabiendo esto, seréis dichosos si lo ponéis en práctica.

LA PALABRA SE ILUMINA

«*Los amó hasta el extremo*»: también Juan, como los sinópticos, desea manifestar en el relato de la última cena la entrega total del amor por parte de Jesús, que anticipa a «*los suyos*» el sacrificio de la cruz. Pero, en vez de narrar la institución de la eucaristía, ya presente en los otros evangelios y en la tradición oral (cf. 1 Cor 11,23), Juan expresa el significado del acontecimiento mediante el episodio del lavatorio de los pies. El fragmento pone de manifiesto la clara conciencia de Jesús (Jn 13,1-3: «*sabiendo*»). Jesús entra libremente en el designio de Dios, reconociendo como inminente la «*hora*» hacia la que tendían todos los días que había pasado en la tierra: la hora del verdadero paso (Éx 12,12s), de la nueva Pascua, del amor que llega a su consumación definitiva (Jn 13,1).

Esta cumbre del amor se manifiesta concretamente en la más profunda humillación: si el v. 3b alude a la encarnación, primer paso decisivo de la *kenosis* del Hijo eterno, las líneas siguientes muestran hasta qué punto asumió la condición de siervo (cf. Flp 2,7s), dado que la tarea de lavar los pies estaba reservada a los esclavos y, en cualquier caso, un rabí no se lo podía exigir a un

esclavo judío. Ahora bien, esta misma humildad, este espíritu de servicio recíproco, que solamente puede estar motivado por el amor, lo pide Jesús a sus discípulos (vv. 12-15): acoger el escándalo de la humillación del Hijo de Dios y dejarnos purificar por su caridad (v. 8) nos implica en el dinamismo de la oblatividad divina, nos impone seguir el ejemplo de Cristo. Ésta es la condición indispensable para participar en su memoria, para celebrar la Pascua con él.

LA PALABRA ME ILUMINA

El discurso de Jesús en la última cena fue una conversación desarrollada en un clima de amistad, de confianza y, al mismo tiempo, la despedida final derramando el corazón. ¡Cuánto debió haber esperado Jesús aquella hora! La hora para la que había venido, la hora de entregarse a los discípulos, a la humanidad, a la Iglesia. Las palabras del Evangelio desbordan una energía vital que nos sobrepasa. Lo que Jesús hizo en aquel día, en aquella hora, es lo que todavía realiza por nosotros. Por consiguiente, debemos sentirnos verdaderamente en aquella única hora en la que Jesús se entregó a sí mismo por todos como don y testimonio del amor del Padre.

Así pues, nosotros debemos aprender de Jesús, que nos dice: «*Os he dado ejemplo*». Debemos aprender de él a decir siempre gracias, a celebrar la eucaristía en la vida, entrando en la dinámica del amor que da gracias al Padre en el Espíritu, que se ofrece y se sacrifica a sí mismo para hacer vivir al otro. El rito del lavatorio de los pies tiene precisamente la finalidad de recordarnos que debemos practicar el mandamiento del Señor en la vida diaria: *servirnos los unos a los otros con humildad*.

La caridad no es un vago sentimiento, no es una experiencia de la que podamos esperar gratificaciones

psicológicas, sino la voluntad de sacrificarnos a nosotros mismos con Cristo por los otros, sin cálculos, dando gracias al Altísimo. El amor verdadero siempre es gratuito, siempre está dispuesto: se da de inmediato y del todo.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor, reconozco que el gesto con el que lavas los pies a los discípulos no esconde tu divinidad, sino que la manifiesta. Del mismo modo que te pones de rodillas ante los tuyos, así te doblas bajo el peso de la cruz. Del mismo modo que te rebajas para servir a los tuyos, así tu elevación a la cruz revela el amor por cada persona, la prontitud para entregar la humanidad redimida al Padre. El signo del lavatorio de los pies revela tu humildad y simboliza la entrega suprema de tu vida en favor de todos nosotros, tus amigos. Señor, haz que también nosotros podamos imitarte en el servicio a todo hermano y comprender que el servicio es la ley fundamental y la norma de vida para toda comunidad de fe.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

El hombre fue creado para servir a su Creador. ¿Hay algo más justo, en efecto, que servir al que os ha puesto en el mundo, sin quien no podéis existir? ¿Y hay algo más dichoso que servirle, puesto que servirle es reinar? Pero el hombre dijo a su Creador: «Yo no te serviré» (Jr 2,20). «Pues yo –dice el Creador al hombre– sí te serviré. Siéntate, te serviré, te lavaré los pies»... Sí, oh Cristo, «servidor bueno y fiel» (Mt 25,21), verdaderamente tú has servido, has servido con toda la fe y con toda la verdad, con toda la paciencia y toda la constancia. Sin tibieza, te has lanzado como un gigante a correr por el camino de la obediencia; sin fingir, nos has dado además, después de

tantas fatigas, tu propia vida; sin murmurar, flagelado e inocente, no has abierto la boca (Is 53,9). Está escrito y es verdad: «El servidor que conoce la voluntad de su amo y no la cumple recibirá cantidad de azotes» (Lc 12,47). Pero este servidor nuestro, os pregunto ¿qué actos no ha llevado a cabo? ¿Qué ha omitido de lo que debía hacer? «Todo lo ha hecho bien», gritaban los que observaban su conducta; «ha hecho oír a los sordos y hablar a los mudos» (Mc 7,37). Si ha llevado a cabo toda clase de acciones dignas de recompensa, ¿por qué ha sufrido tanta indignidad? Presentó su espalda a los latigazos, recibió una sorprendente cantidad de atroces golpes, su sangre chorreó por todas partes. Fue interrogado en medio de oprobios y tormentos, como si fuera un esclavo o un malhechor a quien se interroga para hacerle decir la verdad sobre un crimen. ¡Oh detestable orgullo del hombre, que desdeña servir y que no podía ser humillado por ningún otro ejemplo que el de un servidor semejante de su Dios!...

Sí, mi Señor, has pasado muchas penas para servirme, y sería justo y equitativo que de ahora en adelante puedas descansar, y que tu servidor, a su vez, se ponga a servirte; su momento ha llegado... Has vencido, Señor, a este tu servidor rebelde; extiendo mis manos para recibir tus ataduras, inclino mi cabeza para recibir tu yugo. Permíteme servirte. Aunque soy un servidor inútil si tu gracia no me acompaña y no trabaja siempre a mi lado (Sab 9,10), recíbeme como tu servidor para siempre (Guerrico de Igny, «Sermones», *Domingo de Ramos,* I, 1-3, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*Los amó hasta el extremo*» (v. 1).

CAMINAR CON LA PALABRA

La última consigna de nuestro Señor no es la de amar a Dios, sino la de amar al prójimo. Y esto es tan extraordinario, tan sorprendente, que parece del orden del milagro. Jesús se cita con nosotros en la humanidad. Nos espera en el corazón de la historia humana, y esta consigna que nos da nos la ilustra de una manera infinitamente conmovedora a través de la enseñanza que da a sus discípulos arrodillándose él mismo ante ellos y lavándoles los pies, realizando con ellos el gesto del esclavo, un gesto, en apariencia escandaloso, que lleva a cabo la transmutación de todos los valores, el gesto que Pedro rechaza de inmediato. En efecto, para aceptar ese gesto, es preciso renunciar a ver a Dios como grandeza exterior. Es preciso comprender que la suprema grandeza de Dios es su humildad, su caridad, su despojo en el misterio de la Trinidad. Aquel que puede darse hasta el infinito: he aquí lo que es Dios.

Jesús, al arrodillarse, derriba todas nuestras grandezas jerárquicas, todas nuestras grandezas de carne y de orgullo, y nos conduce suave, tiernamente, a aprender la verdadera grandeza. Le da al más pequeño la posibilidad de llegar a ser alguien. Nos introduce a cada uno en esta aventura infinita que tiene a Dios como centro, como origen y como fin. Suprime las competiciones mortales entre los hombres que desembocan en el odio y en la guerra, porque nos ofrece una grandeza que es posible a todos y que puede ser realizada por cada uno en lo más íntimo de su corazón. Es una grandeza que nos transforma hasta las raíces. Es una grandeza que coincide con la vida y que se difunde a través de nuestra presencia. El gesto del lavatorio de los pies nos introduce del modo más profundo en el corazón del misterio de la cruz. Nos hace comprender, o al menos intuir, que si la misión de Jesús acabó con un fracaso, este fracaso es también la más elevada revelación de Dios, porque lo que le importa a Dios es aparecer siempre como el amor infinito, es perseverar en su amor aunque nosotros le traicionemos, aunque le neguemos, aunque le abandonemos, aunque no respondamos más que con la indiferencia a sus invitaciones (M. Zundel, *Vie, mort, résurrection*, Quebec 1998, 57-61, *passim*).

Jesús conoce a los suyos y se revela como el único Señor
(Jn 13,18-30)

Durante la cena, Jesús dijo a sus discípulos:

18 –No estoy hablando de todos vosotros; yo sé muy bien a
quiénes he elegido. Pero hay un texto de la Escritura que debe
cumplirse: *El que come mi pan, se ha vuelto contra mí.* 19 Os
digo estas cosas ahora, antes de que sucedan, para que cuando
sucedan creáis que yo soy. 20 Os aseguro que todo el que reciba
a quien yo envíe, me recibe a mí mismo y, al recibirme a mí,
recibe al que me envió.

21 Dicho esto, Jesús se sintió profundamente conmovido y
exclamó:

–Os aseguro que uno de vosotros me va a traicionar.

22 Los discípulos comenzaron a mirarse unos a otros, pre-
guntándose a quién podría referirse. 23 Uno de ellos, el discípulo
al que Jesús tanto quería, estaba recostado a la mesa sobre el pe-
cho de Jesús. 24 Simón Pedro le hizo señas para que le pre-
guntase a quién se refería. 25 El discípulo que estaba recostado
sobre el pecho de Jesús le preguntó:

–Señor, ¿quién es?

26 Jesús le contestó:

–Aquel a quien yo dé el trozo de pan que voy a mojar en el plato.

Y mojándolo, se lo dio a Judas Iscariote, hijo de Simón.

27 Cuando Judas recibió aquel trozo de pan mojado, Satanás
entró en él. Jesús le dijo:

–Lo que vas a hacer, hazlo cuanto antes.

28 Ninguno de los comensales entendió lo que Jesús había
querido decir. 29 Como Judas era el depositario de la bolsa co-

mún, algunos pensaron que le había encargado que comprara lo necesario para la fiesta o que diese algo a los pobres. [30] Judas, después de recibir el trozo de pan mojado, salió inmediatamente. Era de noche.

LA PALABRA SE ILUMINA

El fragmento conclusivo del lavatorio de los pies vuelve al tema del amor hecho servicio de humildad. Se trata de un misterio que debe comprender y revivir la comunidad cristiana: practicar el mandamiento de Jesús es vivir la bienaventuranza del servicio. El Señor subraya en la intimidad de la última cena que la vida cristiana no es sólo comprender, «practicar», no sólo conocer, sino «hacer» siguiendo su ejemplo. Toda la acción cristiana nace del «obrar» que tiene su razón de ser en la disponibilidad para con todos. El amor que salva es aceptar en la fe la práctica de su ejemplo como regla de vida. Jesús, al arrodillarse ante los discípulos para lavarles los pies, se entrega a ellos, realizando el gesto de su muerte en la cruz. Humillándose ante ellos, les invita a entregarse recíprocamente. Con la invitación a imitar su ejemplo en la vida, Jesús se dirige a sus discípulos y, en particular, a aquel que estaba a punto de traicionarle. Su amor abarca a todos y no excluye ni siquiera al traidor de los gestos de bondad y de servicio. Sólo se preocupa de que los otros discípulos no sufran el escándalo que provocará la traición de Judas y les previene citando un versículo del Sal 41.

Jesús declara ahora abiertamente, con una profunda conmoción: «*Os aseguro que uno de vosotros me va a traicionar*» (13,21). El anuncio y su misma turbación dejan desconcertados y en una situación embarazosa a los apóstoles, que intentan identificar al traidor... En esa delicada situación surgen algunos rasgos de la vida de la comunidad de los Doce: la iniciativa de Pedro, que pone de manifiesto su autoridad; la relación especial del discípulo amado con el Señor; la infinita delicadeza de Jesús, que ofrece el trozo de pan mojado a Judas, signo de honor y de consideración, última provocación del amor. Sin embargo, dado que Judas rechaza definitivamente el amor de Jesús, la suerte del Nazareno está firmada, y él no tolera dudas (v. 27b). Judas, al tomar el trozo de pan mojado de la amistad y rechazar al Amigo, no puede seguir en el círculo de los amigos: «*Salió inmediatamente. Era de noche*» (v. 30), la noche de la mentira, del odio que relega en la soledad, en el reino de Satanás.

LA PALABRA ME ILUMINA

El Padre envía al Hijo, el Hijo envía a sus discípulos, y, como el Hijo viene repitiendo el comportamiento del Padre, así los fieles deben repetir el comportamiento del Hijo. Los discípulos saben ahora que Jesús se ha comportado como un siervo que, reconociendo en cada hombre a su propio señor, se dedica a él, incluso en el más humilde de los servicios, según el significado simbólico del lavatorio de los pies. Ahora bien, la ley del servicio es dura, y pronto es suprimida y sustituida o suavizada y manipulada. Y entonces se habla de servicio, se teoriza sobre él, pero de hecho nos mantenemos alejados del humilde servicio. Por eso proclama Jesús bienaventurados no a los que hablan de servicio, sino a los que lo practican (v. 17).

¿Es posible que Judas le traicionara por esto? ¿Acaso pensaba que Jesús hablaba de servicio, pero, de hecho, entendió servicio del poder? ¿No se marchó, dando media vuelta, cuando vio que, para Jesús, el servicio era el de los verdaderos siervos, una realidad dura y no una palabra para adornarse?

¿Y yo? ¿Cómo me sitúo ante el servicio? ¿Conozco más la sonoridad y la popularidad de la palabra que su humilde y a menudo humillante realidad? ¿Medito sobre el servicio para hablar bien de él o para convencerme de que debo rebajarme para servir?

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Sí, Señor, también yo pertenezco a la categoría de los siervos de nombre y de los servidos de hecho. Me gustaría ser considerado siervo tuyo y, un poco menos, ser considerado siervo de los otros. Porque, a fin de cuentas, ser considerado siervo tuyo es algo gratificante, mientras que hacerse siervo de los hombres no parece ni agradable ni honorable. Y por esa razón no he saboreado todavía la bienaventuranza del servicio: demasiadas palabras y pocos hechos; mucha teoría y poca práctica; mucha exaltación de los santos que han servido y poco compromiso en el servicio; muchas palabras bellas para los que me sirven y poquísimos deseos de pasarme a su bando. Señor, ten piedad de mis palabras admiradas sobre el servicio. Señor, ten piedad de mi corazón, que todavía no conoce la bienaventuranza del servicio verdadero y humillante.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

«*Lo que tienes que hacer, hazlo pronto*» (13,27): estas palabras del Señor son palabras de alguien que consiente. En efecto, el diablo había puesto en el corazón de Judas traicionar a Jesús, y de esto había tratado ya con los jefes del pueblo. Con todo, no habría podido realizar la fechoría si el mismo Cristo no se lo hubiera permitido. En efecto, éste había afirmado: «*Nadie puede quitarme la vida, sino que la ofrezco yo mismo*» (13,30).

El momento de este episodio está marcado como tenebroso. El evangelista lo indica por dos motivos. Primero, para poner de manifiesto la gravedad de la malicia de Judas, que se había extendido hasta tal punto en su corazón que no esperó, por la inoportunidad del tiempo, hasta la mañana siguiente. Por otra parte, para aludir a su estado de ánimo: «*Era de noche*», porque el alma de Judas, el traidor, estaba oscurecida respecto a la luz divina: «*Si alguien camina de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si alguien camina de noche, tropieza, porque le falta la luz*» (11,9s) (Tomás de Aquino, *Commento al Vangelo di Giovanni*, Roma 1992, III, 56-66, *passim;* edición española: *Comentarios al evangelio de Juan*, Edibesa, Madrid 2009).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Dichosos vosotros si comprendéis este servicio y lo ponéis en práctica*» (cf. v. 17).

CAMINAR CON LA PALABRA

La «*hora*» de Jesús nos hace encontrar, a corta distancia, el amor y el odio; la proximidad misteriosa de Dios y la temerosa ausencia del corazón humano. Mientras Jesús se acerca al umbral de la «*hora*» de la historia, fuera se perfilan cuatro rostros que manifiestan la diversa tipología de la fe, en la reacción frente al misterio: está la presunción escandalizada de Pedro; está la sombra de la traición de Judas; está la fatiga del creer de los discípulos sorprendidos por la angustia, y está, sobre todo, la periferia extrema del odio del mundo. Judas se sienta a la mesa con Jesús, pero no comprende el signo de la amistad. Los discípulos temen el sentido dramático de un adiós. El mundo no cree. En realidad, hay un solo pecado frente a la hora de Jesús: se

trata de una fe que no se adhiere, que no es capaz de acoger el misterio de Jesús: su obediencia, su misión. Se trata de una fe demasiado humana, que se ha quedado en los umbrales de una perspectiva mesiánica puramente terrena. Es el recurrente escándalo de los discípulos frente a la cruz. Jesús, sí, pero no la cruz. Cristo, sí, pero según la imagen construida con perspectivas humanas.

El riesgo sigue siendo siempre actual. Jesús nunca ha dejado ni deja de sorprender. Interesa a los hombres de todos los tiempos. Las interpretaciones que se dan sobre él son las más dispares. Hay, sin embargo, una decisiva: la fe. Sólo ella establece la única verdadera diferencia. La fe nos permite franquear el umbral del encuentro verdadero, y entonces todo entra en juego. La decisión de creer es voluntad de cambiar de vida, de dejarse *«lavar los pies»;* es la decisión de dejar que Cristo cuente en nuestra vida cotidiana, en nuestra comunidad. El solo interés por Jesús, si no se convierte en fe, tiene en sí una fuerte inclinación a reducirle a nuestra propia imagen y semejanza. La fe, como adhesión, transforma, en cambio, al discípulo a imagen y semejanza de Jesús; según su palabra, su mandamiento nuevo. Y el amor, que transforma la vida del cristiano, debe medirse con estas dos palabras, frecuentes en los capítulos 13 y 14, pero de poco uso en el lenguaje corriente: *«obedecer a los mandamientos»*. El amor es adhesión. Es superación de nuestro propio mundo subjetivo, en el que se sedimentan costumbres, preconceptos, proyectos personales de pequeño cabotaje, para entrar en un designio ciertamente más comprometedor, pero más verdadero y más grande. En definitiva, la fe y el amor son condiciones necesarias para encontrar a Jesucristo y para no permanecer extraños a sus muchas horas, a las citas decisivas que se renuevan también en el hoy de una historia sagrada siempre abierta (E. Masseroni, *Agape,* Milán 1991, 166-168, *passim*).

El don del mandamiento del amor *(Jn 13,31-38)*

31 Nada más salir Judas, dijo Jesús:

–Ahora va a manifestarse la gloria del Hijo del hombre, y
Dios será glorificado en él. 32 Y si Dios va a ser glorificado en
el Hijo del hombre, también Dios lo glorificará a él. Y lo va a
hacer muy pronto. 33 Hijos míos, ya no estaré con vosotros
mucho tiempo. Me buscaréis, pero os digo lo mismo que les
dije a los judíos: «Adonde yo voy, vosotros no podéis venir».
34 Os doy un mandamiento nuevo: Amaos los unos a los otros.
Como yo os he amado, así también amaos los unos a los otros.
35 Por el amor que os tengáis los unos a los otros reconocerán
todos que sois discípulos míos.

36 Simón Pedro le preguntó:

–Señor, ¿adónde vas?

Jesús le contestó:

–Adonde yo voy, tú no puedes seguirme ahora; algún día lo harás.

37 Pedro insistió:

–Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Estoy dispuesto a dar mi vida por ti.

38 Jesús le dijo:

–¡De modo que estás dispuesto a dar tu vida por mí! Te aseguro, Pedro, que antes de que el gallo cante, me habrás negado tres veces.

LA PALABRA SE ILUMINA

La denuncia anticipada de la traición del Maestro por parte de Judas se convierte, para los discípulos, en una prueba ulterior de su divinidad y en la confirmación de su presencia en cada hecho relacionado con su vida y con su muerte (v. 19). El destino de todo apóstol está ligado inseparablemente al de Jesús y, por medio de éste, al Padre (v. 20).

Jesús explica el sentido de lo que está sucediendo. Precisamente *ahora* que Judas ha salido para llevar a cabo su propósito de traicionar a su Maestro, precisamente *ahora* ha sido glorificado el Hijo del hombre. En él también ha sido glorificado Dios, porque en la entrega del Hijo a la cruz el Padre revela su amor desmesurado a la humanidad. La hora de la muerte y la hora de la resurrección son, al mismo tiempo, la única hora de la gloria, de la espléndida manifestación del Dios que es amor.

Con el v. 33 comienza el discurso de despedida de Jesús. Sabe que va a dejar a los suyos un vacío imposible de colmar (v. 33a), aunque necesario (v. 33b) y no definitivo, tal como muestra la respuesta a Pedro. Con todo, en su generosidad impetuosa, el apóstol no soporta tener que esperar y se declara dispuesto a dar la vida con tal de seguir al Señor. Sin embargo, precisamente aquí se revela la necesidad de la separación de Jesús: sin la fuerza que brota de su pasión y resurrección, sin la presencia del Espíritu, nadie está en condiciones de seguir a Cristo: «*Antes de que el gallo cante, me habrás negado tres veces*» (v. 38b).

LA PALABRA ME ILUMINA

Del mismo modo que un amigo al que frecuentamos desde hace mucho tiempo puede parecer de improviso

desconocido, extraño en el misterio de su persona, así debió de sucederles a los discípulos en el cenáculo aquella noche. Y así nos sucede también a nosotros hoy con Jesús: ya no comprendemos nada y nos quedamos atónitos ante la predicción que nos dirige precisamente a nosotros. Percibimos que él conoce verdaderamente la posibilidad de que le traicionemos, de nuestros repentinos cambios de camisa, de las engañosas e insinuantes afirmaciones que nos vienen a flor de labios y hieren el corazón de la comunidad cristiana... Y ni siquiera comprendemos lo profunda que es la herida que hacemos en su corazón, en agonía hasta el fin del mundo, según la expresión de Pascal. Para él, el traidor sigue siendo, ahora y siempre, el amigo al que ofrece el último gesto de predilección. Porque el amor no retira lo que ha dado, no reniega de lo que es, sino que prefiere consumirse en el dolor y en la muerte...

Con todo, queda una luz encendida en la sala de la cena: al final hemos intuido algo del misterio de Jesús. Él no cesa de ofrecerse a sí mismo por cada uno de nosotros, que llevamos por dentro las tinieblas de Judas, la frágil impulsividad de Pedro y –así lo esperamos– la dilección de Juan, puesto que nos amó hasta el extremo. Ésta es su gloria: mostrar en su rostro desfigurado por el sufrimiento que el amor de Dios es fiel para siempre, que el amor vencerá a la muerte; más aún, que ya la ha vencido.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor misericordioso, abre mis ojos a las mil ilusiones que cultivo en mi ser, sobre mi servicio; refuerza mis rodillas, que se niegan a doblarse para lavar los pies; da fuerza a mis manos, que se cansan de coger la jofaina con el agua para lavar el polvo pegado a los pies de los caminantes que llaman a mi puerta. Te confieso,

Señor, que soy muy, muy débil, que me encuentro muy lejos de tu ejemplo de vida. Concédeme tu Espíritu para escapar de mis miedos y para vencer mi timidez. Refuérzame con tu ejemplo de vida, que se entrega especialmente a los últimos, a los pequeños, a los que no cuentan en la sociedad de las apariencias y de las frivolidades.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Al decirnos esto los apóstoles y confiarnos la excelencia del amor, están indicando que no comieron otra cosa, sino lo que manifiestan esos eructos. El mismo Señor, que los alimentó con la palabra de la verdad y del amor, que es el mismo pan vivo que ha bajado del cielo, dijo: Os *doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros* (Jn 13,34). Y también: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros* (Jn 13,35). El que vino a dar muerte a la corrupción de la carne a través de la ignominia de la cruz y a desatar con la novedad de su muerte la cadena vetusta de la nuestra, creó un hombre nuevo con el mandamiento nuevo.

Por tanto, hermanos, perseguid el amor, el dulce y saludable vínculo de las mentes sin el que el rico es pobre y con el que el pobre es rico. El amor da resistencia en las adversidades y moderación en la prosperidad; es fuerte en las pruebas duras, alegre en las buenas obras; confiado en la tentación, generoso en la hospitalidad; alegre entre los verdaderos hermanos, pacientísimo entre los falsos. [...] Humano en los cristianos para confesarle, divino en Cristo para perdonar [...] ¡Qué grandeza la suya! Es el alma de las Escrituras, el poder de la profecía, la salvación de los misterios, el fundamento de la ciencia, el fruto de la fe, la riqueza de los pobres, la vida de los que mueren. ¿Hay grandeza de alma mayor que la del que muere por los impíos? ¿Qué hay tan benigno como amar a los enemigos? El amor es lo único que no oprime a la felicidad ajena, que no siente envidia de ella. Es lo único que no se engríe con la felicidad propia, porque no se hincha. Es lo único a lo que no punza la mala conciencia, porque no obra el mal. Se halla confiado en los insultos, hace el bien en medio del odio; en medio de la ira es plácido, entre las insidias inocente; en medio de la maldad llora, en la verdad respira. ¿Qué hay más fuerte que él no para devolver las injurias, sino para curarlas? ¿Qué hay más fiel que él, no por vanidad, sino para la eternidad? En efecto, tolera todo en la vida presente, porque cree todo lo referente a la vida futura, y sufre todo lo que aquí le sobreviene, porque espera todo lo que allí se le promete; con razón, nunca desfallece. Así, pues, perseguid el amor y, pensando devotamente en él, aportad frutos de justicia. Y cualquier alabanza que vosotros hayáis encontrado más exuberante de lo que yo haya podido decir, muéstrese en vuestras costumbres. Conviene que el sermón de un anciano no sólo sea sustancioso, sino también breve (Agustín de Hipona, *Sermón 350,* 1-3, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Os doy un mandamiento nuevo: Amaos los unos a los otros» (v. 34).

CAMINAR CON LA PALABRA

El mandamiento es nuevo porque sólo ahora, después de que Cristo se hubiera ofrecido a Dios como víctima de propiciación por los pecados, el hombre puede vivirlo, y también es nuevo porque siempre está delante de ti, como exigencia que se hace

cada vez más grande. Dios no puede ser nunca superado en el camino del hombre. Cuanto más lo conoces, más reconoces que no le conoces aún. Todos los mandamientos divinos se resumen en uno solo: el amor. El afán del hombre es llegar a ser Dios, que es su fin. Y llegar a ser Dios significa llegar a ser amor. El amor a Dios y el amor al prójimo no son dos mandamientos. En efecto, si el amor al prójimo no formara un solo mandamiento con el amor a Dios, ¿cómo puedo decir amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas mis fuerzas? No puedo quitar nada al amor de Dios. El amor al prójimo está incluido en mi amor a Dios. Y es nuevo en él, que se hizo presente y accesible en Cristo, y es nuevo en nosotros, porque nosotros podemos ahora no sólo acogerlo, sino también cumplirlo en Cristo. De este modo, Cristo es el «objeto» del amor del hombre, y el hombre puede amar gracias a Cristo. Por último, los hombres han conocido a Dios, que es el Amor. Ahora bien, este mandamiento nuevo parece ahora no tanto el amor a Dios como el amor al hermano. ¿Habría sustituido, entonces, en san Juan, el amor al prójimo al amor mismo a Dios? San Juan sustituye los mandamientos por un solo mandamiento: ve e indica la revelación suprema de Dios en la comunión de los hermanos. La comunidad de los creyentes es ahora el sacramento visible de Dios. El amor a Dios no ha sido sustituido, pero como los apóstoles vivieron este amor en su comunión con el Cristo vivo, así los creyentes viven ahora el amor a Dios en esta comunión entre ellos. En esta comunión viven la comunión con el Padre y con el Hijo. Esta misma comunión de los hermanos es el sacramento de la Presencia de Dios (D. Barsotti, *Meditazione sulla Prima Lettera di Giovanni,* Brescia 1990, 41s).

El camino para llegar al Padre
(Jn 14,1-14)

Jesús dijo a los suyos durante la cena:

[1] –No os inquietéis. Confiad en Dios y confiad también en
mí. [2] En la casa de mi Padre hay lugar para todos; de no ser así,
ya os lo habría dicho; ahora voy a prepararos ese lugar. [3] Una
vez que me haya ido y os haya preparado el lugar, volveré y os
llevaré conmigo, para que podáis estar donde voy a estar yo.
[4] Vosotros ya sabéis el camino para ir adonde yo voy.

[5] Tomás replicó:

–Pero, Señor, no sabemos adónde vas; ¿cómo vamos a saber el camino?

[6] Jesús le respondió:

–Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie puede llegar
hasta el Padre, sino por mí. [7] Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Desde ahora lo conocéis, pues ya lo habéis visto.

[8] Entonces Felipe le dijo:

–Señor, muéstranos al Padre; eso nos basta.

[9] Jesús le contestó:

–Llevo tanto tiempo con vosotros, ¿y aún no me conoces,
Felipe? El que me ve a mí, ve al Padre. ¿Cómo me pides que
os muestre al Padre? [10] ¿No crees que yo estoy en el Padre y
el Padre en mí? Lo que os digo no son palabras mías. Es el
Padre, que vive en mí, el que está realizando su obra. [11] Debéis
creerme cuando afirmo que yo estoy en el Padre y el Padre
está en mí; si no creéis en mis palabras, creed al menos en las
obras que hago. [12] Os aseguro que el que cree en mí, hará también las obras que yo hago, e incluso otras mayores, porque

yo me voy al Padre. [13] En efecto, cualquier cosa que pidáis en mi nombre, os la concederé, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. [14] Os concederé todo lo que pidáis en mi nombre.

LA PALABRA SE ILUMINA

Los apóstoles, reunidos en torno a Jesús en el cenáculo, después del anuncio de la traición de Judas, de la negación de Pedro y de la inminente partida del Maestro, se quedaron profundamente impactados. El desconcierto y el miedo irrumpieron dentro de la comunidad. Jesús lee en el rostro de sus discípulos una fuerte turbación y por eso les anima a tener fe en el Padre y en él (v. 1). Si el Maestro exhorta a los suyos a la confianza es porque está a punto de irse a la casa del Padre a prepararles un sitio, pues no les abandona, sino que volverá para llevarlos con él (vv. 3s). Los apóstoles no comprenden las palabras de Jesús. Tomás manifiesta su absoluta incomprensión: no sabe cuál es la meta hacia la que Cristo se dirige ni cuál el camino para llegar a ella, porque entiende las cosas en un sentido material. Jesús, en cambio, va al Padre y precisa el medio para entrar en contacto personal con Dios: «*Yo soy el camino, la verdad y la vida*» (v. 6). Esta fórmula de revelación es una de las cimas más elevadas del misterio de Cristo y de la vida trinitaria: el hombre-Jesús es el camino, porque es la verdad y la vida. La meta, por tanto, no es Jesús-verdad, sino el Padre, y Jesús es el mediador hacia el Padre. La función mediadora del hombre-Jesús hacia el Padre está explicitada por la verdad y por la vida. El Señor se vuelve así para todo discípulo el camino al Padre, en cuanto que es la verdad y la vida.

El lenguaje del Maestro es oscuro para los discípulos y por eso Felipe pide ver la gloria del Padre. Para ver al Padre en el Hijo es preciso creer en la unión recíproca entre el Padre y el Hijo. El Señor, en su llamada a la fe, fundamenta la verdad de su enseñanza en una doble razón: *su autoridad personal,* que los discípulos han experimentado ya en otras ocasiones junto a Jesús, y *el testimonio de sus obras* (v. 11). La obra que Jesús ha inaugurado con su misión de revelador es sólo un comienzo. Los discípulos continuarán su misión de salvación; más aún, harán obras semejantes a él e incluso mayores. El Maestro, por último, pretende animar a los suyos y a todos los que creen en él a participar en la obra de evangelización y en su misma misión.

LA PALABRA ME ILUMINA

«*Que no se inquiete tu corazón*», me dice Jesús también a mí. Tú lo sabías, Señor, sabías que también habría de llegar para mí el momento de la inquietud. Para mí y para muchos junto conmigo. ¿Cómo es posible que haya tantos odios y venganzas? ¿Tanta corrupción e indiferencia? ¿Tanta hambre de dinero y de poder? ¿Tanta violencia y tanta prepotencia? Mira cómo nuestras ciudades se han vuelto semejantes a Sodoma y Gomorra: ¿cómo es posible no inquietarse?

Jesús responde a mi inquietud asegurándome que hay un lugar también para mí allí donde está él, un lugar preparado para quien, a pesar de la inquietud, persevera con él en las pruebas y en la tormenta. Porque, en definitiva, también en el siglo XXI sigue siendo él el camino, la verdad y la vida: con él es como podemos y debemos atravesar los ciclones de la avidez y de la sensualidad sin límites y los vientos gélidos de la injusticia y del cinismo. Hacer frente a las fuerzas desviadoras, a las tendencias arrolladoras, requiere permanecer firmemente aferrados a él.

¿Quieren llevarte por otros caminos? Acuérdate de que él es el camino. ¿Quieren indicarte soluciones más

avanzadas, más dignas del nuevo milenio? Acuérdate de que él es la verdad. ¿Quieren enseñarte cómo vivir de una manera más intensa y más libre? Acuérdate de que él es la vida. Acuérdate de que con él puedes iniciar una reconstrucción que no es ilusoria, aunque tampoco fácil.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Me doy cuenta, Señor, de que soy un buen compañero de Felipe, es decir, que soy un tanto miope con respecto a tu acción en el mundo. Me lamento de la debilidad de tu Iglesia, del hundimiento de una «cristiandad», y no veo lo nuevo que estás haciendo surgir entre nosotros. Me lamento de que estás ausente en la historia y veo que no sé leer los «signos de los tiempos», dejándome llevar unas veces por el pesimismo y otras por el optimismo, interpretando así los acontecimientos humanos unas veces con las debilidades de los hombres y otras abandonándome a un providencialismo milagrero. Señor, enséñame el arte del discernimiento, concédeme el don de ver *dónde* actúas y *cómo* lo haces. Purifica mi corazón con la luz de tu sabiduría.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Quien está lleno de fervor y de solicitud en la acción de gracias debe meditar ante todo en el más grande y más excelente de todos los beneficios divinos y dar gracias con toda la devoción y todo el fervor por el hecho de que, mediante el santísimo misterio de la encarnación y de la Pasión de Cristo, hayamos sido salvados de la muerte eterna y se nos haya hecho renacer para ella. En Cristo, efectivamente, ha venido la misma Salvación a los enfermos, la misma Misericordia a los míseros, la misma Sabiduría a los insensatos, la misma Vida a los muertos, el mismo Camino para los que yerran, la misma Verdad a los que simulan, el mismo Redentor a los prisioneros, el mismo Dios a los hombres.

El altísimo Unigénito del altísimo Padre no tuvo un lugar más bajo al que descender humillándose que morir como culpable y como condenado a la muerte más infame en aquel mismo hombre al que se había unido en una sola persona. Del mismo modo, nuestra naturaleza no ha tenido un lugar en el que ser más ensalzada por el hecho de tener, al sentarse en Cristo a la derecha del Padre, un nombre que está por encima de todo nombre y ante el cual se dobla toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos (cf. Flp 2,6s). Y él nos ha dado la firmísima esperanza de que si nos adherimos fielmente a él, le seguiremos allí donde nos ha precedido (Jn 17,24). ¿Quién puede pensar de una manera digna una gracia tan grande? (Juan de Montemedio, «Lettera a Ugo sul rendimento di grazie», en Padres cartujos, *Una parola dal silenzio*, Magnano 1997, 226-228).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*Yo soy el camino, la verdad y la vida*» (v. 6).

CAMINAR CON LA PALABRA

Jesús dice adiós: sabe que ha llegado la hora de su paso al Padre. La palabra «adiós» –todo el mundo lo sabe– en su significado primigenio significa «a Dios». Éste es el sentido con el que Jesús saluda a sus discípulos. Revela a dónde va y dónde podrán encontrarle: en la casa del Padre. Y no sólo eso: revela también que en la casa del Padre, que él demuestra conocer, hay muchos sitios. En consecuencia, no hay ninguna razón para que los discípulos estén tristes. Y tampoco la hay para que lo es-

temos nosotros. Nuestro malestar interior (hablo de ese malestar profundo, existencial) nace, sobre todo, de la falta de sentido, orientación, dirección. ¿A dónde vamos? ¿Hacia la nada o hacia otra vida? ¿Hacia un juicio temible o hacia un abrazo de ternura? A esto se añade, a continuación, que, mientras no sepamos si existe para nosotros un sitio después de la muerte, a veces se nos niega también un sitio más acá de la muerte, en la vida de todos los días. No ser aceptados, no ser amados, no encontrar sitio en la estima y en el afecto de quien tenemos al lado, ¿no es acaso uno de los mayores sufrimientos? Sucede incluso que no encontramos sitio en la estima de alguien que se considera cristiano y que, en nombre de su fe, se siente autorizado a excluir y a condenar. Jesús desliza hoy sobre toda esta tristeza, como una mano que acaricia, su Palabra tranquilizadora. ¿A dónde vamos? Vamos hacia el amor del Padre, que no excluye a nadie. Ni siquiera a los publicanos y a las prostitutas, ni siquiera al ladrón crucificado. *«En la casa de mi Padre hay muchas estancias»*: incluso para aquellos a los que nos gustaría relegar a otro sitio; incluso para nosotros, si es que hubiera alguien incapaz de hospedarnos en su corazón (L. Pozzoli, *Dio il grande seduttore*, Milán 1998, 138-142, *passim*).

La comunión entre Jesús y su comunidad
(Jn 14,15-31)

Jesús dijo a los suyos durante la cena:

15 –Si me amáis, obedeceréis mis mandamientos 16 y yo
rogaré al Padre que os envíe otro Paráclito, para que esté
siempre con vosotros. 17 Es el Espíritu de la verdad que no
puede recibir el mundo, porque ni lo ve ni lo conoce; vosotros,
en cambio, lo conocéis porque vive en vosotros y está en
vosotros.

18 No os dejaré huérfanos; volveré a estar con vosotros. 19 El
mundo dejará de verme dentro de poco; vosotros, en cambio,
seguiréis viéndome, porque yo vivo y vosotros también viviréis.
20 Cuando llegue ese momento, comprenderéis que yo
estoy en mi Padre, vosotros en mí y yo en vosotros. 21 El que
acepta mis preceptos y los pone en práctica, ése me ama de
verdad; y el que me ama será amado por mi Padre. También
yo lo amaré y me manifestaré a él.

22 Judas, no el Iscariote, sino el otro, le preguntó:

–Señor, ¿cuál es la razón de manifestarte sólo a nosotros y no al mundo?

23 Jesús le contestó:

–El que me ama se mantendrá fiel a mis palabras. Mi Padre
lo amará, y mi Padre y yo vendremos a él y viviremos en
él. 24 Por el contrario, el que no guarda mis palabras, es que no
me ama. Y las palabras que escucháis no son mías, sino del
Padre, que me envió.

25 Os he dicho todo esto mientras estoy con vosotros, 26 pero
el Paráclito, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi
nombre, hará que recordéis lo que yo os he enseñado y os lo
explicará todo.

[27] Os dejo la paz, os doy mi propia paz. Una paz que el mundo no os puede dar. No os inquietéis ni tengáis miedo. [28] Ya habéis oído lo que dije: «Me voy, pero volveré a vosotros». Si de verdad me amáis, deberíais alegraros de que me vaya al Padre, porque el Padre es mayor que yo. [29] Os lo he dicho antes de que suceda, para que cuando suceda creáis. [30] Ya no hablaré mucho con vosotros, porque se acerca el príncipe de este mundo. Y aunque no tiene ningún poder sobre mí, [31] tiene que ser así para demostrar al mundo que amo al Padre y que cumplo fielmente la misión que me encomendó. Levantaos. Vámonos de aquí.

LA PALABRA SE ILUMINA

Jesús ayuda a los discípulos, en el «discurso de despedida», a comprender el sentido y el valor de su *«irse al Padre»* y les consuela por su separación. Ese consuelo asume el significado preciso de una salida de sí mismo para adherirse plenamente a la voluntad de Dios. La Pascua será plena si también los discípulos realizan su éxodo, como Cristo realiza el suyo. El éxodo que deben realizar es de orden espiritual y se condensa en una actitud de obediencia: *«Si me amáis, obedeceréis mis mandamientos»* (v. 15).

El amor a Jesús no es un sentimiento, sino una vida fiel a su Palabra, del mismo modo que tampoco es un simple sentimiento el amor que Jesús tiene a los hombres. El amor es una persona, es Dios mismo, es el Espíritu Santo, que une al Hijo y al Padre en la eternidad y que ha sido derramado en el corazón de los creyentes (cf. Rom 5,5). En el cuarto evangelio se designa al Espíritu con un término tomado del vocabulario forense: «paráclito», que designa al abogado defensor, al testigo favorable, al «consolador». Jesús es el primer paráclito enviado por el Padre: después de su partida intercederá ante el Padre para que nos conceda *«otro paráclito»* que se quedará con los suyos para siempre.

En la vida de la Iglesia todo se desarrolla al son del Espíritu: es él quien ora en los que oran; es él quien nos guía a la verdad completa; es él quien nos hace comprender la inefable unidad entre el Padre y Jesús, y quien introducirá en ella a los discípulos (v. 20). Su presencia es para cada hombre manifestación plena del rostro de Dios y comunión con él: *«El que acepta mis preceptos y los pone en práctica, ése me ama de verdad; y el que me ama será amado por mi Padre. También yo lo amaré y me manifestaré a él»* (v. 21). Jesús aprovecha la ocasión que le brinda la pregunta del apóstol (v. 22) para volver a plantear el tema de la presencia de Dios en la vida del creyente (v. 23). Sólo quien ama está en condiciones de observar la Palabra de Jesús y de acoger su manifestación espiritual e interior. Y quien observa esta Palabra (los mandamientos) será amado por él y por el Padre: él habitará en su corazón junto con el Padre y el Espíritu. La inhabitación de la Trinidad en el creyente está condicionada por nosotros mismos: amar a Jesús y observar su Palabra.

LA PALABRA ME ILUMINA

En lo cotidiano de nuestra existencia no tenemos siempre presente el motivo de nuestra alegría y de nuestra esperanza. Para que esto tenga lugar es menester vivir con la mirada del corazón dirigida a Cristo, que nos repite más veces: *«Si me amáis...»*. Todo depende de este «si». Sin embargo, amar es precisamente lo que más difícil nos resulta, porque prevalecen en nosotros el egoísmo y el orgullo, el repliegue en nosotros mismos, antes que el impulso de la oblatividad con los otros. ¡Cuántas veces nos descubrimos calculando o estando dispuestos a amar *sólo hasta cierto punto,* sólo si vemos una utilidad práctica, un resultado efectivo; en suma, sólo si podemos sacar alguna ganancia! Sin embargo, es

el mismo amor, en su gratuidad más total, el mayor beneficio.

Sólo quien ama vive verdaderamente. Quien no ama está en la muerte. Entonces se revela el secreto de la alegría. Vivir la Pascua significa descubrir cada día que estamos llamados al amor y a la comunión. Aun siendo débiles y sintiéndonos aplastados por tantas preocupaciones y sufrimientos, se nos ha dado no perder nunca el deseo de ser testigos del amor.

Dios visita nuestra vida. Vive en lo más íntimo de nosotros mismos. ¿Cómo podemos llevar una vida trivial, teniendo como huésped a la Trinidad? ¿Cómo no quedarnos asombrados por esta verdad, por esta extraordinaria realidad que nos saca de la soledad, ensalza la dignidad de nuestra existencia, nos llena de asombro, da luz a la grisura cotidiana, nos sumerge en el mundo divino, hace familiar la existencia con Dios, no cesa de asombrar y de maravillar, desplaza el centro de interés de toda la aventura terrena, da sentido a toda acción? ¿Cómo no estremecerse frente a este cuerpo nuestro corruptible, sanado e incorruptible por la intimidad con su Creador?

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Concédenos, Señor, ser hoy motivo de consuelo para nuestros hermanos y hermanas, sobre todo para los más tristes y los más sometidos a prueba. Concédenos hacer brillar hoy un rayo de luz sobre el camino de quien no conoce la belleza de la vida. Que cada día podamos decir: «¡Mira, es Pascua!». Que cada mañana podamos ponernos en camino impulsados por tu Espíritu de amor, y entonces ya nada podrá asustarnos: hasta el dolor y la muerte se convertirán en acontecimientos de amor, en acontecimientos pascuales, en pasos a la vida nueva. Te damos gracias, Señor, por tu amor fiel y misericordioso a todos nosotros.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Porque en realidad, oh alma, tú ciertamente vives en una sublime casa, que Dios mismo te ha preparado. Dichosa y muy dichosa el alma que puede decir: *Es cosa que ya sabemos: Si se destruye este nuestro tabernáculo terreno, tenemos un sólido edificio construido por Dios, una casa que no ha sido levantada por mano de hombre y que tiene una duración eterna en los cielos*. Por eso, oh alma, no des sueño a tus ojos, ni reposo a tus párpados, hasta que encuentres un lugar para el Señor, una morada para el Fuerte de Jacob.

Pero ¿qué pensar, hermanos? ¿Dónde hallar un solar para este edificio?, ¿qué arquitecto podría hacernos los planos? Porque este templo visible ha sido construido por nosotros, para nuestras asambleas, ya que el Altísimo no habita en templos construidos por hombres. ¿Qué templo podremos, pues, edificar a aquel que dice bien: *Yo lleno el cielo y la tierra?* Me atribularía profundamente y mi aliento desfallecería si no oyera al Señor decir de una determinada persona: Yo y el Padre *vendremos a él y haremos morada en él.*

Así que ya sé dónde preparar una morada para el Señor, pues sólo su imagen puede contenerlo. El alma es capaz de él, porque fue realmente creada a su imagen. Por tanto, ¡deprisa!, adorna tu morada, Sión, porque el Señor te prefiere a ti, y tu tierra será habitada. *Alégrate, hija de Sión,* tu Dios habitará en ti. Di con María: *Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.*

Por tanto, hermanos, con todo el deseo del corazón y con una digna acción de gracias, esforcémonos por construir un templo en nosotros; solícitos primero porque

habite en cada uno de nosotros individualmente y, luego, colectivamente, pues el Señor no infravalora ni la individualidad ni la colectividad. Así pues, lo primero que cada uno ha de procurar es no estar dividido interiormente, pues *todo reino en guerra civil va a la ruina y se derrumba casa tras casa, y* Cristo no entrará en una casa en la que las paredes estén cuarteadas y los muros desplomados. Cuando, después, cada uno esté en sí mismo, estaremos necesariamente todos unidos y cimentados por medio de la mutua caridad, «*que es vínculo de perfección*» (Col 3,14) (Bernardo de Claraval, «Sermón segundo para la dedicación de una iglesia», en Padres monásticos del siglo XII, *La sapienza del cuore,* Magnano 1997, 85-89, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*El que me ama será amado por mi Padre*» (v. 21).

CAMINAR CON LA PALABRA

¿Qué significa amar a Jesús? Significa querer pertenecerle sólo a él, que nos ha dado su Palabra y la ha mantenido; significa buscar la comunión con él más que cualquier otra cosa, desear su presencia. El que ama de este modo se mantiene unido a la palabra del amado, se adhiere a ella, no la deja escapar y la pone en práctica en la medida en que le es posible. Ahora bien, semejante amor por Jesús experimentará la consumación más cabal. Todo el amor de Dios, el Padre de Jesucristo, se derramará en plenitud sobre aquel que ama al Hijo de Dios: Dios y Jesucristo vendrán a él y harán morada en él. Nada de lo que aquí se dice debe ser atenuado o perder un ápice del vigor de su sentido: se trata de una auténtica y plena inhabitación de Dios y de Cristo en el hombre. No es como la imagen de una persona

amada que toma posesión de nosotros, no es como una nueva fuerza que nos llena, sino que es el Dios personal, es el mismo Cristo el que habita en nosotros. Dios y Cristo no están sólo con nosotros, junto a nosotros, a nuestro alrededor, sobre nosotros: están *in* nosotros. No sólo recibimos los dones de Dios y de Cristo, sino que tenemos parte con Dios y con Cristo, los llevamos como presencia santísima en nosotros. Si Dios y Cristo moran en nosotros, entonces todos los señores a los que hemos dejado sitio en nuestro corazón deben cederle el paso. El mismo Cristo vive y reina en nosotros, ahora: desde ahora en adelante nuestra vida será vida de Cristo en nosotros. Sin embargo, es evidente que esto se realiza sólo si amamos a Cristo el Señor y custodiamos su Palabra. Cuanto más tienda nuestra vida a Cristo, más se abrirá camino Cristo en nosotros. Cuanto más busquemos la salvación total en él y no en nosotros mismos, y cuanto más busquemos que sea él el Señor de nuestras vidas, más plenamente estará en nosotros y tomará posesión de nosotros (D. Bonhoeffer, *Memoria e fedeltà,* Magnano 1995, 203-205, *passim*).

La comunión con Jesús y la alegoría de la vid y los sarmientos

(Jn 15,1-17)

1 Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. 2 El Pa-
dre corta todos los sarmientos unidos a mí que no dan fruto y
poda los que dan fruto, para que den más fruto. 3 Vosotros ya
estáis limpios, gracias a las palabras que os he comunicado.
4 Permaneced unidos a mí, como yo lo estoy a vosotros. Nin-
gún sarmiento puede producir fruto por sí mismo sin estar
unido a la vid, y lo mismo os ocurrirá a vosotros si no estáis
unidos a mí.

5 Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece
unido a mí, como yo estoy unido a él, produce mucho fruto,
porque sin mí no podéis hacer nada. 6 El que no permanece
unido a mí, es arrojado fuera, como los sarmientos que se
secan y son amontonados y arrojados al fuego para ser que-
mados.

7 Si permanecéis unidos a mí y mis palabras permanecen en
vosotros, pedid lo que queráis y lo tendréis. 8 Mi Padre recibe
gloria cuando producís fruto en abundancia y os manifestáis
así como discípulos míos.

9 Como el Padre me ama a mí, así os amo yo a vosotros.
Permaneced en mi amor. 10 Pero sólo permaneceréis en mi
amor, si obedecéis mis mandamientos, lo mismo que yo he
observado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su
amor. 11 Os he dicho todo esto para que participéis en mi gozo
y vuestro gozo sea completo.

12 Mi mandamiento es éste: Amaos los unos a los otros,
como yo os he amado. 13 Nadie tiene amor más grande que
quien da la vida por sus amigos. 14 Vosotros sois mis amigos si
hacéis lo que yo os mando. 15 En adelante, ya no os llamaré
siervos, porque el siervo no conoce lo que hace su señor.

Desde ahora os llamo amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído a mi Padre.

[16] No me elegisteis vosotros a mí; fui yo quien os elegí a vosotros. Y os he destinado para que vayáis y deis fruto abundante y duradero. Así, el Padre os dará todo lo que le pidáis en mi nombre. [17] Lo que yo os mando es esto: que os améis los unos a los otros.

LA PALABRA SE ILUMINA

La frecuente repetición, en pocos versículos, del verbo «permanecer» nos hace comprender de inmediato que ésta es la palabra-clave del fragmento. El texto habla de la comunión profunda, real e indestructible que existe entre Cristo y los que creen en él. Aunque está a punto de enfrentarse a la muerte, Jesús sigue siendo, para los suyos, la fuente de la vida y pone la condición para poder «permanecer» para siempre en los suyos. Sirviéndose de una alegoría, Jesús habla de sí mismo como de la vid verdadera: el que permanece unido a él puede ofrecer al Padre el fruto del amor y dar gloria a su nombre (vv. 5.8). A fin de que este fruto sea abundante, el Padre/viñador realiza todas las labores, quita los sarmientos no fecundos y poda los fecundos.

Ahora bien, ¿cuál es el fundamento del amor de Jesús por los suyos? Todo tiene su origen en el amor que discurre entre el Padre y el Hijo. A esta comunión de amor hemos de reconducir toda iniciativa divina de salvación destinada a la humanidad: «*Como el Padre me ama a mí, así os amo yo a vosotros. Permaneced en mi amor*» (v. 9). Sin embargo, el amor que Jesús alimenta por los suyos requiere una respuesta pronta y generosa. La respuesta se realiza en la observancia de los mandamientos de Jesús, permaneciendo en su amor, y se modela siguiendo su ejemplo, un ejemplo vivido en obediencia radical al Padre hasta el sacrificio supremo de su vida.

Las palabras de Jesús tienen una lógica sencilla: el Padre ha amado al Hijo y éste, al venir entre los hombres, ha permanecido unido en el amor con la actitud constante de un «sí» generoso al Padre. Lo mismo se ha de realizar en la relación entre Jesús y los discípulos.

El amor de Jesús, como modelo para los discípulos, no tiene que ver sólo con el sacrificio de la vida, sino que contiene otras prerrogativas: es *una relación de intimidad* entre amigos y *don de la gratuidad* (vv. 14s). Su respuesta debe ser testimonio sincero del amor de Jesús por ellos, permaneciendo profundamente unidos en su amor. El Señor les pide no sólo que le amen, sino que se dejen amar, que acepten el amor que, desde el Padre y a través de él, desciende sobre ellos. Pide que le amen y que le dejen la iniciativa. Para permanecer en su amor es preciso cumplir una condición: observar los mandamientos, una observancia cuyo modelo es Jesús.

LA PALABRA ME ILUMINA

El amor empieza, por parte del hombre, con la atención, con una intensa espera dirigida a Dios, y, además, suscitada ya por él. Comienza por darse cuenta de que él nos ha amado primero, desde siempre, y no porque lo merezcamos.

Descubrirse amado significa, al mismo tiempo, reconocerse pecador perdonado. Este perdón no ha tenido para Dios –el Omnipotente– un precio irrisorio, sino que se ha manifestado en el rostro de dolor y de gloria de Cristo. Y él nos invita a permanecer en su amor –el más grande, porque es la vida entregada– para poder gustar la comunión con el Padre.

Se nos pide una vez más que estemos «atentos»: activa y constantemente atentos a no dejar prevalecer la naturaleza egoísta en nuestro sentir, pensar, hablar, obrar,

viviendo en la tensión alegre de poner en el principio de todo el mandamiento divino. A nadie en concreto le resulta fácil... Sin embargo, para esto nos ha sido dado el Espíritu. Se nos propone una nueva atención de amor: intentar intuir en cada circunstancia los caminos que el Espíritu nos va abriendo delante para que pueda desplegarse el amor y llegar a cada persona. También a Pedro le costó despojarse de sus inveteradas convicciones para abrazar el designio de Dios: permaneciendo atento al Espíritu y a los hermanos, indicó a la Iglesia naciente un nuevo itinerario de amor, dejándonos a todos nosotros un rastro de luz.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor, si abrimos la puerta del corazón a tu paz, se produce frecuentemente, al principio, un alboroto en nuestro interior: creíamos que habíamos dejado de tener las molestias y los estorbos de los otros; pensábamos que tu Espíritu nos habría colmado por completo, y sin embargo... Sin embargo, tu paz es un *dinamismo de amor,* no una quietud estática: si les abrimos la puerta del corazón, todos nuestros hermanos podrán entrar en él, con todas sus preguntas apremiantes. Pensábamos encontrarnos, por lo menos, ricos interiormente, pero nos encontramos muy pobres. Entonces es cuando el «*Padre de los pobres*», tu Espíritu, se hace *Paráclito* en nosotros y nos enseña a escuchar, sin ideas previas y sin presunciones, a los otros; a recordar tu Palabra, que se vuelve luz en nosotros e indica el camino de la paz a los hermanos.

Tu paz, ofrecida al corazón de cada uno de nosotros, debe poder propagarse por el mundo: a él está destinada, en efecto, la meta de la alegría y de la gloria celeste que es don de Dios. Pero tú, Señor, ayúdanos a cumplir el compromiso de prepararla, ya desde ahora.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

¿Cómo es que habla del amor como si fuera el único mandamiento, sino porque todo precepto se refiere a la caridad y todos son uno solo, porque todo lo que se manda está fundado solamente en la caridad? Así como todas las ramas de un árbol reciben su solidez de la raíz, así también las virtudes, siendo muchas, proceden solamente de la caridad. Los preceptos del Señor son, pues, muchos y uno solo: son muchos por la diversidad de las obras, y son uno solo por la raíz del amor.

El Señor nos manifiesta el colmo de la caridad cuando dice: «*Nadie tiene un amor más grande que aquel que sacrifica su propia vida por sus amigos*» (15,13). Jesús vino a morir por sus enemigos; sin embargo, decía que entregaba la vida por sus amigos. Así quería demostrarnos que cuando intentamos adquirir méritos por el amor a los enemigos, se vuelven también amigos nuestros los que nos persiguen. Ahora bien, nosotros no somos perseguidos a muerte; ¿cómo haremos, pues, para probar que amamos a nuestros enemigos? El que en tiempos de paz no está dispuesto a dar su túnica, ¿cómo podrá dar su vida en tiempos de persecución? Si queremos que nuestra caridad sea invencible en tiempos de persecución, debemos alimentarla de misericordia en tiempos de calma. Y el que llega a la dignidad de ser llamado hijo de Dios que no atribuya nada a sus méritos (Gregorio Magno, *Omelie sui vangeli,* XXVII, 1-5; edición española: *Homilías sobre los evangelios,* Rialp, Madrid 2000, 22ss).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Lo que yo os mando es esto: que os améis los unos a los otros*» (v. 17).

CAMINAR CON LA PALABRA

«Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). Aquí se encuentra toda la historia de Israel, y no debemos extrañarnos de que Israel no haya triunfado: *«Sin mí no podéis hacer nada».* Toda la historia de Israel está dirigida a demostrar que el hombre por sí mismo es incapaz de cumplir lo que Dios le pide, y a cavar en los corazones la llamada y la espera de la verdadera viña. Esta viña verdadera ha aparecido: es Jesucristo. Él es la auténtica viña, la victoria de Dios, y, en consecuencia, también nosotros nos convertimos en viña auténtica sólo en la medida en que participamos de él.

Cristo es, por tanto, la viña auténtica, la victoria perfecta de Dios, que corona los esfuerzos realizados por Dios desde el comienzo del mundo. Podemos decir, pues, que todo el resto era únicamente el terreno preparado. Hasta ahora Dios no había hecho más que quitar las piedras de la tierra y preparar el terreno. Sólo ahora crecerá la verdadera viña. Israel no era la verdadera viña. La obra de Dios sólo ha llegado perfectamente a buen puerto en Jesucristo. Dios tenía razón al tomarse tanto trabajo, porque Jesucristo es un éxito total y perfecto. En él, la gracia de Dios ha dado todos sus frutos; en él, Dios puede descansar perfectamente en una humanidad que produce frutos incomparables de santidad. Lo que el pueblo de Israel no había sido capaz de realizar, Dios mismo lo llevó a la perfección en la humanidad de Jesucristo, salida del pueblo de Israel. Dios se complace en Jesucristo; él es ahora su viña eterna, que durará para siempre y en la que se complacerá eternamente: *«He aquí aquel en quien he puesto mi complacencia»* (J. Daniélou, *Saggio sul mistero della storia,* Brescia, 1963, 196s; edición española: *El misterio de la historia,* Dinor, San Sebastián [2]1960).

El odio del mundo y el testimonio del Espíritu (*Jn 15,18–16,4*)

15,18 Si el mundo os odia, recordad que primero me odió a
mí. 19 Si pertenecierais al mundo, el mundo os amaría como
cosa propia, pero como no pertenecéis al mundo, porque yo
os elegí y os saqué de él, por eso el mundo os odia. 20 Recor-
dad lo que os dije: «Ningún siervo es superior a su señor».
Igual que me han perseguido a mí, os perseguirán a vosotros,
y en la medida en que pongan en práctica mi enseñanza, tam-
bién pondrán en práctica la vuestra. 21 Os tratarán así por mi
causa, porque no conocen a aquel que me envió. 22 Si yo no
hubiese venido o no les hubiera hablado tan claramente, no
serían culpables, pero así no tienen disculpa por su pecado.
23 El que me odia a mí, odia también a mi Padre. 24 Si yo no
hubiera realizado ante ellos unas obras que ningún otro ha
hecho, no serían culpables, pero ahora, a pesar de haber vis-
to estas obras, siguen odiándonos a mi Padre y a mí. 25 Así se
cumple lo que ya estaba anunciado en su ley: *Me han odiado
sin ningún motivo.*

26 Cuando venga el Paráclito, el Espíritu de la verdad que yo
os enviaré y que procede del Padre, él dará testimonio sobre
mí. 27 Vosotros mismos seréis mis testigos, porque habéis es-
tado conmigo desde el principio.

16,1 Os he dicho todo esto para que vuestra fe no sucumba
en la prueba. 2 Porque os expulsarán de la sinagoga; más aún,
llegará un momento en el que os quiten la vida pensando
que dan culto a Dios. 3 Y actuarán así porque no conocen al
Padre ni me conocen a mí. 4 Os lo digo de antemano, para
que, cuando llegue la hora, recordéis que ya os lo había anun-
ciado yo.

LA PALABRA SE ILUMINA

La perícopa contiene una advertencia de Jesús a los discípulos sobre el odio y el rechazo del mundo a los que deberán hacer frente.

Si la nota distintiva de la comunidad cristiana es el amor, ahora el Maestro presenta a los suyos lo que caracteriza al mundo que los rechaza: el odio (15,18). El odio del mundo es la consecuencia lógica de una opción de vida: los seguidores del Evangelio no pertenecen al mundo, y éste no puede aceptar a quien se opone a sus principios y a sus opciones. A los creyentes, a causa de su opción de vida a favor de Cristo, los considera como extraños y enemigos. Su existencia es una continua acusación contra las obras perversas del mundo y un reproche elocuente contra los malvados. Ahora bien, ¿cómo se manifestará el odio del mundo contra los discípulos? Con las persecuciones que padecerán los creyentes por el nombre de Cristo. También su Señor experimentó la incomprensión y el rechazo hasta la muerte (v. 20). Más aún, la persecución y el sufrimiento constituyen una condición de gloria, que toda la comunidad cristiana debe compartir junto a su Salvador. La suerte de los discípulos es idéntica a la de Cristo (vv. 20s).

Jesús, después de haber advertido a los suyos sobre el odio del mundo, intenta ahora tranquilizarlos, porque su testimonio fiel estará sostenido por el testimonio del Espíritu de la verdad, que él mismo enviará desde el Padre. ¿Cuál es el marco del testimonio del Espíritu? En este clima de oposición es en el que los discípulos darán testimonio de Cristo. Él, sin embargo, una vez glorificado, enviará al Paráclito, que «*dará testimonio*» a su favor (v. 26).

A este testimonio interior del Paráclito se añade el exterior de los discípulos (v. 27), banco de prueba para la fe cristiana. Estas anticipaciones del Maestro a los suyos revelan la verdad de los acontecimientos que vivirán en breve los discípulos. Lo subraya para que éstos puedan acordarse, durante esas pruebas, de lo que ya les había dicho el Maestro y sigan confiando en él (16,4). Los enemigos de la Iglesia pueden pensar que están del lado de lo justo y que tienen también a Dios de su parte, pues, como no han visto la verdad de la luz del Padre reflejada en la persona de Jesús, no han conocido el verdadero rostro de Dios.

LA PALABRA ME ILUMINA

No debes extrañarte de encontrar a tu alrededor indiferencia y hostilidad cuando quieres vivir según tus convicciones de fe. No debes deprimirte si los medios de comunicación social se muestran sutilmente burlones respecto al estilo de vida cristiano o si, cuando expresas tus convicciones, se te considera un anticuado, si la gente cree que eres alguien que pertenece a una época pasada a la que ya hemos dicho adiós. No tienes que sentir la menor incomodidad: es signo de que eres fiel a Cristo perseguido y a la palabra de su cruz. No debes entrar en crisis porque muchos no piensen como los seguidores de Jesús.

Existe una *inactuabilidad de la fe que es perenne,* que ha de ser buscada en la oblatividad, que consiste en la llamada a la cruz, al sacrificio, al ser capaz de amar, a la justicia pagada con la propia piel. En consecuencia, no debes «aguar» tu testimonio, ni rebajar el nivel de las exigencias de la Palabra, ni rodear de silencio lo que resulta más comprometedor e impopular. Hay silencios que parecen excesivamente prudentes, que son expresión de temor ante los contragolpes de la opinión pública, que expresan preocupaciones por la hostilidad de quien puede hacer mal.

La vida del cristiano es a la vez tiempo de tentación y tiempo de testimonio, tiempo de lucha y tiempo de colaboración en la obra del Espíritu de dar testimonio del Resucitado. Del mismo modo que el Resucitado fue al Padre en medio de la incomprensión humana, así también los discípulos serán incomprendidos, expulsados de los lugares que cuentan e incluso se les matará. Es lo que ha sucedido en el siglo XX con su elevadísimo número de mártires. Es lo que está sucediendo y, presumiblemente, sucederá en este nuevo siglo con la marginación práctica de los que, en medio del sincretismo general o del resurgente fundamentalismo, se ponen del lado de Cristo, armado con la única fuerza del Consolador.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Se anuncian tiempos duros, Señor. El rechazo de tu recuerdo se está afirmando en algunas partes de nuestro mundo occidental, como si tu nombre hubiera representado la cobertura, si no la causa, de un momento oscuro de la historia de la humanidad.

Haz, Señor, que no nos escandalicemos, sino que seamos capaces de resistir, todos unidos, con la fuerza y el consuelo del Espíritu.

Haz, sobre todo, que no tengamos que juzgar a quien nos margina, porque tal vez «*crea que da gloria a Dios*» o al menos a la causa de la humanidad, frecuentemente de buena fe.

Haznos conscientes de que también nosotros, los cristianos, hemos sido a veces intolerantes y hemos perseguido a los otros hermanos creyendo que dábamos gloria a Dios.

Ayúdanos a ser humildes y conscientes de nuestro pecado. Ayúdanos a no caer en el victimismo. Ayúdanos a dar testimonio de ti con valentía, firmeza y orgullo.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

«*Es preciso pasar por muchas dificultades para entrar en el Reino de Dios*» (Hch 14,21). Muchas persecuciones, muchos méritos. Así pues, un gran número de perseguidores supone para ti un beneficio, porque entre tantas persecuciones tienes más probabilidades de obtener una corona. ¿Quién podría ser excluido de ellas, si el mismo Señor soportó las tentaciones de las persecuciones? Si evitas a los perseguidores, renuncias a Cristo, que acepta por ti la tentación para vencerla. Donde el diablo da la batalla, allí está presente Cristo. Por tanto, quien escapa lejos del perseguidor, también rechaza fuera de él al defensor. No te atemorices, porque puedes responder: «*Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?*» (Rom 8,31). Esto lo puede decir el hombre que no se desvía de los signos de la voluntad del Señor.

¿Y qué testigo es más digno de atención que el que profesa su fe en la encarnación del Señor y observa de manera fiel los preceptos del Evangelio? En efecto, el que escucha y no hace, reniega de Cristo; aunque lo confiese con la palabra, lo niega con los hechos. Por consiguiente, es verdadero testigo el que atestigua confirmando con los hechos la adhesión a los preceptos del Señor Jesús. ¡Cuántos son, pues, cada día, los mártires ocultos de Cristo y los confesores del Señor Jesús! Bienaventurado el hombre que se consume en el amor de Dios! (Ambrosio de Milán, *Commento al Salmo 118,* XX, 43-48; edición italiana, Milán-Roma 1987, II, 357-365, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*El Espíritu de la verdad que yo os enviaré y que procede del Padre, él dará testimonio sobre mí*» (v. 26).

CAMINAR CON LA PALABRA

En Argelia sabemos lo que significa «morir de muerte violenta». Junto con decenas de miles de argelinos, hacemos frente cada día a esta amenaza difusa que, a veces, se precisa y se realiza a pesar de las precauciones que tomemos. Muchos nos preguntan por qué nos obstinamos en exponernos así, pero, entonces, ¿no habría que reprochar también a Jesús el haber buscado el suplicio y la muerte enfrentándose de una manera deliberada a los que tenían el poder de condenarle? ¿Por qué no huye? ¿Por qué calla ante Pilato cuando le interroga? ¿Por qué no recurre a las *«legiones de ángeles»* de Dios para aniquilar a las fuerzas del mal? Jesús no buscó la muerte –aunque tampoco quiso huir de ella– porque consideraba que la fidelidad a los compromisos adquiridos con el Padre y para la venida de su Reino eran más importantes que su miedo a la muerte. Prefirió llegar hasta el límite extremo de la lógica de su vida y de su misión antes que traicionar lo que era, lo que decía y lo que había hecho, renegando o abandonando para evitar el choque definitivo. Esta hora sellaba el conjunto de su existencia con el sello de la verdad y de la fidelidad. Jesús continuó apoyándose únicamente en las armas de la justicia y de la verdad y en la fuerza interior de la compasión, de la confianza y del amor. Estar dispuestos a dar la vida por alguien es la prueba decisiva de nuestro amor. Antes de llegar a esta entrega, todavía no hemos amado o bien no nos hemos amado más que a nosotros mismos.

La cruz se encuentra exactamente aquí y no en cualquier sufrimiento. Tomar la cruz detrás de Cristo es entrar de una manera lúcida con él en la entrega de nuestra vida *a fin de continuar la obra creadora de Dios Padre*. Esta creación implica el sacrificio de nuestros intereses inmediatos, de nuestros instintos de posesión, de dominio. Y choca también con las fuerzas de destrucción. Jesús, con su vida, muerte y resurrección, nos concede creer que la creación es el único significado profundo que puede tener la vida. El amor nos hace participar en esta creación continuamente renovada en la fe y en la esperanza. El amor es lo que da sentido a nuestra vida, a nuestra muerte y a nuestra resurrección (P. Claverie en *La vie spirituelle*, diciembre de 1986, 825-828, *passim*).

El consuelo del Espíritu
(Jn 16,5-15)

[5] Pero ahora vuelvo al que me envió y ninguno de vosotros
me pregunta: «¿Adónde vas?». [6] Eso sí, al anunciaros estas
cosas, la tristeza se ha apoderado de vosotros. [7] Y sin em-
bargo, os digo la verdad: os conviene que yo me vaya, por-
que, si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros, pero, si
me voy, os lo enviaré. [8] Cuando él venga, pondrá de mani-
fiesto el error del mundo en relación con el pecado, con la
justicia y con la condena. [9] Con el pecado, porque no creyeron
en mí; [10] con la justicia, porque retorno al Padre y ya no me
veréis; [11] con la condena, porque el que tiraniza a este mundo
ha sido condenado.

[12] Tendría que deciros muchas más cosas, pero no podríais
entenderlas ahora. [13] Cuando venga el Espíritu de la verdad, os
iluminará para que podáis entender la verdad completa. Él no
hablará por su cuenta, sino que dirá únicamente lo que ha
oído y os anunciará las cosas venideras. [14] Él me glorificará,
porque todo lo que os dé a conocer lo recibirá de mí. [15] Todo
lo que tiene el Padre es mío también; por eso os he dicho que
todo lo que el Espíritu os dé a conocer lo recibirá de mí.

LA PALABRA SE ILUMINA

El tema de fondo que nos propone el evangelista es el Espíritu Santo, testigo de Jesús y acusador del mundo. Jesús habló de las persecuciones que deberían sufrir los suyos, y éstos se sienten desconcertados frente a tales

acontecimientos: son incapaces de confiarse al único que puede hacer superar toda tristeza y angustia. Por eso les reprende Jesús. Si hubieran comprendido el sentido de su misión de sufrimiento redentor se habrían tranquilizado con el pensamiento de que su «ascender» al Padre habría de producir la venida del Espíritu, que les reforzará en lo tocante a la victoria de su fe.

¿Cuál será, entonces, la tarea del Espíritu? Será la de dar testimonio contra el mundo, que está en pecado por haber rechazado a Cristo. El Espíritu, como el abogado en un proceso, revelará a los creyentes, a lo largo del desarrollo de la historia, el error del mundo. Lo pondrá en situación de acusado por ese pecado que es la incredulidad. Probará al mundo la justicia de Cristo. Demostrará que el juicio de condena contra Jesús es inconsistente; más aún, se resolvió contra *«el príncipe de este mundo»*, condenado para siempre y sobre el que Cristo ha triunfado con su muerte-exaltación (v. 11).

El texto se desarrolla, a continuación, en tres pasajes paralelos que concluyen cada uno con la misma fórmula: *«anunciar»* y *«dar a conocer»* (vv. 13.14.15), y con una progresión temática doctrinal sobre las tres personas divinas: el Espíritu, Cristo, el Padre.

Jesús querría revelar a los suyos muchas otras cosas, pero por ahora no están en condiciones de entenderlas. Primero deberán recibir el Espíritu. El Paráclito será la ayuda de los discípulos y les iluminará para que puedan *«entender la verdad completa»* (v. 13), esto es, inaugurará un período nuevo del conocimiento pleno de la Palabra de Jesús. Su instrucción se llevará a cabo en lo íntimo del corazón de cada discípulo, con lo que conocerán los secretos de la verdad de Cristo. La tarea del Espíritu será semejante a la de Jesús: guiará en la comprensión interior de la Palabra de Jesús –más aún, del mismo Jesús– y *«os anunciará las cosas venideras»* (v. 13d), es decir, os revelará la realidad de Dios y de los hombres.

LA PALABRA ME ILUMINA

Mientras que el mundo condena a los discípulos por ser seguidores de Cristo, el Espíritu invertirá la situación, revelando el verdadero ser del mundo, su error, su nulidad. Se trata de una luz que nos sumerge en el criterio del juicio divino, diferente y hasta opuesto al del mundo. Los discípulos, perseguidos y condenados por los tribunales del mundo, pueden juzgar y condenar al mundo en lo íntimo de sus conciencias, en espera del juicio final que clarificará los términos exactos de la eterna contienda.

El Espíritu prometido permitirá comprender a los discípulos las cosas de Dios tal como han sido reveladas por Jesús. El Espíritu hará la exégesis de las palabras del Señor a fin de que puedan caminar por la historia con la «mente de Dios», con su modo de ver y de juzgar, de sentir y de actuar. Esto expresa también la alteridad del discípulo y de la Iglesia respecto al mundo. El sentido de las cosas, de la historia, de los acontecimientos, está reservado a los que tienen el Espíritu. Ahora bien, es preciso que el Espíritu pueda hablar. La tradición nos recuerda la necesidad del corazón «purificado» para comprender las cosas de Dios tal como las sugiere el Espíritu. Conocer la realidad según Dios es algo diferente del también necesario conocimiento típico de la racionalidad: es dejar que el Espíritu hable en un corazón desembarazado de las cosas demasiado terrenas.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor, tenemos necesidad de este Espíritu que ilumina los corazones, que hace evidentes las razones del creer, que proporciona el valor necesario para oponerse a la mentalidad de este mundo, cada vez más seguro de sí mismo, cada vez más persuasivo, cada vez más seduc-

tor. Necesitamos sobre todo a este Espíritu que muestra al corazón y a la mente de nosotros, los creyentes, que el mundo «ya adulto» que cree poder prescindir de Dios tiene en sí mismo a veces componentes diabólicos: la batalla entre Cristo y el príncipe de este mundo continúa; nosotros participamos en esta lucha decisiva dentro de nosotros, entre nosotros y en el ambiente que nos rodea.

Señor, danos la fuerza necesaria para ser testigos creíbles de tu amor fiel; guíanos con tu Espíritu a salir al encuentro del mundo con la cabeza levantada; afirmados en ti, enséñanos la prudencia; haz que no lleguemos a juzgarlo y a condenarlo antes incluso de habernos acercado a él. Y concédenos antes que nada la fuerza necesaria para derrotar al Maligno, que se hospeda dentro de nosotros.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Tú, alma fiel, cuando surjan en tu fe los misterios más profundos, atrévete a decir, no con la intención de objetar, sino con el deseo de consentir: *«¿Cómo es posible esto?* (Lc 1,34). Que tu pregunta sea oración profunda, amor, piedad y humilde deseo. Que no sea escrutar la majestad de Dios en las alturas, sino búsqueda de la salvación en sus obras. Y el ángel del gran consejo te responderá: *«Cuando venga el Paráclito que yo os mandaré desde el Padre... él dará testimonio de mí»* (Jn 15,26), os lo sugerirá todo (cf. 14,26) y *«os enseñará la verdad completa»* (16,13). Apresúrate, por tanto, a ser partícipe del Espíritu Santo. Él está presente cuando se le invoca y, una vez invocado, viene: viene con la abundancia de la bendición de Dios. Y cuando llegue, si te encuentra humilde y en calma, si te encuentra escuchando con santo temor la Palabra de Dios, reposará en ti y te revelará lo que Dios Padre esconde a los sabios y a los prudentes de

este mundo. Entonces empezará a parecerte claro lo que la Sabiduría ha podido decir a los discípulos en la tierra, aunque ellos no consiguieron comprenderlo hasta que no vino el Espíritu de la verdad a enseñarles toda la verdad (cf. 16,13).

En efecto, como dice la misma Verdad, *«Dios es espíritu»* (4,24) y conviene que quienes quieran comprenderle y conocerle busquen sólo en el Espíritu Santo la inteligencia de la fe. Él es, para los pobres de espíritu, en medio de las tinieblas y de la ignorancia de esta vida, la luz que ilumina, la caridad que arrastra, la suavidad que conmueve, el acceso del hombre a Dios, el amor del que ama, la devoción, la piedad. Él es quien revela a los fieles la justicia de Dios cuando concede gracia tras gracia y recompensa con la fe iluminada la fe que escucha (Guillermo de Saint-Thierry, «Lo specchio della fede», 46, en íd., *Opere,* Roma 1993, I, 96s).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«El Espíritu de la verdad os iluminará para que podáis entender la verdad completa» (v. 13).

CAMINAR CON LA PALABRA

Israel era el pueblo que «recordaba» la historia de los beneficios recibidos de Dios. María fue un modelo de esto: conservaba en su corazón lo que había visto y oído a la llegada de los pastores a la cueva de Belén, cuando encontraron a Jesús en el templo, en la vida laboriosa de Nazaret cuando el pequeño crecía lleno de sabiduría y de gracia. Pues bien, el Espíritu es en la Iglesia nuestra «memoria» religiosa no en el sentido material de repetidor, sino en el de guía que introduce y revela a lo largo de los siglos el sentido y la riqueza de la enseñanza de Jesús; ayu-

da al creyente a penetrar en el misterio de Cristo y de la Iglesia de modo que la revelación de Jesús alcance el objetivo de ser, efectivamente, luz, vida, sal, levadura, para cada hombre.

El Espíritu Santo es, a continuación, también Revelador: *«Cuando venga el Espíritu de la verdad, os iluminará para que podáis entender la verdad completa. Él no hablará por su cuenta, sino que dirá únicamente lo que ha oído y os anunciará las cosas venideras»*. Con estas palabras no se promete de una manera simplista el conocimiento anticipado de acontecimientos futuros; se promete, más bien, el carisma profético, en su significado profundo: conocer la belleza de la obra realizada por el Padre en el mundo por medio de Cristo. Ese conocimiento es un privilegio reservado a los pequeños y a los sencillos, y negado a los grandes y a los sabios del mundo. Sólo el cristiano, por un don del Espíritu Santo, estará en condiciones de leer la historia con unos ojos nuevos. El Espíritu les hará descubrir dimensiones insospechadas, en un horizonte dilatado misteriosamente, desde una perspectiva ensanchada hasta la vida eterna. Incluso en medio de la «trivialidad» de la existencia cotidiana, el cristiano atento al Revelador estará en condiciones de percibir la obra de Dios, su designio de amor salvífico. Con la revelación del Espíritu, todo tiene sentido en la historia: la cruz, la sangre de los mártires, las catacumbas, los perseguidores; sin esta revelación, todo carece de sentido (S. Cultrera, *In sintonía con lo Spirito*, Milán 1985, 57ss, *passim*).

El retorno de Jesús; la tristeza y la alegría de los discípulos

(Jn 16,16-33)

16 Dentro de poco dejaréis de verme, pero dentro de otro poco volveréis a verme.

17 Al oír esto, algunos de sus discípulos comentaban entre sí:

–¿Qué significa esto? Acaba de decirnos: «Dentro de poco dejaréis de verme, pero dentro de otro poco volveréis a verme». También nos ha dicho: «Porque me voy al Padre».

18 Y se preguntaban:

–¿Qué quiere decir con eso de «dentro de poco»? No sabemos a qué se refiere.

19 Sabiendo Jesús que deseaban una aclaración, les dijo:

–Estáis preocupados por el sentido de mis palabras: «Dentro de poco dejaréis de verme, pero dentro de otro poco volve-
réis a verme». 20 Yo os aseguro que vosotros lloraréis y gemiréis,
mientras que el mundo se sentirá satisfecho; vosotros estaréis
tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. 21 Cuando
una mujer va a dar a luz, siente tristeza, porque le ha llegado la hora, pero, cuando el niño ha nacido, su alegría le hace olvidar el sufrimiento pasado y está contenta por haber traído
un niño al mundo. 22 Pues lo mismo vosotros: de momento
estáis tristes, pero volveré a veros y de nuevo os alegraréis con
una alegría que nadie os podrá quitar. 23 Cuando llegue ese día,
ya no tendréis necesidad de preguntarme nada. Os aseguro que el Padre os concederá todo lo que le pidáis en mi nombre.
24 Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre. Pedid y recibiréis, para que vuestra alegría sea completa.

25 Hasta ahora os he hablado en un lenguaje figurado, pero llega la hora en la que no recurriré más a ese lenguaje, sino
que os hablaré del Padre claramente. 26 Cuando llegue ese día,

vosotros mismos presentaréis vuestras súplicas al Padre en mi nombre, y no es necesario que os diga que yo voy a interceder ante el Padre por vosotros, [27] porque el Padre mismo os ama. Y os ama porque vosotros me amáis a mí y habéis creído que yo he venido de Dios. [28] Salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo para volver al Padre.

[29] Entonces los discípulos le dijeron:

–Cierto, ahora has hablado claramente y no en lenguaje figurado. [30] Ahora estamos seguros de que lo sabes todo y de que no es necesario que nadie te pregunte; por eso creemos que has venido de Dios.

[31] Jesús les contestó:

–¿Ahora creéis? [32] Pues mirad, se acerca la hora, mejor dicho, ha llegado ya, en la que cada uno de vosotros se irá a lo suyo y a mí me dejaréis solo. Aunque yo no estoy solo, porque el Padre está conmigo. [33] Os he dicho todo esto para que podáis encontrar la paz en vuestra unión conmigo. En el mundo encontraréis dificultades y tendréis que sufrir, pero tened ánimo: yo he vencido al mundo.

LA PALABRA SE ILUMINA

Jesús consuela a los suyos de la tristeza por su partida y les asegura que ésta tendrá una duración breve: «*Dentro de poco dejaréis de verme, pero dentro de otro poco volveréis a verme*» (v. 16). ¿Qué significan estas expresiones enigmáticas de Jesús? Se refieren a los dos tiempos que Jesús está a punto de consumar. El primero tiene que ver con su vida terrena, que está a punto de acabar; el segundo es el relacionado con la vida gloriosa, inaugurada con su resurrección. Su retorno posterior no está limitado a las apariciones pascuales, sino que se prolonga en el corazón de los creyentes mediante su presencia en ellos. Los discípulos no comprenden estas palabras del Maestro y se plantean varias preguntas (vv. 17s). Jesús, que conoce la intimidad de los suyos y los acontecimientos que les esperan, intenta, a partir de las preguntas de los discípulos, suprimir su tristeza

infundiendo en ellos la confianza en él con una nueva revelación: «*Vuestra tristeza se convertirá en gozo*» (v. 20).

Las pruebas van a abatirse contra la comunidad cristiana. Especialmente cuando le sea arrebatado el Esposo. Entonces experimentará llanto, aflicción y desconcierto por su muerte, mientras que el mundo exultará pensando que ha extirpado el mal. Sin embargo, la historia tendrá su revancha y entonces la comunidad de los discípulos experimentará la alegría. Jesús no habla de él mismo ni de sus sufrimientos –y hubiera tenido motivos para ello–, sino que piensa en los suyos, como el buen pastor en su rebaño.

Jesús, prosiguiendo la conversación con sus discípulos, afirma que es en la oración donde los discípulos conocerán la íntima relación que existe entre el Hijo y el Padre y de éstos con ellos. Después serán escuchados, porque existirá un perfecto entendimiento en el amor y en la fe con Cristo, puesto que serán amados por el mismo Padre por su fe en el misterio de la encarnación del Hijo (v. 26).

LA PALABRA ME ILUMINA

El tiempo de la Iglesia es el tiempo en el que el discípulo se ve combatido por dos alegrías: la del mundo y la de Cristo. La *alegría del mundo* está ligada a la persecución de los valores efímeros, como un saber puesto al servicio exclusivo de intereses materiales, de una carrera social, científica, de la notoriedad, de la rentabilidad económica de las decisiones, sin contar la exasperación de la sensualidad y de las sensaciones llevadas al extremo. De estas cosas suele gozar el mundo. La *alegría que viene de Jesús* deriva del hecho de ser sus discípulos, de saber que él está cerca en todo momento, que dar la vida por él y por los hermanos es una inversión venta-

josa y un gran honor, que lo único necesario es no perderle a él, estar seguros de que caminamos hacia los bienes eternos.

Nuestro corazón es objeto de combate entre estas dos alegrías: la primera es más inmediata, pero también más fugaz; la segunda es menos aparente, pero, sin embargo, no defrauda. En ocasiones se entrelazan ambas alegrías, y otras veces se oponen. El corazón del discípulo debe estar orientado constantemente hacia el «todavía no», hacia el decisivo «*dentro de otro poco volveréis a verme*», cuando la alegría, tan frecuentemente querida y creída, se convertirá en felicidad plena y sin sombras. Éste es el milagro de la misión. ¿Por qué no superar el temor del fracaso, para gozar de esta segurísima alegría garantizada a los apóstoles generosos? «*Tened ánimo: yo he vencido al mundo*» (v. 33). Lo ha desarmado con el amor.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Tu mensaje, Señor, me provoca: ¿cómo es que obtengo tan poco y soy tan poco eficaz? ¿Cómo es que mi alegría es tan raramente plena? Y aún: ¿cómo es que tu misterio de unión con el Padre me atrae sólo débilmente? ¿Cómo es que siento tan raramente tu omnipotencia en mi acción? ¿Y si estas preguntas estuvieran concatenadas? ¿Acaso mis ojos están demasiado dirigidos a la realidad de este mundo y demasiado poco al amor del Padre a ti y de ti a nosotros, tus discípulos? La mirada al mundo, aunque necesaria, no me ayuda ciertamente a salvarlo si no lo miro con tus ojos y con tu corazón y si no me implico en esta aventura decisiva, que tiene que ver con la eternidad.

Que tu Espíritu nos ayude a ver las necesidades frecuentemente ocultas de la gente, a encontrar el remedio «divino» y no sólo humano que debemos ofrecer, la alegría plena que debemos presentar, el amor que lo rescata todo. Señor, tal vez el problema que tenemos tus discípulos de hoy es la débil contemplación. Ayúdanos en esto.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Todos los que desean convertirse en coherederos de los santos no deben amar nada por encima de Dios, de suerte que sean encontrados bien aceptados en el momento de la prueba por haber custodiado perfectamente su amor por el Señor. Por eso hace falta siempre mucha fe, paciencia, lucha, perseverancia, fatigas, hambre y sed del bien, ardor, coraje, discernimiento, inteligencia. A lo largo del camino se nos presentan tentaciones, numerosas pruebas, tribulaciones, luchas y sudores, a fin de que se haga manifiesto quién ha amado verdaderamente al Señor hasta la muerte, con toda su voluntad y con todas sus fuerzas. Por eso justamente entran en el Reino de los Cielos los que se han negado a sí mismos según la Palabra del Señor (cf. Mt 16,24) y han amado al Señor más que a su propia respiración, y por eso serán recompensados por su excelso amor con los dones excelsos del cielo.

Las promesas y la gloria están ocultas en las tribulaciones, en los padecimientos, en la paciencia y en la fe, del mismo modo que el fruto está escondido en la semilla echada en la tierra. Dice el apóstol: «*A través de muchas tribulaciones podemos entrar en el Reino de los Cielos*» (cf. Hch 14,22). Y dice el Señor: «*En el mundo tendréis tribulaciones*» (Jn 16,33). Hace falta solicitud, vigilancia, fervor e insistencia a la hora de orar al Señor para poder pasar a través de las insidias de los deseos terrenos, de las tempestades del mundo. En consecuencia, es necesario que cada uno de nosotros combata, que se comprometa con todas las virtudes y crea (Pseudo-Macario, *Omelia* V,

15-19; edición italiana, *Spirito e fuoco,* Magnano 2001, 116-119, *passim*; edición española: *Nuevas homilías,* Ciudad Nueva, Madrid 2007).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*Tened ánimo: yo he vencido al mundo*» (v. 33).

CAMINAR CON LA PALABRA

«Yo he vencido al mundo» (Jn 16,33) a fin de que vosotros tengáis la salvación, la paz, la alegría de este pacto. Yo he hecho esto. No he dicho: lo haré algún día, sino: ya está hecho, ha acontecido, lo he realizado. A vosotros no os queda más que constatar y aceptar el hecho de que vivís en el mundo al que yo he vencido. Si él, Jesucristo, no lo garantizara, podría ser demasiado bello para que fuera verdad. Sin embargo, lo garantiza precisamente él, que afirma también antes otra cosa muy diferente: *«En el mundo tendréis aflicciones»*. Pero, a continuación, comparece un segundo elemento, que no desmiente al primero ni tampoco lo cancela, aunque de un trazo lo hace aparecer pequeño y lo pone a la sombra del conjunto: *«En el mundo encontraréis dificultades y tendréis que sufrir, pero tened ánimo»*. Esto no significa: pensad en cualquier otra cosa. Dad un salto más allá de lo que os da miedo, huid de vuestro miedo refugiándoos en cualquier distracción, en cualquier ocupación particular, en cualquier empresa exaltante, sino más bien: abrid los ojos y mirad a lo alto, hacia los montes desde los que os llega la ayuda, y mirad hacia delante los pocos, los inmediatos pasos que habéis de recorrer. Y caminad después seguros sobre vuestros pies: tened ánimo. Estad incluso un poco alegres precisamente allí donde debéis vivir: en medio del mundo, en el que, sin duda, tenéis miedo, un gran miedo por la vida y por la muerte. ¿Se puede obtener tanto? Respondo: cada uno puede alcanzarlo con que se lo diga aquel que lo puede y lo debe, aquel que, como

verdadero Hijo de Dios e Hijo del hombre, vino al mundo en el que tenemos miedo y donde él mismo tuvo un gran miedo –*«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado»*–. Pues aquel que de este modo venció al mundo, lo reconcilió con Dios, poniendo así un límite al miedo que nosotros tenemos (K. Barth, *Invocami!,* Brescia 1969, 145-147, 151-153, *passim*).

Jesús ora por su propia glorificación
(Jn 17,1-11a)

[1] Dicho esto, Jesús levantó los ojos y exclamó:

–Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo, para que tu
Hijo te glorifique. [2] Tú le diste poder sobre todos los hombres
para que él dé la vida eterna a todos los que tú le has dado. [3] Y
la vida eterna consiste en esto: en que te conozcan a ti, el único
Dios verdadero, y a Jesucristo, tu enviado. [4] Yo te he glorificado
aquí, en el mundo, cumpliendo la obra que me encomendaste.
[5] Ahora, pues, Padre, glorifícame con aquella gloria que ya
compartía contigo antes de que el mundo existiera.

[6] Yo te he dado a conocer a aquellos que tú me diste de en-
tre el mundo. Eran tuyos, tú me los diste, y ellos han acepta-
do tu palabra. [7] Ahora han llegado a comprender que todo lo
que me diste viene de ti. [8] Yo les he enseñado lo que aprendí
de ti y ellos han aceptado mi enseñanza. Ahora saben, con ab-
soluta certeza, que yo he venido de ti y han creído que fuiste
tú quien me envió.

[9] Yo te ruego por ellos. No ruego por el mundo, sino por los
que tú me has dado, porque te pertenecen. [10] Todo lo mío es
tuyo, y todo lo tuyo es mío, y en ellos he sido glorificado. [11] Ya
no estaré más en el mundo; ellos continúan en el mundo,
mientras yo me voy a ti.

LA PALABRA SE ILUMINA

La primera parte de la llamada «oración sacerdotal» está compuesta por dos fragmentos (vv. 1-5 y vv. 6-11a),

unidos entre ellos por el tema de la entrega de todos los hombres al Padre por Jesús. Los vv. 1-5 se concentran en la petición de la gloria por parte del Hijo. Nos encontramos en el momento más solemne de la conversación de Jesús con los discípulos. Jesús es consciente de que su misión se dirige ahora hacia su final y, con el gesto típico del orante –«*levantó los ojos*» al cielo, es decir, al lugar simbólico de la morada de Dios–, da comienzo a su oración.

Pide, en primer lugar, que su misión llegue a su definitiva consumación con su propia glorificación. Ahora bien, pide esa glorificación únicamente para glorificar al Padre (v. 2). Jesús ha recibido todo poder del Padre, que lo ha puesto todo en sus manos, incluso el poder de dar la vida eterna a los que el Padre le ha confiado. Y la vida eterna consiste en esto: conocer al único Dios verdadero y a aquel que envió a los hombres, su Hijo (v. 3). Naturalmente, no se trata de la vida eterna entendida como contemplación de Dios, sino de la vida adquirida en la fe. Ésta es participación en la vida íntima del Padre y del Hijo. Jesús, al final de su misión de revelador, profesa de este modo haber glorificado al Padre en la tierra, llevando a su consumación total la misión que le había confiado el Padre. No quiere la gloria como recompensa, sino sólo llegar a la consumación de la revelación con su libre aceptación de la muerte en la cruz. Jesús piensa, a continuación, en sus discípulos, a los que ha manifestado el designio del Padre. Ellos han respondido en la fe y glorificarán al Hijo acogiendo su Palabra y practicándola en el amor.

LA PALABRA ME ILUMINA

«*Y la vida eterna consiste en esto: en que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, tu enviado*» (Jn 17,3). Conocer al Dios de Jesucristo, conocer al Hijo

y al Espíritu Santo, conocerlos no sólo con la mente, sino también con el corazón, conocerlos por estar en comunión con ellos, conocerlos de modo que olvidemos todo lo demás: esto es la «*vida eterna*». El resto pertenece a las cosas que pasan, a la infinita vanidad del todo, a lo que no tiene consistencia, a lo que tiene vida efímera, a aquello a lo que no vale la pena aferrarse.

Mi vida ha de ser un progresar en el conocimiento del Dios vivo y verdadero, un progresar en la sublime ciencia de Cristo, un caminar según el Espíritu, porque esto es la vida eterna. Una vida, a veces, poco apetecible, porque la condición humana se vive en la carne y en la sangre, porque el mundo me envuelve y me condiciona, porque mi fe se muestra aún titubeante e incierta. Sin embargo, basta con que me detenga a reflexionar sobre las palabras del Señor, basta con invocar a su Espíritu, para que yo reemprenda el camino hacia el inefable mundo de Dios y llegue a comprender la suerte de haber escuchado estas palabras que me unen al Padre y al Hijo, en el vínculo del Espíritu, para pregustar alguna gota del dulcísimo océano de la vida eterna.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor Jesucristo, te agradezco con todo mi corazón por la verdadera invocación y por la santa oración que elevaste al Padre antes de tu Pasión. Señor, te doy gracias porque nos enseñaste a orar cuando dijiste: «*Padre, que no se haga mi voluntad, sino la tuya*». Y ahora, Señor Jesús, te suplico que me hagas vivir siempre según tu voluntad y dejar de lado la mía. Concédeme la gracia de buscar siempre cuál es tu voluntad y configurarme con ella, consciente de que encontraré mi felicidad en el cumplimiento del designio de amor que tú pensaste desde siempre para mi realización personal, en vistas a la venida de tu Reino.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Señor Jesucristo, te ruego por tu dulce piedad que me ayudes en todos mis tormentos y en todas mis tentaciones. Envíame, oh Señor, un ángel de consejo y de consuelo en todas mis necesidades. Dulce Jesús, te doy gracias por los dulces y piadosos pasos que diste, por amor a nosotros, hacia tu misma pena y tu misma muerte. Te suplico, oh Señor, que me liberes de los lazos de todos nuestros pecados, puesto que soportaste que te ataran por amor a nosotros. Te agradezco, dulce Señor Jesucristo, la mirada que posaste sobre tu discípulo que se había alejado, san Pedro. Le miraste con una mirada de misericordia cuando estabas en el punto más alto de tu sufrimiento y de tu pena. Mostraste entonces abiertamente el amor y la caridad que nos tienes, hasta el punto de que ni la indignidad, ni los tormentos, ni ninguna otra cosa pueden alejar tu corazón de nosotros.

Glorioso Señor, lleno de misericordia y de piedad, haz que nosotros, a través de tu bendita mirada, podamos dirigirnos a tu gracia y arrepentirnos de nuestros errores y de nuestras fechorías, de suerte que podamos llegar, con san Pedro, a tu misericordia. Oh Señor, Rey de la gloria, tú quisiste dejar de lado el poder y actuar como si estuvieras privado de él, para sanar mis pecados (R. Rolle, «Meditazione sulla Passione», 1s, en íd., *Canto d'amore,* Fossano 1969, 32-34.42, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Y la vida eterna consiste en esto: en que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, tu enviado» (v. 3).

CAMINAR CON LA PALABRA

Una muchacha de campo, originaria de una familia de pastores sardos. A los veintiún años entra en la Trapa de Grottaferrata y a los veinticinco muere de tuberculosis. Muere ofreciendo su vida por la causa de la unidad de los cristianos. En la raíz de su vocación se encontraba una auténtica conversión, un encuentro decisivo con la misericordia del Padre.

Una experiencia muy fuerte y muy misteriosa con ocasión de su conversión, a la edad de dieciocho años, le condujo de inmediato y para siempre a confesarse indigna: invadida por el amor misericordioso de Dios y salvada, rescatada de una manera gratuita, radical. Como muestra de su agradecimiento ofreció en holocausto todo su ser, todas sus posibilidades. Llegar a ser santa lo más rápido posible, verdaderamente santa. Ser fiel en todo y siempre a Jesús. No traicionarle jamás, no abandonarle nunca, nunca alejarse de él, ni siquiera un instante. Y cuando, misteriosamente, el Señor le sugiere el acto de la ofrenda por la unidad de la Iglesia («Me parece que lo quiero de verdad –repetía humildemente a la abadesa–. «Me siento impulsada también cuando no quiero pensar en ello»), es para ella motivo de alegría pensar: «Sí, puedo ofrecer mi vida». ¿Dónde se encuentra, pues, el secreto de su santidad? La voluntad decidida y lúcida de optar por Dios, el sentido de su indignidad personal y de la gracia que ha recibido con su vocación la hacen apuntar directamente a lo esencial: la vida que ha recibido en el monasterio está hecha para amar a Dios, para glorificarlo. Y para eso la va a usar. Maria Gabriella lo sabe: conoce el deseo del corazón de Jesús, el deseo que le ha expresado, poco antes de su agonía, en la oración al Padre. Ella se ha impregnado de esa oración, como las páginas de su evangelio, amarillentas y gastadas, en contacto con sus dedos, sobre todo en los capítulos 15–20 de san Juan (M. della Volpe, «Suor Maria Gabriella Sagheddu», en *Collectanea Cisterciensia* n. 45 [1983], *passim*).

Jesús ora por la custodia de sus discípulos
(Jn 17,11b-19)

Jesús levantó los ojos y exclamó:

–Padre santo, guarda en tu nombre a los que me has dado
para que sean uno, como tú y yo somos uno.

12 Mientras yo estaba con ellos en el mundo, yo mismo
guardaba, en tu nombre, a los que me diste. Los he protegido
de tal manera que ninguno de ellos se ha perdido, fuera del
que tenía que perderse para que se cumpliera lo que dice la
Escritura. 13 Ahora, en cambio, yo me voy a ti. Si digo estas co-
sas mientras todavía estoy en el mundo es para que ellos puedan
participar plenamente en mi alegría.

14 Yo les he comunicado tu mensaje, pero el mundo los
odia, porque no pertenecen al mundo, como tampoco perte-
nezco yo. 15 No te pido que los saques del mundo, sino que los
defiendas del maligno. 16 Ellos no pertenecen al mundo, como
tampoco pertenezco yo. 17 Haz que ellos sean completamente
tuyos por medio de la verdad; tu palabra es la verdad.

18 Yo los he enviado al mundo, como tú me enviaste a mí.
19 Por ellos yo me ofrezco enteramente a ti, para que también
ellos se ofrezcan enteramente a ti por medio de la verdad.

LA PALABRA SE ILUMINA

El fragmento incluye la segunda parte de la «oración sacerdotal» de intercesión que Jesús dirige al Padre como Hijo. Tiene como objeto la custodia de la comunidad de los discípulos que siguen en el mundo. El texto se divide

en dos partes: al comienzo se desarrolla el tema del contraste, de la oposición, entre los discípulos y el mundo (vv. 11b-16) y a continuación se habla de la santificación de éstos en la verdad (vv. 17-19): aquí se manifiesta con vigor el amor del Padre en Jesús, que ora para que los suyos sean custodiados en la fe.

Jesús se enfrenta, sucesivamente, con varios temas en el primer fragmento: la unidad de los suyos (v. 11b), su custodia «*fuera del que tenía que perderse*» (v. 12), la preservación del Maligno y del odio del mundo (vv. 14s). En el segundo fragmento, Jesús, después de haber pedido al Padre que preserve a los suyos del Maligno (v. 15) y después de haber subrayado en negativo su no pertenencia al mundo (vv. 14.16), pide en positivo la santificación de los discípulos: «*Haz que ellos sean completamente tuyos por medio de la verdad; tu palabra es la verdad*» (v. 17). Ruega de este modo al Padre, al que ha llamado «*santo*» (v. 11b), que también haga santos en la verdad a aquellos que le pertenecen. Los discípulos tienen la tarea de prolongar en el mundo la misma misión de Jesús. Sin embargo, éstos, expuestos como están al poder del Maligno, para llevar a cabo su misión necesitan no sólo la protección del Padre, sino también la obra santificadora de Jesús.

LA PALABRA ME ILUMINA

Estamos ante un fragmento en el que Jesús se muestra particularmente preocupado por el poder del mundo y su posible influencia sobre sus discípulos. En el mundo obra el Maligno con su espíritu de mentira, belicosamente contrario a la verdad que es Cristo. La posición de los discípulos es delicada: deben permanecer en el mundo sin ser contaminados por él. Serán sostenidos por su oración, por su Palabra y por su Espíritu. En consecuencia, no deben temer. Y añade Agustín: «¿Qué

significa *"por ellos me consagro yo mismo»*, sino que yo los santifico en mí mismo en cuanto que ellos son yo? Él habla, en efecto, de aquellos que son los miembros de su cuerpo».

Todo esto nos induce a reflexionar, una vez más, en el poder del mundo, pero también en su debilidad: poder para quien se deja seducir, debilidad para quien se deja guiar íntimamente por la Palabra de Jesús y conducir por su Espíritu. Es posible que en estos años hayamos infravalorado el «mundo», una palabra que se ha vuelto ambigua, que indica unas veces el lugar de la acción del Espíritu y de los signos de los tiempos, y otras el lugar del eterno conflicto entre el Maligno y Jesús. La Palabra de Jesús y su Espíritu nos ayudan a discernir los distintos rostros del mundo, a distinguir las llamadas del Espíritu de los engaños del Maligno, los mensajes de Dios de la mentira del Enemigo. Esto es tanto más seguro cuanto menos se asumen y gestionan la Palabra y el Espíritu individualmente, sino que se acogen dentro de la comunidad de los discípulos, que forman la santa comunión de la Iglesia.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Me sorprende, Señor, tu insistencia en la peligrosidad del mundo. Y me doy cuenta de que hoy también tenemos necesidad de esta puesta en guardia. Y yo, que me considero inmune siendo que estoy sumergido en él más de lo que creo, el primero de todos. El mundo de la libertad, de la igualdad de oportunidades para todos, para todas las opiniones, para todos los modos de vivir, tiene su fascinación, porque es, a fin de cuentas, el mundo de la tolerancia, de la laicidad, de la libertad de expresión para cada individuo. Sin embargo, es también el mundo de la indiferencia –cuando no del egoísmo–, de la transgresión –cuando no de la desvergüenza–, de las

«modas» que se ofrecen como normales, del escándalo que tiene derecho a circular libremente por cualquier medio de comunicación, del desprecio a la dignidad humana... Confíanos, Señor, a tu Palabra de verdad. Santifícanos en tu verdad. Asimílanos a tu mentalidad, a tu vida. Tú, que oraste también por nosotros, haznos santos en tu verdad.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

«*Padre, mientras yo estaba con ellos en el mundo, yo mismo guardaba, en tu nombre, a los que me diste*» (Jn 17,11). El Señor oró así la víspera de su Pasión. Sin embargo, cuando llegó el momento de la separación, se sintió casi aplastado por la ternura de su amor por ellos y ya no pudo disimular la intensidad y la dulzura de sus sentimientos, que hasta entonces había mantenido ocultos (cf. Sal 30,20). Por eso se dice en el evangelio: «*Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*» (Jn 13,1). Entonces fue como si derramara para sus amigos toda la riqueza de su amor, antes aún de derramar como agua todo su ser por sus enemigos. En ese momento, después de haberlos animado bastante tiempo, los confió al Padre: «*Padre* –dijo–, *yo deseo que todos estos que tú me has dado puedan estar conmigo donde esté yo, para que contemplen la gloria que me has dado*» (Jn 17,24).

¡Felices vosotros, que tenéis por abogado al mismo juez! Por vosotros ora aquel al que debemos adorar. Es natural que todo aquello por lo que ora Cristo se realice, porque su palabra es acto, y su voluntad, eficaz. ¡Qué gran seguridad para los fieles! ¡Cuánta confianza para los creyentes! [...] ¿Acaso no es fácil llevar el suave yugo de Cristo y sublime ser coronados en su Reino? ¿Qué puede ser más fácil que llevar las alas que llevan a aquel que las lleva? ¿Qué puede ser más sublime que volar por encima de los cielos donde ha ascendido Cristo? Algunos vuelan contemplando; tú, al menos, amando. Repróchate haber buscado en alguna ocasión lo que no es de arriba, sino de la tierra, y di al Señor con el profeta: «*¿A quién tengo yo en el cielo? Estando contigo no hallo gusto en la tierra*» (Sal 73,25). Con lo grande que es lo que me está reservado en el cielo, y, sin embargo, lo desprecio [...].

Cristo, tu tesoro, ha ascendido al cielo: que también ascienda tu corazón. En él está tu origen, ahí está tu suerte y tu herencia, de ahí esperas al Salvador (Guerrico de Igny, «Sermón sobre la Ascensión del Señor», ls; en *PL* 185, 153-155).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Padre santo, guarda en tu nombre a los que me has dado para que sean uno, como tú y yo somos uno*» (v. 11).

CAMINAR CON LA PALABRA

La extrema atención de amor manifestada por Jesús a sus discípulos y amigos en la apasionada oración dirigida al Padre antes de entregarse a la Pasión y a la muerte de cruz tiene que ver con su identidad de hombres llamados y consagrados. Se los ha dado el Padre y por el Padre han sido consagrados a su designio en virtud de la Palabra de la verdad que él mismo, el Hijo, les ha comunicado; el Padre debe guardarlos en la fe y en la fidelidad. La prueba de todo esto es la misma muerte redentora de Jesús: *«Por ellos me consagro yo mismo»*. ¡Qué crisma de consagración fue su amor, que llegó al derramamiento de sangre! El Espíritu Santo que envolvía a la víctima ofrecida en el Calvario debía envolver y transformar en ofrenda pura y santa a los apóstoles reunidos en el cenáculo y después diseminados por los caminos del mundo.

Jesús no pide al Padre que los discípulos, tras su muerte y resurrección, sean capaces de hacer esto o lo otro, sino que permanezcan unidos a él, que formen una unidad con él y con el mismo Padre, en el vínculo del amor que es el Espíritu Santo. Ser suyos: eso es lo mejor que pueden hacer para que el mundo crea y se salve. Ser suyos de tal modo que se vuelvan una permanente confesión de fe, una proclamación inequívoca de la verdad que nos hace libres frente a la seducción de los falsos valores con los que la escena del mundo siempre está deslumbrada. Por estar consagrados en la Palabra de la verdad, no tienen más remedio que dedicarse, reservarse, por completo al ministerio que anuncia la salvación. Decir con toda la vida que Jesucristo es el Señor, que murió y resucitó para la vida de todos los hombres: esto es lo *primero* y lo esencial de toda vocación cristiana, consagrada mediante el bautismo y todos los demás sacramentos confiados a la Iglesia. En quien se consagra en Cristo, el Consagrado por excelencia, se impone la vida en la verdadera libertad del Espíritu. Esta vida crece, aunque debe pasar por pruebas y tentaciones de todo tipo: *«No te pido que los saques del mundo,* rogó Jesús, *«sino que los guardes del Maligno»* (A. M. Canopi, *Nel mistero della gratuità,* Milán, *47-56, passim*).

Jesús ora por los futuros creyentes *(Jn 17,20-26)*

Jesús levantó los ojos y exclamó:

20 Pero no te ruego solamente por ellos, sino también por todos los que creerán en mí por medio de su palabra.

21 Te pido que todos sean uno. Padre, lo mismo que tú es-
tás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a noso-
tros; de este modo, el mundo podrá creer que tú me has en-
viado. 22 Yo les he dado a ellos la gloria que tú me diste a mí,
de tal manera que puedan ser uno, como lo somos nosotros.
23 Yo en ellos y tú en mí, para que lleguen a la unión perfecta
y el mundo pueda reconocer así que tú me has enviado y que
les amas a ellos como me amas a mí. 24 Padre, yo deseo que
todos estos que tú me has dado puedan estar conmigo donde
esté yo, para que contemplen la gloria que me has dado, porque
tú me amaste antes de la creación del mundo.

25 Padre justo, el mundo no te ha conocido; yo, en cambio,
te conozco y todos éstos han llegado a reconocer que tú me
has enviado. 26 Les he dado a conocer quién eres, y continua-
ré dándote a conocer, para que el amor con el que me amaste
pueda estar también en ellos y yo mismo esté en ellos.

LA PALABRA SE ILUMINA

Jesús ensancha el horizonte en la tercera parte de su «oración sacerdotal». Primero había invocado al Padre por él y por la comunidad de los discípulos. Ahora pide por todos los futuros creyentes (vv. 20-26). Tras una in-

vocación general (v. 20), siguen dos partes bien diferentes: la oración por la unidad (vv. 21-23) y la oración por la salvación (vv. 24-26).

Jesús, tras haber presentado a las personas por las que pretende orar, le pide al Padre el don de la unidad en la fe y en el amor por todos los creyentes. Esa unidad tiene su origen y recibe su calificación del «cómo» (en griego, *kathós*), es decir, de la copresencia del Padre y del Hijo, de la vida de unión profunda entre ellos, fundamento y modelo de la comunidad de los creyentes. En este ambiente vital, todos se vuelven «*uno*» en la medida en que acogen a Jesús y creen en su Palabra. Este elevado ideal, inspirado en la vida de unión entre las personas divinas, representa para la comunidad cristiana una llamada a la fe y es un signo de la misión de Jesús. La unidad entre Jesús y la comunidad cristiana está representada así como una inhabitación: «*Yo en ellos y tú en mí*» (v. 23a). En Cristo se realiza, pues, el perfeccionamiento hacia la unidad.

Jesús manifiesta a continuación los últimos deseos, en los que asocia a los discípulos los creyentes de todas las épocas de la historia y para los que pide el cumplimiento de la promesa hecha ya a los discípulos (v. 24).

En la petición final, Jesús vuelve a conectar con el tema de la gloria, retoma el de la misión de dar a conocer al Padre (vv. 25s) y concluye pidiendo que se admita a todos en la intimidad del misterio, donde existe desde siempre la comunión de vida en el amor entre el Padre y el Hijo. La unidad con el Padre, fuente del amor, tiene lugar, sin embargo, para el creyente por medio de la presencia interior del Espíritu de Jesús.

LA PALABRA ME ILUMINA

«*Que también ellos estén unidos a nosotros; de este modo, el mundo podrá creer que tú me has enviado*» (Jn 17,21):

la «prueba» de que Jesús no es un charlatán, ni uno de los muchos profetas, sino el enviado de Dios, ha sido confiada a la fraternidad entre los discípulos.

La fraternidad es el signo por excelencia del origen divino del cristianismo: esto es lo que dicen las palabras del Señor. Construir fraternidad es la apologética más segura y autorizada.

Las expresiones de la «oración sacerdotal» están claras y ligan la credibilidad del cristianismo a su capacidad de promover fraternidad. Allí donde unos hombres y unas mujeres se comprometen a vivir como hermanos y hermanas, allí donde se tiene como ideal sumo el de aceptarse como se es para tender a la unidad, allí donde no se intenta sobresalir, imponer, rivalizar, destacar, sino ayudarse, comprenderse, sostenerse, allí donde la benevolencia es un programa prioritario, se están poniendo las bases para una recuperación de la credibilidad del cristianismo. Y esto en la familia, en el lugar de trabajo, en la vida civil, en el interior de las comunidades religiosas y en otros ámbitos.

Estas palabras han sido y siguen siendo olvidadas con frecuencia, lo que implica la consecuencia de que incluso en la vida espiritual, en la misión, en la pastoral, se llevan adelante otros objetivos ideales. Lo que trae consigo la consecuencia, no poco grave, de la escasa incisividad de tales programas, diseños tal vez «demasiado humanos» a los que el Señor no les ha garantizado el valor de «signo probatorio» de su origen divino y del de su mensaje.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

¡Qué ciego estoy, Señor! Tus palabras discurren sobre mí como si yo fuera una piedra, sin dejar una señal permanente. Porque también yo estoy enredado en mil co-

sas y me he olvidado de sumergirme en la fraternidad, que tú, sin embargo, consideras el signo distintivo de los tuyos, de tu Iglesia. Lo reconozco, Señor: tu mensaje no emerge porque no surgen comunidades fraternas completamente realizadas. Señor, abre mis ojos para que pueda comprender el misterio de la fraternidad, la fuerza testimonial de la comunión, capaz de vencer las diferencias y las resistencias. Ayuda a nuestras comunidades a creer en el milagro de la fraternidad como punto de partida de toda misión.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Escuchad, hermanos, gozad con esta esperanza, a fin de poder mostraros pacientes también en medio de las tribulaciones de la vida terrena. Lo repito: escuchad y considerad hasta dónde llega nuestra esperanza. Jesucristo, el Hijo unigénito igual al Padre y coeterno con él, habla; habla el que ha vencido al mundo de aquellos por los que consiguió la victoria sobre el mundo. Escuchad, creed, esperad, desead cuanto él dice continuando la oración al Padre: «*Padre, yo deseo que todos estos que tú me has dado puedan estar conmigo donde esté yo*» (Jn 17,24a). Por consiguiente, nos ha prometido que estaremos en el cielo, porque es al cielo a donde ha elevado la naturaleza de siervo que asumió de la Virgen y la ha colocado a la derecha del Padre.

He aquí el sentido en el que se pueden entender las palabras del Señor: habla de sí mismo como si ya estuviera en el cielo, mientras que de nosotros dice que desea que estemos con él, pero no dice que ya lo estemos. Estar con él es el mayor de los beneficios. Los hombres también pueden ser infelices allí donde él está si tenemos presente que él está en todas partes y que, por consiguiente, allí donde se encuentren, allí está el Señor, pero sólo los bienaventurados están con él. En efecto, añade

inmediatamente después: «*Para que contemplen la gloria que me has dado, porque tú me amaste antes de la creación del mundo*» (17,24b). Dice «contemplen», no «crean». Ver es la recompensa de la fe. Esperamos pacientemente ser purificados del todo por la fe, de modo que, llevando una vida santa, se nos abra por fin un camino para llegar a habitar allí arriba (Agustín de Hipona, *In Johannis evangelium tractatus,* 111, 1-4 *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Que todos sean uno. Padre, lo mismo que tú estás en mí y yo en ti [...] de este modo, el mundo podrá creer que tú me has enviado*» (v. 21).

CAMINAR CON LA PALABRA

Juan, por su parte, es un águila: todo miedo a las alturas le resulta extraño. También él, como los otros primeros testigos, estuvo marcado por el amor manifestado en el acontecimiento Jesús. Recibió su impronta. El lenguaje del amor, manifestado en Jesús, desemboca en una historia de amor que no sólo vuelve a conectar al hombre con Dios, sino que se desarrolla ahora en Dios mismo y se desarrolla como divina en el hombre. Dios es amor, y el hombre que vive de este amor vive de Dios y está en Dios, como Dios está en él. Este misterio de amor encuentra su máxima expresión en los discursos de despedida que Jesús dirige a los discípulos.

En la oración expresa por última vez a través de la palabra el sentido de su propia vida y de su propia muerte. Aunque esta hora coincida con su muerte ignominiosa en un patíbulo para condenados públicos, Jesús habla de gloria y de glorificación. En esta oración de consagración todo es don, oblación, una manera incondicionada de entregarse. En la última estrofa de esta magna composición se puede ver que glorificación, unificación,

santificación y consagración no son, en definitiva, más que amor. La gloria comunicada hunde sus raíces en la gloria recibida divinamente. Ésta crea la unidad entre los hombres del mismo modo que constituye de manera absoluta la unidad en Dios. Ahora toda atención de amistad concreta, todo minúsculo servicio fraterno, hasta el humilde gesto de lavarse los pies los unos a los otros, todo confluye en este único proceso de glorificación. Nada es tan despreciable ni tan humillante que no pueda ser llevado y habitado por el resplandor luminoso de aquel que dio su propia vida por amor, *«hasta el extremo»*. En la vivencia de la experiencia cristiana podemos reconocer que esta fuerza que glorifica, santifica y crea la unidad es el Espíritu Santo en persona. Aunque su nombre no aparezca ni una sola vez en el capítulo 17, en realidad lo podemos encontrar detrás de cada una de las palabras de las que se sirve Jesús.

¡Amemos, pues! El amor glorifica. Glorifiquemos a nuestra vez: el Espíritu no se ocupa de otra cosa en nuestro interior más que de glorificar amando, y de amar engendrando un proceso de santificación y de gloria (B. Standaert, *Le tre collonne del mundo,* Magnano 1992, 173-179, *passim*).

Comienzo de la Pasión gloriosa: el arresto de Jesús en el huerto

(Jn 18,1-12)

1 Cuando terminó de hablar, Jesús y sus discípulos salieron
de allí. Atravesaron el torrente Cedrón y entraron en un huerto
que había cerca. 2 Este lugar era conocido por Judas, el traidor,
porque Jesús se reunía frecuentemente allí con sus discípulos.
3 Así que Judas, llevando consigo un destacamento de soldados romanos y los guardias puestos a su disposición por los jefes de los sacerdotes y los fariseos, se dirigió a aquel lugar. Iban armados y equipados con linternas y antorchas.

4 Jesús, que sabía perfectamente todo lo que le iba a ocurrir, salió a su encuentro y les preguntó:

–¿A quién buscáis?

5 Ellos contestaron:

–A Jesús de Nazaret.

Jesús les dijo:

–Yo soy.

Judas, el traidor, estaba allí con ellos. 6 En cuanto les dijo:
«Yo soy», comenzaron a retroceder y cayeron a tierra. 7 Jesús
les preguntó de nuevo:

–¿A quién buscáis?

Volvieron a contestarle:

–A Jesús de Nazaret.

8 Jesús les dijo:

–Ya os he dicho que soy yo. Por tanto, si me buscáis a mí, dejad que éstos se vayan.

9 (Así se cumplió lo que él mismo había dicho: «No he perdido a ninguno de los que me diste»).

[10] Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó e hirió con ella a un siervo del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. (Este siervo se llamaba Malco.) [11] Pero Jesús dijo a Pedro:

–Envaina de nuevo tu espada. ¿Es que no debo beber esta copa de amargura que el Padre me ha preparado?

[12] La tropa romana, con su comandante al frente, y la guardia judía arrestaron a Jesús y lo maniataron.

LA PALABRA SE ILUMINA

La captura de Jesús al otro lado del Cedrón constituye el comienzo de la Pasión en el cuarto evangelio, aunque el evangelista no habla del arresto más que al final de este fragmento (18,12). El texto ofrece muchas afinidades con los sinópticos (cf. Mc 14,26.32; Mt 26,30.36; Lc 22,39.47). Elementos comunes con la tradición sinóptica son el lugar, los personajes, el gesto violento de Pedro y la reprensión de Jesús. A estos elementos se añaden, sin embargo, diferencias y rasgos característicos a nivel literario y doctrinal, que permiten al evangelista Juan sacar a la luz aspectos simbólicos y teológicos completamente originales. Debemos señalar, en primer lugar, algunas omisiones significativas, como el relato de la agonía de Jesús, el beso de Judas y la huida de los discípulos en el momento del arresto. Y, en segundo lugar, dos disonancias con el texto de Marcos: según Juan, es Judas el que conduce a los enemigos de Jesús al huerto (Jn 18,3), mientras que, para Marcos, el traidor es uno de los muchos enviados por los jefes para arrestar a Jesús (Mc 14,43); en Juan se dice que *«iban armados y equipados con linternas y antorchas»* (Jn 18,3), a diferencia de Marcos, que habla sólo de *«espadas y palos»* (Mc 14,43).

El episodio narrado en los vv. 1-12, marco introductorio de todo el relato de la Pasión y de la muerte de Je-

sús (18,1–19,42), incluye dos partes: la ida de Jesús con los discípulos al huerto (vv. 1-3) y el encuentro de Jesús con sus enemigos, y el arresto (vv. 4-12). El primer fragmento presenta a los personajes divididos en dos grupos: por una parte, Jesús con sus discípulos; por otra, Judas y los adversarios de Jesús. Entre estos dos grupos, que se enfrentan y representan el mundo de Dios y el mundo de Satanás, existe una imposibilidad de conciliación y oposición. En la escena de la captura de Jesús se ponen de relieve, en cambio, dos episodios: el choque entre Jesús-luz y el poder de las tinieblas, personificado por los que quieren capturarle (vv. 4-9), y el gesto de Pedro, que corta la oreja derecha de Malco, siervo del sumo sacerdote, con una espada, a lo que siguen las palabras del Maestro comentando el hecho (vv. 10s). El cuarto evangelista, a diferencia de los sinópticos, difumina el aspecto dramático de la escena para poner de relieve el de la majestad soberana de Jesús ante los acontecimientos.

LA PALABRA ME ILUMINA

El texto joánico nos ofrece un mensaje teológico preciso: Jesús hace frente a los acontecimientos finales de su vida con una libertad soberana, sin huir de los que le buscan. La búsqueda del Maestro puede ser ambigua: es posible buscarle para estar con él o para eliminarle. Judas y los enemigos le buscan para capturarle, mientras que los discípulos le buscan para poseerle y, así, liberarse. En efecto, los jefes de los guardias y de los soldados buscan a Jesús temiendo que escape. Jesús, en cambio, se presenta y se ofrece a ellos de una manera libre y voluntaria. Manifiesta su identidad y se revela con la plena conciencia de su ser Dios con esta expresión: *«Yo soy»* (vv. 5.6.8), fórmula de revelación del nombre de Dios de tal potencia que los enemigos y las fuerzas del

mal retroceden y caen a tierra: aquel a quien buscan para matarle es, en realidad, el que guía la historia y el destino humano. Ahora bien, el Maestro, como el buen pastor, a pesar del trágico momento del arresto, se interesa por sus discípulos para salvarlos y defenderlos del mal: «*Ya os he dicho que soy yo. Por tanto, si me buscáis a mí, dejad que éstos se vayan*» (v. 8).

El gesto final de Pedro, que desenvaina la espada y hiere a Malco, el siervo del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha, muestra una ulterior incomprensión de la verdadera concepción mesiánica por parte de los discípulos. Pedro responde a la violencia con la violencia, y Jesús le frena diciendo que su poder es de otro tipo (v. 11). Sólo en este momento es cuando el destacamento de soldados y guardias arresta a Jesús para llevarle a casa de Anás (v. 12).

El episodio del arresto pone de relieve en Juan a un Jesús solo, aparentemente derrotado y capturado, aunque sólo por breve tiempo. En realidad, sus enemigos contribuirán a su camino de gloria hacia la cruz, que iluminará a los hombres reforzando su fe.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor, tus discípulos, a los que habías dedicado tantas energías durante los tres años de vida pública para hacerlos tuyos, tampoco fueron capaces de defenderte en el difícil momento de tu arresto y, una vez más, te hiciste adelante para intentar defenderlos, para que tus enemigos les dejaran libres. Para ti no era posible que encarcelaran a aquellos a quienes habías venido a liberar, y de este modo no perdiste a ninguno de los que el Padre te había confiado.

Señor, tampoco yo hubiera sido capaz de defenderte en aquel trágico momento y te habría abandonado, mientras tú continúas dando la vida voluntariamente por todos nosotros y por nuestra libertad. Haz, Señor, que pueda hacer siempre un buen uso de mi libertad, incluso en los momentos oscuros de la vida, con la certeza de que sólo en ti se encuentra la luz y mi realización.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

El mucho frío había estrechado el corazón del renegador, Pedro. Esto produce asombro, puesto que de él había salido el fuego. En efecto, hasta poco antes estaba lleno de celo, en cuanto que todavía estaba cerca del fuego, y, desenvainada la espada para no perder el fuego, había cortado la oreja del siervo. Ahora bien, no era aquél el tiempo de la poda, y por eso oyó que le decían: «*Envaina de nuevo tu espada*» (Jn 18,11). Era, en efecto, la hora y el imperio de las tinieblas (cf. Lc 22,53), y cualquiera de los discípulos hubiera sacado la espada, la de hierro o la de la palabra, o habría perecido a espada, y no habría ganado a nadie ni dado ningún fruto, o bien bajo el temor de la espada se habría visto obligado a negar, y de este modo habría perecido él mismo.

Tiembla y cae el mismo príncipe de los apóstoles, que también había sido fortificado con la palabra confortadora de su Señor y enviado a confortar a los otros. Por lo demás, ni él ni los otros apóstoles habían sido revestidos todavía de la fuerza de lo alto, y por eso no era cosa segura salir a trabajar en las viñas. Y, además, el mismo Señor callaba en la Pasión e, interrogado sobre muchas cosas, no respondía, sabiendo que el tiempo de la poda todavía no había llegado, ni su viña había dado algún fruto de la fe o buenas obras.

En efecto, era invierno en el corazón de los pérfidos y las lluvias invernales de malicia habían inundado la tierra. Sin embargo, una vez pasada aquella lluvia de in-

fidelidad, siguió una lluvia abundante enviada por Dios a su heredad, y empezaron a despuntar las flores hasta el punto de que en un solo día tres mil y otro cinco mil del pueblo abrazaron la fe: con tanta celeridad creció el número de las flores, es decir, la multitud de los creyentes (Bernardo de Claraval, «Sermón LVIII, 5-6.8», en *Sermones sobre el Cantar de los cantares,* Alpuerto, Madrid 2000).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Envaina de nuevo tu espada. ¿Es que no debo beber esta copa de amargura que el Padre me ha preparado?*» (v. 11).

CAMINAR CON LA PALABRA

Jesús se entrega por sí mismo a los que quieren matarle. Esta actitud es admirable, pero ¿es imitable? Los teóricos no han dejado de imaginar que Jesús hubiera buscado el sufrimiento y la muerte para salvar a la humanidad de su culpa originaria; el sufrimiento y la muerte serían medios meritorios, encaminados a salvarnos. Algunos han reaccionado de manera vigorosa contra esas deducciones insensatas. Entonces se recurre al conocimiento que tiene Jesús de las Escrituras: ¡todo estaba escrito! ¿Sería, entonces, Jesús víctima de un destino inexorable? Se han buscado muchas escapatorias. Jesús habría sabido que resucitaría, y por eso la muerte no era más que un juego, un juego terrible a buen seguro, pero que al final sería recompensado. Sin embargo, el historiador busca en vano «motivaciones» para el comportamiento de Jesús. Ahora bien, ¿hace falta un motivo para ir en contra del instinto del hombre? Yo no veo otro que el deseo de permanecer fiel, hasta el final, a la voz interior de Dios y a la llamada apremiante de los pobres. Jesús responde a la violencia de los hombres con la serena afirmación de un mensaje de amor sin desavenencias: de ahí que, con su lenguaje imaginativo, grite: «*¿Es que no debo beber el cáliz que el Padre me ha dado?*».

Éste es el secreto de un comportamiento que parece extraño. No se trata de no violencia, sino de la certeza de una misión confiada por el Padre, de una llamada no a morir, sino a vivir pasando a través de la muerte; no se trata de la fatalidad de un destino padecido, sino de la amorosa fidelidad que se alimenta en el silencio de la oración. ¿Es posible que estas consideraciones satisfagan mis deseos de lógica? No lo creo, pero todo esto me hace acceder a una región completamente distinta, a la región del amor, que, debería saberlo por experiencia, no depende de la razón humana (X. Léon-Dufour, *Lettura dell'Evangelo secondo Giovanni, caps. 18-21,* Cinisello B. 1998, 82-85, *passim;* edición española: *Lectura del evangelio de Juan,* Sígueme, Salamanca 1989-1998).

El interrogatorio de Jesús ante Anás
(Jn 18,13-27)

13 Acto seguido, le condujeron [a Jesús] a casa de Anás, el
cual era suegro de Caifás, que era sumo sacerdote aquel año.
14 Caifás era el que había aconsejado a los judíos: «Conviene
que muera un solo hombre por el pueblo».

15 Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este dis-
cípulo, que era conocido del sumo sacerdote, entró, al mis-
mo tiempo que Jesús, en el patio interior de la casa del sumo
sacerdote. 16 Pedro, en cambio, tuvo que quedarse fuera, en la
puerta, hasta que el otro discípulo, el conocido del sumo sacer-
dote, habló con la portera y consiguió que le dejasen entrar.
17 Pero la portera preguntó a Pedro:

–¿No eres tú uno de los discípulos de ese hombre?

Pedro le contestó:

–No, no lo soy.

18 Como hacía frío, los criados y la guardia habían prepara-
do una hoguera y estaban en torno a ella calentándose. Pedro
estaba también con ellos calentándose.

19 El sumo sacerdote interrogó a Jesús sobre sus discípulos
y sobre la enseñanza que impartía. 20 Jesús declaró:

–Yo he hablado siempre en público. He enseñado en las si-
nagogas y en el templo, donde se reúnen todos los judíos. No
he enseñado nada clandestinamente. 21 ¿Por qué me preguntas
a mí? Pregunta a mis oyentes, y ellos podrán informarte.

22 Al oír esta respuesta, uno de los guardias que estaba junto
a él le dio una bofetada, diciéndole:

–¿Cómo te atreves a contestar así al sumo sacerdote?

23 Jesús le replicó:

–Si he hablado mal, demuéstrame en qué, pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?

24 Entonces Anás lo envió, atado, a Caifás, el sumo sacerdote.

25 Mientras Simón Pedro estaba en torno a la hoguera, calentándose, uno le preguntó:

–¿No eres tú uno de los discípulos de ese hombre?

Pedro lo negó:

–No, no lo soy.

26 Uno de los siervos del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja, le replicó:

–¿Cómo que no? Yo mismo te vi en el huerto con él.

27 Pedro volvió a negarlo. Y en aquel momento cantó el gallo.

LA PALABRA SE ILUMINA

En esta perícopa se presenta el proceso de Jesús ante los jefes de los judíos, además de la triple negación de Pedro. Después de los versículos introductorios, que describen el traslado de Jesús a la casa de Anás, se refiere la primera negación de Simón Pedro. Juan, más allá del relato, está interesado en mostrar una trama con un fondo teológico bastante significativo y dotado de fuertes contrastes: el miedo de Pedro y el coraje de Jesús; el discípulo, que confía en sí mismo, y el Maestro, que confía en el Padre; Pedro, que niega a Jesús, y Jesús, que confiesa públicamente su identidad.

Los hechos narrados por el evangelista son conocidos. Simón Pedro y el discípulo anónimo, que, con toda probabilidad, es Juan, siguen a Jesús; Juan conoce personalmente al sumo sacerdote y, por consiguiente, entra sin problemas en la casa de Anás (v. 15). Pedro, por el contrario, se quedó fuera, en la puerta, porque le faltaba el valor de aventurarse en una situación crítica. El otro discípulo se dio cuenta del hecho, volvió atrás y, después de haber hablado con la portera, hizo entrar a Pedro

(v. 16). Y fue en este momento cuando la mujer puesta para custodiar la casa, al notar la incertidumbre en el rostro de Pedro, dijo con aire de sospecha: «*¿No eres tú uno de los discípulos de ese hombre? Pedro le contestó: No, no lo soy*» (v. 17). Pedro, interpelado, niega sin reflexionar.

Tras la escena de la primera negación de Pedro, interrogado sobre su Maestro, el evangelista presenta a Jesús ante Anás, que habla de sus discípulos y de su doctrina. Las palabras del valiente testimonio de Jesús no se refieren a su dignidad mesiánica, sino que constituyen una declaración perspicaz de la misión que el profeta de Nazaret desarrolló públicamente y sin reticencias entre los judíos (cf. Mc 14,49; Mt 26,55). Jesús carga sobre él toda la responsabilidad en lo concerniente a su doctrina y a sus acciones.

La respuesta franca y animosa del Maestro respecto a su enseñanza provoca la reacción inmotivada de uno de los guardias, que «*le dio una bofetada*» (v. 22). La reacción de Jesús frente a la violencia es sosegada: pide que se pruebe el mal del que le consideran culpable (v. 23). Sin embargo, ahora el interrogatorio da la vuelta: ya no son los otros quienes preguntan, sino que es Jesús quien pregunta cómo han acogido ellos su palabra. Al término de este testimonio de Jesús, el lector se ve conducido a considerar aún la segunda y la tercera negaciones de Pedro. Tras el canto del gallo, el apóstol Pedro desaparece del relato de la Pasión.

LA PALABRA ME ILUMINA

El conflicto entre el Cristo-luz y las fuerzas tenebrosas de los enemigos empuja hacia delante la narración: Jesús es objeto de rechazo por la incomprensión de sus adversarios y por el miedo de Simón Pedro, mientras que el Maestro, por su parte, se muestra como un testi-

go sereno y valiente del Padre. Jesús fue llevado al palacio de Anás atado como un malhechor cualquiera: el que se había presentado libremente y sin oponer resistencia a sus enemigos, es ahora arrastrado fuera con fuerza y bajo una escolta segura.

Por lo que a Pedro se refiere, en cambio, es la portera la que pone sobre el tapete su débil calidad de discípulo del Señor: una mentira que denota su desorientación y un conflicto interior no resuelto sobre quién es verdaderamente Jesús. El comentario del obispo de Hipona a la primera negación de Pedro sigue siendo un aviso para todo creyente: «He aquí que la columna firmísima se tambalea al primer golpe de viento. ¿Dónde han acabado aquellas audaces promesas y la seguridad en sí mismo [...]. En el apóstol Pedro, que ahora empieza a negar a Cristo, debemos observar que niega a Cristo no sólo el que dice que él no es Cristo, sino también el que, siendo cristiano, dice que no lo es».

Juan, sin embargo, se considera obligado a presentar un cara a cara entre el Nazareno y uno de los jefes del mundo religioso judío: se trata de dos mentalidades contrapuestas; más aún, del choque entre dos mundos, el de la luz y el de las tinieblas. Jesús no ha hablado nunca de manera clandestina, proporcionando enseñanzas reservadas a grupos de iniciados; por el contrario, su hablar ha sido siempre claro y a la luz del sol; ha comunicado con fidelidad la Palabra del Padre (cf. 8,25.26.38). En consecuencia, es más adecuado interrogar a sus oyentes.

El gesto de la bofetada a Jesús como reacción frente a su discurso debemos considerarlo como el violento rechazo opuesto a Cristo por los hombres. Ante la franqueza de Jesús y ante su apelación a los oyentes, que es signo de una vida coherente y sin embrollos humanos, los jefes se sienten descubiertos en sus escondidas incoherencias.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor, si Pedro te negó tres veces, yo todavía muchas más; si Pedro se mostró incoherente en el seguimiento de tus enseñanzas y en dar público testimonio de ellas, yo mucho más. Te pido perdón y también yo imploro tu misericordia, esperando siempre tu mirada de ternura y perdón.

Si hubiera debido llorar como Pedro mis muchos pecados, no tendría bastante con todas mis lágrimas para llorar mis fallos y mis incoherencias. Sin embargo, nosotros sabemos que tú, como hiciste con Pedro y con todos los apóstoles, que te abandonaron y te traicionaron, nos esperas siempre al alba del día de la resurrección, a fin de renovar tu amor y tu fidelidad a la Iglesia de los creyentes.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Todos los discípulos tuvieron miedo durante la Pasión del Salvador, casi todos le abandonaron cuando le traicionaron. Sucedió como está escrito: *«Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño»* (Zac 13,7). Pedro, aunque había sido avisado previamente, no consiguió conservar la fe. La Pasión del Salvador provocó, en efecto, tanto miedo en los discípulos que una criada bastó para cancelar lo que Cristo había predicho al apóstol, y se mostró más fuerte la portera en la inducción a la perfidia que el apóstol en prestar atención. No es una buena portera la que hace entrar a Pedro en la casa del sacerdote para hacerle salir de la fe en el Salvador.

El engaño en el que cayó Pedro se asemeja al que hizo caer a Adán, porque también existe semejanza en el mandamiento. Ambos recibieron un mandamiento

del Señor: Adán, el de no tocar; el apóstol, el de no negar. Al primero se le dijo que no pretendiera el árbol de la ciencia; al otro, que no olvidara la cruz de la sabiduría. Ambos pecan del mismo modo al transgredir el precepto: el uno gusta lo que no debe; el otro dice lo que no conviene. Y, sin embargo, es más fácil corregir la negación de Pedro que la prevaricación de Adán. En efecto, llega antes la ayuda al apóstol que al primer hombre: Dios busca a éste por la tarde, mientras va errante; el Señor reprende al otro con el canto del gallo, mientras le está negando. Aquél, como persona pillada con las manos en la masa, se apresura a buscar excusas; éste, como hombre que ha sido corregido, prorrumpe en lágrimas. El Señor miró a Pedro y, abriéndole los ojos, corrigió su error. De ahí que Pedro extraiga un beneficio de las tentaciones, se alegre con el llanto, crezca con los peligros. Se volvió, en efecto, más fiel después de haber llorado por haber perdido la fe, y por eso encontró una gracia mayor que la que había perdido. El apóstol no nos causó ningún daño negando, mientras que nos ayudó muchísimo corrigiéndose (Máximo de Turín, *Sermo* 75, 2s; 76, 77,1s; edición italiana, *Sermoni liturgici,* Milán 1999, 198-204, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Si he hablado mal, demuéstrame en qué, pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?» (v. 23).

CAMINAR CON LA PALABRA

El proceso contra Cristo se desarrolla en el palacio del sumo sacerdote. En el patio del mismo palacio se desarrolla la escena contra su principal discípulo. Pedro niega que haya estado con

Jesús. Pedro ha vivido durante algunos años con el Señor, ha aprendido muchas frases de él, pero, en realidad, no sabe lo que significa estar con Cristo. Pensaba en la relación con Cristo, pero no la vivía. Pedro quería amar a Cristo sin ser alcanzado por el amor. ¿Con qué podía amar a Cristo si no tenía el amor? ¿Acaso lo había pensado? Quiere creer en Dios, quiere incluso amar a Dios, dar la vida por él, sin reconocerlo verdaderamente, y ante una criada se desmorona toda su certeza. Pedro niega a Cristo, niega a la Iglesia, niega a los discípulos. Nada se sostiene, porque nada es verdad. No es verdad porque no es el amor. Y no puede ser el amor si se ha apoyado en él mismo y se busca a sí mismo.

Pedro se niega también, a continuación, a sí mismo. Sólo en el momento en el que Pedro no tiene en absoluto ninguna certeza propia, cuando ya no tiene nada que pueda servir para su autoafirmación, puede descubrir el amor. El descubrimiento del amor es, efectivamente, el descubrimiento de ser amados, y ser amados significa no merecer el amor, porque, si se tratara de mérito, quedaría todavía un espacio en el que el yo se podría realizar fuera del amor.

Descubrimos que estamos en el amor cuando ya no queda en nosotros ningún movimiento de autoafirmación ni ningún ámbito en el que pueda afirmarse el yo por sí solo, no junto con los otros, sin tener en cuenta a los otros, sin ceder el puesto a los otros. Llegamos al amor cuando no queda en nosotros ningún espacio que no tenga necesidad del amor. Incluso cuando pensamos que nos encontramos en condiciones de amar y de hacer el bien, caminamos hacia la traición y la negación. Sólo cuando se ha desenmascarado todo espacio en el que el pecado de Adán ha hinchado el yo para que pueda realizarse también como bien y hasta como virtud, se encuentra el amor.

Cuando Pedro ya no consigue ni siquiera decir ante los criados quién es, se encuentra a sí mismo en la mirada de aquel a quien ha negado. Pedro vive su bautismo en el patio del sumo sacerdote. En los ojos del Cristo misericordioso se descubre a sí mismo. Pedro había intentado salvar a Cristo, pero ni siquiera se salvó a sí mismo, porque, efectivamente, intentaba salvar a Cristo salvándose a sí mismo. Afirmaba a Cristo afirmándose a sí mismo, su propia destreza, su propia corrección. Sin embargo,

Pedro comprende en la mirada de Cristo que lo que se quiere salvar no se debe apretar en un puño, no se debe defender con la espada, como él había intentado, sino que se debe entregar al amor. Y al tercer día resucitará (M. I, Rupnik, en *Il volto dei volti: Cristo,* Bérgamo 2004, 324, *passim*).

El proceso de Jesús ante Pilato
(Jn 18,28-40)

28 Después condujeron a Jesús desde la casa de Caifás hasta el palacio del gobernador. Era muy temprano. Los judíos no entraron en el palacio para no contraer impureza legal y poder celebrar así la cena de Pascua.
29 Pilato, por su parte, salió a donde estaban ellos y les preguntó:

–¿De qué acusáis a este hombre?

30 Ellos le contestaron:

–Si no fuese un criminal, no te lo habríamos entregado.

31 Pilato les dijo:

–Lleváoslo y juzgadlo según vuestra ley.

Los judíos replicaron:

–A nosotros no nos está permitido condenar a muerte a nadie.

32 Así se cumplió la palabra de Jesús, que había anunciado de qué forma iba a morir.

33 Pilato volvió a entrar en su palacio, llamó a Jesús y le interrogó:

–¿Eres tú el rey de los judíos?

34 Jesús le contestó:

–¿Dices eso por ti mismo o te la han dicho otros de mí?

35 Pilato replicó:

–¿Acaso soy yo judío? Son los de tu propia nación y los jefes de los sacerdotes los que te han entregado a mí. ¿Qué es lo que has hecho?

36 Jesús le explicó:

–Mi Reino no es de este mundo. Si lo fuera, mis seguidores hubieran luchado para impedir que yo cayese en manos de los judíos. Pero no, mi Reino no es de este mundo.

37 Pilato insistió:

–Entonces, ¿eres rey?

Jesús le respondió:

–Soy rey, como tú dices. Y mi misión consiste en dar testimonio de la verdad. Precisamente para eso nací y para eso vine al mundo. Todo el que pertenece a la verdad escucha mi voz.

38 Pilato le preguntó:

–¿Y qué es la verdad?

Después de decir esto, Pilato salió de nuevo y dijo a los judíos:

–Yo no encuentro delito alguno en este hombre. 39 Pero como tenéis la costumbre de que os ponga en libertad un prisionero durante la fiesta de la Pascua, ¿queréis que deje en libertad al rey de los judíos?

40 Y en medio de un gran clamor, gritaban:

–¡No, a ése no! ¡Deja en libertad a Barrabás! (El tal Barrabás era un bandido.)

LA PALABRA SE ILUMINA

¿Qué pasó después de que Anás hubiera enviado al Nazareno a Caifás? El evangelista no refiere nada sobre el diálogo con el sumo sacerdote en funciones ni sobre la comparecencia ante el sanedrín. Nos habla inmediatamente del proceso romano ante el gobernador Poncio Pilato, porque en él se revelará la realeza de Jesús. El proceso romano presenta varios elementos: el ambiente del pretorio del gobernador romano; el amanecer del gran día de la preparación para la Pascua; el diálogo entre Pilato y la muchedumbre con la referencia del evangelista a la profecía de Jesús: «*Así se cumplió la palabra de Jesús, que había anunciado de qué forma iba a morir*» (v. 32), y, por último, el diálogo entre Pilato y Jesús. Jesús habla a Pilato, con calma y persuasión, de la verdad y del sentido de su realeza.

Pilato no logra seguir hasta el fondo a su interlocutor. No comprende nada ni de la realeza, ni de la verdad, pero, sobre todo, no comprende que tiene ante él a quien es la Verdad en persona. Y Pilato concluye: «*¿Y qué es la verdad?*» (v. 38a). Esta pregunta sobre la verdad supone, en presencia de la Verdad, sustraerse a la Verdad. Sin embargo, una cosa le queda clara: en medio de todo el turbio asunto que tiene entre manos, el Nazareno es inocente. Con la declaración del procurador romano, el evangelista desea subrayar a sus lectores que el destino de Jesús no es obra únicamente del poder oficial, que le ha reconocido inocente, sino también de los jefes del pueblo.

Pilato intenta eludir a los judíos, que quieren ver crucificado a Jesús, con una escapatoria: su derecho a liberar a un preso con ocasión de las festividades importantes (v. 39). La muchedumbre, instigada por sus jefes, grita en medio del tumulto: «*¡No, a ése no! ¡Deja en libertad a Barrabás!*». El agraciado fue así Barrabás y no Jesús. Y el evangelista, con amargura, se limita a hacer un solo comentario: «*El tal Barrabás era un bandido*» (v. 40).

LA PALABRA ME ILUMINA

Jesús es, en el pretorio, una pobre víctima atada y a merced de los otros (v. 24), sobre el que discuten sin ni siquiera escucharle; domina el drama desde lo alto de su palabra profética. Este relato es, para Juan, el «gran proceso» entre Jesús y los judíos, un proceso en el que las partes están invertidas: el acusado, Jesús, es, interiormente, el más fuerte y sus acusadores son los débiles de verdad, que se alían contra la verdad. Después de lanzar a Jesús al pretorio entre los paganos, Pilato pre-

gunta de qué se le acusa (v. 29). Los jefes de los judíos que le acusan y Pilato están frente a frente. Les separa un abismo de desprecio recíproco; sin embargo, bastará la afirmación desarmada de la realeza de Jesús, Hijo de Dios, para que aparezcan los vínculos secretos que les unen. Pilato huele en el aire la acusación genérica y deja a los jefes la responsabilidad de juzgar a Jesús. La condena a muerte sólo le corresponde al magistrado romano. Llegados a este punto, los acusadores se ven obligados a confesar su designio secreto de eliminar a Jesús.

Pilato ha comprendido en el diálogo con Jesús que el Nazareno se considera rey: sí, rey, pero de «*todo el que pertenece a la verdad*», o sea, de todo hombre que escucha su Palabra, la interioriza y la vive. Él es el testigo de un Dios-amor; es el revelador de la verdad que conduce al Padre; es la manifestación de la presencia salvífica de Dios, por el que «la verdad del que habla –dice Apolinar de Laodicea– es la manifestación de sí mismo a los hombres y la salvación que les da por medio del conocimiento que ellos tienen en él». Jesús ha venido al mundo para dar testimonio de la verdad. Sólo los que tienen el espíritu abierto para acoger las palabras de verdad son discípulos de Jesús. El hombre, obligado a optar entre el Mesías y un bandido, entre la Verdad y la no verdad, prefiere al segundo.

El proceso se cierra con la liberación de un revolucionario violento y con el juicio condenatorio de un hombre pacífico. El juicio contra Jesús es, en realidad, un veredicto contra sus acusadores. Aquel que es la Verdad no tolera ni falsedades ni dobleces y obliga a optar por él o contra él. Jesús vino al mundo para introducir a los hombres en su Reino y poner fin así al poder del hombre sobre el hombre. Ahora bien, la opción que los hombres realizan revela que frecuentemente éstos prefieren la mentira a la verdad, rechazando así hacer coincidir el Reino con la verdad.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

¡Qué extraños e incoherentes somos, Señor, los seres humanos! Puestos ante la elección entre la verdad y la mentira, nos ponemos de parte de la falsedad y del error, a menudo conscientes de encontrarnos en el bando equivocado. Será nuestra frágil naturaleza o la tentación del Maligno lo que nos hace elegir el peor camino... Sin embargo, tú nos has dado un corazón y una mente capaces de comprender cuál es la parte justa y verdadera donde podemos encontrar nuestra felicidad y la plenitud de vida. Señor, concédenos el Espíritu de Sabiduría a fin de que no sucumbamos ante las lisonjas del mundo. Haz que con coraje y fidelidad permanezcamos anclados en tu verdad y en tu Palabra, nuestra única realización dotada de sentido y desde la que podemos actuar en la historia con rectitud y responsabilidad.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

El Evangelio no es sólo enseñanza de la fe, sino que también es maestro de comportamiento y espejo de un estilo de vida justo. Me parece que el Señor Jesús asumió en el Evangelio sentimientos y tareas de muchos, para enseñarnos el modo de comportarnos en estas tareas. Asumió el papel de defensor, y, efectivamente, le encontramos como defensor ante el Padre. Pasaba la noche en oración por nosotros, para educarnos sobre el modo de implorar perdón por nuestros pecados. También hizo suya la sensibilidad del imputado: compareció como imputado frente al juez y –Señor de todo– no desdeñó rebajarse al nivel de un gobernador (Jn 18,28). Interrogado, callaba, mostrando que la defensa del inocente no está confiada al sonido de las palabras ni a las declaraciones de una arenga defensiva, sino a la inte-

gridad de la conciencia, y que el objetivo que debemos alcanzar no es la salvación del cuerpo, sino la pureza del alma. Por último, golpeado, no reaccionó ni con los insultos ni con la restitución de los golpes y –Señor del cielo y de la tierra– depuso todo deseo de venganza.

Escuchad ahora cómo habla el juez de la injusticia: «*Tengo poder para soltarte y poder para crucificarte*» (19,10). Tú te arrogas, hombre, un poder que no tienes, mientras que Dios, que tiene poder sobre todo, afirma que no lo tiene. Tus palabras, Pilato, son las que te comprometen; tu sentencia es la que te condena. Y de este modo entregaste al Señor a la crucifixión sobre la base del poder, no sobre la base de la justicia: sobre la base del poder absolviste a un bandido y asesinaste al autor de la vida. Justo, pues, es el juicio del Hijo de Dios, porque se basa en la voluntad de Dios, no en la instintividad humana. Dios está, en efecto, lleno de misericordia, y su misericordia convive con el juicio, y el juicio con la misericordia. Sopesa la misericordia, sopesa el castigo: en ambos casos, el peso es preciso y la medida es exacta (Ambrosio de Milán, *Commento al Salmo 118*, XX, 35-40, Milán-Roma 1987, II, 351-355, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Todo el que pertenece a la verdad escucha mi voz*» (v. 37).

CAMINAR CON LA PALABRA

«No encuentro en él motivo alguno», dice Pilato al sanedrín. ¿Proclamación de inocencia del acusado? Más bien, voluntad, por parte de Pilato, de no ser un pelele del sanedrín. Era costumbre que el procurador concediera por Pascua la amnistía a un prisionero designado por la muchedumbre de los peregrinos. Y Pilato prepara con ese motivo una escenificación: presentará a la muchedumbre, por una parte, a un revoltoso que ha cometido un homicidio, un zelota sin duda, uno de esos que sólo traen desgracias al pueblo, y, por otra, a este Jesús, «rey a la deriva», que siempre ha hecho el bien por donde ha pasado. La muchedumbre escogerá a Jesús, y el sanedrín deberá plegarse ante el veredicto y no podrá decir que Pilato no ha respetado las leyes y la amistad del César... Pero conocemos la decisión de la muchedumbre, una masa fácilmente manipulable. Jesús está verdaderamente solo: abandonado por los discípulos, condenado por los jefes religiosos, rechazado por el pueblo. Un auténtico paria.

Lo que se puede decir es que no fue verdaderamente un proceso: Jesús fue entregado a Pilato sin que hubiera tenido lugar un verdadero juicio por parte del sanedrín, y fue condenado por eliminación, si así puede decirse: si habían elegido a Barrabás para la amnistía, ¿qué otra cosa podía hacer Pilato que remitir a Jesús al juicio del sanedrín y enviarlo así a la muerte? No tenía otra solución, aunque también sabemos que no le molestaba excesivamente dictar «ejecuciones sin sentencia preliminar».

Procesos-fantasma miserables. Cada uno de ellos –el sanedrín, Pilato– hace su propio juego y defiende sus propios intereses de una manera brutal, intentando salvar las apariencias y hacer todo según las reglas. Cada uno carga al otro con la responsabilidad de la muerte de Jesús: sobre todo, nadie quiere ensuciarse las manos. Es un cruce de argumentaciones políticas y religiosas. En el fondo, nadie perdona a Jesús ser plenamente lo que es: alguien desarmado. El pobre (J. F. Six, *Jésus*, París 1972, 201-204, *passim;* edición española: *Jesús*, Círculo de Lectores, Barcelona [2]1974).

Jesús y su realeza
(Jn 19,1-16)

1 Entonces Pilato ordenó que lo azotaran. 2 Los soldados pre-
pararon una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza.
También le echaron sobre los hombros un manto de púrpura.
3 Y se acercaban a él diciendo:

–¡Salve, rey de los judíos!

Y le daban bofetadas.

4 Pilato salió, una vez más, y les dijo:

–Escuchad; os lo voy a sacar de nuevo, para que quede bien claro que yo no encuentro delito alguno en este hombre.

5 Salió, pues, Jesús fuera. Llevaba sobre la cabeza la corona de espinas y sobre los hombros el manto de púrpura. Pilato se lo presentó con estas palabras:

–¡Éste es el hombre!

6 Los jefes de los sacerdotes y los guardias, al verlo, comenzaron a gritar:

–¡Crucifícalo, crucifícalo!

Pilato insistió:

–Tomadlo vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro delito alguno en él.

7 Los judíos replicaron:

–Nosotros tenemos una ley y, según ella, debe morir, porque se ha presentado a sí mismo como Hijo de Dios.

8 Al oír esto, Pilato sintió más miedo todavía. 9 Entró de
nuevo en el palacio y preguntó a Jesús:

–¿De dónde eres tú?

Pero Jesús no le contestó. 10 Pilato le dijo:

–¿Te niegas a contestarme? ¿Es que no sabes que yo tengo autoridad tanto para dejarte en libertad como para ordenar que te crucifiquen?

11 Jesús le respondió:

–No tendrías autoridad alguna sobre mí si no te la hubieran dado de lo alto; por eso, el que me entregó a ti tiene más culpa que tú.

12 Desde ese momento Pilato intentaba ponerlo en libertad. Pero los judíos le gritaban:

–Si pones en libertad a este hombre, no eres amigo del césar. Porque cualquiera que tenga la pretensión de ser rey es enemigo del césar.

13 Pilato, al oír esto, mandó sacar fuera a Jesús y lo sentó en el tribunal, en el lugar conocido con el nombre de Enlosado (que en la lengua de los judíos se llama *Gábbata*). 14 Era la víspera de la fiesta de la Pascua, hacia el mediodía. Pilato dijo a los judíos:

–¡He aquí a vuestro rey!

15 Ellos se enfurecieron y comenzaron a gritar:

–¡Quítalo de en medio! ¡Crucifícalo!

Pilato insistió:

–¿Cómo voy a crucificar a vuestro rey?

Pero los jefes de los sacerdotes replicaron:

–Nuestro único rey es el césar.

16 Así que, por fin, Pilato se lo entregó para que lo crucificaran.

Se hicieron, pues, cargo de Jesús.

LA PALABRA SE ILUMINA

Esta breve escena ocupa el centro de la totalidad del relato del proceso romano. El evangelista resume en ella los dos temas principales ya expuestos precedentemente: la realeza mesiánica de Jesús y su rechazo por parte del mundo. Pilato liberó a Barrabás a petición de la muchedumbre y sometió a Jesús al suplicio de la flagelación. Causa impresión la ambigua lógica del romano: por una parte, reconoce la inocencia del Nazareno y, por otra, lo hace flagelar con la esperanza de que este castigo pueda aplacar los ánimos de la muchedumbre encarnizada. Los detalles de la escena de escarnio, en la que *«los soldados prepararon una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza. También le echaron sobre los hombros un manto de púrpura... Y le daban bofetadas»* (vv. 2s), son bastante elocuentes. Juan no habla de los golpes en la cabeza, de los salivazos, de las genuflexiones, que sí citan los sinópticos, ni, en general, de las burlas que los soldados romanos hicieron a Jesús. Menciona únicamente lo que tiene relación con el tema de la realeza, como la corona de espinas, el manto de púrpura y el saludo dirigido al *«rey de los judíos»*.

La escena tenemos que leerla, naturalmente, a dos niveles: a nivel histórico Juan ve la burla de los soldados que coronan a Jesús, rey de burla, como un emperador romano; a nivel espiritual, en cambio, lee en la totalidad de la escena la proclamación de la realeza de Cristo por parte de los paganos: Jesús se revela realmente como rey a los soldados, que, aunque piensan en envilecerle, en realidad están cumpliendo el designio de la salvación y anticipan las palabras proféticas que Pilato proclamará dentro de poco: *«¡He aquí a vuestro rey!»* (v. 14). Frente a un cuadro tan ignominioso por parte del hombre, que se burla de su Señor, no queda más remedio que acoger el amor de Dios por nosotros, que se manifiesta siguiendo una lógica impensable y divina.

LA PALABRA ME ILUMINA

Pilato piensa ahora que ha dado a cada uno lo suyo: no ha emitido ninguna sentencia de condena, pero ha infligido un castigo al Nazareno; al mismo tiempo, cree que ha satisfecho a la muchedumbre presentando al imputado en un estado que infunde piedad. La exclama-

ción «*¡éste es el hombre!*» tiene un significado claro para él: es la expresión de la conmiseración por Jesús, a quien considera un pobre hombre incomprendido. Sin embargo, para el evangelista, el significado es más profundo. Pilato, sin saberlo, presenta a Jesús como el único Justo inocente, que tiene el poder de juzgar la historia como «*Hijo del hombre*». Jesús recuerda a Pilato, a continuación, el poder que Dios le ha conferido en este momento particular de la historia de la salvación. Las fuerzas del mal, personificadas en Satanás, actúan en el mundo de los hombres y todos los que tienen responsabilidades más o menos graves en este proceso, como Judas el traidor y los jefes de los judíos, tienen una culpa mayor que la de Pilato, que se ha visto envuelto en todo el asunto. Sin embargo, el pecado permanece: consiste en la falta de fe y en el cegamiento del hombre ante la verdad y la luz de Cristo.

Si Pilato entroniza a Jesús como rey, en la vertiente opuesta de la muchedumbre existe un rechazo cada vez más decidido e iracundo hasta llegar al «*¡crucifícalo, crucifícalo!*» (v. 15). Ante esta escena, todo hombre está encausado, porque puede preferirse a sí mismo y rechazar a Dios. De este modo, Juan no tiene necesidad de hacer pronunciar a Pilato la condena de Jesús. Se limita a comentar que «*Pilato se lo entregó para que lo crucificaran*» (v. 16a). La salvación del hombre está de nuevo en sus manos.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Sí, Señor, la salvación también ha sido puesta en nuestras manos, cuando ante tu fidelidad y tu amor, que siempre nos precede, esperas nuestra libre adhesión a tu proyecto de salvación para todos nosotros. Sin embargo, también nosotros hemos gritado muchas veces nuestro «*crucifícalo*» sobre cada gesto de amor y de misericordia con el que tú nos invitas a acoger a los hermanos necesitados y marginados que encontramos en nuestro camino. Con frecuencia nos hemos preferido a nosotros mismos y te hemos rechazado a ti, que eres el Dios-amor. Señor, haz que comprendamos bien, a la luz de tu Palabra, que nuestro camino de salvación está de nuevo en nuestras libres opciones cotidianas: ahí, en la cotidianidad, nos precedes y nos iluminas haciendo brillar el camino de la verdadera vida, que descansa sólo en ti. Tú eres nuestro único rey.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

¿Por qué quiso nacer aquel que es la fuente de todo ser, el Creador de la naturaleza, sino porque quiso morir? ¿Por qué el Señor de todas las criaturas tomó la condición de siervo, sino para padecer todas las humillaciones de los siervos? El Juez quiso ser juzgado, el Salvador ser condenado, cuando se entregó en las manos de los impíos para ser ajusticiado por ellos. No bastaba con el padecer común, no con una muerte escondida, ni con una simple muerte; la misma grandeza que tenía la singularidad del que la padecía, esa misma grandeza debía tener la singularidad de su Pasión. Sucedió que el Autor del tiempo murió en un momento preciso de la historia y que el Señor del mundo fue conocido antes por medio de su Pasión que a través de su gloria.

El que es la paz del cielo fue traicionado con el beso del engaño; el que todo lo sostiene fue capturado; el que es el vínculo de todo fue encadenado; el que lo atrae todo fue empujado fuera como un malhechor; el que es la verdad fue acusado por los mentirosos; aquel ante quien todo se inclina fue levantado en la cruz. Ahora bien, entremos a fondo en lo que hemos señalado: ¿por qué quiso Dios Padre que su Hijo afrontara la muerte, y

una muerte como aquella? ¿Por qué se sometió el Hijo a una Pasión tan ignominiosa? No debemos quedarnos contrariados porque Cristo, al venir desde el seno del Padre, desde el misterio de la divinidad, se humillara en nuestra condición de siervos para llevarnos a su libertad y entrara en nuestra muerte para que nosotros por su muerte viviéramos. Con todo, habrá alguno que dirá: la miseria humana tiene necesidad de salvación, pero son indecorosos para la majestad divina los oprobios de la Pasión. Sí, dice la verdad, pero Dios mira con compasión la miseria del hombre. Dar a los inferiores, dar a los siervos, es una práctica normal para alguien que da, pero padecer por los inferiores, morir por los siervos, es expresión de una caridad inmensa, es la prueba de un amor que no tiene igual (Pedro Crisólogo, *Sermones*, 72,1-4, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*Pilato dijo a los judíos: ¡He aquí a vuestro rey!*» (v. 14).

CAMINAR CON LA PALABRA

En plena mitad del proceso de Jesús, Pilato se convierte en instrumento y director inconsciente de una de las manifestaciones más dramáticas y sublimes del misterio de Cristo: «*Salió, pues, Jesús fuera. Llevaba sobre su cabeza la corona de espinas y sobre sus hombros el manto de púrpura. Pilato se lo presentó con estas palabras: ¡Éste es el hombre!*» (Jn 19,5). El verbo «salir», referido a Jesús, tiene frecuentemente en el evangelio un sentido que excede su significado literal. Alude al «salir» Jesús de Dios al mundo para la salvación de los hombres. No podemos dejar de percibir un eco de este salir del Padre para venir al mundo en la escena de la salida de Jesús hacia sus enemigos

y la muchedumbre, disfrazado de rey. Jesús sale y se manifiesta. También aquí, aquí sobre todo, Jesús es el Verbo de Dios encarnado, enviado para la salvación del mundo. Jesús se manifiesta a sí mismo en esta escena: verdadero Dios y verdadero hombre; verdadero Rey y verdadero esclavo. En él se manifiesta a todos la coincidencia paradójica entre lo que es excelso y lo que es ínfimo.

¡Éste es el hombre! Pero también: ¡Éste es el Rey! He aquí en la misma persona, en la misma imagen, al Rey del universo y al esclavo condenado y desfigurado por el pecado de toda la humanidad. Jesús permanecerá, hasta el final, en esta coincidencia de lo excelso y de lo ínfimo. Jesús lo domina todo y lo padece todo hasta el último aliento. Pilato percibió este misterio. Este hombre está en sus manos, pero se siente dominado por él. Jesús, Rey y hombre, Señor y esclavo, lo domina todo y lo padece todo. En la cruz se encuentra totalmente impotente, privado de toda libertad, y, sin embargo, es él quien gobierna su Reino con total libertad, con palabras de rey que dispone libremente de todo y de todos según un designio suyo, que nada ni nadie puede impedir (M. G. Lepori, *Onorare tutti gli uomini*, Chieti 2002).

El viaje al Gólgota y la túnica inconsútil

(Jn 19,17-24)

Se hicieron, pues, cargo de Jesús, 17 que, llevando a hombros
su propia cruz, salió de la ciudad hacia un lugar llamado
«La Calavera» (que en la lengua de los judíos se dice *Gólgota*).
18 Allí lo crucificaron, y crucificaron con él a otros dos, uno a
cada lado de Jesús.

19 Pilato mandó escribir y poner sobre la cruz un letrero
con esta inscripción: «Jesús de Nazaret, el rey de los judíos».
20 La inscripción fue leída por muchos judíos, porque el lugar
donde Jesús había sido crucificado estaba cerca de la ciudad.
Además, estaba escrito en hebreo, en latín y en griego. 21 Los
jefes de los sacerdotes se presentaron a Pilato y le dijeron:

–No pongas «El rey de los judíos», sino más bien «Éste hombre ha dicho: Yo soy el rey de los judíos».

22 Pero Pilato les contestó:

–Quede escrito lo que yo mandé escribir.

23 Los soldados, después de crucificar a Jesús, se apropia-
ron de sus vestidos e hicieron con ellos cuatro lotes, uno para
cada uno. Dejaron aparte la túnica. Era una túnica sin costu-
ras, tejida de una sola pieza de arriba abajo. 24 Los soldados
llegaron a este acuerdo:

–No debemos dividirla, sino que vamos a sortearla para ver a quién le toca.

Así se cumplió este texto de la Escritura:

Dividieron entre ellos mis vestidos
y mi túnica la echaron a suertes.

Eso fue lo que hicieron los soldados.

LA PALABRA SE ILUMINA

Una vez que Pilato hubo emitido la sentencia de muerte, los soldados romanos se hicieron cargo de Jesús para ejecutar el veredicto. Entonces, «*llevando a hombros su propia cruz, salió de la ciudad hacia un lugar llamado "La Calavera" (que en la lengua de los judíos se dice* Gólgota*)*» (v. 17). Juan se muestra bastante expeditivo a la hora de describirnos el viaje de Jesús hacia la cruz. El condenado lleva con ánimo y serenidad el tronco transversal de la cruz en la que será clavado, porque, a pesar del abandono de los suyos, el Padre está con él y le sostiene.

Juan se muestra igualmente conciso cuando describe la crucifixión. Prescinde de todos los detalles e indica únicamente que Cristo fue crucificado con otros dos, sin decirnos quiénes eran los bandidos, algo que sí hacen los sinópticos (Mc 15,27; Mt 27,38; Lc 23,32s). La atención se centra después en la discusión entre Pilato y los sumos sacerdotes sobre la inscripción puesta en la cruz. El gobernador romano había hecho poner en el madero una tablilla con el motivo de la condena: «*Jesús de Nazaret, el rey de los judíos*» (v. 19). Pilato afirmaba con estas palabras de una manera inconsciente y pública la realeza de Jesús.

Por último, la escena del reparto de las vestiduras de Jesús la recuerdan también los sinópticos (Mc 15,24; Mt 27,35; Lc 23,34). Según la costumbre romana, los soldados que ejecutaban la condena podían apropiarse de la ropa del condenado. Sin embargo, sólo Juan indica que los soldados se repartieron la ropa de Jesús, pero decidieron no dividir la túnica, «*sin costuras, tejida de una sola pieza de arriba abajo*» (v. 23b), sino sortearla. Juan ve en esta decisión de los soldados el cumplimiento de la Escritura, es decir, del Sal 22,19, citado según los Setenta: «*Dividieron entre ellos mis vestidos y mi túnica la echaron a suertes*» (v. 24b).

LA PALABRA ME ILUMINA

Una vez emitida la sentencia de muerte, Jesús abraza la cruz. Es el trono real sobre el que será exaltado (cf. 3,14; 8,28; 12,32), instrumento de salvación universal. El pequeño cortejo atraviesa las estrechas calles de la ciudad y se encamina hacia el lugar de la ejecución capital, situado no lejos de las murallas de Jerusalén. Juan subraya que, cuando fue izada la cruz entre el cielo y la tierra, su elevación es la ascensión de Jesús a la gloria. La cruz plantada en el Gólgota es el trono desde el que Jesús domina atrayendo a él a todos los hombres. Desde este momento la cruz deja de ser signo de maldición y de ignominia, y se convierte en el instrumento de su triunfo: en torno a la cruz están llamados los hombres como primeros herederos del Reino, con tal que recorran con Cristo el mismo camino del Maestro y tengan siempre a «*Jesús en medio*» de ellos. La cruz de Cristo es el símbolo de la derrota del odio por medio del amor, es el símbolo de la victoria de la vida sobre la muerte.

La escena del reparto de las vestiduras y de la túnica inconsútil es símbolo de la unidad de la Iglesia nacida en el Gólgota y de la reunión escatológica del pueblo de Dios en la unidad (cf. 11,52). La unidad de la Iglesia nacida de la cruz de Cristo no es, para el evangelista, solamente un dato concreto teológico, sino que constituye en su espíritu una idea fundamental que debe vivir toda comunidad de fe, hasta tal punto que san Cipriano escribe: «El sacramento de la unidad, el lazo de unión indivisible, está presente en el Evangelio: la túnica de nuestro Señor Jesucristo no fue repartida ni troceada, sino sorteada. El vestido debe recibirse entero, intacto, como un bien personal. No puede revestirse de Cristo quien viene a dividir su Iglesia [...]. Con el misterio de la túnica y con el símbolo de ella, Cristo representó la unidad de la Iglesia».

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor, tú nos hablaste claramente a lo largo de tu vida de la necesidad de llevar la cruz siguiendo tus pasos para ser verdaderos discípulos tuyos. Sobre esta realidad no nos dijiste sólo palabras, sino que fuiste el primero en darnos ejemplo con la coherencia de tu vida, siguiendo la experiencia de Isaac, que llevaba sobre sus espaldas el instrumento para su sacrificio (cf. Gn 22,6). Señor, haz que también nosotros, en el momento de nuestra vida en que se nos llame a cargar con nuestra cruz, pequeña o grande, no nos echemos atrás, afligidos y rebeldes, sino que seamos capaces de aceptarla con la fuerza que viene de ti y de tu ejemplo. Convéncenos de que nuestro camino de vida pasa precisamente por ahí, por la cruz que tal vez no somos capaces o no queremos acoger.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Acércate con los pasos de tu amor a Jesús herido, a Jesús coronado de espinas, a Jesús clavado en el patíbulo de la cruz, y no mires sólo el agujero provocado en sus manos por los clavos, no pongas sólo tu dedo en el lugar de los clavos. No pongas sólo tu mano en su costado (cf. Jn 20,25.27), sino entra completamente por la puerta del costado hasta el corazón del mismo Jesús y, una vez allí, transformada en Cristo por el ardentísimo amor del Crucificado, traspasada por la espada de la íntima compasión, no pidas ni desees nada más, no esperes ningún otro consuelo que el de poder morir en la cruz con Cristo. Y entonces exclamarás con san Pablo: «*He sido crucificado con Cristo. Ahora ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí*» (Gál 1,19s).

Ahora bien, debes recordar la Pasión de Cristo de este modo: pensando que su Pasión fue extraordinariamente vergonzosa. En verdad, oh Señor Jesucristo, nunca hubo un dolor semejante al tuyo. Él soportó todo esto para incitarte a su amor, para que a cambio de todo esto le amases «*con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente*» (Mt 22,37). ¿Qué puede haber, en efecto, más digno de amor que el hecho de que el Señor, para la salvación del siervo, asuma la condición de esclavo? ¿Qué incita en mayor medida al hombre a amar a Dios que la bondad por la que el Hijo del altísimo Dios murió por nosotros, sin ningún mérito por nuestra parte; es más, con muchos deméritos? Esto es signo de una bondad tan grande que no resulta posible pensar en nada más clemente, más benévolo, más amistoso. Por eso estamos llamados a amarle y a imitar a nuestro amado (Buenaventura de Bagnoregio, *La vita perfetta*, VI, 1-10, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Dividieron entre ellos mis vestidos y mi túnica la echaron a suertes*» (v. 24).

CAMINAR CON LA PALABRA

Jesús es despojado de sus vestiduras. El vestido confiere al hombre una posición social, indica su lugar en la sociedad, le hace ser alguien. Ser desnudado en público significa que Jesús no es nadie, sino un marginado, despreciado por todos. El momento de despojarlo nos recuerda también la expulsión del paraíso: ha desaparecido en el hombre el esplendor de Dios y ahora se encuentra desnudo y al descubierto, y se avergüenza. Jesús asume una vez más la situación del hombre caído. Jesús despojado nos recuerda que todos nosotros hemos perdido la «primera vestidura» y, por tanto, el esplendor de Dios. Al pie de

la cruz los soldados echan a suertes sus míseras pertenencias, sus vestidos. Los evangelistas lo relatan con palabras tomadas del salmo 21,19 y nos indican así lo que Jesús dirá a los discípulos de Emaús: todo se cumplió «según las Escrituras». Nada es pura coincidencia, sino que todo lo que sucede está dicho en la Palabra de Dios, confirmado por su designio divino. El Señor experimenta todas las fases y grados de la perdición de los hombres, y cada uno de ellos, no obstante su amargura, es un paso de la redención: así devuelve él a casa a la oveja perdida.

Recordemos también que Juan precisa el objeto del sorteo: la túnica de Jesús, «tejida de una pieza de arriba abajo» (Jn 19,23). Podemos considerarlo una referencia a la vestidura del sumo sacerdote, que era «de una sola pieza», sin costuras. Éste, el Crucificado, es de hecho el verdadero sumo sacerdote. Sobre la cruz –en las dos lenguas del mundo de entonces, el griego y el latín, y en la lengua del pueblo elegido, el hebreo– está escrito quien es Jesús: el rey de los judíos, el hijo prometido de David. Pilato, el juez injusto, ha sido profeta a su pesar. Ante la opinión pública mundial se proclama la realeza de Jesús. Él mismo había declinado el título de Mesías porque habría dado a entender una idea errónea, humana, de poder y salvación. Pero ahora el título puede aparecer escrito públicamente encima del Crucificado. En efecto, él es verdaderamente el rey del mundo. Ahora ha sido realmente «ensalzado». En su descendimiento, ascendió. Ahora ha cumplido radicalmente el mandamiento del amor, ha cumplido el ofrecimiento de sí mismo (J. Ratzinger, *Vía crucis en el Coliseo 2005*, estaciones X y XII, *passim*).

La maternidad espiritual de María y el cumplimiento de las Escrituras
(Jn 19,25-30)

25 Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de
su madre, María la mujer de Cleofás, y María Magdalena.
26 Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo a quien
tanto amaba, dijo a su madre:

–Mujer, ahí tienes a tu hijo.

27 Después dijo al discípulo:

–Ahí tienes a tu madre.

Y desde aquel momento, el discípulo la recibió como suya.

28 Después, Jesús, sabiendo que todo se había cumplido,
para que también se cumpliese la Escritura, exclamó:

–*Tengo sed.*

29 Había allí una jarra con vinagre. Los soldados colocaron
en la punta de una caña una esponja empapada en el vinagre
y se la acercaron a la boca. 30 Jesús gustó el vinagre y dijo:

–Todo está cumplido.

E inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

LA PALABRA SE ILUMINA

El episodio de la madre de Jesús y del discípulo amado a los pies de la cruz constituye la escena central del fragmento sobre la crucifixión y muerte de Jesús. Sólo el cuarto evangelista lo recuerda, subrayando un significado que va mucho más allá de un gesto de piedad

filial de Jesús hacia su madre. Es un texto que presenta la doctrina de la maternidad espiritual de María tanto respecto al discípulo como respecto a la Iglesia. Veamos, en primer lugar, los hechos y, posteriormente, su significado teológico-espiritual.

Entre los que asisten *«de lejos»* a la crucifixión del Señor hay algunas mujeres, de las que Juan cita a cuatro: *«su madre, la hermana de su madre, María la mujer de Cleofás, y María Magdalena»* (v. 25). Este pequeño grupo constituye las primicias de la comunidad mesiánica que nace de la cruz. Entre ellos se distingue a la madre de Jesús y al discípulo amado. Ambos personifican dos grupos y es su función lo que tiene valor. La madre de Jesús, llamada *«mujer»*, es la imagen de la *«hija de Sión»*, y el discípulo amado representa a los creyentes. Juan expresa, de una manera sencilla y solemne al mismo tiempo, el hecho de la donación (vv. 26-27a). El versículo final del texto: *«Y desde aquel momento, el discípulo la recibió como suya»*, como su madre (v. 27b), subraya la respuesta del discípulo ante la voluntad de Jesús, expresada por la cruz.

Jesús se encuentra en los últimos instantes de su vida en la tierra. Y el evangelista presenta, en esta rápida escena, los temas del cumplimiento de las Escrituras, de la misión de Cristo y del don del Espíritu. Jesús en la cruz es consciente de su divinidad y revisa todo el proyecto del Padre, que él ha recorrido libremente. Para Jesús todo está consumado con la fundación de la Iglesia. Antes de morir, sin embargo, Jesús debe decir aún una últimas palabras: *«Tengo sed»* (v. 28), con las que expresa tanto una sed real como su ardiente deseo de conceder el Espíritu y comunicarlo a los suyos.

«E inclinando la cabeza, entregó el espíritu» (v. 30b): estas palabras expresan tanto el acontecimiento de la muerte de Jesús como su voluntad de dar a la Iglesia naciente su Espíritu.

LA PALABRA ME ILUMINA

El texto de revelación saca a la luz la iniciativa libre y gratuita de Jesús, que establece una relación de profundísima comunión entre él, su madre y el discípulo amado. María se convierte en madre del discípulo y, a través de él, de todos los creyentes, es decir, madre de la Iglesia. A continuación, con las palabras dirigidas al discípulo: *«Ahí tienes a tu madre»* (v. 27a), esta maternidad espiritual de María se ve confirmada y reforzada y se extiende desde Jesús a todos los suyos: María es la madre de la Iglesia.

La interpretación joánica ve en esta escena el nacimiento de la Iglesia y el comienzo de la maternidad espiritual de María. Jesús, antes de morir, revela a María la función de madre de la Iglesia y, al discípulo, su filiación respecto a la Virgen. Ahora se establecen entre María y todos los creyentes unas nuevas relaciones, basadas en el misterio de la maternidad y de la filiación. María está a punto de entrar en la vida espiritual de todo discípulo como una madre..., como la figura de la Iglesia-madre.

A partir de la entrega de Jesús, realizada en la cruz, y de la acogida de María en la fe por parte del discípulo, se abre para los creyentes un futuro eclesial que implica directamente a todos, también al lector, en una actitud de acogida a María como madre suya y madre de los miembros de Cristo, que somos nosotros. El camino de fe que debemos seguir nosotros, los discípulos, tiene un modelo ideal en María. Con su fe es como ella se convierte en nuestra engendradora espiritual, haciéndonos hijos en el Hijo, como muy bien dice Orígenes: «No hay ningún hijo de María más que Jesús. Él dice a su madre: *"Ahí tienes a tu hijo"* (y no: "Mira, éste también es hijo tuyo»). Eso equivale a decir: "Éste es Jesús, al que tu diste a luz". En efecto, el que es perfecto *"ya no vive más", pero* en él *"vive Cristo";* y puesto que en él vive Cristo, cuando se

habla de él a María se dice: *"Ahí tienes a tu hijo"*, es decir, a Cristo».

El buen pastor ha dado su vida por las ovejas (10,11). Por su muerte, la gloria de Dios se revela a través del Espíritu (19,39) que invade el mundo, del que es su fuente.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Buen pastor, no sólo fuiste crucificado por nosotros y nos diste tu vida, sino que quisiste dejarnos, antes de morir, también a tu madre como madre nuestra. No pudiste hacernos un regalo más grande que éste. No conservaste el amor de tu madre sólo para ti, sino que nos hiciste partícipes de su amor materno y de su ternura, convencido ahora de que nosotros somos realmente tus hermanos e hijos del mismo Padre.

Señor, haz que seamos capaces de conservar celosamente en nosotros este inmenso don para encontrar en tu madre no sólo ayuda concreta en nuestros asuntos humanos, sino sobre todo el ejemplo para imitar en la escucha y en la fidelidad a tu Palabra.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Llega la hora del dolor más grave, cuando fue levantada la cruz para clavar en ella al Rey de los ángeles. El Creador de todas las cosas, el Señor y dueño de las realidades visibles e invisibles, ha sido crucificado. ¿Cómo pudo sostener la tierra todo esto sin quedar destruida? ¿Cómo pudo contemplar el cielo este espectáculo sin estremecerse? El que está sentado en el trono de los querubines y es glorificado por los serafines, aquel en cuyas manos están los cielos de los cielos, está colgado en el madero por obra de unos malhechores. El que reina con el Padre y el Espíritu Santo ha sido colgado de una ma-

nera innoble de una cruz. Aquel a quien la luz envuelve como un manto (cf. Sal 103,2) ha sido clavado desnudo en una cruz.

Sobre la túnica, tejida por las manos de la santa e inmaculada Virgen Madre, echaron suertes los que le mataron. Con los clavos traspasaron aquellas manos que crearon todas las cosas y rigen el cielo y la tierra. ¡Oh bondad del Rey! ¡Oh inconmensurable misericordia! ¿Quién podrá narrar el poder del Señor? ¿Quién estará en condiciones de cantar su alabanza?

En aquella hora, Madre del Señor, penetró en tu corazón aquella espada que Simeón te había predicho (cf. Lc 2,35); en aquella hora se hundieron en tu corazón los clavos que perforaron las manos del Señor. Estos sufrimientos te aplastaron más a ti que a tu Hijo, más fuerte que cualquier otro, porque él sufría voluntariamente y había predicho todo lo que le habría de pasar y lo había deseado según la medida de su omnipotencia: en efecto, quería entregar su vida y su poder para después recuperarlos de nuevo, tal como nos cuenta el Evangelio (cf. Jn 10,17), pero tú sufrías de un modo incomparable (Máximo el confesor, *Vida de María,* n. 125).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Y desde aquel momento, el discípulo la recibió como suya*» (v. 27).

CAMINAR CON LA PALABRA

El testamento de Jesús es universal: se da una madre a todos los discípulos de todos los tiempos, don entre los dones. Jesús dice desde la cruz a cada discípulo: «*Mira, es tu madre*», no simplemente: «He aquí a tu madre». Usa, en efecto, una palabra

que en su raíz significa «mirar», dando así como una orden, una invitación apremiante a contemplar el rostro de la madre, buscando en ella los rasgos de nuestra fe adulta y madura, los porqués y los resultados de nuestra historia de amor y de dolor.

«Mira, es tu madre»: dirige los ojos, mantén fija la mirada, contempla esa imagen para llegar a ser como ella. Se trata de un ejemplo no tanto para imitar como para revivir de modo personal; un icono no para copiar, sino para volver a dibujar de nuevo. En efecto, si la vocación de María es única, también lo es la mía, con una tarea única e irrepetible. De ella aprendo el estilo exacto, el modo más humano que pueda existir para estar ante Dios y ante sus ángeles, ante el hombre y ante sus sueños.

«He aquí a tu madre, mira a tu madre». Si quieres ser discípulo, mira a María, aprende de ella, de sus gestos, de sus palabras, de sus silencios. Y repite su escucha y su modo de conservar en el corazón, su alabanza, su preocuparse, su fortaleza y su estupor, prolongando su presencia tierna y fuerte, aprendiendo de ella cómo se sirve a Dios con seriedad y a los hermanos con ternura.

«He aquí a tu madre, mira a tu madre». Jesús quiere que su entrega se convierta en conquista nuestra. *«Y desde aquel momento, el discípulo la recibió como suya».* María representa en el Calvario el amor, personifica el «sí» que sigue, que anima al Hijo en su vocación de entrega sin reservas. Juan representa al discípulo fiel que no huyó, que, en el aparente fracaso de Cristo, sigue teniendo fe en lo increíble. María representa a la Iglesia constituida por el amor y la fe. Un amor intenso y fecundo como el de madre, una fe también en lo imposible como en Juan.

La traducción correcta es: *«La tomó entre sus cosas queridas»,* entre sus propias cosas, como parte de su identidad, de las cosas que nos estructuran como personas, las cosas que nos convierten en nosotros mismos. Se me dice a mí: «Toma a María entre las cosas que constituyen tu identidad. Toma a María entre tus cosas importantes. Tómala en tu casa, porque es tu madre, como parte de ti mismo (E. M. Ronchi, *Bibbia e pietà mariana,* Brescia 2002, 114-116, *passim*).

La comprobación de la muerte de Jesús y la sepultura en un huerto *(Jn 19,31-42)*

31 Como era el día de la preparación de la fiesta de Pascua,
los judíos no querían que los cuerpos quedaran en la cruz
aquel sábado, ya que ese día se celebraba una fiesta muy solemne. Por eso pidieron a Pilato que ordenara romper las
piernas a los crucificados y que los quitaran de la cruz.

32 Los soldados rompieron las piernas a los dos que habían
sido crucificados con Jesús. 33 Cuando se acercaron a Jesús, se
dieron cuenta de que ya había muerto; por eso no le rompieron las piernas. 34 Pero uno de los soldados le abrió el costado
con una lanza y, al punto, brotó de su costado sangre y agua.

35 El que vio estas cosas da testimonio de ellas, y su testimonio es verdadero. Él sabe que dice la verdad, para que también
vosotros creáis. 36 Esto sucedió para que se cumpliese la Escritura, que dice: *No le quebrarán ningún hueso.* 37 La Escritura
dice también en otro pasaje: *Mirarán al que traspasaron.*

38 Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de
Jesús, aunque lo mantenía en secreto por miedo a los judíos,
solicitó de Pilato el permiso para hacerse cargo del cuerpo de
Jesús. Pilato se lo concedió.

Entonces él fue y tomó el cuerpo de Jesús. 39 Llegó también
Nicodemo, el que en una ocasión había ido a hablar con Jesús
durante la noche, con unos treinta kilos de una mezcla de mirra y áloe. 40 Entre los dos se llevaron el cuerpo de Jesús y lo
envolvieron con vendas de lino bien empapadas en la mezcla
de mirra y áloe, siguiendo la costumbre judía de sepultar a los
muertos.

41 Cerca del lugar donde fue crucificado Jesús había un huerto y, en el huerto, un sepulcro nuevo en el que nadie había sido

enterrado. [42] Allí, pues, depositaron a Jesús, dado que el sepulcro estaba cerca y era la víspera de la fiesta de la Pascua.

LA PALABRA SE ILUMINA

Hay dos escenas: una sobre la comprobación de la muerte; otra sobre la sepultura. La primera se estructura en tres partes: a) antes de romperle las piernas a Jesús, uno de los soldados le traspasa el costado con una lanza (vv. 31-34); b) el triple testimonio sobre la escena contemplada por el testigo (v. 35); c) dos textos bíblicos que interpretan teológicamente los acontecimientos (vv. 36s).

Tras la muerte de Jesús, el evangelista nos manifiesta quién era el Hombre crucificado y qué sentido asume su sacrificio: los soldados, al verle ya muerto, le traspasaron el costado «*y, al punto, brotó de su costado sangre y agua*» (v. 34). Esta escena, desarrollada en el Gólgota, no sólo es histórica, sino que contiene también una revelación que sólo la fe puede captar con toda su profundidad. La *sangre* representa toda la vida de Cristo, vivida en una obediencia filial al Padre y en el amor salvífico a la humanidad. Es la sangre que «*nos purifica de todo pecado*» (1 Jn 1,7); del costado de Cristo fluye toda una vida de amor. El *agua* que brota del costado de Jesús, en cambio, es símbolo de la efusión y del don del Espíritu, cuyo templo y fuente es Jesús (cf. Jn 2,13-22). La llamada al testimonio ocular es más solemne que nunca y, para el Evangelio, más verdadera que nunca. El testigo asegura que los hechos referidos son reales y tienen un gran valor: son signos a través de los cuales penetra la fe en el misterio de la persona de Jesús. Todo el cuadro pintado por el evangelista se dirige así a iluminar la fe de la comunidad cristiana.

La segunda escena, la de la sepultura de Jesús, la recuerdan todos los evangelistas como conclusión de la misión y de la vida del Señor, ofrecida como oblación en el Gólgota y en obediencia total al Padre. El dato histórico refleja la gloria de Jesús, que, aunque ya esbozada bajo la cruz con María y el discípulo amado, toma fuerza y se difunde en el corazón de los hombres. Para sepultar deprisa a Jesús, a causa del comienzo de la fiesta, llevan su cuerpo, en las cercanías del Gólgota, a «*un sepulcro nuevo en el que nadie había sido enterrado*» (v. 41; Mateo precisa que el sepulcro era propiedad de José de Arimatea: cf. 27,60). Sepultaron, pues, allí a Jesús aquella noche, en la que oficialmente daban comienzo las fiestas de la Pascua, «*dado que el sepulcro estaba cerca*» (v. 42).

LA PALABRA ME ILUMINA

En cuanto a la primera escena, a invitación del primer testigo, Juan, vamos a concentrarnos y dirigir nuestra mirada al Crucificado. Es para cada creyente, de ayer y de hoy, un compromiso celebrar en Jesús la obra del Padre y penetrar en la contemplación de la vida divina del Cordero pascual, extrayendo de ahí inspiración y fuerza para un testimonio de fe y de amor.

A continuación, también el pasaje inherente a la sepultura nos brinda algunos elementos que no podemos olvidar. En primer lugar, la enorme cantidad de mezcla de mirra y áloe utilizada (unos treinta kilos) pone de manifiesto el carácter regio de la sepultura de Jesús. A renglón seguido, la importancia de los personajes que se ocupan de darle sepultura con una gran veneración e interés. Son representantes del mundo judío dotados de autoridad los que participan en el doloroso acontecimiento del «*rey de los judíos*». Ya lo había subrayado A. de Loisy: «Cristo fue sepultado como los grandes de esta tierra y por los grandes de esta tierra: se trata de una manera de significar su realeza». En realidad, en la escena de la sepultura de Jesús nos encontramos frente a

un signo de fe. Los dos discípulos que «*se llevaron el cuerpo de Jesús*» (v. 40) la noche de la vigilia de la Pascua, pusieron las premisas para «acoger» el nacimiento de la fe pascual, que encontrará en ellos su plena madurez después de la búsqueda de los signos del Resucitado.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor, la invitación del primer testigo, Juan, a mirar al Crucificado representa para cada creyente el compromiso de celebrar en ti la obra del Padre y de penetrar en la contemplación de tu vida divina, como Cordero pascual, alimentando un testimonio de fe y de amor. Concédenos ser capaces de mirar siempre tu cruz no como lugar de condena o de derrota, sino como lugar de victoria y de resurrección, y desde la cruz haz que siempre estemos atentos a acoger el testamento espiritual que tú dejaste a Juan y a todo discípulo, es decir, a tomar a María como nuestra madre, siempre abiertos al don de tu Espíritu de verdad y salvación.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Expande suave perfume el ungüento de la gracia desde que la Virgen engendró y el Señor Jesús asumió el sagrado signo de la encarnación. De hecho, el Señor Jesús, tomando sobre sí el cuerpo, se implicó por sí mismo en las cadenas del amor y se ató no sólo a nuestros miembros y a los condicionamientos de nuestra naturaleza, sino también a una cruz. Por eso, como un racimo de uva, reposa en la fe de la Iglesia. Entre las viñas de Judea hay, en efecto, un árbol que, cuando lo pinchan, suelta un ungüento. Si no lo pinchan, el árbol no perfuma con la misma fragancia; en cambio, cuando ha sido pinchado con todas las de la ley, destila una lágrima. Así

también Cristo, colgado en la cruz, derramaba lágrimas sobre el pueblo para lavar nuestros pecados, y de las vísceras de su misericordia expandía ungüento, diciendo: «*Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen*». Entonces, cuando estaba colgado de aquel árbol, fue pinchado por la lanza y salieron sangre y agua más dulces que cualquier ungüento, víctima agradable a Dios, expandiendo por todo el mundo el perfume de la consagración. Después de haber atravesado el árbol, brota bálsamo que destila del agujero de aquella lanzada. Así Jesús, traspasado, esparce el perfume del perdón de los pecados y de la redención. En efecto, el Verbo se hizo carne para que la carne pudiera reivindicar para sí el trono del Verbo a la diestra de Dios; era todo una llaga, pero de ella fluía ungüento. La Iglesia reconocía el misterio y proclamaba al Señor Jesús crucificado para la redención de todo el mundo (Ambrosio de Milán, *Commento al Salmo 118,* III, 8s, Milán-Roma 1987, I, 131-133, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«El que vio estas cosas da testimonio de ellas, y su testimonio es verdadero, para que también vosotros creáis» (cf. v. 35).

CAMINAR CON LA PALABRA

La adoración amorosa y filial habita en el corazón de Jesús durante todo el misterio de la cruz. Esta adoración intenta expresarse, de la manera más realista posible, en su propio cuerpo ofrecido como víctima de holocausto y, de manera definitiva, en su corazón. Al aceptar que su propio cuerpo fuera flagelado y crucificado, pudo ofrecerlo al Padre como holocausto de adoración. Su cuerpo es lo más precioso, noble y excelente que exis-

te en todo el universo, y al ofrecerlo a Dios proclama Jesús oficialmente sus derechos absolutos sobre toda la humanidad y sobre todo el universo.

Este sacrificio de adoración es, al mismo tiempo, un sacrificio de reparación por los pecados de la humanidad, porque Cristo en la cruz redime los pecados de los hombres. Todas las miserias de los hombres pecadores, todas las consecuencias del pecado, las hizo suyas asumiéndolas libremente. Ninguna miseria humana quedó extraña para su corazón. Las conoció todas y a todas las llevó en lo más íntimo de su corazón. Se sufre en la medida en que se ama. Por eso su misericordia con nosotros es tan maravillosa. Jesús sabía lo que hacía. Como buen pastor que conoce a sus ovejas, con sus debilidades y necesidades, sabía que ser hasta el extremo buen pastor de los hombres significaba amar la vida de sus ovejas más que la suya propia, aceptar ser el que se pone en lugar de los pecadores, aceptar ser anatema por sus hermanos y ser reducido a nada, a ser el más miserable, el más despreciado, el más rechazado. Aceptar ser *«como uno ante el que se vuelve el rostro»* y que tras su muerte no se respete su cadáver, se le abra el costado y le hieran el corazón. Hay, por consiguiente, en el sacrificio de la cruz un máximo de adoración y un máximo de misericordia. En el corazón de Jesús crucificado, la adoración, lejos de impedir a su corazón estar atento a sus hermanos y mostrarse deseoso de ayudarles, le permite ser verdaderamente el que salva a sus propios hermanos llevando sobre sí sus culpas, reparando por ellos y dándoles una vida nueva (M. D. Philippe, *Adorerai il Signore Dio tuo,* Catania 1959, 68-76, *passim*).

La carrera de los dos discípulos al sepulcro

(Jn 20,1-10)

1 El domingo por la mañana, muy temprano, antes de salir
el sol, María Magdalena se presentó en el sepulcro. Cuando
vio que había sido rodada la piedra que tapaba la entrada, 2 se
volvió corriendo a la ciudad para contárselo a Simón Pedro y
al otro discípulo a quien Jesús tanto quería. Les dijo:

–Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.

3 Pedro y el otro discípulo fueron rápidamente al sepulcro.
4 Salieron corriendo los dos juntos, pero el otro discípulo ade-
lantó a Pedro y llegó antes que él. 5 Al asomarse al interior vio
que las vendas de lino estaban allí, pero no entró. 6 Siguién-
dole los pasos llegó Simón Pedro, que entró en el sepulcro 7 y
comprobó que las vendas de lino estaban allí. Estaba también
el paño que habían colocado sobre la cabeza de Jesús, pero no
estaba con las vendas, sino doblado y colocado aparte. 8 En-
tonces entró también el otro discípulo, el que había llegado
primero al sepulcro. Vio y creyó. 9 (Y es que hasta entonces los
discípulos no habían entendido la Escritura, según la cual
Jesús tenía que resucitar de entre los muertos.)

10 Los discípulos regresaron a casa.

LA PALABRA SE ILUMINA

Los discípulos viven, antes de encontrar al Señor resucitado, *el sufrimiento de la experiencia de ver la tumba vacía:* constatan la ausencia del cuerpo de Jesús. El

cuarto evangelista subraya sobremanera este elemento, en una dialéctica de visión/fe/visión espiritual que recorre *in crescendo* los capítulos 20–21. Los relatos de la resurrección se abren con dos precisiones cronológicas: «*El domingo*» y «*por la mañana, muy temprano, antes de salir el sol*». El día inicial de una nueva semana, el domingo, se convertirá así en el comienzo de una creación nueva, verdadero «día del Señor» en el que la fe amante, no iluminada todavía por la luz del Resucitado, camina en la oscuridad y va más allá de la muerte.

María Magdalena constituye el prototipo de esta fidelidad. Al dirigirse al sepulcro vio rodada la piedra que tapaba la entrada y corrió de inmediato a denunciar la ausencia del Señor a Pedro y al «*al otro discípulo a quien Jesús tanto quería*». Este último fue el primero en llegar al sepulcro, pero no entró en él inmediatamente; ahora bien, «*al asomarse al interior vio que las vendas de lino estaban allí*». Llegó Pedro: entró y «*comprobó que las vendas de lino estaban allí. Estaba también el paño que habían colocado sobre la cabeza de Jesús, pero no estaba con las vendas, sino doblado y colocado aparte*».

El evangelista nos proporciona unas notas preciosas. El lento recorrido de la mirada de Pedro sobre cada detalle en el interior del sepulcro vacío crea un clima de gran silencio, de suspense interrogativo... «*Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro. Vio y creyó*» (v. 8). El discípulo, ahora, al ver, intuye lo que ha sucedido. Pasa de la realidad que tiene delante a una más escondida, llega a la fe, aunque todavía oscura, como muestran el v. 9 y la continuación del relato, del que emerge que la fe no es para el ser humano una posesión estable, sino el comienzo de un camino de comunión con el Señor, comunión que debe ser mantenida viva y ahondada, a fin de que llegue a la plenitud de vida con él en el Reino de la luz infinita.

LA PALABRA ME ILUMINA

«Mi alegría, Cristo, ha resucitado». San Serafín de Sarov solía saludar con estas palabras a quienes le visitaban, haciéndose de este modo mensajero de la alegría pascual en todo tiempo. El anuncio de la resurrección se dirige, en el día de Pascua y a través del relato evangélico, a todos los hombres por los mismos ángeles y, después de ellos, por las mujeres piadosas a su vuelta del sepulcro, por los apóstoles y por los cristianos de las generaciones que nos han precedido, ahora vivos para siempre en el que vive. Sus palabras son una invitación, casi una provocación. Hacen surgir de nuevo en el corazón de cada uno el interrogante fundamental de la vida: ¿quién es Jesús para ti?

Ahora bien, esta pregunta seguiría siendo una herida dolorosamente abierta si no indicara al mismo tiempo el camino para encontrar la respuesta. No hemos de buscar entre los muertos al Autor de la vida. No encontraremos a Jesús en las páginas de los libros de historia o en las palabras de quienes lo describen como uno de tantos maestros de sabiduría de la humanidad. Él mismo, libre de las cadenas de la muerte, sale a nuestro encuentro. A lo largo del camino de la vida se nos brinda la oportunidad de encontrarnos con él de muchos modos: no desdeña hacerse peregrino con el hombre peregrino, mendicante, simple hortelano. Él, el Inasible, el totalmente Otro, sale a nuestro encuentro en su Iglesia, enviada a dar la buena noticia de la resurrección hasta los últimos confines de la tierra.

En consecuencia, hay una sola cuestión verdaderamente importante: ponernos en camino al alba, dejar de dudar a causa de las cadenas de los prejuicios y los temores que nos retienen, y derrotar con la esperanza las tinieblas de la duda. ¿Por qué no debería suceder todavía hoy que encontráramos al Señor vivo? Más aún,

puede suceder, ciertamente. El modo y el lugar serán diferentes, personalísimos, para cada uno. Único, sin embargo, es el desenlace de ese acontecimiento: la transformación radical de la persona. ¿Te encuentras a un hermano que te saluda sin sentir vergüenza con un «mi alegría, Cristo, ha resucitado»? Pues bien, puedes estar seguro de que él ha encontrado a Cristo... Camina tras sus huellas, espía su secreto y también a ti te llegará la tan deseada hora.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor resucitado, hemos comprendido el significado de tu Palabra: la Iglesia de todos los tiempos debe andar siempre en busca de los signos de tu resurrección. En la Iglesia existen, ciertamente, diferentes temperamentos y diferentes mentalidades: está el afecto de María, la intuición de Juan, la lentitud de Pedro, pero todos debemos tener el ansia común de tu presencia entre nosotros.

Todos debemos colaborar, aunque seamos diferentes, para reconstruir juntos la orientación de la existencia, allí donde parecen haber desaparecido los signos de tu presencia frente a graves dificultades. Sólo la búsqueda en común y la ayuda de unos a otros nos conducirán a encontrarnos reunidos en el reconocimiento de los signos de tu presencia (C. M. Martini).

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Los evangelios y los Hechos de los apóstoles refieren diez apariciones del Señor después de la resurrección. El Señor quiso mostrarnos así que estaba presente en cada lugar con su divinidad.

Se apareció a las mujeres que lloraban junto al sepulcro: también está cerca de nosotros, saludablemente doloridos por el recuerdo de su Pasión.

Se hizo encontrar por las mujeres que volvían del sepulcro, para que, tras reconocerle, anunciaran la alegría de la resurrección: también está cerca de nosotros cuando nos sentimos alegres de anunciar a nuestro prójimo el bien que hemos aprendido.

Se apareció cuando partió el pan a los dos que le habían hospedado, creyéndole extranjero: también está cerca de nosotros cuando compartimos voluntariamente todo lo que poseemos con los peregrinos y los pobres; está cerca de nosotros cuando partimos el pan y nos alimentamos del sacramento de su cuerpo, es decir, del Pan vivo, con ánimo sencillo y casto.

Se apareció en un lugar cerrado a los discípulos que conversaban sobre su resurrección: también está cerca de nosotros cada vez que nos reunimos para hablar de su gracia.

Se apareció mientras los discípulos estaban con las puertas cerradas por temor a los judíos: está cerca para confortar a la Iglesia cuando se le impide mostrarse en público y difundirse.

Se apareció cuando pescaban y les ayudó con beneficios divinos: también está cerca de nosotros cuando nos dedicamos a los compromisos de la vida temporal y añade la ayuda de su piedad a nuestras justas fatigas.

Se apareció cuando estaban sentados a la mesa: también está cerca de nosotros cuando, según las palabras del apóstol, comemos o bebemos o hacemos cualquier otra cosa para gloria de Dios (cf. 1 Cor 10,31).

Se apareció, por último, a los discípulos cuando iba a ascender al cielo: estará también cerca de nosotros, a fin de que merezcamos seguirle al cielo después de la muerte, si antes de la muerte le hemos seguido a Be-

tania, donde ascendió. También nosotros iremos allí si hacemos lo que él nos manda, si dirigimos nuestra mirada a lo que nos ha prometido: «*Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida*» (Ap 2,10) (Beda el Venerable, *Omelie sul Vangelo*, II, 8, Roma 1990, 339s, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro. Vio y creyó*» (v. 8).

CAMINAR CON LA PALABRA

En Roma, en la Jornada de la Juventud del Jubileo del año 2000, había un «anciano» en la plaza de la Basílica de San Juan, había un «anciano» en las gradas de la Basílica de San Pedro, había un «anciano» en el inmenso prado de Tor Vergata, en la periferia de Roma. Había un «anciano» feliz, Juan Pablo II. Y había un mar de jóvenes en San Juan, en San Pedro, en Tor Vergata. Gritaban: «El papa es joven como nosotros», «¡Viva el papa!». Él bromeaba, les pinchaba. Decía: «El papa vive. Vive con ochenta años y los jóvenes le quieren siempre joven. ¿Cómo vamos a hacer?». Se entrelazaba así la festiva participación de los jóvenes en la vida intensa de aquel hombre que con ellos recuperaba la antigua fuerza de la voz y de la alegría.

En la celebración del Jubileo del 2000 estaba aconteciendo el paso del cristianismo al tercer milenio. En la desaparición de un siglo y en el nacimiento de uno nuevo, el «anciano» se sentía como Pedro en la mañana de Pascua, cuando vio el sepulcro abierto del Resucitado (Jn 20,3-8). Es el relato verdadero de la Pascua del Señor, pero tal vez sea también un símbolo. El excavado en la roca ya no era un sepulcro de muerte, ya no era un lugar de llanto. Sin embargo, el joven no entró solo, sino que esperó a que el anciano Pedro le hiciera descubrir lo que salía de aquella roca excavada: la resurrección, la redención, la gracia.

Aquel sepulcro precioso del comienzo de la era cristiana tal vez sea una imagen del nuevo milenio. Los jóvenes se encaminan, a partir de su arrobador Jubileo romano, hacia este mundo nuevo. Corren, como el discípulo Juan, hacia el lugar de la resurrección; piensan llegar los primeros, pero deben esperar: deben aguardar a alguien que les introduzca en la roca del Señor. Pedro, el «anciano Papa», está allí con ellos, con paso lento, con su rostro marcado por el sufrimiento. Pero está allí. Porque es el «anciano» el que conduce a los jóvenes, y no al revés (D. del Rio, *Roveto ardente*, Roma 2000, 81-83, *passim*).

Jesús se aparece a María Magdalena
(Jn 20,11-18)

11 María, en cambio, se quedó allí, junto al sepulcro, llo-
rando. Sin dejar de llorar, volvió a asomarse al sepulcro. 12 En-
tonces vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados en el lugar
donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y
otro a los pies.

13 Los ángeles le preguntaron:

–Mujer, ¿por qué lloras?

Ella contestó:

–Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto.

14 Dicho esto, se volvió hacia atrás y entonces vio a Jesús,
que estaba allí, pero no lo reconoció. 15 Jesús le preguntó:

–Mujer, ¿por qué lloras?¿A quién estás buscando?

Ella, creyendo que era el jardinero, le contestó:

–Señor, si te lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto y yo misma iré a recogerlo.

16 Entonces Jesús la llamó por su nombre:

–¡María!

Ella se acercó a él y exclamó en arameo:

–*¡Rabboni!* (que quiere decir «Maestro»).

17 Jesús le dijo:

–No me retengas más, porque todavía no he subido a mi Padre; anda, vete y diles a mis hermanos que voy a mi Padre, que es vuestro Padre; a mi Dios, que es vuestro Dios.

18 María Magdalena se fue corriendo adonde estaban los discípulos y les anunció:

–He visto al Señor.
Y les contó lo que Jesús le había dicho.

LA PALABRA SE ILUMINA

La dinámica narrativa de Jn 20 está guiada por un *crescendo* que muestra el nacimiento y la consolidación de la fe de los primeros discípulos en el Jesús resucitado. Tras el descubrimiento de la tumba vacía (vv. 1-10), donde la fe inicial del discípulo amado se encuentra sólo en un primer estadio de la fe pascual plena, el fragmento muestra el segundo estadio, el del ahondamiento de la fe en el Resucitado a través de la experiencia personal de María Magdalena: desde los signos visibles de la ausencia de Jesús se pasa a su presencia viva. El discípulo queda invitado a entrar en la perspectiva de la fe sobre la persona del Señor.

El fragmento se compone de dos partes: la aparición de los ángeles a María (vv. 11-13) y la aparición de Jesús a la mujer (vv. 14-18). María se debe liberar de una adhesión todavía demasiado sensible al Jesús terreno. La superación de esta visión terrena permite al discípulo encontrar al Señor. María no llega a la fe en el Cristo resucitado a través de los ángeles, que tienen una mera función de interlocutores (*«Mujer, ¿por qué lloras?»*: v. 13), sino cuando Jesús la llama por su nombre (*«¡María!»*: v. 16), inaugurando en ella una nueva vida. María, una vez que ha reconocido al *«¡rabboni!»* (v. 16), recibe la invitación de Jesús a anunciar a los discípulos el acontecimiento de la resurrección. María es ahora el símbolo de la fe plena, que se hace misionera y evangelizadora de la palabra de Jesús: *«María Magdalena se fue corriendo adonde estaban los discípulos y les anunció: "He visto al Señor". Y les contó lo que Jesús le había dicho»* (v. 18).

El encuentro de María Magdalena con Jesús y el anuncio de la mujer a los hermanos contienen un gran mensaje para el discípulo de todos los tiempos: el Señor está vivo y cada uno debe buscarlo por un camino de fe. Es seguro que, si hace lo necesario de su parte, el Señor no tardará a su vez en salirle al encuentro y hacerse reconocer.

LA PALABRA ME ILUMINA

Al leer con atención el fragmento, impacta la actitud de Jesús, que se acerca a María con esa amabilidad, subrayada ya en otras ocasiones por Juan, que caracteriza al Maestro cuando habla a las distintas personas con que ese encuentra: los primeros discípulos, Nicodemo, la samaritana, el paralítico, el ciego de nacimiento, los amigos de Betania... Se pone siempre al nivel de la persona que tiene delante, y parte de los problemas y de las preguntas que se refieren a su presente. Y, con delicadeza y fina sensibilidad, ilumina el mundo interior del hombre para que él mismo se defina y cree el espacio para su revelación. Sólo después de haber creado el ambiente para una presencia, se revela y suscita en lo íntimo la fe, y se hace reconocer.

Todos –tanto María como cualquier discípulo– deben responder a la pregunta fundamental planteada por Jesús: *«¿A quién estás buscando?»* (v. 15), y aclararse a sí mismos lo que buscan realmente en la vida, verificando la autenticidad de su propio camino de fe en el seguimiento de Jesús. Ahora es preciso dejar atrás un pasado ligado a lo sensible que impide reconocer al Señor, como en el caso de María Magdalena. Ella confunde a Jesús al principio con el guardián del huerto porque todavía no tiene la mirada limpia de la fe (v. 15b). Sin embargo, el progreso en la fe conduce poco a poco a los discípulos a dar una respuesta muy diferente a esta pregunta: ya no

tiene importancia, como ocurre con María, saber dónde han puesto su cuerpo muerto y buscarlo; ahora se trata de saber dónde está realmente Cristo, en su vida profunda, en su misterio. El que los discípulos deberán buscar ahora ya no es el Jesús terreno tal como le habían conocido, sino aquel que está *«en la casa del Padre»*, aquel que está en la intimidad del Padre. Sólo cuando María está dispuesta a reconocer que el Señor está vivo y a dejarse tomar por él en la fe, tiene lugar el reconocimiento.

Un monje del siglo XIII describió este encuentro entre Jesús y María en el huerto después de la resurrección con estas palabras de Jesús: «¿Mujer, por qué lloras, a quién estás buscando? Tienes al que buscas y ¿lo ignoras? Tienes el gozo auténtico de la eternidad y ¿lloras? Tienes dentro de ti al que buscas fuera. Realmente, estás fuera de todo, llorando cerca de una tumba. Mi tumba es tu corazón. No estoy muerto, sino que reposo dentro de ti, vivo por toda la eternidad. Tu alma es mi jardín. Tenías razón al pensar que era el jardinero. Como nuevo Adán, cultivo mi paraíso y lo guardo. Tus lágrimas, tu amor y tu deseo son obra mía. Me posees en ti sin saberlo, y por eso me buscas fuera. Me voy a mostrar a ti fuera para hacerte entrar en ti misma y para que en el interior encuentres al que buscas fuera».

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor Jesús, libéranos como a María Magdalena de una adhesión demasiado sensible y de la voluntad de poseerte, que nos impide tener una verdadera experiencia pascual de vida contigo. Ayúdanos a encontrarte de verdad y a dejarnos guiar por ti a una realidad de comunión y de intimidad, a un movimiento hacia ti. Sólo un camino de fe nos permitirá reconocerte como Señor de nuestra vida y ser enviados como testigos entre los hermanos a anunciar tus maravillas pascuales.

Sí, Señor, tú estás vivo entre nosotros, y cada uno debe buscarte en la fe. Podemos estar seguros de que si realizamos lo que nos corresponde por nuestra parte, tú no tardarás en salirnos al encuentro y en hacerte reconocer como nuestro buen pastor.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

El amor que se derrama con ímpetu en el corazón de la esposa procede de la benignidad de su Esposo. Él, en efecto, la ha colmado de grandísimos dones para hacerla actuar de un modo nuevo. Sin embargo, lo que ella ha concebido inicialmente en su espíritu con suavidad, debe nacer ahora con dolor. Ella busca al Esposo y no le encuentra, le llama y no responde. La esposa, en medio de estos sufrimientos, lo soporta, porque la caridad lo soporta todo (1 Cor 13,7). ¿Qué prueba puede ser más pesada que ésta?

Jesús está lejos, no está aquí; en su corazón no hay más que soledad y desolación. Sin embargo, *«es bueno para mí, Señor, ser humillado»* (Sal 118,71). La vestidura de gloria, que expresa la inocencia y el esplendor de la santidad del que la lleva, no verá jamás la corrupción; es una vestidura de luz resplandeciente y ninguna tiniebla podrá dañarla. El primero en ponérsela fue *«el más bello entre los hijos de los hombres»* (Sal 44,3), cuando, al triunfar de la muerte, se recubrió de esplendor. Justamente por eso la esposa, al contemplar el rostro luminoso de su Esposo, dice: él es *«el elegido entre miles y miles»* (Cant 5,10); de él procede el candor de toda la Iglesia. Sólo él es verdaderamente puro en medio de los pecadores y, aunque inocente –*«no había conocido el pecado»* (2 Cor 5,21)–, asume los pecados de los hombres. Sin embargo, se hizo lavado de regeneración para todos los hombres y fue derramado como agua (Sal 21,15) para hacer cándidos a los pecadores. Él es la gloria de

los que resucitan; con su propia glorificación se ha convertido en causa de resurrección para todos los hombres. Él es perfectamente cándido y tiene el poder de distribuir su plenitud a quien quiere y cuanto quiere (Juan de Ford, «Sermo I» 1; III, 4s, en *Il volto dell'amore,* Rímini 2003, 26-52, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«María se acercó a él y exclamó en arameo: "¡Rabboni!" (que quiere decir "Maestro")» (v. 16).

CAMINAR CON LA PALABRA

El volverse de María es apartar la mirada del recuerdo de Jesús muerto y sepultado para dirigir la mirada hacia Jesús escuchado-presente. Reconocer a Jesús, que la llama ahora, es dejar lo que quedaba de la familiaridad de un tiempo, vivida como destrozada por la muerte, por una nueva familiaridad con Jesús, que nace ahora de su llamada, de este ser llamada ahora por su nombre. Y María Magdalena, la que escuchaba y acompañaba a Jesús, la que estaba junto a la cruz y le vio sepultado, la que le buscó yendo al sepulcro cuando todavía estaba oscuro, la que quería saber adónde habían llevado el cuerpo muerto de Jesús para ir a recogerlo, la que quería a todo precio realizar este último gesto de devoción, de *pietas,* al cuerpo muerto de Jesús, esta misma María reconoce al Señor vivo junto a ella, y por él, que vive más allá del sepulcro, se siente llamada por su nombre y enviada con una tarea de anunciar. Ella escucha y acoge esta tarea que se le ha confiado: estar con Jesús es ahora para ella ir a aquellos a los que Jesús llama *«mis hermanos»* y anunciar lo que le ha dicho.

En este *«salir corriendo»* y en este anunciar no hay sólo la ejecución de una tarea que le ha sido confiada; hay una modalidad de relación, lo que ahora significa para esta mujer seguir al Señor, el modo en que ella asume esta familiaridad con él. La familiaridad precedente, con la prueba de la cruz tan duramente sentida, madura en familiaridad interior con la eficacia de una nueva llamada por parte de Jesús, en virtud de una novedad de relación creada por Jesús, el Resucitado. Esa familiaridad madura ahora en la experiencia propiamente de fe, de plenitud de fe, que permite a María comprender y vivir la realidad de que el Señor Jesús le está ahora siempre presente, más allá de la visión física: su estar con él ahora ya no es estar junto a él para escucharle; su estar con él está sostenido de ahora en adelante por la conciencia de esta presencia suya que la hace capaz de mediación para otros de su presencia salvadora (S. Bastianel, *Ho visto il Signore,* Casale Monf. 1999, 122-129, *passim*).

Jesús se aparece a los discípulos reunidos

(Jn 20,19-25)

19 Aquel mismo domingo, por la tarde, estaban reunidos los
discípulos en una casa con las puertas bien cerradas, por miedo a los judíos. Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo:

–La paz esté con vosotros.

20 Y les mostró las manos y el costado. Los discípulos se
llenaron de alegría al ver al Señor. 21 Jesús les dijo de nuevo:

–La paz esté con vosotros.

Y añadió:

–Como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros.

22 Sopló sobre ellos y les dijo:

–Recibid el Espíritu Santo. 23 A quienes les perdonéis los
pecados, Dios se los perdonará; y a quienes se los retengáis, Dios se los retendrá.

24 Tomás, uno del grupo de los Doce, a quien llamaban «El
Mellizo», no estaba con ellos cuando se les apareció Jesús.
25 Le dijeron, pues, los demás discípulos:

–Hemos visto al Señor.

Tomás les contestó:

–Si no veo las señales dejadas en sus manos por los clavos y meto mi dedo en ellas, si no meto mi mano en la herida abierta en su costado, no lo creeré.

LA PALABRA SE ILUMINA

Jesús, a quien el Padre ha resucitado de los muertos por la fuerza del Espíritu Santo (Rom 1,4), se aparece

en la noche de la Pascua a los apóstoles reunidos en el cenáculo y les comunica el don unificador y santificante de Dios. Se trata del Pentecostés joánico, que el evangelista aproxima en el tiempo a la resurrección para subrayar su particular perspectiva teológica: la «*hora*» a la que tendía toda la existencia terrena de Jesús es única, es la hora en la que él glorifica al Padre mediante el sacrificio de la cruz y la entrega del espíritu en la muerte (Jn 19,30), y es, inseparablemente, la hora en que el Padre glorifica al Hijo en la resurrección.

En esta *única* hora, Jesús transmite a sus discípulos el Espíritu (v. 27) y con él su paz (vv. 19.21), su misión (v. 21b) y el poder sobrenatural para llevarla a cabo. El Espíritu –tal como la Iglesia repite en la fórmula sacramental de la absolución– fue «derramado para la remisión de los pecados». El cordero de Dios cargó sobre sí el pecado del mundo (1,29), destruyéndolo en su cuerpo inmolado en la cruz (cf. Col 2,13s; Ef 2,15-18). A través de los apóstoles continúa su acción salvífica en la historia, haciendo renacer la vida nueva, devolviendo a su pureza originaria a los que se acercan a recibir el perdón de Dios y, a través de un arrepentimiento sincero, se abren a recibir el don del Espíritu Santo (Hch 2,38s).

Con este texto concluye la primera jornada pascual de los discípulos, en la que Jesús se une de nuevo a los suyos, que estaban en crisis por el escándalo de la cruz, con una relación personal basada en el don del Espíritu. La misión de Jesús se transmite ahora a los suyos: su testimonio de fe prosigue el juicio de Jesús, que es un juicio de condena para el mundo incrédulo, pero de salvación para los que se adhieran a él.

LA PALABRA ME ILUMINA

Con la efusión del Espíritu Santo, toda la alegría pascual, recogida como en un haz de luz fulgurante, se difunde con incontenible ímpetu no sólo en los corazones, sino sobre toda la tierra. El Resucitado se ha convertido en el Señor del universo: todas las cosas que toca quedan como investidas por el fuego, envueltas en su luz, hechas incandescentes y transparentes al ojo de la fe. En él, todas las diversidades se convierten en una expresión de la belleza divina, todas las diferencias forman la armonía de la unidad en el amor.

El amor incrementa todo lo que hay de bueno en nosotros y nos hace a los unos don para los otros. Ahora bien, no podemos vivir en el Espíritu si no tenemos la paz en nuestro corazón y no nos convertimos en instrumentos de paz entre nuestros hermanos, testigos de la esperanza, custodios de la verdadera alegría.

Tomás se muestra incrédulo ante el primer testimonio eclesial sobre la resurrección realizado por los apóstoles: «*Hemos visto al Señor*» (Jn 20,25a); no acepta el testimonio del grupo de los Doce, su experiencia del Resucitado; «plantea y define las condiciones de su fe: el deseo de ver el cuerpo del Crucificado». El «ver» y el «creer» son dos acciones fundamentales respecto a Cristo resucitado. La exigencia de Tomás tiene, en Juan, la función de crear las premisas para la enseñanza de Jesús a toda la Iglesia (20,29). Sin embargo, también nos recuerda que, frente a los signos no fáciles de la presencia de Dios en la historia, es menester saber esperar y ponernos a buscar sin rechazar. Jesús se revela siempre, antes o después, y a cada uno a su manera. Todos tenemos la posibilidad de acercarnos al misterio y al Cristo revelador, con tal de que tengamos apertura y disponibilidad.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor resucitado, al aparecerte a tus discípulos nos dijiste que la misión implica el perdón de los pecados, y la misericordia y el perdón constituyen un juicio que la

Iglesia está invitada a emitir, rechazando el pecado y todo lo que se opone a la luz, y acogiendo al pecador arrepentido que se confía a tu Palabra de vida. Te agradecemos este don que nos purifica de todos nuestros pecados. Ahora comprendemos mejor la referencia explícita que hiciste a la cruz: tu Palabra sobre el poder de remitir los pecados acompaña al gesto con el que mostraste las llagas de la Pasión y nos hace comprender que el ministerio del perdón es la actualización del sacrificio por el que tú, buen Pastor, das la vida por nosotros, tus hermanos. Te pedimos que nos hagas gustar con agradecimiento los dones de tu misericordia.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

«*Aquel mismo domingo, por la tarde, estaban reunidos los discípulos en una casa con las puertas bien cerradas, por miedo a los judíos. Jesús se presentó en medio de ellos*» (Jn 20,19). Era por la tarde más por el dolor que por el tiempo. Era por la tarde porque las mentes estaban ofuscadas por la tétrica nube del dolor y del desconsuelo, puesto que, aunque la noticia de la resurrección había permitido algún vislumbre de luz, a pesar de todo el Señor aún no se había aparecido esplendoroso con la luminosidad completa de su luz. La grandeza del terror y la tormenta de un delito tan atroz habían cerrado la casa y los corazones de los discípulos, y de este modo habían cerrado cualquier entrada a la luz. Y así, al estar los sentidos cada vez más oprimidos por el dolor, aumentaba el tenebroso extenderse de la noche.

«*Y les dijo: Paz a vosotros*» (20,19). Los corazones de los discípulos soportaban la lucha de un conflicto continuo entre la fe y la duda, entre la desesperación y la esperanza, entre la debilidad y la grandeza de ánimo. Al ver, pues, la lucha de tales pensamientos, aquel que los penetra y los escruta en lo secreto, restituyó la paz a los

que le veían por primera vez. En la misma medida en que es más agradable la luz después de las tinieblas, la calma después de la tempestad, así también apreciamos más la alegría después del dolor.

«*Les dijo por segunda vez: Paz a vosotros*» (20,21). ¿Qué nos revela la generosidad que supone repetir el saludo de la paz, sino que desea que reine la tranquilidad entre ellos?

«*Como el Padre me ha enviado, así os envío yo a vosotros*» (20,21). Como me ha enviado a mí, así os envío yo a vosotros: no con la autoridad del que todavía manda, sino con todo el afecto del que ama. Os envío a vosotros a pasar hambre, os envío a vosotros a las pesas de los encadenados, a la sordidez de la cárcel, a soportar todo tipo de penas, a sufrir una muerte execrable a los ojos de todos: cosas, todas éstas, que el amor, no el poder, manda a los espíritus humanos (Pedro Crisólogo, *Sermón* 84, 2-6; edición italiana: Milán-Roma 1996, 161-163, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*La paz esté con vosotros. Como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros*» (v. 21).

CAMINAR CON LA PALABRA

«*Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo: La paz esté con vosotros*» (Jn 20,19). El que en aquel día se puso entre los discípulos tomó, pues, el puesto central, subiendo al trono que le correspondía por derecho y que se encuentra en el corazón de la historia del mundo. Jesús llevó y creó la paz a todos los hombres de todas las naciones y de todos los tiempos, de toda la tierra, del mundo visible y del invisible. Aquel Jesús crucificado y resucitado, en cuanto Señor de todos, tomó su puesto con autoridad

en medio de toda la población humana, que a veces exulta de alegría y otras veces se aflige mortalmente, entre los necios y los inteligentes, entre los que están demasiado seguros de sí mismos y los que se muestran demasiado temerosos, entre los hombres religiosos y los que no creen. En medio de todas las enfermedades y las catástrofes naturales, de todas las guerras y las revoluciones, de los tratados de paz y de su ruptura; en medio del progreso, del inmovilismo y del retroceso, en el centro de toda la miseria humana inocente y culpable, se apareció y se reveló como el que era, es y será: *«La paz esté con vosotros»*, dijo, y les mostró las manos y el costado.

Aquel día se sembró, entre muchas espinas y hierbajos, un grano de trigo que está madurando en vistas a la cosecha. Podemos fiarnos: lo que sucedió aquel día era y sigue siendo el centro en torno al que todo lo demás se mueve, del que todo deriva y hacia el que todo se encamina. Existen muchas luces, verdaderas y aparentes, claras y oscuras, pero ésta es la que brillará durante más tiempo, mientras que todas las demás se extinguirán cuando se acabe su tiempo. Porque todas las cosas duran durante cierto tiempo, pero el amor de Dios, que actuaba y se expresaba a través de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, dura para la eternidad. En consecuencia, Jesús, el único gran Mediador entre Dios y los hombres, resucitado de entre los muertos, tomó sitio en el centro de su comunidad, de la vida de cada ser humano y de la historia del mundo (K. Barth, *Ce qui demeure,* Ginebra 1965, 121-123, *passim*).

Jesús se muestra a Tomás y conclusión del evangelio *(Jn 20,26-31)*

26 Ocho días después, se hallaban de nuevo reunidos en casa todos los discípulos de Jesús. Estaba también Tomás. Aunque las puertas estaban cerradas, Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo:

–La paz esté con vosotros.

27 Después dijo a Tomás:

–Acerca tu dedo y comprueba mis manos; acerca tu mano y métela en mi costado. Y no seas incrédulo, sino creyente.

28 Tomás contestó:

–¡Señor mío y Dios mío!

29 Jesús le dijo:

–¿Crees porque me has visto? Dichosos los que creen sin haber visto.

30 Jesús hizo en presencia de sus discípulos muchos más signos de los que han sido recogidos en este libro.
31 Éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis en él vida eterna.

LA PALABRA SE ILUMINA

Después de que la comunidad de los discípulos hubiera alcanzado su fe en Cristo glorificado, podríamos preguntarnos qué sentido tiene la aparición de Jesús a Tomás y qué novedad añade respecto a las escenas precedentes. Los críticos se muestran de acuerdo en consi-

derar la escena del encuentro de Jesús con el apóstol Tomás como una elaboración literaria del evangelista, realizada sobre la base de un elemento tradicional: la incredulidad de los discípulos frente a la resurrección del Señor (cf. Mc 16,14; Mt 28,17; Lc 24,37-41). Ese tema fue reelaborado por Juan con una intención teológica precisa, la de mostrar cómo el Resucitado conduce a los discípulos, y a los futuros creyentes después de ellos, a la madurez de la fe: creer sin ver, basándose únicamente en el anuncio de los primeros testigos.

La nueva aparición de reconocimiento se abre con la presencia de Tomás. Está con los otros discípulos en la casa y Jesús vuelve entre los suyos ocho días después. El apóstol vuelve a ver al Maestro cuando se reúne con sus otros hermanos de comunidad, cuando acepta humildemente estar con los otros, aunque no comprende del todo la experiencia que habían vivido con Jesús. El Maestro saluda a sus amigos con el don de la paz y después invita a Tomás a tocar los signos de su Pasión y a dejar de ser incrédulo y convertirse en un hombre de fe (v. 27).

Las palabras de Jesús revelan que conoce los sentimientos del apóstol y está dispuesto a la comprobación que Tomás había pedido para creer. Sin embargo, son, sobre todo, una clara invitación a crecer en la fe, superando el estadio de lo sensible, para entrar en la visión de fe. Es menester que nos despojemos de lo superfluo y de la pretensión de ver para realizar una verdadera experiencia del Cristo glorioso.

El reproche dirigido por Jesús a Tomás es un aviso para los primeros discípulos y para los de todos los tiempos de la Iglesia. El Resucitado deja entender a todos que el testimonio y el anuncio de los testigos son suficientes para creer en él. Basta el encuentro con Jesús y su presencia para hacer que Tomás llegue a la profesión de fe, después de haber llevado a cabo un cambio radical de vida, con estas palabras: «*¡Señor mío y Dios mío!*» (v. 28). Es la confesión de fe explícita y directa de la divinidad de Jesús, la más elevada de todo el evangelio. Jesús es el verdadero pedagogo que ha guiado a sus discípulos en su camino de fe.

LA PALABRA ME ILUMINA

Las últimas palabras directas de Jesús en este evangelio –exceptuando el capítulo 21– están dirigidas al apóstol, pero contienen una gran bienaventuranza: «*¿Crees porque me has visto? Dichosos los que creen sin haber visto*» (v. 29). Juan, al referir esta bienaventuranza, pretende dar un fundamento a la misma profesión de fe que deberán realizar los que no han visto, o sea, todos los discípulos que no han conocido personalmente al Señor y creen en la palabra de los primeros testigos directos.

Explica Bruno Maggioni: «Por eso, el relato de Tomás adquiere una gran importancia, convirtiéndose en punto de paso de las cristofanías al testimonio, de los signos al anuncio. Se abre sobre el tiempo de la Iglesia. Es creyente el que, superando la duda y la pretensión de ver, acepta el testimonio autorizado del que ha visto. En tiempos de Jesús, la visión y la fe estaban emparejadas, pero ahora, en el tiempo de la Iglesia, no debemos pretender la visión: basta con el testimonio apostólico. El *signo* que conduce a la fe se ha transformado: ya no es objeto de visión directa, sino de testimonio. Pero esto no significa que el creyente esté cerrado ahora a toda experiencia personal del Cristo resucitado; todo lo contrario: se le ofrece la experiencia de la alegría, de la paz, del perdón de los pecados, de la presencia del Espíritu. Sin embargo, la historia de Jesús debemos aceptarla por testimonio. Dicho con otras palabras: la experiencia apostólica resulta de dos elementos: la visión histórica (que no se puede repetir) y la comunión de fe con el Señor (siempre posible y actual)».

El itinerario de fe de Tomás –y especialmente de los discípulos–,¡ está presentado, en el evangelio de Juan, como modelo para todos los que quieran creer y profundizar en su fe en Jesús (cf. 20,30s). Por eso el evangelista da predilección al término «discípulos» en sentido amplio, refiriéndose así tanto a los Doce como a los que han creído en Cristo. Para Juan, existe una estrecha afinidad entre «creer» y «ser discípulo»: todo el que cree se encuentra en la situación de discípulo. Tenemos, por tanto, aquí una lección para todos los creyentes: hemos de creer sin ver, convencidos de que la fe cristiana está conectada con la experiencia de los primeros testigos que vieron al Cristo de la gloria.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor Dios nuestro, por la plenitud de tu amor nos diste a tu Hijo unigénito y, añadiendo don tras don, derramaste sobre nosotros la abundancia de tu Espíritu de santidad. Como custodia de tan gran tesoro, urge para tu Iglesia la necesidad de caminar hacia ti en santidad de vida. Que podamos vivir los pequeños y los grandes sufrimientos cotidianos con fe y amor, hasta que, purificados de todo fermento de mal, lleguemos juntos al banquete de la Pascua eterna, que has preparado desde siempre para nosotros, tus hijos, pecadores perdonados por medio de la sangre de tu Cristo.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

Los milagros extraordinarios acompañan casi siempre a la incredulidad, y los oyentes no admiten con facilidad lo que está por encima de la razón: despierta casi necesariamente en ellos una dificultad, casi un rechazo a creer. Algo de este género le sucedió al sapientísimo Tomás a

propósito de la resurrección de nuestro Salvador. Por eso, no admite fácilmente el testimonio de los otros discípulos, aunque, según la ley mosaica, bastaba con la palabra de dos o tres testigos (Dt 17,6). En el discípulo, me parece, no pesó tanto el no dar crédito a las palabras como la gran amargura que sintió por no haber visto también él al Señor. Tal vez pensara que había sido privado para siempre de la misma.

Se apareció entonces de nuevo el Señor: era menester dar un remedio a quien lo necesitaba y había manifestado una fe más débil. Viene y, en cierto modo, está con los discípulos, que se habían reunido por él, precisamente ocho días después, es decir, el domingo. Así pues, nosotros, con mucha razón, nos reunimos en las iglesias el octavo día. Y puesto que debemos decir algo que es más bien místico y supera la capacidad de la inteligencia, cerramos las puertas, pero sobreviene y se aparece a todos nosotros Cristo de manera invisible y, al mismo tiempo, visible: de modo invisible como Dios, de modo visible con el cuerpo. Nos permite, en efecto, tocar y nos da su santa carne. Nos aproximamos, por gracia de Dios, para participar en la mística eucaristía, tomando a Cristo en nuestras manos, a fin de que también nosotros creamos firmemente. La participación en los santos misterios es una verdadera confesión y una memoria de que el Señor murió y resucitó por nosotros. Debemos evitar el peligro de la incredulidad y hacer que nos encuentren siempre firmes y estables en la fe (Cirilo de Alejandría, *Commento al Vangelo secondo Giovanni*, XII, 20, Roma 1994, 496-498, *passim*).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*¡Señor mío y Dios mío!* (v. 28).

CAMINAR CON LA PALABRA

Y así ven también aquí tú, Tomás, sal del antro de tus dolores, mete el dedo aquí dentro y mira mis manos; mete aquí tu mano e introdúcela en mi costado. Y no te imagines que tu ciego dolor es más clarividente que mi gracia. No te escondas en la fortaleza de tus tormentos. Es verdad que crees ver con más agudeza que tus hermanos, dispones de pruebas, conoces tu hombre viejo, negro sobre blanco, y todo en él grita: ¡imposible! Y, sin embargo, yo he resucitado. Y tu sabio dolor, tu dolor gris, en el que te echas, con el que te imaginas demostrarme tu fidelidad, con el que crees estar junto a mí, es muy anacrónico. Porque yo soy hoy joven y feliz. Y todo lo que tú llamas fidelidad es autocomplacencia. ¿Dispones de alguna medida en tu mano? ¿Es tu alma el criterio de juicio para lo que es posible a Dios? ¿Es tu corazón, cargado e hinchado de experiencia, el reloj con el que puedes leer el consejo de Dios respecto a ti?

Falta de fe es lo que tú crees profundidad. Ahora bien, puesto que estás tan consumido y el evidente tormento de tu corazón se ha abierto de par en par hasta el abismo de tu yo, dame tu mano y percibe con ella el pulso de otro corazón: con esta experiencia nueva tu alma se entregará y se rendirá, y estallará la intensa oscura hiel. Te debo abrumar. No puedo dejar de pretender de ti lo más querido que tienes, tu melancolía. Echa fuera estos ídolos, el frío grupo que hay en tu pecho, y yo te daré en su lugar un corazón nuevo de carne, que latirá al son del mío. Cede este yo tuyo, que vive del hecho de no poder vivir, que está enfermo porque no puede morir: déjalo perder y así empezarás a vivir por fin (H. U. von Balthasar, *Il cuore del mondo,* Casale Monf. 1994, 130-132; edición española: *El corazón del mundo,* Encuentro, Madrid 1991).

Jesús se aparece junto al lago de Tiberíades

(Jn 21,1-14)

1 Poco después, Jesús se apareció otra vez a sus discípulos junto al lago de Tiberíades. 2 Estaban juntos Simón Pedro, Tomás «El Mellizo», Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos discípulos. 3 En esto dijo Pedro:

–Voy a pescar.

Los otros dijeron:

–Vamos contigo.

Salieron juntos y subieron a una barca, pero aquella noche no lograron pescar nada.

4 Al clarear el día, se presentó Jesús en la orilla del lago, pero los discípulos no lo reconocieron. 5 Jesús les dijo:

–Muchachos, ¿habéis pescado algo?

Ellos contestaron:

–No.

6 Él les dijo:

–Echad la red al lado derecho de la barca y pescaréis.

Ellos la echaron, y la red se llenó de tal cantidad de peces que no podían moverla. 7 Entonces, el discípulo a quien Jesús tanto quería le dijo a Pedro:

–¡Es el Señor!

Al oír Simón Pedro que era el Señor, se ciñó un vestido, pues estaba desnudo, y se lanzó al agua. 8 Los otros discípulos llegaron a la orilla en la barca, tirando de la red llena de peces, pues no era mucha la distancia que los separaba de tierra: tan sólo unos cien metros.

9 Al saltar a tierra, vieron unas brasas, con peces colocados sobre ellas, y pan. 10 Jesús les dijo:

–Traed ahora algunos de los peces que habéis pescado.

11 Simón Pedro subió a la barca y sacó a tierra la red llena de peces; en total eran ciento cincuenta y tres peces grandes. Y, a pesar de ser tantos, la red no se rompió.

12 Jesús les dijo:

–Venid a comer.

Ninguno de los discípulos se atrevió a preguntar: «¿Quién eres?», porque sabían muy bien que era el Señor. 13 Jesús se acercó, tomó el pan en sus manos y se lo repartió, y lo mismo hizo con los peces.

14 Ésta fue la tercera vez que Jesús se apareció a sus discípulos después de haber resucitado de entre los muertos.

LA PALABRA SE ILUMINA

El texto está compuesto por dos fragmentos en el ámbito redaccional: la aparición de Jesús en Galilea y la pesca milagrosa (vv. 1-6), y el reconocimiento de Jesús y la comida preparada por él (vv. 7-14). El relato describe, de una forma simbólica, la misión de la Iglesia primitiva y el retrato de toda comunidad en misión, que permanece estéril cuando le falta Cristo pero se vuelve fecunda cuando obedece a su Palabra y vive de su presencia.

El fragmento joánico se muestra rico en elementos simbólicos: la *pesca* indica el campo de la evangelización y del apostolado; el *mar,* donde los discípulos desarrollan su trabajo apostólico, representa el lugar de los asuntos humanos y el ambiente del trabajo evangélico; el número *siete* indica la plenitud y la totalidad de los discípulos en la Iglesia, entre los cuales se nombra en primer lugar a Pedro, porque ejerce la función de responsable y de guía de la comunidad; los discípulos trabajan juntos durante la *noche* sin pescar nada porque Jesús, verdadera luz del mundo (cf. Jn 8,12; 1 Jn 1,5), no está en su barca. El momento de crisis está subrayado no solamente por la noche, sino por el pecado de autosuficiencia de los discípulos, puesto de manifiesto por su personal proyecto apostólico «yo *voy a pescar...* nosotros...» (v. 3).

Frente a la conciencia de no salir airosos por sí solos en la empresa, Jesús interviene *«al clarear el día»*, tiempo privilegiado de la acción de Dios (cf. Éx 14,24; Sal 5,4; 30,6). Con su amabilidad y con el don de su Palabra, premia a la comunidad que ha perseverado unida en el trabajo apostólico. Jesús les ofrece entonces su Palabra de vida: «*Echad la red al lado derecho de la barca y pescaréis*» (v. 6). *El lado derecho* es en el lenguaje semítico símbolo de la buena suerte y del bienestar, como obra de Dios. Jesús impulsa de este modo a los suyos a cumplir su Palabra y a vivirla en obediencia. El resultado es una pesca milagrosamente sobreabundante.

Ahora, uno tras otro, siguiendo la indicación del discípulo amado, que es el primero en identificar al «*Señor*» (v. 7), reconocen en la fe a Jesús, que les invita a participar en el banquete que él mismo ha preparado y en el que quiere que colaboren los suyos, depositando también en la mesa el fruto de su misión evangelizadora.

Llegados a la orilla junto a Jesús, Pedro reemprende su servicio en la comunidad, llevando a tierra la red llena de peces sin romperla, dado su carisma de conservar la unidad en la Iglesia. Viene, después, la invitación de Jesús a comer. El texto, al hablar de *pan* y de *peces,* alude de manera explícita a la eucaristía, momento cumbre de la comunidad de fe. Esta tercera aparición de Jesús resucitado es una invitación dirigida a toda comunidad eclesial para que recupere el sentido de su propia misión, poniendo al Señor, Palabra y eucaristía, en el centro de su propia vida.

LA PALABRA ME ILUMINA

El relato de la pesca milagrosa alude al misterio de nuestras comunidades cristianas, que con frecuencia intentan «hacer», construir, trabajar en la evangelización, pero que igualmente a menudo actúan por la «noche»

contando exclusivamente con sus fuerzas humanas, y entonces experimentan la amargura, la decepción y el fracaso. Sin embargo, cuando actúan al «clarear el día» y con la luz que es Jesús, intentando obedecer a su Palabra, dan fruto y se abren por completo al sentido de su vocación. La sabia dosificación entre el *hacer* y el *estar* con Jesús determina la calidad de la existencia de nuestra vida cristiana. Las comunidades que se limitan a vivir en la superficie son incapaces de alcanzar el centro más profundo de sí mismas y no descubren nunca el «centro del centro», que es Dios y su Palabra. Sólo las comunidades que viven y se miran en el centro se conocen a sí mismas y viven la experiencia de Dios y de su Palabra, porque –como dice Paul Ricoeur– «la vida interior es la fuente de sus relaciones exteriores».

El fragmento joánico nos interpela, por tanto, personal y comunitariamente. ¿Qué nos dice a cada uno de nosotros el mandato de Jesús: *«Echad la red al lado derecho de la barca y pescaréis»* (v. 6)? Nos dice, antes que nada, que para salir hoy de una situación de cansancio y desconcierto es preciso vencer el entorpecimiento funesto, que es la superficialidad en la vida espiritual. Jesús nos invita a volver a entrar en nosotros mismos, a confesar nuestras debilidades y a confiar no en proyectos humanos y personales, sino en la fe en él, en su Palabra, en nuestro trabajo apostólico. En nuestro caso, se trata de volver a encontrar la unidad de la vida espiritual y de la acción apostólica, fiándonos de la persona de Jesús, convencidos de que es a él a quien debemos poner en el centro de nuestras opciones pastorales.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Padre misericordioso, te damos gracias por el don que nos has hecho de Jesús-palabra y de Jesús-eucaristía, pan de vida partido por nosotros y alimento de nuestra vida

espiritual, personal y comunitaria. Nosotros queremos corresponder a este inmenso don tuyo intentando vivir en comunión constante con el Resucitado a través de los signos que el evangelista nos ha presentado: en el reconocernos pecadores, en la unidad y el amor mutuo entre hermanos en la fe que trabajan juntos por el Reino, en la obediencia a tu Palabra de vida, en la comunión vivida, hecha testimonio, en torno a la mesa eucarística. A veces nos sentimos cansados y fatigados cuando recorremos este camino con fidelidad, y tenemos miedo, como los discípulos en la pesca nocturna, de tomar a Jesús en nuestra barca y confiar en él, porque vemos que muchas de nuestras aspiraciones se han frustrado y somos estériles en nuestra obra de evangelización. Padre bueno, intervén tú en nuestra vida cuando, sin confiar ya en los medios humanos, nos sentimos ansiosos o sentimos la tentación de abatirnos; vuelve a darnos el coraje de poner al Señor en medio de nosotros, de suerte que podamos caminar con renovada confianza y brío hacia ti.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

El Señor Jesús se apareció a los discípulos mientras pescaban en el lago de Tiberíades después de la resurrección. Cuando les llamó por vez primera les dijo: *«Venid conmigo y os haré pescadores de hombres»* (Lc 5,11). Y fue en aquella ocasión cuando, tras haber echado las redes fiándose de su Palabra, capturaron una gran cantidad de peces, hasta el punto de que las barcas estaban a punto de hundirse. También ahora, debido a la gran cantidad de peces, no conseguían tirar de la red, y el evangelista se siente en la obligación de añadir que, *«a pesar de ser tantos, la red no se rompió»* (21,11). Con todo, el Señor no les dijo en aquella primera pesca: *«Echad la red a la derecha»* (21,6), sino sólo: *«Echad»* (Lc 5,4), sin

mencionar ni la derecha ni la izquierda. Entonces echaron las redes de una manera no precisada: no se menciona la derecha para que no se entienda sólo los buenos, y tampoco se nombre la izquierda, para que no se entienda sólo los malos: los buenos y los malos están mezclados. Ahora, en cambio, no figuran los malos y existe una gran tranquilidad: es preciso, no obstante, que tú seas bueno. Sed buenos en medio de los malos y seréis buenos allí donde faltarán los malos. A vosotros que me escucháis no sólo con el objetivo de alimentar vuestra fe, sino también con el de vivir bien, os digo esto: Vivid como buenos, y vivid como buenos también en medio de los malos, no queráis romper las redes. Si, efectivamente, conocéis la ley, conocéis los mandamientos de Dios, pero después no ponéis en práctica todo esto, ¿qué ventaja obtendréis de ello? (Agustín de Hipona, *Discorsi,* 249, 1s, Roma 1986, 423-425, *passim;* existe edición española en BAC).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*Es el Señor*» (v. 7).

CAMINAR CON LA PALABRA

En el caso de los apóstoles, pocos días después de los acontecimientos de la Pascua y las primeras apariciones de Jesús resucitado, en cuanto se desvanece su figura luminosa, recobra su lugar la vida ordinaria. Los horizontes de Galilea aparecen cerrados para siempre y el lago recupera su aspecto sin esperar ya nada. A Pedro le vuelve el deseo de pescar y los otros discípulos le siguen y repiten el ritual monótono que ya se sabían de memoria: la barca lanzada al agua, la red desplegada, echada a la luz de la antorcha, la larga espera que deberá revelarse

vana cuando el alba blanquee las crestas de las colinas. Todo se ha desarrollado como de ordinario, una esperanza de hombres, una desilusión de hombres, cruelmente triviales.

Y, sin embargo, Jesús estaba allí, pero ellos no lo sabían. No se esconde. Es perfectamente visible, de pie en la orilla. Les dirige también alguna frase, pero hasta ellos llega una voz desconocida que no les recuerda nada. Jesús está muy cerca; ellos también están en contacto con él, incluso siguen su consejo, pero no le reconocen. Hasta que la red se hunde brutalmente con el peso de la captura, y uno sólo, aquel al que Jesús amaba, hace la confrontación de improviso y descubre la identidad del desconocido: *«Es el Señor».* Aquel al que amaba le ha reconocido. Sólo el amor reconoce. Sólo el amor está en condiciones de apartar el velo gris de lo cotidiano para intuir la presencia de Jesús.

Al grito de Juan: *«Es el Señor»,* los demás se dan cuenta enseguida. El primero Pedro, sin la menor sombra de duda, pues confía en el testimonio del que ama. Toda la Iglesia regula su paso a través del corazón y de los ojos de Juan. Ella reconoce a Jesús y da testimonio de él. Y también las dudas desaparecen con el solo testimonio del que ama. El amor barre todo, incluso las preguntas. Sólo el amor es digno de fe. Sólo el amor es ahora digno de consideración. Y no hay otro poder fuera del amor, del amor perdonado y restablecido más grande que antes, y que a su vez no se cansa nunca de anunciar el perdón (A. Louf, *Solo l'amore vi basterà,* Casale Monf. 1985, 75-77, *passim*).

El encargo pastoral de Pedro
(Jn 21,15-19)

15 Después de comer, Jesús preguntó a Pedro:

–Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?

Pedro le contestó:

–Sí, Señor, tú sabes que te amo.

Entonces Jesús le dijo:

–Apacienta mis corderos.

16 Jesús volvió a preguntarle:

–Simón, hijo de Juan, ¿me amas?

Pedro respondió:

–Sí, Señor, tú sabes que te amo.

Jesús le dijo:

–Cuida de mis ovejas.

17 Por tercera vez insistió Jesús:

–Simón, hijo de Juan, ¿me amas?

Pedro se entristeció, porque Jesús le había preguntado por tercera vez si le amaba, y le respondió:

–Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes que te amo.

Entonces Jesús le dijo:

–Apacienta mis ovejas.
18 Te aseguro que cuando eras más joven, tú mismo te ceñías el vestido e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás los brazos y será otro quien te ceñirá y te conducirá adonde no quieras ir.

19 Jesús dijo esto para indicar la clase de muerte con la que Pedro daría gloria a Dios. Después añadió:

–Sígueme.

LA PALABRA SE ILUMINA

La perícopa está centrada por completo en la figura de Simón Pedro. El evangelista especifica, con dos pequeños fragmentos discursivos, cuál es el papel del apóstol en la comunidad eclesial: esta llamado al ministerio de *pastor* (vv. 15-17) y a dar testimonio con el *martirio* (vv. 18s). El Señor, por consiguiente, antes de confiar a Pedro el encargo pastoral de la Iglesia, le exige una confesión de amor. Ésta es la condición indispensable para poder ejercer una función de guía espiritual. Y el Señor, en un *crescendo,* pide el amor de Pedro tres veces (vv. 15.16.17).

La insistencia de Jesús en el amor debemos leerla como condición para establecer la relación de intimidad filial que Pedro debe mantener con el Señor. El ministerio pastoral de Pedro se basa, antes que en cualquier dote humana, en una relación de comunión interior confiada y no en un puesto de prestigio o de poder. Se trata de una intimidad que no se puede apreciar con el *metro* humano, sino que la conoce el mismo Señor, que escruta el corazón. Y el Hijo de Dios, que conoce bien el ánimo del apóstol, responde confiándole la misión de apacentar a su rebaño: «*Apacienta mis ovejas*» (v. 17c).

Al ministerio pastoral le sigue el testimonio del martirio: Pedro debe, por su amor a Jesús, entregar la vida (cf. Jn 15,13). El fragmento concluye con unas palabras redaccionales del autor relacionadas con el tema del seguimiento. La misión de la Iglesia y de los discípulos es siempre la de seguir a Jesús, único modelo de vida.

LA PALABRA ME ILUMINA

El evangelio del «discípulo amado» recupera el papel de Pedro en clave de amor. Sólo el que ama puede apacentar el rebaño recogido por el amor. Sólo el que responde al amor de Cristo puede ser puesto a la cabeza del rebaño al que debe dar testimonio de amor.

La página tiene una enorme densidad y está penetrada por el tema central de todo el evangelio de Juan: el amor. Por amor, el Padre dio al Hijo; por amor, dio el Hijo la vida; por amor, reunió Cristo a los suyos. El amor es la ley de los discípulos, el amor debe mover a Pedro y para dar testimonio de este amor escribió su evangelio el discípulo amado. Toda la historia divina y humana está movida por el amor. Éste nace del corazón de Dios, se revela en el Hijo y los discípulos dan testimonio de él. El vivir humano está iluminado y resuelto por esta pregunta: «*¿Me amas?*», y por esta respuesta: «*Sí, te amo*». La historia de la Iglesia está basada en la pregunta de Cristo a cada discípulo: «*¿Me amas?*», y en esta respuesta: «*Sí, te amo*». Que el Espíritu, que es el amor increado, nos conceda entrar en este diálogo iluminador y beatificante.

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

No sé qué decirte, Señor Dios, frente a este diálogo. ¡Es sencillamente todo! En él está toda la vida, todo su misterio, toda su luz, todo su sabor, todo su significado. Todas las otras preguntas se convierten en simples ocasiones para decirte mi «sí». ¿Y cómo podría ser de otro modo? Tú me has creado para decirme que me amas y para pedirme que te ame en los hermanos. Me lo pides como un mendigo, enviándome a tu Hijo como siervo, para que no te ame por miedo o por estupor frente a tu grandeza, sino para tocar las fibras secretas de mi corazón, para expresarme tu benevolencia y para conquistarme con la belleza de tu rostro desfigurado en la cruz.

Señor mío, haz que lo que te digo no sea fuego de paja, sino una llama que no se extingue nunca. Haz que en el papel de guía que me has confiado –como padre, como profesor, como responsable de una comunidad de personas...– sea capaz de conducir siempre y de todos modos a los hermanos a ti antes que nada.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

¿Qué reserva el Señor a Pedro, que antes le había profesado tantas veces su amor ardiente y después renegó de su afecto? No sólo no hace ninguna alusión a la negación, sino que se encuentra con él en amistosa conversación y le pregunta sobre su amor, si es más grande en él que en los otros. Pedro le responde que le ama, Jesús se lo vuelve a preguntar y de nuevo –tras haber oído la misma respuesta: «Te amo»– le pregunta para saber si le ama (cf. Jn 21,15.17). No habría cesado de preguntarle muchas veces, me parece a mí, si Pedro se hubiera negado a responder, entristecido porque él, que conoce todas las cosas, necesitaba muchas palabras para saber que era amado. No actúa así, a buen seguro, porque no reconozca al amigo o porque finja no reconocerle. Quiere demostrar que no ha conservado el recuerdo de las antiguas confesiones pisoteadas, porque de otro modo no habría planteado aún otra; quiere encender de nuevo el amor de Pedro.

En efecto, plantear esas preguntas y estimular esas respuestas puede reforzar la amistad más que cualquier otra cosa. Y el recuerdo de la amistad, el hablar de ella, no sólo la hace crecer cuando ya existe, sino que también puede hacerla nacer cuando no existe. De este modo, pues, el Salvador muestra que ha expulsado la ira. Muestra tener tan en cuenta la mansedumbre que, necesariamente, quien reflexione sobre su vida debe tener el corazón manso respecto a aquellos que le entristecen. Lo declara él mismo cuando dice: Si me conocierais, si supierais cuánta mansedumbre hay en mí, también vuestro corazón se aplacaría (N. Cabasilas, *La vida en Cristo,* VI, 2, Rialp, Madrid 1999).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes que te amo» (v. 17).

CAMINAR CON LA PALABRA

Parece como si Jesús se hubiera complacido en mostrar en san Pedro, el elegido entre los elegidos, el respeto y la estima y el uso de lo que él suele hacer con lo que la criatura le ofrece para el Reino de los Cielos. El Verbo no improvisó la Piedra, sino que ésta fue construida a partir del material que Simón, hijo de Jonás, le aporta. Pedro es un pescador, nada arenoso. Su alma no es un pedregal de arena: hay en él piedras y guijarros rabiosamente arrojados por la ola y amontonados sin orden ni concierto. La solidez de Pedro está en el rostro, en los miembros, en el oficio, en el gesto, en la palabra, en la pasión, en la espontaneidad, en la audacia, incluso en la debilidad y en las lágrimas: lágrimas que petrifican y excavan surcos sobre un rostro que el viento y la ola han abofeteado.

En el evangelio no aparece nunca un Pedro mediocre. Cristo lo convirtió en una piedra, en un fundamento. La piedra es la humanidad de todos los tiempos, en la que el Cristo vivo, paciente e irresistible constructor, prepara la catedral del Espíritu: toda la Iglesia en sus fundamentos, el papa y los obispos, es piedra, pero no todo queda transformado inmediatamente por la gracia. Tanto en la historia de Pedro como en la de la Iglesia hay algo que se desmorona bajo el ímpetu de la adversidad. Sin embargo, la piedra no se pliega: puede ser sumergida, pero no se pliega; insultada, ensuciada por nuestra tristeza y por la ajena, pero no se pliega.

He aquí la Iglesia, vista a través de Simón, hijo de Juan, convertido en Pedro por voluntad de Cristo. Muchos no advierten en Pedro y en la Iglesia más que esta realidad, fija, resistente, fría... Sin embargo, no soldó sólo una roca en Simón, sino que tomó en sus manos su corazón y lo puso incandescente: «*¿Me amas más que éstos?*». La Piedra no sofocó ni el impulso ni la ternura de Simón: «*Señor, tú sabes que te amo*». El corazón de Pedro es el corazón que salta adelante, que no se siente dispensado, que no pesa, no calcula: el corazón que necesita el Señor para su Iglesia. Un pastor es piedra y corazón. No basta con algo firme: también lo está la piedra sepulcral. Contra una piedra también es posible estrellarse...

La Iglesia está en estas dos realidades: corazón y piedra. Nadie podrá quitarle a la Iglesia la firmeza en el dar testimonio de la verdad, porque nadie podrá quitar el amor del corazón. «*Señor, tú sabes que te amo*». Pedro ya no tiene el valor de decir que le quiere. No sabe. Tampoco hace falta que lo sepa, pues sabe el Señor que le ama a través de su pobre corazón. El corazón de la Iglesia late con el corazón de Pedro, pero ama con el corazón de Cristo (P. Mazzolari, *Anche'io voglio bene al Papa,* Brescia 1942, 18-24, *passim*).

Misión eclesial del discípulo amado y conclusión del evangelio

(Jn 21,20-25)

[20] Pedro miró alrededor y vio que, detrás de ellos, venía el otro discípulo al que Jesús tanto quería, el mismo que en la última cena estuvo recostado sobre el pecho de Jesús y le preguntó: «Señor, ¿quién es el que te va a entregar?». [21] Cuando Pedro lo vio, preguntó a Jesús:

–Señor, y éste ¿qué?

[22] Jesús le contestó:

–Si yo quiero que él permanezca hasta que yo vuelva, ¿a ti qué? Tú, sígueme.

[23] Estas palabras fueron interpretadas por los hermanos en el sentido de que este discípulo no iba a morir. Sin embargo, Jesús no había dicho a Pedro que aquel discípulo no moriría, sino: «Si yo quiero que él permanezca hasta que yo vuelva, ¿a ti qué?».

[24] Este discípulo es el mismo que da testimonio de todas estas cosas y las ha escrito. Y nosotros sabemos que dice la verdad. [25] Jesús hizo muchas otras cosas. Si se quisieran recordar una por una, pienso que ni en el mundo entero cabrían los libros que podrían escribirse.

LA PALABRA SE ILUMINA

El epílogo del evangelio de Juan tiene que ver con la misión propia del discípulo amado. El fragmento está formado por dos pequeñas unidades subdivididas de este modo: predicción sobre el futuro del discípulo amado

(vv. 20-23) y segunda conclusión del evangelio (vv. 24s). El redactor, a través de una confrontación entre Pedro y el otro discípulo, pretende identificar de manera inequívoca *«al discípulo que Jesús amaba»* (13,23; 19,26; 21,7.20). La pregunta que Pedro plantea a continuación a Jesús sobre la suerte del discípulo amado recibe del Maestro una respuesta inequívoca que afirma la libertad soberana de Dios respecto a cada hombre.

Sin embargo, tal vez podamos proyectar luz sobre estos misteriosos versículos intentando poner de manifiesto un cierto fondo histórico del tiempo en el que escribe el autor. El texto no fue provocado propiamente por las discusiones que se dieron en la Iglesia primitiva entre los seguidores de Pedro y los del discípulo amado sobre el «poder primacial» del más anciano de los dos, sino más bien fue introducido por el redactor del capítulo con la intención de demostrar, sobre una base histórica, dos cosas: que carecía de fundamento la opinión difundida según la cual el discípulo amado no moriría nunca, y que esa muerte, una vez acaecida, tenía la misma importancia para el Señor que el martirio padecido por Pedro.

Por último, los versículos finales (vv. 24s) subrayan una realidad simple, pero verdadera: la revelación de Jesús, ligada al misterio de su persona, es algo tan grande y tan profundo que escapa al alcance del hombre.

LA PALABRA ME ILUMINA

Podemos concentrar nuestra reflexión uniendo las tres partes en las que hemos subdividido el epílogo del cuarto evangelio (capítulo 21) con un espléndido fragmento de san Agustín en el que hace la comparación entre Pedro y Juan:

La Iglesia *sabe de dos vidas*, ambas anunciadas y recomendadas por el Señor; de ellas, una se desenvuelve

en la fe, la otra en la visión; una durante el tiempo de nuestra peregrinación, la otra en las moradas eternas; una en medio de la fatiga, la otra en el descanso; una en el camino, la otra en la patria; una en el esfuerzo de la actividad, la otra en el premio de la contemplación; una intenta mantenerse alejada del mal para hacer el bien, la otra no ha de evitar ningún mal, sino sólo un inmenso bien del que gozar; una combate contra el enemigo, la otra reina sin más contrastes; una se muestra fuerte en las desgracias, la otra no conoce la adversidad; una lucha para poner freno a las pasiones carnales; la otra reposa en las alegrías del espíritu; una se afana por vencer, la otra goza tranquila en paz de los frutos de la victoria; una pide ayuda bajo el asalto de las tentaciones, la otra, libre de toda tentación, está en alegría en el mismo seno de Aquel que le ayuda; una corre en ayuda del indigente, la otra vive donde no hay necesidad; una perdona las ofensas para ser perdonada a su vez, la otra no padece ofensas que deba perdonar, no ha de hacerse perdonar ninguna ofensa; una está sometida a duras pruebas que la preservan del orgullo, la otra está tan colmada de gracia que se encuentra libre de toda aflicción, tan estrechamente unida al sumo bien que no está expuesta a ninguna tentación de orgullo; una discierne el bien del mal, la otra no contempla más que el bien. En consecuencia, una es buena, pero está todavía en medio de las miserias; la otra es mejor porque es bienaventurada. La primera vida es significada por el apóstol Pedro; la segunda, por él apóstol Juan.

La primera se desarrolla toda ella aquí, hasta el fin de este mundo, que es cuando terminará; la segunda se inicia oscuramente en este mundo, pero su perfección se aplaza hasta el fin de él, y en el mundo futuro no tendrá fin. Por eso se le dice a Pedro: *Sígueme*; en cambio, de Juan se dice: Si *quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti qué? Tú, sígueme.* «Tú, sígueme por la imitación en soportar las dificultades de esta vida; él, que permanezca

así hasta mi venida para otorgar mis bienes». Esto puede explicarse más claramente así: «Sígame una actuación perfecta, impregnada del ejemplo de mi pasión, pero la contemplación incoada permanezca así hasta mi venida para perfeccionarla».

El seguimiento de Cristo consiste, pues, en una amorosa y perfecta constancia en el sufrimiento, capaz de llegar hasta la muerte; la sabiduría, en cambio, permanecerá así, en estado de perfeccionamiento, hasta que venga Cristo para llevarla a su plenitud. Aquí, en efecto, hemos de tolerar los males de este mundo en el país de los mortales; allá, en cambio, contemplaremos los bienes del Señor en el país de la vida.

Las palabras de Cristo «*si quiero que se quede hasta que yo venga*» no debemos entenderlas en el sentido de permanecer hasta el fin o de permanecer siempre igual, sino en el sentido de esperar, pues lo que Juan representa no alcanza ahora su plenitud, sino que la alcanzará con la venida de Cristo. En cambio, lo que representa Pedro, a quien el Señor dijo: «*Tú, sígueme*», hay que ponerlo ahora en obra para alcanzar lo que esperamos. Pero que nadie separe lo que significan estos dos apóstoles, ya que ambos estaban incluidos en lo que significaba Pedro y ambos estarían después incluidos en lo que significaba Juan. El seguimiento del uno y la permanencia del otro eran un signo. Uno y otro, creyendo, toleraban los males de esta vida presente; uno y otro, esperando, confiaban alcanzar los bienes de la vida futura (Agustín de Hipona, *Comentario al evangelio de Juan,* 124, 5).

LA PALABRA SE CONVIERTE EN ORACIÓN

Señor, ayúdame a soportar los males del mundo para gozar de tus bienes en el mundo que no tendrá fin y contemplar tu rostro, que es belleza infinita.

LA PALABRA EN EL CORAZÓN DE LOS PADRES

El amor está puesto en el centro, como el corazón. Del amor procede ante todo la imitación. En efecto, ¿quién no quiere imitar lo que ama? Si no amaras a Cristo, no le imitarías, es decir, no le seguirías. Por eso dijo Cristo a Simón Pedro, después de haber probado su amor: «*Sígueme*» (Jn 21,19), es decir, «imítame». Judas seguía a Cristo sólo con los pies, mientras que con su corazón seguía a la avidez. A Cristo le hemos de seguir con todo nuestro amor. Hemos de seguir a Cristo en todo y, especialmente, en los sufrimientos, porque el amigo se muestra en las necesidades. «*El que no cargue con su cruz y me siga* –dice– *no es digno de mí*».

Pedro seguía a Jesús durante la Pasión, pero de lejos, puesto que le iba a negar. Sólo un ladrón le siguió hasta la muerte en la cruz. ¿Qué debemos decir: que el ladrón siguió a Cristo hasta la muerte en la cruz o que Cristo siguió al ladrón? Ciertamente, Cristo siguió al ladrón hasta que éste ya no pudo escapar, pero cuando perdió la posibilidad de huir, fue el ladrón el que siguió a Cristo, y entró con él en el paraíso. Por consiguiente, es preciso seguir a Cristo, unirnos a Cristo. «*Mi bien está en unirme a Dios*» (Sal 72,28), dice la Escritura; «*a ti se une mi alma, tu diestra está sobre mí*» (Sal 62,9). «*El que se une al Señor, se vuelve un solo espíritu con él*» (1 Cor 6,17): no sólo un cuerpo, sino también un solo espíritu. Del espíritu de Cristo vive todo su cuerpo. A través del cuerpo de Cristo llegamos al espíritu de Cristo. Procura estar en el cuerpo de Cristo con la fe, y algún día serás un solo espíritu con Cristo. Ya estás unido al cuerpo con la fe, y con la visión te unirás también al espíritu.

«*Te pido* –dice Cristo– *que todos sean uno. Padre, lo mismo que tú estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros; de este modo, el mundo podrá creer que tú me has enviado*» (Jn 17,21). He aquí la unión por

la fe. Y poco después: «*A fin de que también ellos sean perfectos en la unidad y el mundo lo sepa*» (17,23). He aquí la unión a través de la visión (Guigo II, «*Meditazione decima*», en *Il Cristo*, vol. IV, Florencia-Milán 1991, 291-293).

PARA CUSTODIAR Y VIVIR LA PALABRA

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:
«*Tú, sígueme*» (v. 22).

CAMINAR CON LA PALABRA

A Juan, a quien en el resto del evangelio se le define siempre como *«el otro discípulos»* o *«el discípulo al que Jesús más amaba»*, al final del evangelio se le proclama *«el discípulo que permanece»*, con un verbo –*ménein*, «permanecer»– muy querido por el mismo Juan, porque es capaz de expresar una realidad espiritual muy profunda. «Seguir» y «permanecer» parecen ser en Juan los dos verbos de la vocación y de la vida cristiana. Si el seguimiento es un trabajo, morar es un arte, un arte de amar; más aún, el *ars amandi* por excelencia. Cuando la relación con el Maestro y Señor es tan profunda que se vuelve estable, entonces ya no es exterior, ya no es superficial ni frágil; cuando ya no tiene necesidad de muchas palabras, entonces se da el «permanecer». Si alguien se arraiga, si alguien permanece de manera estable en la Palabra del Señor, si no es una persona que fluctúa al son del viento, inestable, indecisa, y tiene una relación cierta con Jesús, que es la verdad, entonces conocerá también la libertad, la gran libertad de los hijos de Dios. Juan afirma en el capítulo 15 que conservar la Palabra no sólo nos hace permanecer como sarmientos en la vid, no sólo nos hace morar en Jesús, sino que el morar se vuelve recíproco y Jesús mora en nosotros.

La modalidad de este morar, de esta reciprocidad estable, es la del morar del Padre en el Hijo y del Hijo en el Padre, y del Espíritu en ambos: es la modalidad misma de Dios. Precisamente por eso el morar es dinámico, es inagotable, es recíproco, es un

misterio nupcial. No es suficiente con el seguimiento: éste es el principio, pero morar es la madurez. Precisamente por eso, en el cuarto evangelio todos los demás discípulos abandonan a Jesús y huyen en el momento de la Pasión, pero Juan no: había pasado del seguimiento al morar y estaba bajo la cruz. Juan es el discípulo que permanece, porque permanecer es su vocación llevada a su fin. Juan permanece porque es el discípulo a quien Jesús amaba más, pero, sobre todo, porque él amaba a Jesús permaneciendo, aceptando permanecer en su amor, en su Palabra, sin desear otras palabras ni otros amores. El gran sueño del discípulo al que Jesús amaba es el *agapê*, es la caridad, y por eso permanece, y permanece por la Palabra de Jesús: *«Yo quiero que permanezcas* –le dice Jesús– *hasta que yo vuelva»*, para que el amor tenga una memoria vivida, repetida, dinámica, hasta la epifanía de la caridad en el día del Señor (E. Bianchi, *Amici del Signore,* Turín 1990, 194-198, *passim*).